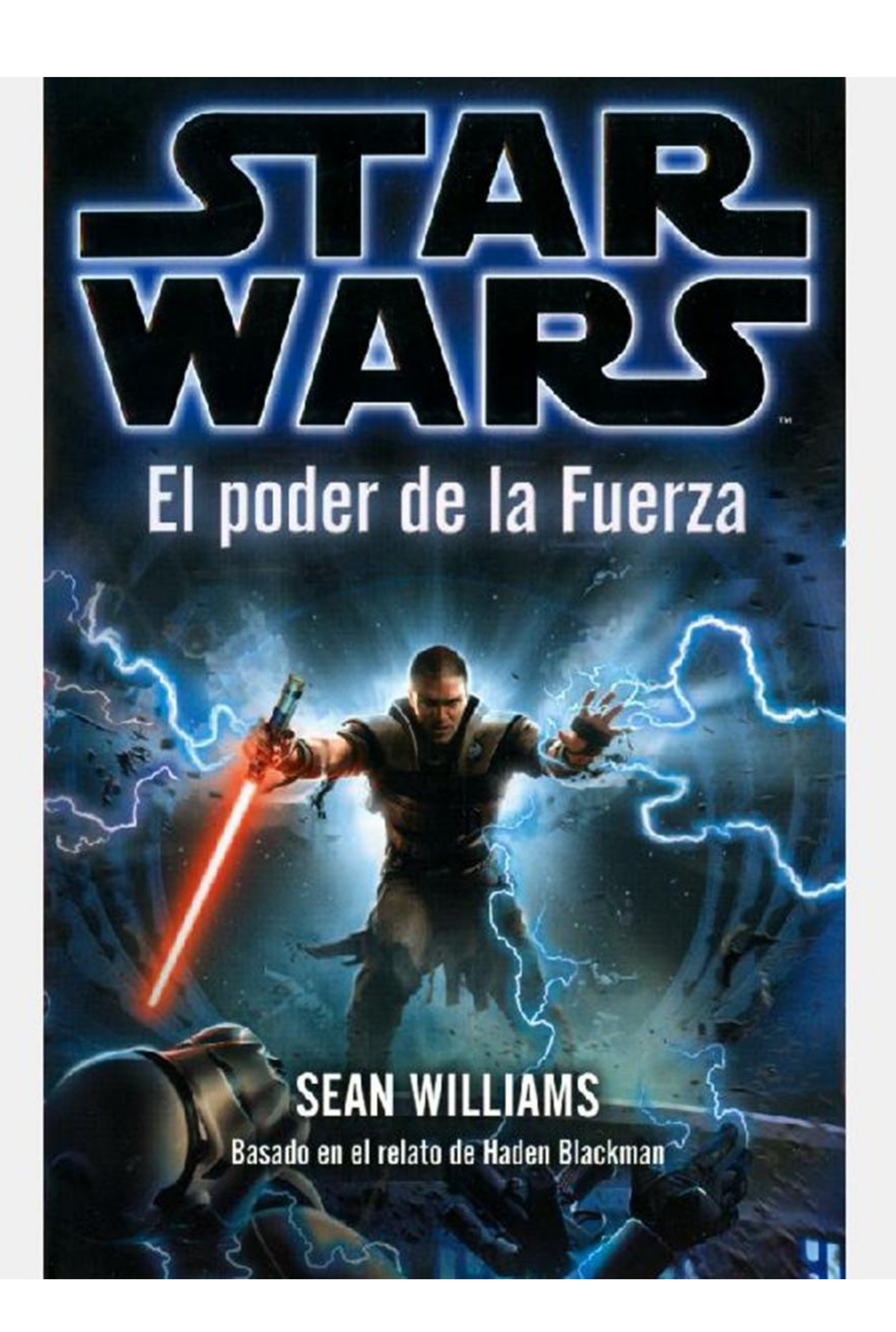

STAR WARS
El poder de la Fuerza
SEAN WILLIAMS
Basado en el relato de Haden Blackman

El Imperio está en auge: un despiadado asesino del Lado Oscuro anda suelto por la Galaxia. La historia se desarrolla en una oscura época entre los *Episodios III* y *IV*, entre *La venganza de los Sith* y *Una nueva esperanza*. Starkiller, el aprendiz secreto de Darth Vader, ha sido enviado por éste a viajar por toda la galaxia y destruir al resto de los Jedi que sobrevivieron a la Orden 66.



El poder de la Fuerza

Basada en una historia de Haden Blackman

Sean Williams

Versión 1.1

13.10.12



Título original: *Star Wars: The Force Unleashed*

Sean Williams, 2008.

Traducción: Rafa Ferrer/Traducciones Imposibles

Digitalización: Lord GyraGR

Revisión: Efestio y Wilo

Maquetación: Bodo-Baas (v1.0 - 1.1)

ePub base v2.0

Para mi familia Amanda, Xander y Finn y para Seb, siempre

La República ha caído.
El Imperio está en auge Palpatine y Darth Vader prevalecen.
Caballeros Jedi, alerta:
El despiadado asesino del lado oscuro anda suelto por la Galaxia

La República ha sido derrocada. Las fuerzas separatistas han sido aniquiladas, el consejo Jedi está gravemente mermado y el resto de la Orden ha quedado destruido. Ahora es Darth Sidious quien tiene el poder absoluto en sus manos: el malévolo Lord Sith, conocido como el antiguo Senador y, posteriormente, Emperador, Palpatine. Pero queda mucho por hacer. Aún quedan en la Galaxia focos de resistencia que hay que eliminar y caballeros Jedi desaparecidos de los que es necesarios encargarse. Esa tarea decisiva recae en el implacable agente del Emperador: Darth Vader. A su vez, éste ha encomendado a su mortífero aprendiz una misión secreta. Deberá peinar la Galaxia y liquidar hasta el último de los enemigos de su Maestro, condenando así a los Jedi al olvido, como colofón a la aplastante victoria del lado oscuro.

Desde la infancia, el esbirro sin nombre de Vader no ha conocido más credo que el de los Sith, frío y mercenario. Se desconoce su pasado; su presente consiste en cumplir los letales encargos que se le encomiendan. Pero su futuro reluce como un azabache fulgurante con la promesa soñada: destruir al Emperador Palpatine. El periplo del aprendiz le conducirá a los confines de la Galaxia, desde Kashyyyk, planeta natal de las wookiees, hasta el planeta vertedero Raxus Prime.

A lo largo de esas misiones, el joven Sith forjará una alianza insólita con un maestro Jedi acabada en busca de redención y luchará contra los sentimientos prohibidos que le inspira su compañera Eclipse. El momento de la verdad llegará cuando ciertas revelaciones desgarradoras que cuestionan todo aquello en lo que cree le conmocionarán en lo más profundo de su ser con esperanzas olvidadas de reivindicar su nombre… y cambiar su destino.

3-2 años A.B.Y (Antes de la Batalla de Yavin)

Primera Parte

IMPERIAL

UNO

La vida del aprendiz secreto de Darth Vader tomó un rumbo inesperado y letal el día en que su maestro le habló por primera vez del general Rahm Kota.

No había previsto que se acercara un momento tan importante. Durante sus meditaciones nocturnas, arrodillado en el suelo metálico de su habitación mientras los droides constructores trabajaban en el *Ejecutor*, ajenos a su existencia, no había visto ninguna imagen premonitoria en la pura e intensa luz roja de la espada láser que sostenía frente a sus ojos como un hierro candente. A pesar de no haber apartado la vista de aquella luz hasta que el mundo desaparecía y el Lado Oscuro fluía por su cuerpo como una marea sangrienta, el futuro no se le había mostrado.

Por eso no estaba preparado para los hechos que lo apartaron de los extenuantes e impredecibles ejercicios de ese día. Su maestro no era un instructor paciente ni tampoco hablador. Prefería la acción a la conversación, del mismo modo que prefería la reprimenda a la recompensa. A lo largo de los días que habían practicado el combate con la espada láser, la telequinesis o la sugestión, el Señor Oscuro jamás había pronunciado una sola palabra de aliento. Y él sabía que así debía ser. La misión de un maestro no consistía en guiar a su discípulo por una única senda bien trazada. Consistía más bien en permitirle abrirse su propio camino a través del bosque, y en intervenir sólo cuando el alumno se hubiese perdido por completo y fuese necesario corregirle.

Pero sabía que incluso en los caminos equivocados podía hallar sabiduría. Si algo no lo mataba, lo haría más fuerte en el Lado Oscuro.

Y en muchas, muchísimas ocasiones, creyó que iba a morir.

Jadeando tras una agotadora serie de ataques y habiendo bajado la espada láser en señal de sumisión, se arrodilló frente a su maestro y se preparó para el golpe de gracia. Percibía la cólera que irradiaba el Señor Oscuro como una ola de calor, un calor intenso y visceral que le hizo estremecerse. Durante un instante que le pareció eterno sólo pudo oír la respiración rítmica e implacable que mantenía vivo al hombre que había tras la máscara.

—Cuando te encontré, eras débil. —Su voz parecía surgir del fondo de un túnel largo y profundo—. No deberías haber sobrevivido a mi entrenamiento.

Cerró los ojos. Había oído antes esas palabras. Eran lo más parecido que había tenido a los cuentos cuando era pequeño. La moraleja se le había grabado a fuego en la mente.

«Aprende… o muere».

En su interior visualizó de nuevo el calor limpio y purificador de la espada láser. Su piel había rozado aquel filo luminoso en muchas ocasiones, desafiando el dolor y sufriendo numerosas heridas leves durante los duelos con su maestro. Creía hacerse una idea de lo que sentiría cuando la espada cayera sobre Él. En parte, estaba deseando que llegara ese momento.

La espada se acercó tanto a su cuello que podía oler sus vellos chamuscados.

—Pero ahora, tu odio se ha convertido en tu fuerza. —La espada láser se apartó y se desactivó con un zumbido—. Al fin, el Lado Oscuro es tu aliado.

No se atrevió a asentir ni a levantar la vista. ¿A qué venía eso? ¿Sería una nueva treta para que se confiara y volviera a fracasar?

El corazón le dio un vuelco al escuchar las siguientes palabras de su maestro.

—Levántate, mi joven aprendiz.

«Aprendiz». Él siempre se había considerado su aprendiz, pero nunca se lo habían dicho con claridad. Y aquel extraño movimiento de la espada láser… ¿Era posible que le hubiera nombrado caballero?

Desactivó su espada. Era lo único que podía hacer para mantenerse en equilibrio sobre sus rodillas, a las que sentía de goma. La sombra negra que se erguía frente a él resultaba impenetrable, perfilada por el resplandor carmesí del planeta que brillaba al otro lado del mirador. El espacio que había a su alrededor, metálico, angular y funcional, le resultaba tan familiar como las cicatrices en el dorso de su mano, pero, de repente, sin saber por qué, todo parecía distinto.

El aprendiz levantó la vista y mantuvo el mismo tono de voz.

—¿Cuál es su voluntad, Maestro?

—Has derrotado a muchos de mis enemigos. Tu entrenamiento está a punto de completarse. Ha llegado la hora de que te enfrentes a tu primera prueba real.

Por la mente del aprendiz desfilaron imágenes de misiones anteriores. A lo largo de los años, Lord Vader le había ordenado que se deshiciera de numerosos enemigos de dentro del Imperio; principalmente, espías y ladrones, pero en algunas ocasiones también había algún traidor de más rango. Sólo sentía la satisfacción del deber cumplido. Sus víctimas se habían labrado su perdición, no eran más que alimañas que roían los cimientos del majestuoso edificio que era el Imperio.

No obstante, aquello era diferente. Había algo más en las palabras de su maestro. Darth Vader no se refería a un vulgar contrabandista que no sabía nada de la Fuerza. Había llegado el momento de enfrentarse al enemigo del que por fin era digno.

—¿Sus espías han localizado a un Jedi?

—Sí. Al general Rahm Kota. —Aquel nombre no significaba nada para el aprendiz; sólo era uno entre muchos nombres que se encontraban en los archivos de muertes Jedi no confirmadas—. Está atacando un importante astillero en Nar Shaddaa. Destrúyelo y tráeme su espada.

El aprendiz se sintió invadido por la excitación. Se había entrenado para ese anhelado momento tanto tiempo como alcanzaba su memoria. Y por fin había llegado. No se podría considerar un verdadero Sith hasta que hubiera acabado con uno de los viejos enemigos de su maestro.

—Partiré de inmediato, Maestro.

Cuando apenas había empezado a andar hacia la puerta, la perentoria voz de Darth Vader lo detuvo.

—El Emperador no debe descubrirte.

—Como desee, Maestro.

—No dejes testigos. Mata a todos los que se encuentren a bordo, ya sean imperiales o rebeldes.

El aprendiz asintió sin dejar traslucir las dudas que lo acecharon de repente.

—No fracases.

El peso de la espada láser que colgaba de su cinto era tranquilizador y reconfortante.

—No, mi señor. —Aseguró con la espalda erguida y la voz firme. Darth Vader se volvió y juntó las manos a la espalda. El sol rojo bañaba su casco de reflejos de lava. Su aprendiz secreto partió sin perder tiempo hacia la última y más tenebrosa misión de cuantas había acometido.

• • •

«El general Rahm Kota».

El nombre acudió a su mente mientras cruzaba a toda prisa el laberinto de estancias secretas de su maestro. Eran habitaciones funcionales y austeras que consistían en una sala de meditación, un taller de droides, exiguos aposentos individuales y un hangar. Se hallaban en una planta oculta de la nave insignia de Darth Vader que se había borrado de los planos hacía mucho. La futura tripulación no conocería su existencia.

«El Emperador no debe descubrirte».

El requisito que su maestro le había impuesto empañó de inmediato la emoción que lo embargaba al pensar en la caza del Jedi. Durante toda su vida lo habían entrenado para convertir el miedo en ira y la ira en Fuerza. Se dio cuenta de que para Darth Vader tampoco era diferente. ¿A quién podía recurrir Darth Vader para aumentar su poder si no era al Emperador? Las personas se dividían en víctimas y depredadores. Ése era uno de los principios básicos de la vida. Juntos, Darth Vader y su aprendiz se asegurarían de que su poder conjunto no dejara de aumentar.

Sin embargo, antes debería sobrevivir al combate contra un Jedi. No le sorprendía que su maestro hubiera localizado a uno de ellos en libertad. Se sospechaba que algunos habían sobrevivido a la Gran Purga Jedi, y Darth Vader era el más interesado en encontrarlos. El Lado Oscuro había conquistado la Galaxia entera, así que nada podía permanecer oculto para siempre. Quizá algún día, pensaba el aprendiz, él también sería capaz de encontrar a sus enemigos a través de sus pensamientos y sentimientos, puesto que aquella capacidad todavía no se había manifestado en él, del mismo modo que tampoco podía prever el futuro. Nunca había visto a un Jedi. Eran un misterio para él.

Pero conocía su historia. Su maestro no le daba clases, ni lo examinaba por escrito, mas si le permitió acceder a los documentos que se habían conservado de la República y de la Orden que él mismo había contribuido a derrocar desde su posición inmerecidamente privilegiada. El aprendiz se había entregado al estudio, consciente de que, algún día, los conocimientos sobre su enemigo podrían decantar la balanza de la vida y la muerte.

«General Rahm Kota».

Aquel nombre no le trajo ningún recuerdo relacionado con su estilo de combate, su carácter o la última vez que fue visto. Accedería a la base de datos cuando llegara a la *Sombra Furtiva*. Durante el trayecto a Nar Shaddaa habría tiempo para consultar los documentos. Si investigaba a fondo, tal vez acabaría averiguando algún detalle, por nimio que fuera, que le resultara útil en algún momento determinante. Era la única preparación que precisaba.

Entró en el hangar y se abrió camino entre el habitual laberinto de cajas, estantes repletos de armas y piezas de cazas estelares. El hangar estaba tenuemente iluminado, las sombras se adueñaban de los rincones. El ambiente olía a metal y a ozono, una mezcla ácida a la que ya estaba acostumbrado. Algunos creían que el vientre de un Destructor Estelar era un extraño lugar donde criarse, pero él se sentía muy a gusto entre aquellos símbolos inequívocos de poder tecnológico y político. Naves como ésa habían patrullado las rutas comerciales de la Galaxia durante muchos años. Habían sofocado rebeliones y aplastado la resistencia en centenares de mundos. ¿Qué lugar sería más adecuado como residencia y escuela de un aprendiz Sith?

«Mata a todos los que se encuentren a bordo, ya sean imperiales o rebeldes. No dejes testigos».

Mientras reflexionaba sobre el giro de los acontecimientos, oyó un familiar chasquido a su derecha y una luz blanquiazul apareció en un rincón oscuro del hangar. Una silueta con una túnica marrón corrió hacia él blandiendo una espada.

El aprendiz se agachó inmediatamente y levantó su espada para detener el golpe, enseñando los dientes en una mueca de placer.

Él y su adversario mantuvieron sus respectivas posiciones un instante, con las espadas cruzadas frente a sus pechos. El aprendiz evaluó rápidamente a su atacante. Era un varón humano, rubio y con barba. Tenía la mirada tranquila y seria y apretaba la mandíbula con resolución. Cualquiera que hubiera vivido las Guerras Clon o tuviera acceso a los archivos Jedi lo habría reconocido inmediatamente.

El maestro Jedi Obi-Wan Kenobi, general de la República Galáctica y experto en el estilo Soresu del combate a espada láser, deslizó su espada hacia abajo, a la derecha, agachándose a la vez para esquivar el inevitable contragolpe. Saltaron chispas mientras el aprendiz daba un salto de Fuerza en el aire y aterrizaba sobre unas cajas apiladas con una agilidad extraordinaria. Alargó la mano izquierda y lanzó una pieza metálica a través del hangar, apuntando a la cabeza de su contrincante. Kenobi se agachó y saltó hacia él, desviando una sucesión de golpes que habrían hecho pedazos a un hombre normal y corriente. Luego, obligó al aprendiz a esquivar su propio ataque saltando de caja en caja en una retirada provisional.

El duelo se prolongó durante casi un minuto. Kenobi y el aprendiz bailaban como acróbatas Gados mientras saltaban de una pila de cajas a otra, blandiendo y chocando las espadas láser, sirviéndose de estantes y piezas que convertían temporalmente en armas arrojadizas con que atacarse mutuamente. Se armó un escándalo considerable, el peligro

era real. Kenobi rasgó la manga del traje de combate del aprendiz con un movimiento que le habría amputado el brazo a la altura del codo de no haberse apartado a tiempo. En dos ocasiones notó la espada del Jedi justo encima de su cabeza.

El aprendiz no temía la muerte. Su único miedo era defraudar a su maestro y sacaba buen partido de ese temor. El Lado Oscuro lo llenaba, lo hacía fuerte y resistente. Se sentía más poderoso que nunca.

Vader le había ordenado que eliminara a un viejo enemigo suyo, y matar al hombre que fue uno de los Jedi más famosos de la Galaxia era una forma excelente de calentar motores para afrontar la misión.

Excitado por el instinto asesino, el aprendiz se precipitó al frente blandiendo el haz rojo para asestar el golpe final.

DOS

Al oír activarse un arma de energía desconocida cerca, Juno Eclipse levantó la vista de su trabajo y alargó el brazo hacia el blaster que tenía a su lado. Había terminado de soldar el casco de la *Sombra Furtiva*, y se disponía a comprobar los nuevos sistemas que había instalado cuando aquel ruido acabó por completo con su concentración. Los simulacros de combate eran frecuentes en las grandes naves imperiales, pero no había visto a nadie en la cubierta de seguridad en toda la nave, aparte de Lord Vader. Su nombramiento era tan reciente, y tan temprano tras la catástrofe de Callos, que se veía obligada a reaccionar con cautela ante cualquier situación inesperada.

Había dos armas en combate, zumbando y chocando, y a aquel ruido áspero y casi rítmico se añadían los sonidos propios de la violencia física. Se oía el estrépito de piezas metálicas impactando y estallando como si una docena de soldados se estuvieran atacando con sus armaduras. En el hangar se almacenaban muchas piezas frágiles, algunas de las cuales podían llegar a ser peligrosas si no se manipulaban con cuidado. Un grito de miedo se dibujó en sus labios. Había algo en el ruido de aquellas armas… algo muy familiar que no conseguía recordar.

Dejó el soldador, quitó el seguro de la pistola y se deslizó a hurtadillas de debajo de la nave. A primera vista, la *Sombra Furtiva* no tenía nada de especial: era una nave alargada con armamento simétrico y el chasis de un transporte pequeño, dos paneles solares en estribor y una bahía de armamento más pesado en babor. Pero ésa era precisamente la intención. Aunque se trataba de un prototipo diseñado con el fin de parecer anodino y no llamar la atención, era en realidad una nave de combate con el hiperimpulsor más rápido que Juno había visto jamás, además de poseer un auténtico sistema de camuflaje. Todo eso, junto con los escáneres y sensores de primera categoría, los competitivos motores sub-lumínicos y los potentes escudos deflectores, convertían la *Sombra Furtiva* en la nave más fascinante que había pilotado.

O que pilotaría si sobrevivía a su primer día de trabajo.

—Su expediente me impresiona, Capitana Eclipse. —Había dicho Lord Vader una semana antes. Acababa de regresar de Callos y todavía estaba conmocionada por lo sucedido allí con el Escuadrón Negro, por eso no se sintió tan orgullosa como cabía esperar—. Hay muy pocos pilotos de su categoría que tengan un sentido del deber tan arraigado.

—Gracias, Lord Vader.

—Tengo una nueva misión para usted. Algunos lo considerarían una recompensa si se enteraran, pero no lo harán. ¿Ha quedado claro?

A pesar de no haber entendido aquellas palabras, asintió. Darth Vader le había dado instrucciones sobre cómo acceder a las estancias ocultas de la nave insignia y le describió la pequeña nave que encontraría allí. Era la suya.

—Trabajará con uno de mis hombres que actuará bajo el nombre de «Starkiller». Pronto se dará a conocer. He depositado una gran confianza en usted, Capitana. Asegúrese de no defraudarme. El precio del fracaso es más alto que nunca.

—Entendido, Lord Vader. —Antes de que él diera por terminada la conversación, ella preguntó—: ¿Cuál es nuestra misión, milord? Todavía no me la ha explicado.

—Ya lo averiguará —la figura enmascarada le dio la espalda. Ella supuso que no debía hacer más preguntas.

Juno, como obediente oficial del Imperio, hizo lo que le ordenaron y fue a ver su nueva nave. La dejó impresionada. Sólo necesitaba unos pequeños ajustes para que funcionara a pleno rendimiento. Pero, ahora, unos gritos extraños y un duelo escandaloso se habían apoderado del hangar y amenazaban con propagarse fuera del espacio secreto de Lord Vader y salir a la propia nave.

Deslizándose sigilosamente alrededor de un cilindro criogénico más alto que ella, Juno pudo ver finalmente a los combatientes. Abrió sus ojos azules sorprendida.

Las armas fueron lo primero que le llamó la atención: eran espadas luminosas que sólo había visto una vez, en un viejo holograma olvidado que su padre encontró en un recoveco de la base de datos de su nueva casa. Se lo enseñó antes de borrarlo con una mueca.

«Asesinos —murmuró ante la visión de aquellas figuras. Eran hombres y mujeres de varias especies vestidos con túnicas marrones, luchando contra droides con resplandecientes espadas de luz pura—. Son todos unos traidores.

»—¿Qué hicieron?

»Juno era joven e incapaz de comprender la frustración y el resentimiento que su padre acumulaba en su interior. Sólo los manifestaba cuando ella le daba motivos, y por esa razón siempre lo padecía ella.

»—¿Qué? ¿Qué hicieron? —Se volvió hacia ella y le habló en un tono duro, cargado de desprecio—: Esa carroña Jedi traicionó a Palpatine. Eso fue lo que hicieron. ¿Qué tonterías te enseñan en la escuela si ni siquiera sabes eso?».

El recuerdo de aquel reproche todavía le dolía. Juno se esforzó en apartarlo de su mente mientras trataba de comprender lo que estaba ocurriendo frente a ella. Dos hombres (uno barbudo y solemne, el otro de su misma edad, delgado como un látigo y con el pelo rebelde) se estaban enfrentando en un duelo con armas idénticas a las que utilizaban los odiados Jedi. Una de las espadas era tan azul y luminosa que parecía blanca. La otra era roja y mortal. Cuando chocaban, saltaban chispas en todas las direcciones. Los hombres saltaban y brincaban con una agilidad sobrehumana. Cuando gesticulaban, las paredes de metal se combaban y las piezas de motor volaban como misiles.

No se atrevió a hacer ningún ruido. Permaneció agazapada entre las sombras, con los músculos paralizados e invadida por una mezcla de miedo y sobrecogimiento. En todos los años que llevaba sirviendo al Imperio nunca había visto nada parecido. Había oído rumores acerca de los misteriosos poderes de Lord Vader y de la empuñadura cilíndrica

que colgaba de su cinto, pero nunca había visto nada. Se había limitado a ignorar las habladurías considerándolas propaganda alarmista destinada a alimentar el miedo y reforzar la lealtad. Nunca había necesitado que la amenazaran para servir al Imperio, así que le resultó muy fácil hacer caso omiso a los rumores.

Ahora se arrepentía de no haberles prestado más atención.

La situación se volvió aún más extraña cuando el combatiente más joven, con un salvaje destello de satisfacción en la mirada, atravesó el pecho de su contrincante con la luz bermellón de su espada láser. Derrotado, el otro hombre se desplomó sobre las rodillas con un rictus de sorpresa en el rostro.

Juno adoptó la misma expresión cuando el cuerpo del anciano empezó a chispear y parpadear como un holograma. Confirmó que ésa era en efecto su naturaleza unos segundos más tarde. Los brazos, las piernas, el torso y la cara parpadearon y desaparecieron, dejando al descubierto la silueta bípeda de un droide. Se sacudió y se desplomó hacia adelante con un ruido de chatarra.

—Bien, amo. Otro duelo perfecto. —El droide susurró aquellas palabras hasta que el joven que lo había «matado» le dio la vuelta.

—Me has cogido por sorpresa, PROXY. —Observó el chico con un cariño inesperado tras la brutalidad que había demostrado antes—. Llevaba años sin luchar contra ese programa de entrenamiento. Creía que lo habías eliminado.

El droide intentó levantarse, pero sólo consiguió perder el equilibrio y estuvo a punto de caerse de nuevo. Su propietario lo sostuvo a tiempo y le ayudó a tenerse en pie.

—Tranquilo, PROXY. Tienes un fallo.

—Es culpa mía, amo. —Dijo el droide con un suspiro electrónico, estudiando el boquete humeante de su pecho—. Creía que usando una modalidad de entrenamiento antigua conseguiría sorprenderte y matarte. Siento haberte decepcionado de nuevo.

Una sonrisa de preocupación se dibujó en el rostro del joven.

—Estoy seguro de que seguirás intentándolo.

—Por supuesto, amo. Es el objetivo principal de mi programa.

El droide y su amo empezaron a abrirse paso entre el laberinto de escombros del hangar. Juno reaccionó a tiempo. Antes de que la vieran, se agachó y corrió hacia la nave. Sus voces sonaban cada vez más cerca. Enfundó la pistola frenéticamente y alargó la mano hacia el soldador.

—No vuelvas a tenderme una emboscada hasta que te hayamos cambiado el estabilizador central. Podríamos tardar semanas, estando tan lejos del Núcleo…

Juno no levantó la vista cuando la pareja rodeó el cilindro criogénico que la había ocultado unos segundos antes; sin embargo, notó que el joven la estaba mirando e interpretó su repentino silencio como una reacción tardía. Mantuvo la mirada fija en el suelo para esconder la incomodidad que la invadió junto con una incipiente oleada de miedo. No sabía qué sería de ella si aquel desconocido descubría que le había estado espiando. Un ruido de pasos casi inaudible le indicó que el chico y el droide habían desaparecido de su vista. Intentó descifrar los exaltados susurros que intercambiaron.

—PROXY, ¿quién es?

—Ah, sí: Tu nuevo piloto por fin ha llegado, amo.

—Pero ¿quién es?

—Según los archivos del Imperio…

Hubo un momento de silencio durante el cual Juno se arrepintió de ser tan curiosa. Esa faceta suya no le había dado más que problemas. Pero entonces oyó su propia voz resonando en el hangar y se olvidó de su gran defecto.

—Capitana Juno Eclipse. —Dijo el holodroide con la voz de Juno—. Nacida en Corulag, donde se convirtió en la alumna más joven de la Academia Imperial. Es piloto de combate, condecorada, con más de cien misiones de experiencia. Fue la oficial al mando durante el bombardeo de Callos; Lord Vader la seleccionó para liderar el Escuadrón Negro, aunque más adelante le asignó una misión altamente confidencial…

Rodeó precipitadamente el cilindro criogénico y se vio a sí misma de pie, justo enfrente. Era una réplica exacta sostenida por el hombre que Juno identificó como el agente enviado por Darth Vader, el llamado Starkiller. La cara de Juno ardió de indignación ante aquella flagrante invasión de su privacidad.

—¿Mi perfil psicológico también está ahí dentro? —Preguntó.

El chico y el droide la miraron. Con una expresión de vergüenza mal disimulada, Starkiller soltó al droide y se separó de él. PROXY se tambaleó y luego adoptó una expresión de atención que resultó una buena imitación de ella, con un cuidado pelo rubio, el uniforme reglamentario, la insignia tricolor y una mancha de grasa que empezaba a formarse en su mejilla conforme el droide actualizaba los archivos que contenían sus imágenes.

—En realidad, sí. —Explicó el robot—. Pero es información restringida. —Y añadió, dirigiéndose a Starkiller—. Amo, me temo que será imposible reprogramarla.

Juno tuvo que reprimir el impulso de coger el soldador y abrir otro boquete en el pecho perforado del droide. Aquel encuentro cara a cara con una réplica de sí misma era lo último que esperaba; no estaba preparada para hacerle frente.

El chico hizo un gesto. El droide desactivó la simulación de Juno y recuperó su robótico aspecto.

—¿Sabes por qué estás aquí? —Le preguntó Starkiller.

Juno recuperó el control, bajó el soldador e hizo una inspiración profunda.

—Lord Vader me dio instrucciones personalmente. —Respondió—. Estoy aquí para pilotar tu nave y llevarte a donde quiera que esté tu misión.

La cara de Starkiller no reflejó satisfacción ni disgusto. —PROXY—. Le ordenó al droide. —Prepara la *Sombra Furtiva* para el despegue. El robot perforado cumplió las órdenes trastabillando, mientras su amo y Juno hablaban con más tranquilidad.

—¿Te dijo Lord Vader que mató a nuestro último piloto?

Juno lo observaba con la misma atención con que él la evaluaba. Llevaba un uniforme de combate negro con aspecto de haber sido remendado muchas veces. Tenía las manos y los brazos llenos de cicatrices.

—No. Pero supongo que su anterior piloto le dio razones de peso para hacerlo. —Hizo una pausa y añadió—. Yo no lo haré.

—Ya lo veremos. Estoy harto de entrenar a nuevos pilotos. —Su mirada se detuvo en los cambios que ella había hecho en la *Sombra Furtiva*. Levantó las cejas al ver los nuevos paneles que había soldado—. ¿Qué es eso? ¿Qué le has hecho a mi nave?

De repente, Juno se sintió cohibida y se limpió las manchas de la mejilla.

—Me he tomado la libertad de mejorar los sensores de la *Sombra Furtiva*. Así podrás espiar cualquier nave sospechosa en todo un sistema.

Esperó una señal de aprobación, pero él se limitó a asentir. Juno, con el orgullo herido, le dijo:

—Supongo que eso forma parte de tu misión. Debes de ser uno de los espías de Darth Vader. Tu nave tiene unos sensores de largo alcance fabulosos y un sistema de camuflaje que…

—Los detalles de mi misión no son de tu incumbencia. Te basta con saber adónde voy.

—¿Y adónde *vamos*?

—A Nar Shaddaa. ¿Sabrás llegar?

—Por supuesto. —Respondió furiosa, mordiéndose el labio. Pasó rápidamente por delante de él y se dirigió hacia la rampa que conducía a la nave. En la cabina de mando encontró al droide toqueteando los controles, sin saber lo que hacía.

—Deja eso. —Espetó—. Lo haré yo.

—Sí, Capitana Eclipse.

El droide se alejó acompañado de un recital de crujidos y chasquidos procedentes de su vientre perforado. Fue entonces cuando ella recordó la extraña observación que le había hecho a su amo acerca de tenderle una emboscada y matarlo, y se preguntó si tal vez debería haber sido más amable.

TRES

Los motores sublumínicos de la *Sombra Furtiva* aceleraron con suavidad cuando la nueva piloto accionó los mandos hábilmente. El aprendiz la observaba con atención mientras trabajaba, evaluando sus capacidades y también otras cualidades de la chica. Era la primera vez que trabajaba con una mujer piloto. Tenía su edad y era muy guapa, sin embargo, se comportaba como una profesional al ocupar el asiento del piloto. Transmitía seguridad y precisión; se movía como si hubiera nacido en una cabina.

Cuando se hubo asegurado de que PROXY y él estaban en buenas manos, el aprendiz se concentró en los detalles de la misión.

—PROXY, muéstrame al objetivo.

El droide, que había sido su único compañero durante la mayor parte de su vida, estaba sentado en un asiento de la parte posterior de la cabina de mando, con el cinturón abrochado. Aparecieron las distorsiones habituales en su piel metálica cuando activó los holoproyectores que lo hacían único. El droide adoptó el aspecto de un guerrero humano imperturbable, vestido con la clásica túnica oscura de los odiados Jedi. Tenía los pómulos elevados y la nariz prominente. Sus ojos eran impenetrables y no revelaban sus pensamientos.

—Según los archivos oficiales del Imperio. —Dijo PROXY en una voz autoritaria y profunda que no tenía nada que ver con la suya—. El Maestro Jedi Rahm Kota fue un respetado general durante las Guerras Clon.

—¿Las Guerras Clon? —Juno se dio la vuelta desde su asiento frente a los mandos mientras preparaba la nave para saltar al hiperespacio. Su expresión era tan grave como la del hombre que ocupaba el lugar de PROXY—. Estás cazando Jedis.

El aprendiz no se había percatado de que ella estaba escuchando.

—Lo que hago es llevar ante la justicia a los enemigos de Darth Vader. —Aclaró—. Y ahora tú vas a hacer lo mismo.

Antes de que ella pudiera replicar, el aprendiz dijo:

—Continúa, PROXY.

—Por supuesto. El Maestro Kota era un genio militar, pero creía que los soldados clones no eran aptos para el combate. Seleccionó un pequeño batallón entre las tropas que él mismo había entrenado. Eso fue lo único que impidió su ejecución cuando el Emperador descubrió el complot Jedi contra la República.

Juno asintió.

—En su batallón no había clones que pudieran acabar con Él.

—Así es, Capitana Eclipse. Desapareció tras la emisión de la Orden 66. En realidad, en los archivos imperiales consta como fallecido. —El holograma de Kota se desdibujó y PROXY recuperó su aspecto habitual. Juno todavía parecía más interesada en la misión que en dar el salto al hiperespacio.

—¿Y por qué aparece de repente para atacar al Imperio?

El aprendiz ya se había formulado esa misma pregunta.

—Kota quiere que se le encuentre.

—Entonces, vamos directos hacia una trampa. —Miró a PROXY y de nuevo al aprendiz—. ¿A cuántos pilotos habéis perdido antes de mi llegada?

—A siete.

—Fabuloso. —Pulsó un interruptor del complicado panel de control de la *Sombra Furtiva*—. Coordenadas de Nar Shaddaa introducidas. Preparaos para la velocidad luz. El aprendiz se afianzó mientras las estrellas se alargaban hasta convertirse en líneas luminosas y el familiar túnel irreal se abría alrededor de la nave. Con un zumbido, la *Sombra Furtiva* y sus pasajeros saltaron al hiperespacio.

• • •

Nar Shaddaa, también llamada la Luna de los Contrabandistas, la Ciudad Vertical o incluso Pequeña Coruscant. El aprendiz nunca había estado allí, pero había investigado a fondo aquel lugar consultando hologramas históricos y didácticos. Sus bandas criminales y sus extensas redes clandestinas eran famosas en toda la Galaxia, y decenas de miles de personajes de los bajos fondos acudían en masa al satélite en busca de fortunas mal habidas. A pesar de su reducido tamaño en comparación con Nal Hutta, el corrompido planeta que orbitaba, Nar Shaddaa eclipsaba en todos los sentidos los demás mundos pertenecientes al sistema Y'Toub. Docenas de distintas especies lo consideraban su hogar.

El aprendiz no pudo evitar una mueca de desprecio cuando la *Sombra Furtiva* se acercó al satélite. Aquella capital del crimen, famosa por cambiar de bando según sus intereses, intentaba ganarse el favor del Imperio invitando —o tolerando— la presencia de una instalación constructora de cazas TIE en la atmósfera superior. El aprendiz podía imaginar perfectamente los motivos que había tras aquel permiso especial: más dinero y recursos para el sistema, una nueva forma de ofrecer trabajo legal a los pocos que lo necesitaban y la llegada de oficiales potencialmente corruptos dispuestos a dejarse sobornar. Por desgracia para los nativos, la tripulación de la estación estaba formada íntegramente por humanos y la seguridad estaba en manos de una legión entera de tropas de asalto imperiales.

El aprendiz frunció el ceño al recordar las palabras de Lord Vader: «No dejes testigos». Le preocupaba más aquella orden que su primer enfrentamiento con un Jedi fugitivo. A pesar de que, según su maestro, aquella gente quería desafiar al Emperador y arrebatarle el poder, no observó ningún indicio de traición en las tropas y los oficiales que trabajaban al servicio del Imperio. Si no infringían ninguna ley ni tramaban complots contra su maestro, no tenía nada contra ellos. Sin embargo, por primera vez, debería actuar en contra de aquellos cuyo único delito había sido cruzarse en su camino. ¿Acaso era una prueba para comprobar hasta dónde era capaz de llegar para alcanzar su destino? De ser así, juró que no decepcionaría a su maestro. Obedecería sus órdenes y confiaría en su instinto. No iba a fracasar.

A veces creía que jamás sería capaz de obtener el dominio absoluto de la Fuerza y ganarse así el respeto de su maestro, pero conocía la forma de aprovechar su desesperación para alimentar su ira y aumentar sus ansias de poder. Con el tiempo, lo conseguiría. No había nada que no pudiese hacer si lo intentaba con todas sus fuerzas.

Su inquietud aumentó mientras observaba a Juno pilotando la nave hacia la estación. ¿Qué sabía de ella? En realidad, nada. Era un ejemplo casi perfecto del oficial imperial: precisa, eficiente y humana. A su maestro no le preocupaba que la chica no tuviera pelos en la lengua, así que a él tampoco debía preocuparle. Le confiaría los mandos de la *Sombra Furtiva* mientras él cumplía sus misiones y el Emperador ya se ocuparía de ella si fracasaba.

La fábrica de cazas era mucho más grande de lo que parecía de lejos. Era una columna formada por platillos redondos que colgaba por encima de la Ciudad Vertical. Lo que al principio le parecieron luces que centelleaban a lo largo de la superficie, resultaron ser explosiones, según pudo comprobar al acercarse un poco más. Bolas enormes de gas amarillento salían a intervalos irregulares de las ventanas de visualización destrozadas, las puertas de carga estropeadas y los tubos de acceso reventados.

—Esa estación ha sufrido daños muy graves. —Observó Juno con naturalidad mientras buscaba un sitio donde aterrizar.

—No me digas. —El aprendiz se puso a su lado. El ex General Rahm Kota no había perdido el tiempo—. Acércate más.

La *Sombra Furtiva* se deslizó ágilmente entre las llamas. El aprendiz no pudo más que admirar la destreza de Juno para manipular los controles. Mientras la nave se balanceaba y temblaba, ella apretaba la mandíbula con fuerza sin reflejar apenas tensión.

El aprendiz superó las turbulencias con calma y confianza, recreándose con las corrientes de la Fuerza. Había gente que necesitaba paz y tranquilidad para abstraerse de la Galaxia; él había aprendido a aislarse en cualquier situación. De hecho, el ruido le favorecía. Los entornos conflictivos le ayudaban a encontrarse con el Lado Oscuro. La violencia era la meditación perfecta.

—Ahí. —Dijo, señalando—. Parece un hangar abierto.

Ella asintió enérgicamente.

—Está protegido.

—No hay tiempo para hablar de seguridad. —Ni tampoco para explicar que le habían prohibido darse a conocer—. Entra. Yo me encargaré de burlar las defensas.

Con movimientos bien entrenados, activó el armamento de la nave y apuntó a los cañones que protegían el hangar abierto. Esperó a que el sensor automático detectara su presencia y los hiciera girar para apuntar a la *Sombra Furtiva*. Entonces destruyó los cañones con dos disparos precisos y dejó vía libre para el aterrizaje.

Juno no perdió el tiempo. Atravesó el hangar como un rayo y aparcó en un lugar sin escombros. El aprendiz saltó de su asiento antes de que los propulsores de la *Sombra Furtiva* se apagaran.

—Me infiltraré en el ordenador principal y te guiaré a través de las instalaciones. —Dijo Juno, colocándose un pequeño auricular en la oreja derecha—. Tu amigo me ayudará.

El aprendiz no trató de disuadirla, aunque sabía que sus esfuerzos eran innecesarios. Percibía la presencia deslumbrante del Jedi como la luz del sol que lo invade todo tras una tormenta de nieve. Era cierto, Kota quería que lo encontraran.

—Limítate a proteger la nave. —Le dijo a Juno—. Y prepáralo todo para despegar en cuanto regrese. Tendrás que ser rápida.

—Es mi especialidad. —Le respondió ella a través del comunicador de pulsera del aprendiz, el cual se dirigía hacia la rampa de salida abierta. El ambiente olía a humo y a sangre derramada. Aquel olor, sumado a la presencia del Jedi, hizo que su corazón se acelerara. Entrecerró los ojos y abandonó la nave de un salto.

Activó la espada láser antes de que sus pies tocaran el suelo, preparado para esquivar los disparos del contingente enviado a investigar su aterrizaje. La Fuerza guiaba su brazo… no, la Fuerza *era* su brazo. Así era como se sentía. En momentos como ése, era un portador del Lado Oscuro. Fluía en su interior como se desliza el vino por el cuello de una botella, recreándose con su libertad y con la promesa de ser escanciado de nuevo. Su espada dibujaba en el aire líneas luminosas en las que rebotaban los disparos y eran devueltos a sus emisores bajo una lluvia de chispas.

Una docena de hombres y mujeres encasquetados y vestidos con uniformes de combate marrones, que el aprendiz identificó como los rebeldes de Kota, aparecieron en el pasillo de acceso al hangar y bloquearon la puerta que había tras ellos. El aprendiz se abalanzó sobre el grupo enseñando los dientes, deseando atacar. Sus fusiles no estaban ni de lejos a la altura del poder de la Fuerza. Un único empujón bastó para dispersarlos como si fueran soldaditos de plomo. Al primero le atacó con una descarga. Al segundo lo estranguló hasta que perdió el conocimiento. Se deshizo del tercero empotrándolo en la puerta de carga más cercana. Descuartizó a los demás con gestos elegantes, ignorando los gritos de pánico y de dolor.

La puerta se elevó, y tanto los rebeldes como los soldados imperiales se retiraron.

—Que todas las patrullas imperiales mantengan la ofensiva. —Ordenó una voz atronadora a través del intercomunicador—. Que todas las patrullas imperiales mantengan la ofensiva.

El aprendiz sonrió burlonamente y echó a correr por el pasillo para perseguir a su comité de bienvenida.

—¿Me oyes? —Le preguntó Juno por el comunicador.

—Sí.

—Según los informes, los rebeldes de Kota han tomado el puente de mando.

—Allí es adonde me dirijo.

Avanzó pisando los cuerpos y siguiendo las instrucciones de la piloto al pie de la letra.

Su voz tranquila le guió paso a paso hasta un enorme abismo que conducía al extremo superior de las instalaciones. Ella no podía verle, así que no le daba miedo que le pidiera explicaciones acerca de la matanza que estaba provocando entre sus supuestos aliados. Ya se encargaría Lord Vader de ponerla al corriente de la situación, si lo consideraba necesario. Por ahora, Kota era su máxima prioridad.

—Puede que los intrusos utilicen las cadenas de montaje de los cazas TIE como defensa. —Le dijo ella—. Además, mis sensores han detectado explosivos. Ten cuidado.

Le aseguró que así lo haría, incluso cuando esquivó una trampa que los rebeldes de Kota habían instalado en el hueco de un turboelevador. La voz que retumbaba en los intercomunicadores de la estación sonaba cada vez más alarmada.

—Estado de amenaza actualizado. Eliminen a todo el personal no autorizado.

—Se permite el uso de la fuerza excesiva.

—¡Que todos los batallones del nivel K se presenten de inmediato!

—¡Envíen refuerzos a los puestos de seguridad de inmediato!

Se produjo una explosión tan cerca de allí que hizo temblar las paredes y probablemente reventó todas las puertas de carga de aquella planta. En su mente se repetían incesantes las palabras de Juno: «Entonces, vamos directos hacia una trampa». Pero era él quien se metía en la boca del lobo mientras ella permanecía en la nave, a salvo de los rifles BlasTech E-II y de las mediocres armas de los rebeldes.

—Otro escuadrón de guardias de asalto ha alcanzado el hangar número doce. Le informó Juno. —Parece que tendremos ayuda para reconquistar la estación.

—La estación no es nuestro problema. —Pero al Alto Mando Imperial no le hará ninguna gracia perder las cadenas de montaje de los cazas TIE—. No estoy a las órdenes del Alto Mando. Y ahora, cierra el pico. Estoy intentando concentrarme.

Se detuvo encima de una plataforma de montaje de cazas, con la cabeza erguida y la espada láser apuntando hacia adelante. Un pinchazo en la nuca lo advirtió de un nuevo peligro justo cuando un cañón magnético se disparó a su derecha y envió piezas de cazas TIE en todas direcciones. Consiguió esquivar la explosión principal, pero no pudo evitar que pequeñas piezas de metralla se le clavaran en la mano derecha.

—¡Ríndete! —Gritaron los rebeldes—. ¡Tenemos la fábrica!

—¿Quién es ése? —Preguntó uno de ellos—. ¿Una especie de soldado de las sombras?

—No importa, ¡atacadle!

La ira creció en su interior, limpia y pura, eliminando todas las preocupaciones. Saltó por encima de un montón de paneles solares desprendidos y lanzó un torbellino de chatarra hacia el lugar de donde procedían los disparos.

Se oyeron algunos gritos amortiguados por el estruendo de las piezas metálicas al caer. Los rebeldes de Kota abandonaron las cabinas de mando de los TIE que habían utilizado como refugio. Recibió algunos disparos de armas de toda clase, que evidenciaban falta de organización, recursos limitados o ambas cosas a la vez. Esquivó todos los disparos con una rabia controlada y contraatacó con toda la ira que fue capaz de

acumular. No había necesidad de contenerse. Aquellos rebeldes antiimperialistas merecían la máxima represalia.

Cuando el último rebelde quedó enterrado bajo un montón de cascos de aleación de titanio y protectores contra la radiación, examinó con más detalle su equipamiento. Junto con sus armas variopintas y sus armaduras mal emparejadas, los rebeldes llevaban temporizadores para explosivos, y habían estado repartiendo las cargas por toda la planea. El aprendiz se dijo que debía apresurarse antes de que la estación volara por los aires.

Justo en ese momento, otra explosión mucho más fuerte que la anterior sacudió la estructura. Consiguió mantener el equilibrio en la plataforma, pero una oleada de cazas TIE y piezas cayó a su alrededor. Juno le estaba diciendo algo, mas el estruendo del intercomunicador no le permitió escuchar el mensaje entero.

—… los estabilizadores o el motor de repulsión, no sé qué es. No va bien.

—¿Cómo dices? —Preguntó Él—. Repítelo.

—Digo que los insurgentes han dañado gravemente las instalaciones. —Resumió—. Termina pronto, o nos iremos a pique junto con la estación.

—Entendido. —La plataforma todavía se movía bajo sus pies cuando se puso en marcha para salir del área de montaje, bloqueando el acceso con un montón de asientos eyectables y motores desmontados—. ¿Dónde me has dicho que estaba el centro de control?

Juno lo guió a través de la estación inestable. Cualquier infeliz que se encontraba en su camino era empujado sin miramientos por telequinesis. Las puertas se cerraban y las armas se bloqueaban. No tenía tiempo para jugar.

—A todos los escuadrones disponibles, —anunció el intercomunicador— ¡defended inmediatamente los puestos de seguridad! —Y luego agregó—: ¡Están invadiendo los puestos de seguridad! —Y para acabar—. Puente de mando a todos los escuadrones, necesitamos vuestra ayu…

El último aviso fue interrumpido por una ráfaga de disparos de blaster. A continuación, una calma relativa lo invadió todo.

La gravedad era ligeramente menor cuando alcanzó las puertas que, según Juno, conducían al centro de control. Eso significaba que la estación se estaba desmoronando más rápidamente de lo que había calculado. Se detuvo un instante para recuperarse y envolver con una voluntad de hierro su ardiente corazón lleno de rabia, preparándose para enfrentarse al Jedi cuya presencia podía percibir a través de unos cuantos centímetros de duracero.

Entonces, hizo un gesto con un dedo y las pesadas puertas se abrieron deslizándose. Al otro lado había una sala como muchas otras en la Galaxia: fría y metálica, con pantallas rojas que mantenían a la tripulación informada sobre el estado de la estación. Un largo puente elevado conducía al puesto de mando, donde el General Rahm Kota estaba de pie, de espaldas a la puerta, en una postura que revelaba confianza y desprecio a la vez. Ni siquiera había desenfundado su espada láser, que colgaba en diagonal entre sus omoplatos dentro de una funda hecha a medida. Llevaba una capa marrón prendida en

dos hombreras metálicas que reforzaban su presencia física. Era un guerrero hasta la médula, y ostentaba con orgullo sus cicatrices de guerra.

El aprendiz había irrumpido en la sala, listo para atacar, pero tuvo un instante de vacilación. Aquello no era lo que esperaba. Los Jedi eran débiles porque llevaban vidas privilegiadas, pasadas de moda, gastadas. No esperaba encontrar a un soldado.

La voz de Kota, cuando habló, era grave y autoritaria, tal y como la había imitado PROXY.

—Por fin te he obligado a salir de tu escondite —se volvió—. Ordené a mis hombres que redujeran el campo de contención cuando te acercaras y… —Se interrumpió al ver al aprendiz y su rostro reflejó sorpresa.

—¿Un niño? —Con un rápido movimiento desenfundó su espada láser, que brillaba en su mano—. Después de tantos meses atacando objetivos imperiales, ¿Vader envía a un niño para que se enfrente a mí?

Serio y silencioso, el aprendiz se agachó preparándose para el combate. La trampa no iba dirigida a él, sino a su Maestro. Si Kota se sentía decepcionado, el aprendiz se prometió que sería la última emoción que sentiría.

Levantó la mano izquierda y atacó al Jedi renegado con una descarga de rayos Sith, liberando el poder del Lado Oscuro.

Kota se limitó a reír. Levantó la mano izquierda en un movimiento idéntico al que había hecho el aprendiz y desvió la descarga para devolverla a su lugar de origen. El impacto de la energía hizo retroceder a ambos.

El aprendiz abortó el ataque y pestañeó para apartar el humo de sus ojos. Su rabia se incrementó. Fue el primero en tocar tierra tras el retroceso y echó a correr tan pronto hubo recuperado el equilibrio. Se sentía ligero y muy veloz, como una lanza volando hacia su objetivo. Su espada roja dejaba un rastro luminoso en el aire y apuntaba al cuello de Kota.

El general Jedi se agachó y movió su espada verde de arriba a abajo, intentando interceptar al enemigo a su paso. Era un movimiento que el joven había aprendido a esquivar mucho tiempo atrás. Consistía en bajar la cabeza hacia el centro de gravedad y rodar en el aire. Luego, volvía a acercarse a su oponente apoyando el pie en la pared más cercana e impulsándose. Lanzó un ataque por telequinesis intentando derribar a Kota antes de que éste tuviera tiempo de blandir su espada.

Pero Kota interceptó de nuevo las energías de la Fuerza y le devolvió el ataque. Se separaron otra vez.

Con más cautela, el aprendiz se movió en círculos a su alrededor, arrancando trozos de sillas mientras caminaba y arrojándolos a la cabeza de su enemigo. La ira lo impacientaba, pero sabía que era mejor no precipitarse. No había sido humillado. Había comprobado con éxito las defensas de Kota. Ahora sabía que un ataque directo probablemente fracasaría, tenía que buscar otra forma de acercarse al hombre. O de conseguir que el Jedi se acercara a él.

De repente, Kota se movió, atacando con una velocidad asombrosa y un repertorio de golpes furiosos. El aprendiz retrocedía apretando los dientes. «¡Así me gusta!». Las luces verde y roja chocaban mientras él paraba un golpe tras otro, y Kota seguía aproximándose, intentando superar al joven con su determinación y velocidad. El aprendiz retrocedió cuatro pasos y se detuvo. Acercó la espada a su cuerpo para formar una sólida defensa, imitando deliberadamente el estilo Soresu del que Obi-Wan Kenobi siempre fue partidario. Tras darse cuenta de que no iba a conseguir romper el cerco, Kota retrocedió y lo intentó de otra forma: lento y pausado, con movimientos repentinos y devastadoramente rápidos. El aprendiz también logró esquivarlos, atacando a su vez cuando el anciano parecía bajar la guardia.

El duelo se prolongó en la sala de control, que temblaba y vibraba mientras la estación se desmoronaba a su alrededor. El aprendiz lo ignoraba todo (la voz de Juno, las súbitas fluctuaciones de la gravedad, las interminables explosiones, el aumento de la temperatura en el piso de abajo) y concentraba toda su atención en aquel combate a vida o muerte. Kota no lo derrotaría, pero ¿podría Él derrotar a Kota? Debía hacerlo. Prefería irse a pique con la estación a huir y tener que admitir su fracaso. El aprendiz secreto de Darth Vader sabía el destino que le aguardaba si fallaba.

El general era fuerte y astuto, y practicaba movimientos que el aprendiz nunca había visto. Pero era mayor y desconocía el Lado Oscuro de la Fuerza. Intentó atacar dos veces más, esperando que su oponente cometiera algún error o empezara a dar muestras de cansancio, sin embargo, fue él quien empezó a notar los efectos del duelo y era él quien se llevaba los golpes. Al cabo de un rato, su capa estaba hecha jirones y una de sus hombreras metálicas se había teñido de rojo…

El aprendiz lo presionó con renovadas energías. Notaba la proximidad de la victoria y de su poder absoluto. Muy pronto, la espada láser y la cabeza del Jedi serían suyas. Entonces, ¡sería digno de los elogios de su maestro!

Empezó a estrangular al General y mantuvo la presión sobre su cuello, a pesar de que el Jedi se la devolvía y lo estrangulaba a su vez. Estaba preparado para esa eventualidad, había llenado de aire sus pulmones. Sin embargo, el General atenazaba su cuello con una mano, mientras con la otra intentaba librarse de la presión de su oponente. El aprendiz notaba que le ardían los pulmones. Sus ansias de victoria se redoblaron. La oscuridad amenazaba con nublarle la vista, pero él seguía arrojando toda clase de objetos a la cara y las piernas de Kota, atacándole indiscriminadamente.

Al final, una pieza humeante impactó en las rodillas del General. Con un grito de frustración, se tambaleó y se cayó. Tenía la cara amoratada y los ojos abultados. El aprendiz aflojó un poco la presión para que ambos pudieran tomar aire, pero antes de que Kota reaccionara se abalanzó sobre él. Las espadas láser chocaron y quedaron cruzadas, chisporroteando a escasos milímetros de sus rostros.

Kota empujó para alejar la espada roja de su cuerpo; no pudo. El aprendiz examinó sus ojos azules en busca de odio y sólo encontró pesar. Kota se aferró a sus métodos de Jedi hasta el último momento.

—Vader cree que te ha cambiado. —Masculló el anciano—. Pero he visto tu futuro… y Vader no aparece en él. —El aprendiz acercó aún más las espadas a la cara de Kota. La frente del Maestro Jedi estaba cubierta de sudor—. Sólo… sólo percibo… —Una sombra de sorpresa y confusión cambió la expresión de su rostro—. ¿A mí?

El aprendiz empujó las espadas hacia los ojos de Kota. Y de repente, como si de una visión de otro tiempo se tratara, justo el tipo de visión que el aprendiz buscaba en la luz roja de su espada, la cara de Kota se convirtió en la de otro hombre. Tenía el pelo negro y las facciones marcadas, muy parecido a Él mismo.

El General profirió un grito de dolor y el aprendiz creyó oír a un hombre gritando:

—¡Corre!

Retrocedió parpadeando iracundo y pensó que tal vez Kota, desesperado, había utilizado algún insidioso truco mental Jedi como último recurso. Pero en su mente no había ni rastro de enajenación y el general no parecía estar pensando en atacar.

Ciego y agonizante, retrocedió arrastrándose. La espada láser se le escapó de los dedos y cayó en la plataforma con un ruido sordo. El Jedi utilizó la telequinesis para hacer añicos todas las ventanas de visualización del centro de mando. El aprendiz salió volando por los aires. Una violenta ráfaga de viento penetró en la sala, succionando el humo y la metralla del duelo. Kota también fue absorbido por la corriente y cayó en la atmósfera con un grito sofocado. ¿O había saltado?

El aprendiz se dejó arrastrar por el vendaval hacia el agujero que antes fuera la ventana de visualización. Se sujetó a un puntal torcido con una mano, se asomó prudentemente y escrutó el espacio vacío que se abría bajo la estación, con la espada láser preparada para no llevarse una sorpresa de última hora.

El cuerpo de Kota estaba ya muy lejos, con los brazos y piernas abiertos, desapareciendo entre los carriles aéreos de la Ciudad Vertical. Una gran nave de transporte se cruzó en su camino y, acto seguido, el cuerpo desapareció. El aprendiz supuso que habría quedado aplastado como un mosquito en un parabrisas de transpariacero y se obligó a sentir la satisfacción de la misión cumplida.

Pero no lo consiguió.

El General Rahm Kota estaba ciego y gravemente herido. Probablemente no causaría más problemas. Sin embargo, el aprendiz no podía dar por sentado que había muerto hasta que viera con sus propios ojos el cadáver del anciano, y en aquel momento era imposible encontrarlo.

Además, tampoco quería reconocer su fracaso ante Darth Vader.

¿Qué podía hacer?

—Este lugar se derrumbará de un momento a otro. —Le dijo la voz de Juno a través del comunicador—. ¿Has terminado ya?

—En seguida voy. —Con determinación en la mirada y el corazón vacío de triunfo, se apartó de la ventana de visualización y se dirigió hacia la salida. Sólo se detuvo para recoger la espada láser del Maestro Jedi derrotado.

CUATRO

Juno no esperaba un caluroso recibimiento a su llegada, pero aun así se sintió decepcionada. Cuando la *Sombra Furtiva* aterrizó, el hangar secreto estaba desierto. Una misión finalizada con éxito merecía algún tipo de reconocimiento. Incluso después de lo que pasó en Callos…

Apartó aquellos recuerdos de su cabeza. La misión había terminado. ¿Qué más se podía decir? Ella estaba satisfecha con su trabajo —aunque Starkiller no le dedicó ni una sola palabra de agradecimiento cuando llegaron—, y habían sobrevivido para seguir luchando. O para seguir asesinando a caballeros Jedi, si ése era el verdadero objetivo del agente desmañado y taciturno de Lord Vader. Juno había visto una segunda espada láser colgando de su cinto e intuía lo que eso significaba.

Habían sido necesarios miles de soldados clon para exterminar a los Jedi. Ésa era la versión oficial. Por otro lado, se decía que Darth Vader seguía buscando a los últimos supervivientes de aquella extraña secta letal. Cuando su padre le contaba historias de pequeña, se imaginaba a los Jedi como monstruos de cuatro metros que absorbían la sangre de la República. Ahora sabía que todavía existían y que algunos jóvenes se enfrentaban a ellos en solitario.

¿Cómo podían estar al borde de la extinción, aquellos villanos que tiempo atrás esclavizaron la Galaxia?

O… tal vez su nuevo compañero de viaje era mucho más poderoso de lo que parecía. En cuanto tocaron tierra, el aprendiz se levantó y se dirigió hacia la puerta.

Juno se reclinó en su asiento y se masajeó las sienes con las manos. Tenía la piel grasienta y llena de polvo, como si hubiera estado corriendo a través de la humareda y los escombros de la estación de Nar Shaddaa en vez de quedarse observando el caos a través de una cámara de seguridad donde consiguió introducirse. Quería revisar la nave, entrar en el aseo y limpiarse la suciedad.

Llevaba semanas sin sentirse limpia. La voz de Starkiller la sobresaltó y dio un respingo. Creía que ya se había ido.

—Buen trabajo, Juno —la felicitó—. Te dejo a PROXY para que te ayude a hacer la revisión.

—Gracias, pero… —Cuando se volvió, el droide y ella estaban solos en la cabina de mando. PROXY le devolvió la mirada con sus fotorreceptores sin pestañear. Juno no quería reconocer que el droide la incomodaba, así que le dedicó una amplia sonrisa y se levantó.

—Bien, vamos allá. Tengo que escribir un informe antes de descansar, aunque me temo que nadie va a leerlo.

• • •

PROXY demostró ser un ayudante eficiente y discreto. Obedecía órdenes, tomaba decisiones propias e intentaba no estorbar. Eso era mucho más de lo que podía decir de la

mitad de los humanos que habían trabajado con ella desde que se graduó en la Academia Imperial de Corulag. Revisaron juntos la nave en un tiempo récord. No encontraron nada más que unas pequeñas rayadas en la zona de babor y, cerca del sensor de popa, un disparo de pistola láser que había quedado tan amortiguado por los escudos, que apenas habrían podido freír un huevo.

Cuando terminaron, Juno se despidió del droide aconsejándole que se diera un baño de aceite para relajarse y se encaminó hacia su habitación con la excusa de que debía redactar el informe de la misión.

En realidad, no era una excusa. Tenía que entregarle a Lord Vader un informe detallado, tal y como había hecho en misiones anteriores, pero podía esperar una o dos horas, incluso hasta el día siguiente. Sin embargo, lo que se había propuesto hacer era tan importante, que no podía esperar más.

«¿Mi perfil psicológico también está ahí dentro?», le había preguntado al droide antes de partir hacia su primera misión conjunta.

«En realidad, sí —le había dicho el robot—. Pero es información restringida».

Durante el trayecto hacia Nar Shaddaa no había dejado de dar vueltas al asunto. No le sorprendió que existieran archivos de ese tipo en algún lugar de la extensa burocracia de la Marina Imperial. Probablemente todo el mundo estaba fichado, excepto Darth Vader y el Emperador. Lo que le dolía era que los demás hablaran de su perfil. PROXY sabía dónde estaba e incluso podía haberlo leído, según se deducía de sus protestas por tratarse de información «restringida». Un droide con suficiente habilidad para transformarse en un caballero Jedi podía ser también perfectamente capaz de mentir.

Quería saber qué información contenía su perfil. ¿Qué decían de ella los demás? ¿Qué secretos revelaba ese archivo acerca de su vida anterior, su padre y su carrera? ¿Y acerca de Callos?

Con la boca cerrada en una mueca de determinación, llegó a su habitación en la cubierta cuarenta y uno y activó su tableta de datos. Puesto que Darth Vader la había escogido personalmente para las misiones especiales, tenía cierta libertad para acceder a archivos vedados a los oficiales de su rango. Se preguntó si ese privilegio bastaría para localizar y leer el archivo que le interesaba. Sólo había una forma de descubrirlo.

Con mucha cautela, empezó a registrar minuciosamente las bases de datos de la nave.

Los primeros archivos referidos a ella que encontró no contenían nada extraordinario, sólo el expediente resumido que PROXY compartió con Starkiller en el hangar. Leyó el informe por encima y volvió a sumergirse en la base de datos en busca de algún archivo olvidado o ignorado. Encontró más datos aislados. Uno de ellos hablaba de su madre, a quien apenas recordaba. Murió en una escaramuza entre imperialistas e insurgentes que tuvo lugar en su planeta natal. Era profesora. El archivo contenía un holograma que Juno nunca había visto. Era una imagen de su madre con su larga melena rubia recogida en la nuca con un broche de piedra negra. Su mirada transmitía vitalidad y alegría. Parecía demasiado joven para ser madre, y también para estar muerta.

Consultando una lista de los graduados de alto rango de Corulag, encontró su nombre junto con su expediente académico completo. La lista de asignaturas y notas la llenó de orgullo, como siempre, pero sintió a la vez una inexplicable tristeza. Había trabajado muy duro y había obtenido grandes logros para sí misma, pero también para su padre. Era un hombre distante y estricto, sobre todo tras la muerte de su mujer, y siempre había admirado a los que servían al Imperio. Era ingeniero civil y habría podido entrar en la Academia de haber superado las pruebas físicas. Debería estar orgulloso de su hija, que se había graduado con honores y había luchado para conseguir todo lo que él quería. ¿Por qué, entonces, no se presentó a la ceremonia de graduación? No tenía sentido.

Era una vieja herida familiar. Le daba igual que aquellos hechos aparecieran en su perfil. Llevaba muchos años separada de su padre y no le importaba no volver a verle. Aunque últimamente, de noche, cuando yacía sola en su habitación, lejos de sus antiguos compañeros, se preguntaba que habría sido de él. ¿Acabaría siendo una amargada como su padre? ¿Cuántas misiones más como la de Callos tendría que superar antes de olvidar por qué se alistó?

En un pequeño holograma adjunto al último archivo que encontró, su padre la observaba con ojos inexpresivos alrededor de su nariz estrecha y prominente. Cerró aquella ventana con un rápido movimiento del dedo índice.

Aquello no la conducía a ninguna parte. Podía pasarse días enteros buscando archivos donde apareciera su nombre. Tenía que encontrar otra forma de hacerlo.

Se reclinó en su asiento y reflexionó durante unos instantes. Era PROXY quien la había puesto al corriente de la existencia del archivo, así que el droide probablemente sabría dónde estaba y tal vez tendría acceso a su contenido. Si conseguía la información que PROXY había escaneado en los últimos dos días, daría en el blanco.

Llevaba un buen rato buscando. Apenas notaba el cansancio, porque la habían entrenado para aguantar muchas horas en la cabina de mando con todos los sentidos alerta. Ya descansaría luego para recuperar horas de sueño. Sólo tardó unos minutos en encontrar una identificación que parecía pertenecer al droide —no pertenecía al registro oficial pero tenía acceso casi ilimitado— y empezar a rastrearla en la base de datos. Como la mayoría de droides avanzados, PROXY tenía una naturaleza activa y curiosa. Sus inquietudes abarcaban numerosos campos, como la historia, el mantenimiento de repulsares, la astrografía y la psicología. Tardaría toda la noche en encontrar algo útil. Pero no se rindió, decidida a averiguar la opinión que tenían de ella sus superiores después de lo ocurrido en Callos.

La pantalla se iluminó sin previo aviso. Observó la nueva imagen con ojos soñolientos. Era un archivo que había abierto por descuido al que PROXY accedía de vez en cuando. La imagen mostraba un pasillo gris metálico que conducía hacia una pesada puerta de seguridad. El archivo también contenía sonido. Se oía un débil ruido de pasos que procedían del otro lado de la puerta. Alguien caminaba impaciente de un lado a otro de la sala. Su respiración era pesada y rítmica, como si llevara un respirador mecánico.

Una descarga de adrenalina recorrió su cuerpo. Sólo había una persona en toda la Galaxia que respirara así. Se había introducido por error en las habitaciones privadas de Lord Vader. Alargó la mano para interrumpir la conexión antes de que su jefe la descubriera espiándolo, pero antes de completar el movimiento la puerta se abrió con un zumbido y Juno se dejó tentar por la curiosidad.

Starkiller estaba en la puerta. Era el vivo retrato de la impaciencia y la moderación. Era evidente que llevaba un buen rato esperando al Señor Oscuro para hablar con él. Con cuatro pasos rápidos se situó fuera del ángulo de visión de la cámara de seguridad oculta.

Sin terminar de creer que fuera capaz de hacer lo que estaba haciendo, Juno intentó mover la cámara para cambiar el ángulo de visión. La cámara giró y volvió a mostrar a Starkiller y el resto de la sala, tan fría como todas las que había en la guarida secreta de Darth Vader. El Señor Oscuro estaba de pie, de espaldas a la cámara, con la vista fija en el ardiente sol rojo del exterior.

Starkiller se arrodilló ante Vader y aguardó. Parecía muy acostumbrado a aquella situación, aunque apenas podía reprimir la ansiedad que hervía en su interior.

Sin mirarlo, Lord Vader le preguntó:

—¿El maestro Kota está muerto?

Starkiller vaciló antes de responder. Levantó la cabeza considerando la respuesta y luego dijo:

—Sí.

—Su espada láser.

Starkiller desenfundó la segunda espada de su cinto. Vader extendió el brazo sin darse la vuelta del todo. La espada láser del Jedi derrotado voló hacia la mano de Lord Vader como si la hubiera cogido con dedos invisibles.

Juno dejó escapar una exclamación de sorpresa que ahogó tapándose la boca con las manos, temiendo contra toda lógica que el Señor Oscuro pudiera oírla a través de la cámara de seguridad.

Ajeno a la vigilancia de Juno, Darth Vader se volvió hacia el ventanal y examinó la espada láser que tenía entre las manos. Starkiller permanecía inmóvil, como si no le importara pasarse el resto de la noche arrodillado.

Al rato, Vader volvió a hablar.

—Mis espías han localizado a otro Jedi. Kazdan Paratus se esconde en el mundo desguace de Raxus Prime.

—Le haré lo mismo que le hice a Rahm Kota. —Aseguró Starkiller sin vacilar.

«Lo sabía —suspiró Juno, haciéndose a la idea de que no iba a dormir en toda la noche—. El mal nunca descansa». Alargó la mano para cerrar el archivo y prepararse para la llamada a las armas, pero su dedo se detuvo encima del interruptor, incapaz de dejar escapar aquella oportunidad. Estaba en una posición ilegal a la par que privilegiada, y la tentación era demasiado grande.

Vader apartó la mirada de la espada láser y se volvió para mirar al joven arrodillado ante él.

—Kazdan Paratus es mucho más poderoso que tú. —Dijo la figura enmascarada. Juno se estremeció—. No creo que sobrevivas. Pero si cumples tu misión con éxito, te habrás acercado un paso más a tu destino.

Starkiller asintió con vehemencia.

—El Emperador.

—Sí. Sólo juntos podremos vencerle.

—No os fallaré, Lord…

El dedo de Juno pulsó enérgicamente el interruptor de desconexión y se reclinó en su asiento. La aprensión se había convertido en puro terror. ¿Lo había oído bien? ¿El Emperador? ¿Vader y su oscuro aprendiz iban a traicionar al Emperador?

«No», se dijo a sí misma. Se levantó de la silla y empezó a dar vueltas por la pequeña habitación. No podía ser cierto. Tenía que haber algo más detrás de todo aquello. Quizá si seguía escuchando…

Intentó restablecer la conexión, pero se había interrumpido. La pantalla permaneció en blanco, como burlándose de sus miedos.

Darth Vader había sido la mano derecha de Palpatine desde que el Emperador se hizo con el poder. Era inconcebible que se rebelara contra su maestro. Y aunque estuviera barajando aquella posibilidad, ¿qué podían hacer él y su agente contra la Guardia Imperial y los ayudantes, armados hasta los dientes, que seguían al Emperador como su propia sombra? Era una idea absurda. La atribuyó al cansancio y se enfrascó de nuevo en su trabajo como si nada hubiera ocurrido.

No podía entregar a ninguno de los dos con pruebas tan poco sólidas. Si lo intentaba, la matarían sin considerar si su acusación era cierta o falsa.

En ese momento, su comunicador vibró.

—¿Sí? —Respondió como si no hubiera visto ni oído nada.

—Te necesito en la *Sombra Furtiva*. —Le dijo Starkiller, tal y como ella suponía—. Tenemos otra misión.

—En seguida voy.

Se arregló el uniforme y el pelo y se restregó las sombras oscuras que tenía bajo los ojos. Entonces, apagó apresuradamente su tableta de datos y salió de la habitación.

CINCO

El mundo desguace de Raxus Prime se encontraba en la Hegemonía Tion del Borde Exterior, de modo que tanto Juno como Starkiller tendrían tiempo suficiente para descansar e investigar a su objetivo. Juno suspiró aliviada al comprobar que su acompañante parecía tan distraído como ella misma. No dejaba de pedirle a PROXY que le repitiera información que no había oído porque estaba absorto en sus pensamientos. Al final, murmuró una disculpa y se encerró en la pequeña sala de meditación de la nave para reunir energías.

Ella hizo otro tanto, pero a su manera. Reclinó su asiento y apoyó los pies en el panel de control. Por fin había encontrado el momento de echar una cabezadita.

Sin embargo, todo lo que había averiguado en las últimas horas le volvía a la cabeza una y otra vez y no le permitía relajarse. Se obligó por enésima vez a olvidar el asunto de Vader y el Emperador y a concentrarse en la misión que tenían por delante. En vista de que no conseguiría pegar ojo, decidió aprovechar el tiempo pensando en algo útil.

Todo el mundo describía a Kazdan Paratus como una bestia extraña. PROXY no logró imitar su aspecto porque alguien, quizá el viejo maestro paranoico, había borrado de los archivos la descripción física de aquel peculiar Jedi. Algunos fragmentos incompletos de su biografía le atribuían un gran talento para construir droides y lo consideraban el diseñador de varias máquinas únicas con habilidades muy superiores a las de los droides corrientes. En reconocimiento a su magnífico talento, el Concejo Jedi le había nombrado ingeniero oficial del Templo y le ofreció un taller especial en Coruscant.

Las Guerras Clon le permitieron salir del aislamiento para estudiar los ejércitos de droides de la Confederación. La vida en el frente le brindó numerosas oportunidades para examinar los autómatas bélicos, mientras construía droides médicos, de suministro de energía y otras unidades diseñadas para reforzar el ejército clon. Tras una campaña catastrófica, que acabó con la mayoría de sus soldados clon, decidió reunir un contingente improvisado de droides de combate que actuaban bajo sus órdenes. Gracias a aquel diseño casual —o tal vez deliberado— pudo escapar al exterminio cuando se promulgó la Orden 66. Había permanecido escondido desde ese día.

Hasta que apareció en Raxus Prime, un vertedero de basura y residuos industriales. ¿Habría ido allí por necesidad o porque buscaba refugio entre la chatarra? En los archivos no encontró la respuesta.

Por lo menos, no era un general. ¿Hasta qué punto podía ser peligroso un ingeniero de droides? Según Darth Vader, era más poderoso que Starkiller. Juno no entendía por qué. Al fin y al cabo, su acompañante había acabado con el Maestro Jedi Rahm Kota en un santiamén.

Su mente empezó a divagar. Cayó en un sopor a medio camino entre el sueño y la vigilia. Se despertaría con el más mínimo parpadeo en el panel de control, entretanto estaría tranquila. Aunque no descansaba del todo…

«—No tienen defensas —informó a Lord Vader a través del comunicador de su bombardero TIE—. La batalla ha terminado.

»—La batalla está lejos de terminar, Capitana Eclipse. Siga atacando.

»Los dientes le rechinaban mientras sujetaba la palanca de vuelo con ambas manos y sopesaba sus alternativas. Jamás desobedecería una orden directa, pero había que tener en cuenta las consecuencias.

»—Percibo su desaprobación, Capitana. Deme su opinión si cree que debe hacerlo.

»¿Acaso no había adivinado ya lo que pensaba? Se estremeció ante aquella idea.

»—Con todos mis respetos, milord, si prologamos el bombardeo cometeremos un genocidio. Es una matanza innecesaria. Ya los hemos derrotado.

»—Ya que insiste, Capitana, le daré una línea de acción alternativa. Bombardee el reactor planetario, le pasaré las coordenadas. Hágalo sin piedad. Cuando esté inutilizado, daré la misión por terminada.

»En cuanto recibió las coordenadas, exhaló un suspiro de alivio casi imperceptible. Prefería mil veces un objetivo concreto a un bombardeo general.

»—Gracias, Lord Vader.

»—No necesito su gratitud. Lo único que quiero son victorias, Capitana. Eso es todo.

»La comunicación se cortó y Juno transmitió las órdenes al resto del Escuadrón Negro.

»Había ganado una batalla, pero la guerra sería mucho más larga. No podía permitirse pensar demasiado. Preparó la carga explosiva y empezó a descender a través de la atmósfera de Callos, satisfecha por no tener que maltratar mucho más aquel pequeño planeta verde que ya había recibido suficiente daño».

Se despertó con un sobresalto. «Basta», se dijo a sí misma. Torturarse recordando lo que había pasado no arreglaría nada. Si seguía dándole vueltas, acabaría por volverse loca.

Además, ahora tenía cosas más importantes por qué preocuparse. Debía prestar atención a cualquier detalle que le permitiera esclarecer el asunto de Darth Vader, Starkiller, los Jedi y el Emperador.

Unas luces parpadearon en el panel de la *Sombra Furtiva*.

—Dile a tu amo que pronto saldremos del hiperespacio. —Advirtió al droide—. Si esto es una trampa como la de Nar Shaddaa, será mejor que esté preparado.

—Le informaré. —Dijo PROXY mientras ella ajustaba los controles de la nave para preparar la llegada. Cuando Starkiller entró en la cabina de control, Juno siguió trabajando sin levantar la vista.

Las estrellas alargadas del hiperespacio volvieron a la normalidad. La gravedad del planeta atrajo la nave. Los motores sublumínicos restablecieron su rumbo y la orientaron hacia la órbita deseada.

Raxus Prime les dio la bienvenida con el máximo esplendor de decadencia. La superficie gris y sintética del planeta estaba cubierta de metal como la de Nar Shaddaa, pero eso era lo único que ambos mundos tenían en común. Mientras que uno se mantenía

vivo, lleno de luz y de comercio, el otro era un vertedero humeante habitado por carroñeros y escoria. Juno nunca había viajado allí en ninguna de sus anteriores misiones y tampoco había sentido la necesidad de hacerlo. El planeta tenía fama de tóxico.

En seguida entendió por qué. No era sólo por la repugnante atmósfera y las montañas de basura en descomposición. Aquel mundo no era una luna como Nar Shaddaa, era un planeta en toda regla, con un campo magnético extraordinariamente potente. Todas las rutas orbitales estaban llenas de desperdicios, y lo mismo ocurría las complejas líneas del campo magnético que se extendían cerca de la superficie. En esas líneas flotaban fragmentos de hierro, como una triste parodia de los anillos de un gigante gaseoso. La *Sombra Furtiva* avanzaba lentamente junto con otras naves diminutas, automatizadas o pilotadas por un solo tripulante, que buscaban objetos de valor. De vez en cuando, refulgían los láseres, que servían para partir en dos viejas naves o para intimidar a los rivales que se dirigían hacia una baratija de los alrededores.

Allí se encontraba el Núcleo, la inteligencia artificial construida por la República para dirigir el funcionamiento del vertedero. PROXY dijo que intentaría introducirlos en su sistema de identificación cuando estuvieran dentro de su alcance, pero Juno no entendió para qué serviría eso si el Núcleo los atacaba.

No sería una misión sencilla en la que pudiera limitarse a esperar. Sujetó los mandos con más fuerza y se armó de paciencia para pilotar la nave a través de aquella pesadilla aérea.

PROXY había ocupado el asiento del copiloto y estaba sentado a su lado. Starkiller llegó y se quedó de pie tras ellos, evaluando la situación a través del ventanal de la cabina de mando.

—PROXY. —Preguntó—. ¿Has interceptado ya alguna comunicación?

El droide se tocó la frente con su mano metálica e hizo un extraño ruido. Juno levantó la vista. Los fotorreceptores de PROXY parpadearon. Se inclinó hacia adelante como si le doliera la cabeza.

—Demasiadas comunicaciones para descifrar, amo.

Los holoproyectores del droide parpadearon de improviso. Juno se apartó con recelo de una imagen donde aparecían espadas metálicas y cortantes, con brillantes ojos rojos y miembros de insecto. Antes de que pudiera averiguar qué estaba pasando, la imagen desapareció y el droide siguió hablando.

—Oigo a centenares de droides llamando a alguien. —Miró a su amo, que le observó con el ceño fruncido—. Aquí es adonde los droides vienen a morir.

—O a donde los llevan. —Musitó Juno escudriñando las pantallas.

—¿Qué sabes de Kazdan Paratus? —Preguntó Starkiller a PROXY.

—No he captado ninguna pista que nos lleve hasta él.

Los ojos de Juno se abrieron como platos. Reclamó la atención de sus compañeros señalando algo con el dedo índice de la mano derecha.

—¿Y si empezamos por aquí?

Dicho eso, inclinó la nave hacia estribor para mostrarles la estructura que acababa de descubrir.

Cinco esbeltas torres se erigían entre los montones de basura como un tributo irreal al pasado. La torre central era la más alta de las cinco. Tenía una estructura cuadrada cerca de la punta que siempre le había recordado las aletas de los torpedos antiguos. Las otras cuatro eran más sencillas, desprovistas de florituras. A pesar de que estaban hechas de chatarra, sólo había un monumento en toda la Galaxia que tuviera aquella forma inequívoca.

—Es idéntico al antiguo Templo Jedi de Coruscant. —Observó Juno.

Starkiller asintió.

—Acércate tanto como puedas.

Juno escrutó los alrededores a través de una espesa cortina de lluvia de aceite.

—Haré lo que pueda, pero hay muy pocos claros. —La punta del zigurat estaba torcida y parecía peligrosamente inestable—. Tendrás que llegar andando.

La *Sombra Furtiva* oscilaba suavemente mientras atravesaba las rutas magnéticas repletas de basura y sorteaba dos montañas enormes de escombros. Cuanto más se sumergía en la atmósfera, más profunda era la oscuridad del planeta. La luz que emitía había adquirido un tono verdoso. Respirar le resultaba cada vez más difícil.

—Ahí. —Dijo cuando, al fin, encontró un espacio lo bastante grande para aterrizar—. Incluso tenemos vistas al lago.

El lugar donde aterrizaron estaba situado a la orilla de una masa de líquido irregular de las muchas que había en los puntos más elevados de aquel fétido paisaje. No se atrevió a aterrizar por temor a que la superficie relativamente elevada se hundiera bajo el peso de la nave. Se sostuvo en el aire, planeando por encima de la superficie mientras Starkiller se dirigía hacia la rampa.

—Vuela en círculos alrededor del Templo y espera mi señal. —Le ordenó con seriedad.

—Ten cuidado. —Le respondió ella—. El lodo del exterior parece corrosivo.

Esperó hasta que la silueta vestida de negro hubo desaparecido de su vista saltando por encima de los escombros con una agilidad inhumana. Luego, activó los repulsores al máximo y se elevó de nuevo hacia el cielo. Se alegró de alejarse de la superficie. La escotilla había permanecido abierta durante sólo unos segundos, pero un hedor nauseabundo había invadido hasta el último rincón de la nave.

—Cambio y cierro.

SEIS

El aprendiz apenas oyó el ruido de su piloto al despegar mientras corría por el vertedero tóxico que formaba la superficie de Raxus Prime. Estaba muy concentrado y no dejaba que nada lo distrajera: ni la fetidez procedente del lago, ni el terreno accidentado y traicionero, ni el viento silbando a través de las retorcidas agujas y los abruptos puntales del bosque nauseabundo que se abría frente a él. Se mantenía concentrado en su presa: Kazdan Paratus, el ingeniero loco. Tenía que estar loco a la fuerza para querer vivir en un lugar como ése. Cualquier fugitivo, por desesperado que estuviera, buscaría un refugio más acogedor.

Los capiteles del falso Templo Jedi quedaban escondidos tras montañas de porquería. Muchos de los desechos estaban completamente destruidos, pero pudo reconocer fragmentos de cazas, de speeders, depuradores de aire y de agua, paneles solares y antenas parabólicas, entre otros. Allí, en los confines del sistema Raxus, se podía encontrar de todo. La degradación era notable. Lo que no podía ser rediseñado, reconstruido, recuperado ni reciclado esperaba a ser aplastado hasta convertirse en una masa tóxica bajo el peso de montones de desechos que se iban acumulando unos encima de otros. Era una triste imagen de la prodigiosa decadencia de la Galaxia.

Pero el aprendiz no perdía el tiempo pensando en todo aquello. Tenía una misión entre manos que requería toda su habilidad y no quería distraerse. Rahm Kota lo había puesto a prueba, pero había salido victorioso. Kazdan Paratus no podía lanzarle ningún desafío que no pudiera superar. Estaba convencido de ello.

Tampoco quería pensar en el rostro que había visto luchando contra Kota. No significaba nada, sólo había sido un extraño fallo en el programa de su vida. Había crecido bajo la atenta vigilancia de su Señor Oscuro, que había perfeccionado su talento hasta el punto de que ningún Jedi podía vencerlo. Muy pronto estaría a la altura de Darth Vader, preparado para afrontar su desafío máximo: el Emperador.

El rato que había pasado meditando de camino a Raxus Prime, con la vista fija en la luz roja de su espada láser, le había permitido centrarse de nuevo. Había curado sus recientes heridas con parches bacta para que no lo molestaran. No había comido, porque sabía que la comida despertaría otro tipo de hambre en su interior: el hambre de grandeza, muy parecida a la que poseía su oscuro maestro. ¿O tal vez era su maestro quien había sido poseído por el hambre? No importaba. Desde su punto de vista, era lo mismo.

El poder del Lado Oscuro lo invadió. La Fuerza recorría sus venas e hinchaba su corazón de resolución. No fracasaría. Era imposible. Al fin y al cabo, era el aprendiz de Darth Vader.

Oyó la voz de Juno a través del comunicador, que se hacía escuchar por encima de los anuncios del Núcleo con su precisión imperial.

—He detectado actividad cerca de una corbeta accidentada, al norte de tu posición.

—¿Qué clase de actividad?

—No estoy segura. Estamos en la atmósfera superior y hay muchas interferencias. PROXY está interceptando algo que parecen transmisiones de droides que se dirigen hacia allí.

—¿Crees que puede tratarse de un comité de bienvenida?

—Es posible, pero… ¡ah!

Se oyó una explosión de estática seguida de un suspiro de alivio de Juno.

—¿Qué ha pasado? —Le preguntó él.

—Nada. Es que me he acercado demasiado a una de esas rutas magnéticas y un edificio abandonado ha explotado. Lo tengo todo controlado. Tú ocúpate de no ensuciarte demasiado las botas.

El aprendiz torció la boca en una media sonrisa y siguió abriéndose paso a través de pilas inestables de basura, a lo largo de un estrecho que parecía un cañón, con paredes abruptas y suelo pantanoso. Justo después de haber hablado con Juno se percató de un extraño hecho. Entre la basura no había ni un solo fragmento de droide. Si PROXY estaba en lo cierto y aquel vertedero era un cementerio de droides, ¿por qué no había ni rastro de sus cuerpos?

Algo se movió delante de él y redujo la velocidad. Al oír voces, avanzó con más sigilo. No eran voces humanas, sino una mezcla de balbuceos electrónicos y los tonos agudos y líquidos característicos del Rodés. Eran droides y rodianos.

Supuso que las órdenes no habían cambiado tras su última misión:. «No dejes testigos». Activó su espada láser y se mantuvo en guardia.

• • •

El primer droide que encontró era alto y flaco. Tenía un fotorreceptor, un manipulador, un repulsar doble y una célula de energía mal sintonizados y poca cosa más. Estaba tirando de un cable que había quedado atrapado en una pared de basura casi vertical. Cuando su repulsor zumbó, empezaron a desprenderse residuos de la cima, que rebotaban contra su caparazón metálico y le hacían chillar y tambalearse en el aire. Cuando detectó al aprendiz, empezó a tirar con más fuerza y provocó una avalancha general que lo dejó enterrado bajo un enorme montón de basura.

Conmovido por sus esfuerzos, el aprendiz usó la Fuerza para apartar la basura y desenterrar al droide. Antes de recuperar el equilibrio, el robot se balanceó en el aire, desorientado, cogió el cable y se alejó zigzagueando por el cañón y sujetando el cable firmemente con su manipulador…

Pensó que eran carroñeros que probablemente trabajaban para el Núcleo. Decidió que no debía preocuparse por ellos si no interferían en el funcionamiento del planeta vertedero.

Los rodianos eran otro asunto.

—Capitana Eclipse. —Dijo a través de su comunicador.

—Aquí Juno. —Respondió ella de inmediato.

—¿Puedes comprobar si en los archivos imperiales hay alguna referencia a la presencia de carroñeros rodianos en Raxus Prime?

—Accederé a la base de datos.

Mientras ella buscaba la información, el aprendiz encontró a los rodianos revoloteando alrededor de la carcasa de un caza derribado que se encontraba justo en medio de su camino. Era la corbeta que Juno le había mencionado antes. Desde su posición ventajosa en la cima de una tambaleante colina de basura, observó detenidamente a través de los electroprismáticos a los alienígenas de piel verde y a la tribu de los minúsculos jawas, vestidos de marrón, a quienes habían puesto a su servicio, ya fuera mediante sobornos o la amenaza de violencia. Había docenas de ellos y tenían muchos vehículos con orugas para llevarse el botín. Estaban despedazando metro a metro la corbeta coreliana, inutilizada a causa del impacto. Extraían las piezas más delicadas y valiosas antes de que llegaran las máquinas cortadoras. El aprendiz no pudo evitar compararlos con las criaturas que cazaban los whaladones que nadaban hacia el fondo del océano: en cuestión de meses o semanas no quedaría nada de la nave, sólo el cráter que había abierto al chocar contra la superficie.

Pero el aprendiz no tenía meses ni semanas. Cuanto más se demorara en Raxus Prime, más aumentaban las posibilidades de que fuera descubierto.

El caza estaba situado entre él y el Templo y era demasiado grande. Tardaría horas en rodearlo. Sólo tenía dos opciones: pasar por su interior o desplazarlo.

Una sonrisa le iluminó la cara. ¿Por qué tantos reparos? Era el aprendiz de Darth Vader y un servidor del Lado Oscuro. No merecía la pena arrastrarse por miedo a levantar la cabeza.

Juno reanudó la comunicación para darle más detalles.

—Creo que te has cruzado en el camino de Drexl Roosh y su clan. Drexl está en búsqueda y captura por treinta y ocho demandas por fraude, venta de material defectuoso y tráfico ilegal de esclavos.

—Me parece que hemos descubierto de dónde procede la mercancía que vende.

Uno de los rodianos no dejaba de gritar e insultar a los jawas en básico.

—¡Moveos más rápido, escoria! Los droides carroñeros no tardarán en llegar.

Blandió su larga espada con desdén de tirano, sin importarle que pudiera herir a alguien.

—¡Idiotas! Si no hacéis que esos jawas se muevan, ¡aumentaré en diez mil créditos el precio de vuestras cabezas! ¿Me oís?

El aprendiz dedujo que era Drexl. El rodiano de cara morada iba equipado con una mochila de propulsión y una pesada armadura y se pavoneaba dándose aires de importancia. El aprendiz se desplazó hasta otra posición ventajosa y comprobó que la nave todavía tenía uno de sus motores a bordo, un hiperimpulsor que parecía intacto. Perfecto.

Mientras seguía con el reconocimiento, estalló una pelea entre tres droides carroñeros y los rodianos que supervisaban el trabajo de los jawas. Los droides habían tenido la

audacia de intentar introducirse en la carcasa de la gigantesca nave y recibieron una ráfaga de energía como advertencia. Respondieron al ataque con descargas de corriente eléctrica que circulaba a través del suelo del vertedero y por vías conductoras de electricidad. De repente, los rodianos se encontraron en medio de la batalla campal y se escondieron tras una montaña de basura orgánica, mientras que los jawas corrían en busca de refugio. El aprendiz observaba con regocijo el desarrollo de aquella absurda escaramuza. Como era de suponer, la refriega terminó con tres lluvias de fragmentos de droides. Un nuevo hedor se sumó al nauseabundo ambiente.

—¡Idiotas! —Bramó Drexl—. Arreglad este estropicio y encontrad algo que podamos vender, ¡no hace falta que regreséis!

Su mochila despidió una llamarada y el rodiano despegó de la superficie del vertedero. Con un rugido, desapareció en el interior de un túnel que conducía hacia lo más profundo de la infraestructura de Raxus Prime, dejando pequeñas llamaradas en su estela recalentada. El Núcleo anunció fallos en el funcionamiento de droides salvajes y envió otros a investigar.

El aprendiz tomó nota de la advertencia, para evitar cruzarse con los droides a menos que fuera inevitable, y empezó a descender por la basura amontonada.

El centinela rodiano, con los nervios de punta por culpa de la escaramuza con los droides, apenas tuvo tiempo de graznar en su lengua alienígena cuando el aprendiz lo silenció para siempre con un rápido movimiento de su espada.

Corrió hacia el interior de la nave. Habían instalado una rampa para facilitar la tarea de los jawas, que consistía en explotar y desvalijar la corbeta. La rampa subía suavemente hasta una planta derrumbada que había albergado las estancias de la tripulación. Entró corriendo, sin hacer ruido.

Justo en ese momento, se disparó una alarma. No la había activado él, sino un nuevo ataque de los droides, pero provocó el mismo efecto. Todos los carroñeros rodianos se pusieron en guardia. Su misión se complicaba por momentos.

Una horda de jawas pasó a su lado chillando, sus ojos amarillos resplandecían. Los dejó marchar porque no tenía un segundo que perder; siguió avanzando en dirección al hiperimpulsor. Dos rodianos salieron de un agujero abierto en la pared que tenía enfrente, pero no les dio tiempo a desenfundar sus blasters. El aprendiz partió a uno de ellos por la mitad, mientras que el otro retrocedió asustado y se rompió el cuello.

—¿Lo estás pasando bien ahí abajo? —Le preguntó Juno por el comunicador.

—Estoy obteniendo resultados. —Le respondió el aprendiz al divisar su objetivo.

En el suelo, delante de él, se encontraban las turbinas del enorme hiperimpulsor, despojadas de sus carcasas y preparadas para el traslado. Circuitos descubiertos y manojos de cables recorrían las paredes o colgaban flácidos y cortados.

—¿Qué estás consiguiendo exactamente? —Le preguntó ella—. ¿Complicarte la vida?

Él no respondió. La pregunta había sido impertinente, pero tenía razón. El tiempo seguía corriendo. Lo último que quería era quedar atrapado en una pelea entre el grupo de

Drexl y los droides del sistema inmunitario del Núcleo. Cuanto antes alcanzara su objetivo, mejor.

Apareció otro rodiano por el pasillo que quedaba a su espalda y le disparó. Rechazó los disparos con su espada láser y el techo se desplomó, dejándolo atrapado en la sala de acceso al hiperimpulsor. No importaba. Las paredes metálicas estaban muy maltrechas. Cuando terminara, las derribaría en un santiamén.

Se arrodilló ante las turbinas, cogió un manojo de cables con ambas manos e invocó la Fuerza. La energía se manifestó en su interior, tensando sus músculos. Su piel emitió descargas Sith que recorrieron las debilitadas paredes metálicas, el suelo y el techo. A lo lejos oyó gritos. Eran las criaturas que pululaban por la corbeta accidentada, que estaban sufriendo las secuelas de su ataque. Ignoró los gritos y el olor a chamusquina que desprendía su andrajoso uniforme.

«Concéntrate», se dijo a sí mismo. El poder mal dirigido era poder desperdiciado. Apretó los dientes, reunió toda su energía y la recondujo hacia sus manos. Una luz azul resplandeció ante sus ojos y la descarga se introdujo en los cables, que dirigieron la energía hacia las turbinas del hiperimpulsor. Entre crujidos y silbidos, el enorme motor cobró vida. Estaba dañado, descalibrado y apenas se podía controlar. La turbina se puso en marcha, sacudida por la energía propulsora, y tiró con fuerza de los soportes que aún la mantenían unida a la carrocería deformada de la nave.

La cubierta vibraba bajo el aprendiz. Se tambaleó mientras la nave se desplazaba. La corbeta empezó a moverse con un ruido espantoso, abriendo un surco gigantesco en el campo de basura que la rodeaba. El aprendiz se lo imaginaba perfectamente y podía percibirlo a través de la vibrante corriente de la Fuerza. Haciendo funcionar el motor con su descarga, la nave accidentada se apartaba de su camino. Tenía vía libre hacia el Templo.

Cuando consideró que ya se había movido lo bastante, interrumpió el flujo de energía. Pequeñas descargas le recorrían la piel. Se levantó temblando, pero estuvo a punto de caerse porque el motor seguía funcionando descontrolado, alejando la corbeta del lugar del impacto…

No había contado con esa variable. En la turbina quedaba suficiente potencial residual para mantenerla en funcionamiento durante varios segundos. Tenía que abandonar la nave antes de que lo arrastrara demasiado lejos de su objetivo.

Hizo un esfuerzo para abrir un agujero en un lateral de la nave, lo bastante ancho para que pasara un caza Tie. En el exterior se había producido un desprendimiento en la pared del cañón, que provocó una lluvia de basura. De un salto se colgó de un cable y se balanceó fuera del alcance de la porquería. La basura seguía cayendo, arrastrándose por el vertedero de la Galaxia y enviando olas de porquería hacia el exterior.

—¿Estás intentando desviar la atención, Starkiller? —Se burló Juno por el comunicador—. ¿O más bien intentas llamarla?

—Elige la respuesta que prefieras. —Respondió él saltando de cable en cable para regresar al cráter donde había encontrado la corbeta.

Unos cuantos jawas con las túnicas chamuscadas estaban subiendo a sus transportes para recuperar la nave. El aprendiz los ignoró y utilizó las descargas Sith para dejar fuera de combate a una docena de droides que le atacaron blandiendo sus garras eléctricas. Giró a la derecha en dirección al lugar donde estaba la corbeta y siguió avanzando hacia aquella extraña parodia del Templo Jedi.

• • •

La base de la estructura estaba hundida bajo el vasto vertedero de Raxus Prime. El aprendiz entró cautelosamente en el vestíbulo. El suelo estaba compuesto de planchas metálicas alisadas a golpes de martillo y soldadas. Unos tubos de propulsión representaban las columnas de mármol. Líneas de sensores sustituían los marcos de las ventanas y los arcos abovedados del techo estaban formados por las paredes cóncavas de varias cisternas.

El escenario era austero, pero tenía cierta belleza gracias a los tenues rayos de luz que se filtraban por el techo y descendían en diagonal, iluminando las motas de polvo que bailaban lánguidamente en el aire.

A pesar de todo, el edificio rezumaba decadencia y a cada paso que daba el suelo crujía y se movía. De las grietas salían cables. En los rincones se amontonaba la basura, que probablemente había estado allí desde la fundación del Imperio.

Avanzó con sigilo. Percibía la existencia de Kazdan Paratus aunque no sabía con exactitud dónde se encontraba. De repente, uno de los montones de basura se movió y de su interior salió una máquina humanoide construida con las piezas de droide que había echado en falta mientras cruzaba el vertedero.

La caja cerebral de un droide médico FX-8 estaba atornillada a un cuerpo formado por varios tipos de modelos de protocolo obsoletos. Sus miembros eran partes de droides de combate EV y B1, con utensilios y herramientas en las extremidades dignos de un taller. El único fotorreceptor que funcionaba emitía una luz amarilla intensa y furiosa. Sus pasos eran vacilantes, pero había alcanzado una velocidad considerable antes de que el aprendiz le cortara la cabeza de un solo tajo.

Otros dos droides ensamblados surgieron de sus respectivos montones de basura. Había droides reconstruidos activándose en todos los rincones del Templo. El aprendiz se deshizo de ellos fácilmente. Estaba acostumbrado a luchar contra PROXY, de modo que conocía los puntos débiles y las habilidades de los droides, incluso de los que eran capaces de imitar a un Jedi gracias al uso inteligente de las tecnologías repulsoras y a una antigua espada láser de entrenamiento especialmente adaptada. Aquellos droides, cuyas piezas apenas encajaban, eran un juego de niños para él.

Muy pronto el vestíbulo se llenó de los cuerpos convulsos y humeantes de los desafortunados guardianes del Templo. El aprendiz empezó a hartarse de luchar contra un droide tras otro, sin ver el final. Al parecer, había miles.

Desactivó su espada láser e hizo una profunda inspiración. Con una única y poderosa descarga, los envolvió a todos —a los que ya estaban despedazados y a los que se le acercaban amenazándole con sus dedos puntiagudos y sus vibrosierras en alto— y los echó del Templo. Hizo lo mismo con la basura acumulada en el vestíbulo. Siguió empujando hasta que un huracán artificial formado por miles de droides reciclados azotó el desolador paisaje de Raxus Prime.

Tras haber limpiado el vestíbulo, el aprendiz se enderezó. A pesar de que ya no estaba utilizando la Fuerza, un temblor sacudió el suelo del edificio. Algo retumbaba en el interior del Templo, cada vez con más estruendo. Su presencia no había pasado desapercibida.

Un enorme droide irrumpió en el vestíbulo derribando una de las paredes más cercanas. Sus servomotores rugían y blandía las dos vibrohachas más grandes que había visto, una en cada mano. Dio dos pasos en su dirección y sus grandiosos fotorreceptores parpadearon con una hostilidad patente.

—¿Quién osa invadir el Templo Jedi? —La voz tronó desde el interior de su torso acorazado—. ¿Cómo te atreves a desafiar a los Jedi en nuestra propia casa?

Antes de que el aprendiz pudiera aclarar la situación puntualizando que los Jedi ya no existían y que aquel edificio no podía considerarse su casa, el autómata gigante se abalanzó sobre él. Había sido construido a partir del cuerpo de un pesado droide obrero y tenía varios apéndices aparte de los dos que sostenían las hachas. Cada una de sus extremidades estaba remachada con armas de distintos tipos que zumbaban, rugían y chisporroteaban. El estruendo que producían al cargarse era casi más aterrador que su aspecto.

El aprendiz se apartó y perdió pie durante unos instantes cuando el suelo se dobló bajo el peso del coloso. Encendió su espada láser, cortó limpiamente uno de los apéndices de un sablazo y golpeó otro con un puñetazo telequinético. Cuando recuperó el equilibrio, emitió una descarga que impactó en su caparazón oxidado, pero no sirvió para detenerlo.

Una de las vibro-hachas cayó sobre su cabeza mientras que la otra amenazaba con partirlo en dos. Retrocedió justo a tiempo y volvió a la carga dispuesto a atacar cualquier cosa que pareciera un punto débil, antes de que las hachas volvieran a cernirse sobre él. Las extremidades cortadas llovían a su alrededor, tratando de agarrarse a él sacudidas por débiles espasmos eléctricos. Rodó por entre las piernas del gigante, gruesas como troncos, para esquivar otro devastador ataque de las hachas. Mientras se ponía en pie, logró rozar la espalda del gigante con su espada láser.

El vestíbulo se llenó de chispas amarillas. El autómata se volvió entre gruñidos y bramidos tratando de localizar a su atacante. Alargó los brazos hacia él para capturarlo y el aprendiz se los cortó. Se agachó para esquivar las espadas giratorias y siguió dirigiendo descargas ininterrumpidas al enorme surco que le había abierto en la espalda, mientras le arrojaba planchas que arrancaba de las paredes con todas sus fuerzas.

Al fin, el mastodonte empezó a perder energías. Había sufrido graves heridas en el lado izquierdo del cuerpo y había perdido una de las hachas. Retrocedió pesadamente,

dando tumbos por el vestíbulo. Sus fotorreceptores se habían apagado y el agujero que tenía en la nuca no dejaba de chisporrotear. A pesar de que luchaba a ciegas y apenas controlaba sus motivadores principales, intentó matarlo de nuevo. Sus servomotores rugían mientras la única hacha que le quedaba se balanceaba de delante hacia atrás, como si quisiera sorprender a su víctima.

Pataleó el suelo en un intento inútil de desequilibrar al aprendiz. Avanzando a tientas, tropezó con la basura y se tambaleó, inclinándose peligrosamente hacia adelante.

El aprendiz aprovechó la oportunidad para acabar con él.

Volvió a atacarlo con todo el poder de la Fuerza, hasta que el cuerpo del gigante salió disparado hacia la pared más lejana.

Fue tras él por si todavía le quedaban ganas de luchar. Siguió la enorme grieta abierta en la pared del vestíbulo y llegó a un lugar donde nunca pensó que entraría, aunque tan sólo se tratara de una extraña imitación.

En el corazón de aquel Templo Jedi hecho de desperdicios había una Cámara del Alto Consejo con maniquíes que representaban a los Maestros Jedi desaparecidos mucho tiempo atrás.

El aprendiz conocía los nombres de todos ellos, los había grabado en su mente porque eran los enemigos contra los que el Emperador había luchado al final de las Guerras Clon. Estaban sentados en tronos, banquetas o sillas normales y corrientes, según sus gustos o las necesidades de su anatomía. Sus ojos muertos lo contemplaron cuando irrumpió en la sala persiguiendo al autómata.

El cuerpo del monstruo yacía en medio del recinto circular, despidiendo humo y chispas a través de sus articulaciones. Un viento fétido se filtraba por las ventanas rotas, emitiendo un débil gemido. Ante él se abría un paisaje infinito de residuos. El aprendiz se concentró al máximo. Le tocaba mover ficha a Kazdan Paratus. Y cuando lo hiciera, él estaría preparado para enfrentarse al Jedi proscrito.

Entonces, ocurrió algo extraño. El peso muerto del droide reciclado se movió ligeramente. Se oyó un silbido procedente de una grieta en su coraza, que se abrió con un crujido. Emergieron cuatro largos brazos de araña con manipuladores en las puntas que habían pertenecido a cuatro droides diferentes. Los manipuladores agarraron el cuerpo del autómata muerto y una pequeña figura gris quedó iluminada.

—Kazdan Paratus. —Dijo el aprendiz—. Por fin.

El minúsculo ser lo observó con ojos penetrantes y paranoicos. Pertenecía a la especie Aleena. Era bajito y cabezón, tenía los ojos claros y los dedos largos y ágiles. El arnés que sujetaba sus extraños brazos mecánicos le permitía manejar con libertad su espada láser, una lanza de doble filo con un extremo bastante más largo que el otro. La criatura levantó su espada al tiempo que sus brazos se convertían en piernas y lo elevaban hasta alcanzar una estatura humana.

—Escoria Sith. —Susurró con una voz aguda pero cargada de desprecio—. No os preocupéis, Maestros. ¡Os defenderé!

El aprendiz no supo con quién hablaba hasta que los maniquíes profirieron un grito y todos los miembros del Consejo Jedi se levantaron al unísono.

Paratus arremetió contra el aprendiz mientras éste estaba distraído. La lanza le produjo un corte superficial en el antebrazo izquierdo antes de que pudiera rechazar el ataque de aquel extraño ser. Mitad criatura y mitad máquina, el Maestro Jedi renegado controlaba la Fuerza con gran habilidad y era muy rápido. Respondía de inmediato a todos los ataques del aprendiz usando indistintamente ambos filos de su lanza. Las piernas mecánicas del Jedi se adelantaban a todos y cada uno de los movimientos del joven, tanto si atacaba como si retrocedía. Paratus brincaba por la destartalada sala como una araña saltarina enloquecida.

Sin embargo, una vez fuera de la coraza de su droide autómata, el Jedi era mucho más vulnerable a las descargas Sith. La energía que el metal no podía absorber le quemaba la piel y hacía que se retorciera de dolor. El aprendiz atacaba a la pequeña figura con sucesivas descargas y empezaba a creer que aquel combate terminaría antes de haber empezado.

De repente, algo le golpeó por detrás. Perdió la concentración y su espada láser le resbaló de la mano. Se volvió y se agachó para esquivar las extremidades robóticas y un súbito sablazo de la lanza láser. El maniquí de Plo Koon se había levantado de su silla para atacarlo. Blandía un vibrocuchillo en lo que no era más que una burda imitación del célebre estilo de esgrima del Maestro Jedi, fallecido mucho tiempo atrás. Era conocido como El Estilo del Dragón Krayr, pero en manos de un droide hecho por piezas parecía grotesco.

De todos modos, el ataque lo tomó por sorpresa. El aprendiz reconoció la táctica antes de hacer añicos el maniquí y alargar la mano hacia su sable láser. Recuperó la espada justo a tiempo para rechazar otro ataque de Paratus, que ya se había recobrado por completo de la descarga Sith que había recibido.

Aquella vez, el aprendiz estaba preparado para los ataques que pudieran llegarle por detrás. De uno en uno, o por parejas, los maniquís entraban en escena para distraerlo.

Desmembró a Mace Windu y a Coleman Kcaj. Derritió a Kit Fisto. Aplastó a Anakin Skywalker contra Obi-Wan Kenobi y los tiró por la ventana. Lanzó descargas a Ki-Adi-Mundi y también a Saesee Tiin, a Agen Kolar y a Shaak Ti. Decapitó a Stass Allie de un sablazo, despedazó a Adi Gallia. Utilizando la Fuerza, levantó a Yoda y lo arrojó como un misil hacia las extremidades artificiales de Paratus.

Kazdan Paratus gimoteaba cada vez que uno de sus falsos Maestros era derrotado, lamentándose por su pérdida como si estuvieran vivos. Cuando cayó el último, estaba llorando.

El aprendiz capturó al Jedi Aleena con un resistente anillo de Fuerza. Los brazos artificiales de Para tus se desmoronaron, incapaces de aguantar la presión. El aprendiz sostuvo en el aire al diminuto alienígena y lo sacudió de un lado a otro de la sala, aplastándolo contra los marcos de las ventanas y el techo hasta que la cámara empezó a derrumbarse. Se protegió de los escombros; Paratus se llevó la peor parte. El viejo Jedi ya

estaba demasiado debilitado para luchar, pero el aprendiz siguió sacudiéndolo. Recordaba lo que había sucedido con Rahm Kota al final del combate. No sabía de dónde procedía aquella extraña visión, pero no permitiría que se repitiera.

Al fin, las fuerzas del Maestro Jedi se agotaron. El aprendiz lo depositó en el suelo, donde quedó enterrado bajo una avalancha de escombros que caían del techo. Agonizante, se quedó tumbado boca arriba y cerró los ojos.

—Perdonadme, Maestros. —Lamentó—. Os he fallado.

Tras pronunciar esas palabras, murió.

Por un instante, el aprendiz se compadeció de él. No obstan te, pronto se desprendió de la lástima. Aunque estaba loco, Paratus había sido un Jedi. Su libertad había terminado junto con su vida.

En ese momento, un resplandeciente halo de Fuerza surgió del cuerpo del Jedi y rodeó al aprendiz. Brillando y centelleando, desapareció entre las paredes del edificio.

El aprendiz retrocedió un paso, nervioso y preparándose para cualquier cosa.

Pero aquello parecía el final.

Cogió su comunicador.

—He terminado, Juno.

—Te he localizado, Starkiller. Voy a recogerte.

Los motores de la nave rugían muy cerca de allí cuando cruzó el vestíbulo y salió a la superficie del planeta vertedero. La *Sombra Furtiva* descendía con suavidad. Pisó la rampa firmemente y entró en la nave sintiéndose agradecido.

• • •

Mientras se elevaban hacia la órbita, observó el Templo hasta que su ridícula majestuosidad quedó camuflada entre las montañas de basura que lo rodeaban. Habría podido derribar aquel castillo de juguete con un único empujón de la Fuerza. Ojalá para su Maestro hubiera sido tan fácil borrar a los Jedi de la Galaxia. Años después de la Purga, él seguía llevando a cabo la gran obra de su señor. Quizá viviría lo suficiente para verla terminada. O tal vez acababa de matar al último Jedi superviviente. A lo mejor había llegado el momento de que su Maestro lo tratara con el debido respeto.

Se encerró en la penumbra de su sala de meditación para curarse las heridas y recuperar fuerzas. Sin embargo, en lugar de meditar, estuvo una hora arreglando la lanza láser de Kazdan Paratus, que se había partido en dos mientras sacudía al diminuto Maestro de un lado a otro de la sala. En realidad, sólo intentó repararlo. Estuvo trabajando concienzudamente, pero no consiguió reordenar los cristales focales con la lente. Tampoco logró conectar la matriz emisora al conducto de energía. La lanza se había convertido en un desperdicio inútil, como todo lo que había en Raxus Prime.

O tal vez había algo que no le permitía concentrarse.

«¿Será mi nuevo piloto?», se preguntó. Era rápida y eficiente, como debía ser, pero también se esforzaba por ser amable y aquello le estaba afectando más de lo previsto. El

aprendiz la había halagado tras la misión de Nar Shaddaa y se había alegrado de volver a bordo después de matar a Kazdan Paratus. Los seguidores del Lado Oscuro no valoraban los halagos ni la alegría. ¡Que el Emperador se apiadara de él si entablaba una buena relación con la chica!

Se dispuso a enfrentarse a aquel nuevo sentimiento del mismo modo que había hecho frente a muchos otros desafíos. Al mismo tiempo, decidió vigilarla estrechamente. Las buenas relaciones no solían ser unilaterales. Si su simpatía por él aumentaba y no podía reprimir su afán de comunicación, debería tomar cartas en el asunto.

Mientras estudiaba las opciones que tenía si llegaba el momento de actuar, oyó una pesada respiración tras él. Las piezas de la lanza láser se cayeron y se esparcieron por el suelo. El aprendiz percibió una sombra oscura que entraba en la sala. Levantó la vista expectante.

La silueta del Señor Oscuro no tenía rostro, pero el efecto era el mismo.

—Kazdan Paratus está muerto, Maestro.

Aquella cabeza negra como el carbón asintió.

—Pero deberás superar otra prueba antes de enfrentarte a tu destino.

«Otra prueba. ¿Es que siempre habría otra prueba?».

—Estoy preparado, Maestro.

—Has derrotado a un viejo y a un loco. —La voz distorsionada de Darth Vader era como un látigo que azotaba cargado de rabia—. No estarás listo para vencer al Emperador hasta que hayas derrotado a un auténtico Maestro Jedi.

El aprendiz apretó la mandíbula recordando las patéticas imitaciones que había destruido en el falso Templo.

—¿De quién se trata?

—De la Maestro Shaak Ti, una de los últimos del Consejo Jedi. La voz de su maestro traslucía una mezcla de respeto y desprecio. —Está entrenando un ejército en Felucia. Necesitarás todo el poder del Lado Oscuro para acabar con ella. No me decepciones.

—No, Lord Vader. No lo haré.

La sombra negra se esfumó en una nieve estática. El holograma desapareció, dejando al descubierto el cuerpo larguirucho de PROXY. El droide se tambaleó y el aprendiz se apresuró a sujetarlo.

Abandonaron juntos la sala para informar a Juno acerca de su tercera misión, la más letal de todas.

SIETE

Cuando era una adolescente, Juno se imaginaba a sí misma como piloto, esquivando el denso tráfico de las rutas aéreas de Coruscant, llevando a importantes dignatarios a sus reuniones y eliminando a los rebeldes con disparos únicos y certeros de su cañón láser.

Pero surcar el espacio del Borde Exterior en compañía del emisario de Darth Vader y de su droide escacharrado nunca había formado parte de sus planes de futuro. Tampoco se había imaginado bombardeando planetas indefensos o siendo repudiada por su padre.

La vida daba muchas vueltas.

Cuando salieron del hiperespacio, el mundo verde azulado de Felucia apareció suspendido en un vacío infinito. Juno activó el motor sublumínico, ajustó los vectores de aproximación y el planeta ocupó todas las pantallas. Una vez hechos los preparativos, apagó los motores y permitió que la nave se dejara arrastrar por la considerable gravedad del planeta. Allí no había el excesivo tráfico de Raxus Prime o de Nar Shaddaa. Si penetraban la atmósfera con los motores demasiado calientes, la nave brillaría como un cometa.

—Felucia a la vista —anunció. PROXY ocupaba el asiento del copiloto, observando el soporte vital y las transmisiones. Starkiller estaba de pie detrás de ellos, con los brazos cruzados a la altura del pecho y la cara cubierta por una capucha que se había puesto cuando dejaron atrás Raxus Prime. No había dicho casi nada durante el largo viaje. Sólo había despegado los labios para dar órdenes, evitando los intentos de Juno de entablar conversación. A ella le dolió su actitud, porque creía que había conseguido atisbar al hombre que se escondía bajo aquella coraza fuerte y silenciosa, pero se comportó en todo momento con estricta profesionalidad. Su trabajo no requería nada más.

—¿Qué dicen los indicadores? preguntó él.

—No hay ningún poblado —respondió ella escrutando la pantalla de PROXY—, sin embargo, los escáneres detectan señales de vida. Este planeta está superpoblado. No tengo ni idea de dónde se esconden.

—Yo te lo diré.

El vello de la nuca se le erizó. Estiró el cuello para ver lo que estaba haciendo su acompañante y se dio cuenta de que había cerrado los ojos. No obstante, algo más estaba ocurriendo. El aire parecía ganar densidad a su alrededor, como si se estuviera formando un torbellino. Los hoyuelos de sus mejillas se acentuaron y pusieron en relieve las pestañas y la sensualidad de su boca. El corazón de Juno empezó a latir más de prisa.

Hizo una inspiración profunda y volvió a centrarse en los controles. Lo que estuviera haciendo él no era asunto suyo. Su terreno eran las naves y las máquinas, no las extrañas habilidades de Darth Vader y su agente. A pesar de su curiosidad innata, a veces era peligroso saber demasiado. Debía permanecer al margen de todo aquello, sin mostrar ningún interés. «Limítate a hacer tu trabajo, Juno Eclipse».

Starkiller salió de su estado de trance y se inclinó hacia adelante para señalar un punto en un mapa de la consola que ella tenía al lado.

—Aquí, en el ecuador.

—¿Qué es lo que hay exactamente?

Él suspiró. Juno sintió su aliento cálido en la mejilla.

—Déjamelo a mí. Activa el sistema de camuflaje y desciende.

La piloto asintió, esperando que él no hubiera notado el ligero rubor que cubría su rostro, y aceleró la nave.

La *Sombra Furtiva* cruzó la atmósfera superior del planeta sacudida por las turbulencias provocadas por el viento denso y húmedo. Juno sintió una punzada de curiosidad. Antes de la muerte de su madre, a Juno le interesaba la xenobiología, una disciplina que su padre no veía con buenos ojos pero que a ella le parecía fascinante. La Galaxia estaba llena de vida que adoptaba diferentes formas. Habría tardado una eternidad tratando de catalogarlas, sólo para averiguar al terminar que las especies habían evolucionado durante el proceso y habían dado lugar a un sinfín de nuevas formas, obligándola a empezar de nuevo.

Lejos de horrorizada, aquella idea le parecía maravillosa. Le provocaba una emoción parecida a la que sintió al ver los extensos bosques fúngicos de Felucia y sus lagos verdes. El contraste entre aquel mundo, Nar Shaddaa y Raxus Prime la sorprendió. Felucia rebosaba vida en todas sus formas, desde la más pequeña brizna de hierba hasta las setas más grandes que jamás hubiera visto. Las raíces se retorcían en el suelo, y las parras y el moho crecían enredándose en los troncos. Había insectos en todas partes. El aire en la alta atmósfera contenía una cantidad inusual de polen y esporas. Dondequiera que mirase, sólo veía color y más color.

«Magnífico», quiso decir, pero se reservó el comentario.

Los tallos de las setas gigantes se agitaban con violencia mientras la *Sombra Furtiva* se deslizaba volando entre ellos. Intentó evitar en la medida de lo posible el uso de los propulsores; quería provocar el mínimo impacto en aquel bosque ecuatorial. Pero ¿dónde aterrizaría? El suelo era invisible bajo la nave. Starkiller no podía disimular su impaciencia mientras ella buscaba un lugar donde aterrizar. Las únicas superficies planas que vislumbró pertenecían a unas setas gigantes situadas docenas de metros más allá. Parecían duras como piedras.

«¿Por qué no?», se preguntó. Con un movimiento repentino, acercó la *Sombra Furtiva* a las setas y la hizo descender sobre la más cercana.

Con cautela, haciendo pleno uso de sus habilidades, condujo la nave hacia abajo. Cuando la *Sombra Furtiva* se depositó sobre la superficie, la seta gigante se inclinó sin previo aviso. La nave se desplazó y se decantó peligrosamente sobre un lado. Tallos y hojas se agitaron como en plena tormenta. Juno activó los propulsores y cambió de lugar.

Aquella vez, la seta aguantó. Las patas de aterrizaje de la nave se extendieron y se agarraron con fuerza a la superficie esponjosa, donde se balanceó en precario equilibrio en el borde del sombrero gigante. La piloto dio marcha atrás, esperó unos segundos para evitar más sorpresas y apagó el motor sublumínico. Se dejó caer en su asiento, empapada en sudor.

—¡Uf! —suspiró—. Esto no me lo enseñaron en la Academia.

—Abre la rampa —ordenó Starkiller con brusquedad—. Espérame aquí.

—Aquí no tenemos nada que…

—Tú espérame.

—Pero…

Ya se había ido. Juno lo buscó con la mirada y lo vio saltar desde el borde de la seta y correr hacia el bosque con la espada láser encendida.

Suspiró y se secó las manos en el pantalón de su uniforme.

—Bien, PROXY. Volvemos a estar solos.

—Capitana Eclipse. —El droide casi nunca parecía alarmado por el comportamiento de su dueño—. Revisaré todos los sistemas, si usted lo desea.

—No estaría mal. —Se quedó sentada. Continuó frotándose las manos en el pantalón—. ¿Tu amo siempre es así, PROXY?

—¿A qué se refiere, Capitana Eclipse?

—Es temperamental y taciturno. En Raxus Prime le sorprendí sonriendo un par de veces. Pero ahora, nada. ¿Qué le pasará por la cabeza?

—No puedo confiarle ningún detalle de su programación, Capitana Eclipse —dijo el droide mientras la miraba perplejo—. Quizá Lord Vader podría explicárselo mejor. Él es el creador de nuestros sistemas.

Aquella frase la sorprendió.

—¿A qué te refieres? ¿Vader programó a Starkiller?

—Mi amo ha estado bajo la tutela de Lord Vader desde que era un niño.

—Como si fuera su padre —reflexionó Juno.

—Mi amo sólo se refiere a Lord Vader como «Maestro» o «profesor» —la corrigió el droide—. Nunca como «padre».

Aunque pareciera mentira, aquello la tranquilizó. La idea de Vader criando a un niño era demasiado chocante para ser cierta.

—¿Y qué fue de sus verdaderos padres? ¿Dónde nació?

—No lo sé, Capitana Eclipse.

—¿Nunca habla de ellos?

—Me temo que sus primeros recuerdos fueron borrados.

—¿Qué hay de sus amigos?

Tras un instante de vacilación, añadió:

—¿Ha tenido novias?

—Mi amo lleva una vida muy solitaria —le explicó el droide—. Lord Vader dice que el aislamiento es fundamental para su desarrollo.

—¿Qué clase de desarrollo espera de él? —preguntó Juno pensando en las palabras «cazador de Jedis», «loco místico» y «asesino». A ratos le preocupaba la indiferencia con que Starkiller había abandonado las instalaciones de cazas TIE en Nar Shaddaa que se estaban desmoronando.

—Todos nosotros somos sirvientes del Maestro de mi amo. —Le dijo el droide, tal vez para recordarle cuál era su misión principal.

—Tu programación es totalmente exacta en ese sentido, PROXY.

Se levantó del asiento del piloto y se alisó el uniforme.

—Sigue revisando los sistemas. Yo inspeccionaré rápidamente el casco.

—Le ruego que sea prudente. —Le advirtió PROXY—. En Felucia hay muchas formas de vida hostiles hacia los humanos.

—No te preocupes por eso. —Abrió una trampilla y sacó la pistola BlasTech. La enfundó en su pistolera con un experimentado movimiento—. Sé cuidar de mí misma.

—Uno de sus predecesores dijo exactamente lo mismo antes de que un traficante de armas coreliano le disparara por la espalda.

Se detuvo justo antes de abandonar la nave, sin saber si PROXY la había amenazado, se había burlado de ella o, simplemente, le había hecho un comentario inocente. Una parte de ella quería saberlo todo sobre sus siete predecesores, pero otra aún mayor deseaba que PROXY no volviera a mencionar el tema.

—Tú también deberías cuidar de ti mismo, PROXY —Le aconsejó—. Recuerda que el Maestro de tu amo tiene su propio Maestro.

—Sí, Capitana Eclipse.

Bajó de la nave con la cara ardiendo por segunda vez en cuestión de minutos. ¿En qué estaba pensando? Si alguien llegaba a albergar la menor sospecha de que había estado escuchando la conversación que Starkiller y Lord Vader mantuvieron sobre el Emperador, la matarían. Si no lo hacia el chico, sería el droide quien se ocupara de ella. Como había podido comprobar, era un experto espadachín.

Quizá era eso lo que les había ocurrido a los anteriores pilotos.

Llegó al final de la rampa y pisó la superficie esponjosa de la seta gigante. A cada segundo que pasaba se sentía más enfadada consigo misma. Había intentado recuperar el control de la situación, sin embargo, dejar caer indirectas no era la forma más adecuada de hacerlo, aunque fuera el droide quien hubiera empezado. Ella era competente y profesional, y lo había demostrado en numerosas ocasiones. No era el mejor momento para romper con una costumbre de toda la vida.

Finalmente, consiguió tranquilizarse y se dispuso a llevar a cabo la misión que se había propuesto: examinar el casco exterior de la nave por si había sufrido algún daño durante el descenso en picado. El casco estaba en perfecto estado, aparte de unas cuantas manchas provocadas por las plantas, que disparaban balas de savia pegajosas destinadas a derribar insectos voladores. Al ver aquellas manchas, la emoción que había sentido durante el descenso volvió a embargarla. «Vida en abundancia. —Se recordó a sí misma—. Te ayudará a cambiar el curso de tus pensamientos». Y consiguió su objetivo, maravillada ante la diversidad de plantas, setas, insectos, animales y demás habitantes de la selva que se extendía a su alrededor. Algunos eran elásticos y translúcidos. Sus poros abiertos secretaban líquido. Hasta los más corpulentos parecía que fueran a reventar con sólo tocarlos. No obstante, todos tenían colmillos, pinchos y otros métodos de defensa.

Algunos eran vigorosos cazadores, otros eran parásitos. Juno oía los rugidos de depredadores salvajes y el ruido sordo de cuerpos voluminosos desplomándose al suelo, a veces justo debajo de su extraña y precaria pista de aterrizaje.

Cuanto más observaba, más se acordaba de Callos. Nunca había pisado su superficie, pero visto desde la órbita le había parecido un planeta tan verde como Felucia. A lo mejor también tuvo bosques como ése, llenos de vida, ricos y exuberantes. Mientras paseaba por el borde de la seta gigante, se preguntó cuántas especies por identificar habría allí, y cuántas se habrían perdido para siempre en Callos. La familiar oleada de culpabilidad la invadió como un ataque repentino y tuvo que volver a la nave antes de sentirse tentada a saltar desde el borde de la seta.

«Ya que insiste, Capitana —había dicho Vader—. Le daré una línea de acción alternativa».

Jamás olvidaría las imágenes de la explosión del reactor planetario. El Escuadrón Negro había alcanzado el objetivo de su misión con su habitual precisión quirúrgica. Descendieron sobre el horizonte y lanzaron las cargas explosivas antes de que las defensas del reactor pudieran activarse. Todos los disparos habían dado en el blanco, desatando nubes de gases. Si había algún tipo de belleza en la guerra, aquel momento habría sido bonito.

«No necesito su gratitud».

Ahora lo tenía muy claro.

Pero aquello no cambiaba nada.

—He terminado la revisión, Capitana Eclipse. —Le anunció PROXY desde la cabina de mando a través del comunicador—. Los escudos deflectores de popa están ligeramente desalineados.

Juno emitió un gruñido de confirmación. Probablemente la avería se había producido en las rutas magnéticas de Raxus Prime mientras esquivaban bultos aéreos de basura explosiva.

—Voy en seguida, PROXY. Ve a por las herramientas. Tendremos que arreglarlo antes de que vuelva Starkiller.

—Sí, Capitana.

Juno echó un último vistazo a su alrededor para empaparse del paisaje, aunque lo asociara con recuerdos desagradables. En realidad, aquel bosque era frágil a pesar de la mortalidad latente. En apariencia, podía durar miles de años y sobrevivir al mismísimo Emperador, sin embargo, un pequeño empujón hacia el camino incorrecto lo conduciría a la destrucción. Entonces, se pudriría y se marchitaría hasta dejar un espeso lodo de materia orgánica, que sólo serviría para refinarse como aceite o para hacer galletas de proteínas. Si caía en malas manos, en menos de un año Felucia sería el homólogo vegetal de Raxus Prime.

Era mejor que se centrara en la material imperecedera, es decir, las naves como la *Sombra Furtiva* y sus sistemas. Los problemas de la vida y la muerte no se podían arreglar con una llave inglesa, e intentar solucionarlos estaba muy lejos de su alcance.

OCHO

El aprendiz esquivó otro disparo de energía de la Fuerza del guerrero feluciano y le lanzó una descarga Sith que describió una línea irregular a través del espacio que los separaba. El guerrero cayó al suelo, fulminado, pero dos más surgieron de un salto de entre los arbustos que había tras él, blandiendo sus espadas de hueso y aullando en su extraña lengua gutural. Reconoció al más alto porque lo había herido antes, con la diferencia de que ahora sus movimientos eran mucho más ágiles y agresivos. Supuso que el chamán al que había perdonado la vida unos minutos antes habría vuelto sobre sus pasos para curarle las heridas al guerrero. Se prometió que no volvería a cometer el mismo error.

Las espadas de hueso resistían las acometidas de su espada láser, pero el dominio que el aprendiz tenía de la Fuerza superaba con creces el de los guerreros. Se deshizo de ellos con calma y sin demasiado alboroto, esquivando sus tímidos ataques telequinéticos y sus torpes embestidas y reservándose la mayor parte de sus energías para el verdadero enemigo que lo estaba esperando.

Shaak Ti, Maestro Jedi togruta, practicante de las técnicas de esgrima Makashi y Ataru. Era vieja y fuerte, y lo bastante astuta para sobrevivir durante todo ese tiempo. La Orden 66 se había promulgado muchos años atrás, pero seguía vigente en todo el Imperio. El aprendiz se juró a sí mismo que la aplicaría cuanto antes sobre aquella Jedi.

Sin embargo, llegar hasta ella no era tan fácil como había supuesto. Aunque había percibido claramente su presencia desde la órbita en forma de una alteración de la Fuerza, como un cuerpo que deformaba la estructura espacio temporal, no había podido prever los densos flujos que se encontraría en la superficie. La Fuerza recorría la selva entera y la mantenía viva, desde la espora más pequeña hasta el rancor más fuerte, pasando por los felucianos, que también vivían gracias a la Fuerza. En realidad, la Fuerza era tan esencial para ellos como el aire que los humanos respiraban en las atmósferas ricas en oxígeno. Por eso eran tan peligrosos para el aprendiz Sith, que había ido a Felucia para derrocar el régimen de Shaak Ti.

La Jedi había conquistado un mundo que gozaba del equilibrio natural entre ambos lados de la Fuerza y lo había descompensado. Todavía quedaba oscuridad en Felucia, pero estaba reprimida, frustrada, debilitada. El aprendiz debía hacer esfuerzos para despertarla y recordarle cuál era su lugar en el universo. La influencia del Lado Luminoso se había prolongado demasiado. Había llegado el momento de enderezar la situación; la muerte de Shaak Ti volvería a poner cada cosa en su sitio.

Un rancor montado por un jinete feluciano galopaba a través del bosque, pisoteando delicadas formas de vida bajo sus garras y husmeando el rastro de su presa. El aprendiz saltó de seta en seta hasta acercarse lo bastante al jinete. Entonces, saltó encima del rancor blandiendo su espada láser. Todos los guerreros tenían un casco orgánico que les cubría la cabeza desde el cuello. La Fuerza le permitió resistir un poco, pero no fue capaz de aguantar el ataque del aprendiz de Darth Vader. Una vez liquidado el jinete, el joven

fulminó el rancor con una descarga Sith que iluminó sus ojos como los faros del coche de un conductor temerario. Murió con un bramido que retumbó por toda la selva.

El aprendiz bajó del lomo del animal, que se desplomó en el suelo del bosque. Había divisado un punto de referencia en la dirección que seguía. Un estrecho riachuelo cubierto de maleza pasaba por debajo de unas estructuras bulbosas que conservaban un notable parecido con edificios, con la diferencia de que estaban excavados en los tallos de setas gigantes. Los felucianos correteaban por las callejuelas preparando sus defensas y reuniendo sus monturas. Si se estaban preparando para la batalla, no les decepcionaría.

El río serpenteaba a través del bosque, a su derecha. Rodeó el cadáver del rancor para seguir su curso. Mientras caminaba, esquivó otro de los estanques de ácido que ya había visto anteriormente. Su presencia le sorprendió, porque no parecían fruto de la contaminación como los lagos de Raxus Prime. Había aprendido a sortear las burbujas que emergían a la superficie y estallaban con un ruido repulsivo, desprendiendo un hedor que no deseaba recordar.

En la orilla del río, utilizó la Fuerza para atraer a una de las muchas criaturas fluviales de espalda plana que utilizaban los felucianos para desplazarse. Eran semi inteligentes como mucho, pero sus aletas les permitían nadar a una velocidad notable. El aprendiz se sujetó con una mano al caparazón del animal y guió su cuerpo ondulante hacia la ciudad, deteniéndose sólo para lanzar descargas a los guardias felucianos que se cruzaban en su camino.

—Suficiente. —Le dijo a su montura medio sumergida mientras se acercaban a las afueras de la ciudad. El animal se amorró a la orilla del río y el aprendiz saltó a tierra firme, justo al lado de una enorme piedra cónica, un poco más alta que él, que se erguía entre los árboles gelatinosos. Apoyó la mano en ella para recuperar el equilibrio y tuvo ocasión de comprobar que estaba caliente y que no era una piedra. Su confusión aumentó.

Desconcertado, partió en dos el extraño monumento con su espada láser. La mitad superior cayó con estrépito y reveló su interior, compuesto de fibras y materia orgánica. «Hueso —pensó—. Es un diente».

El suelo tembló bajo sus pies, y se sujetó al monumento. Oía los gritos de alarma de los felucianos procedentes de la ciudad.

En su cerebro, un curioso pensamiento empezó a tomar forma.

Decidió ignorarlo y avanzó en dirección a la ciudad con la espada en alto. Se abrió pasó entre la selva cortando la espesa vegetación. Los felucianos intentaron atajarle, pero él les arrojó troncos gigantes para hacerlos retroceder. «¿Habéis visto lo que puedo hacer?». Intentaba demostrarles. «Haré lo mismo con vuestras casas si no me dejáis en paz».

Al parecer, comprendieron el mensaje. No había nadie esperándolo cuando se aproximó a los límites de la ciudad, que se desplegaban a lo largo de uno o dos kilómetros formando un óvalo irregular sembrado de más dientes de aquel misterioso gigante. Un foso lleno de ácido y vegetación muerta se extendía entre los troncos de las setas aglomeradas. Era una eficaz barrera defensiva contra las plagas, pero no contra los

intrusos verdaderamente peligrosos como el aprendiz. Saltó por encima del ácido y partió por la mitad otro diente al aterrizar.

Una nueva sacudida volvió a agitar el subsuelo, que se onduló como si algo se moviera en su interior. Unos tubos largos y curvos, que había identificado como raíces, empezaron a moverse de delante hacia atrás.

Los pocos felucianos que quedaban en las calles huyeron hacia la selva.

—¿Les has ordenado que se fueran, Shaak Ti? —Vociferó. Sentía la presencia de la Maestra Jedi muy cerca. La Fuerza formaba un halo brillante a su alrededor, mas ella permanecía escondida como una luz tras los postigos.

Su voz resonó en la calle vacía. Como única respuesta obtuvo el bramido de una bestia doméstica atada a la base de una alta y esbelta seta. El aprendiz saltó por encima de la muralla y se adentró en la ciudad con la espada láser preparada. Las puertas y ventanas circulares estaban abiertas, invitándolo a entrar. Unas protuberancias bioluminiscentes iluminaban el interior de los edificios con una tenue luz azulada, pero el aprendiz no quiso investigar. Probablemente ahí dentro había montones de créditos o especias exóticas, pero no había venido con ese objetivo.

—¡Shaak Ti! —gritó, mirando a un lado ya otro. Dejó atrás más dientes gigantes mientras se acercaba al centro de la ciudad. Eran más pequeños y limpios que los anteriores. El musgo y los hongos no los habían invadido todavía y los aldeanos los utilizaban como vallas para delimitar jardines y carriles. Aun así, le sorprendió comprobar que las casas se habían construido para albergar las vallas y no al revés, lo cual sólo tenía sentido si los dientes pertenecían a un enorme habitante del subsuelo. ¿Por qué razón, si no, muchos de los dientes estaban colocados mirando hacia adentro, inclinados de modo que podían hacer tropezar o incluso lastimar a un peatón incauto?

Su hipótesis se vio confirmada cuando dobló la última esquina y se encontró en el centro de la ciudad.

Ahí, sentada entre las encías concéntricas de un enorme pozo de sarlacc, sin que le rozaran sus grandes tentáculos ni el filo de sus finos dientes, estaba Shaak Ti. Tenía las piernas cruzadas y los ojos cerrados. Absorta en su meditación, no levantó la vista cuando el aprendiz se acercó. Ni siquiera parecía haberse percatado de su presencia.

Él no se fió de su actitud. Con un golpe de muñeca, arrancó un hongo incrustado en la piel del sarlacc y se lo arrojó a la cabeza.

Ella lo apartó mediante la Fuerza, sin apenas moverse. —Apestas al cobarde de Vader—. Le dijo estirando las piernas y levantándose con pausados movimientos.

Sus protuberancias en forma de cuernos enmarcaban su rostro de piel rojiza como un elaborado tocado. Las manchas blancas que le rodeaban los ojos le daban un aire alarmado, pero el aprendiz no se hizo ilusiones. Sabía que no la había sorprendido. Su indumentaria era igual que la de los felucianos, llevaba un vestido compuesto de huesos y materia vegetal aún viva, a juzgar por el brillo musgoso de su cinturón. El lekku rayado le colgaba por detrás de la espalda. Lo llevaba adornado con lazos y borlas decorativas.

El aprendiz levantó su espada láser a modo de desafío, sin embargo, ella no desenfundó la suya.

—Mi Maestro no es ningún cobarde. —Respondió.

—Entonces, ¿por qué estás aquí en su lugar? —Le preguntó ella con una sonrisa de complicidad—. Bienvenido al Antiguo Abismo, lugar de sacrificio desde tiempos inmemoriales.

Él sonrió y su rabia alimentó el odio que sentía hacia ella y hacia todo lo que representaban los Jedi. Respaldado por el Lado Oscuro, intentó introducirse en la mente del sarlacc y lo presionó para que la atacara.

El monstruo se limitó a rugir. Entonces, se dio cuenta de que se le resistía con la ayuda de la Jedi.

Ella sonrió burlonamente.

—¿Estás listo para enfrentarte a tu destino? Luego, encendió su espada láser y giró en el aire para aproximarse a él, apuntando hacia abajo mientras descendía.

Al mismo tiempo, el aprendiz dio una voltereta hacia atrás y paró el golpe. Le sorprendió la fuerza de la acometida y el impacto lo obligó a retroceder. Su capucha quedó enganchada en uno de los dientes del sarlacc y empezó a tirar de ella con impaciencia antes de que aquel contratiempo mermara sus defensas. La espada láser de Shaak Ti era una mancha azul entre los dos. Intentó protegerse de sus golpes a toda costa hasta que recuperó el equilibrio.

Entonces, saltó. Giró por encima de ella y aterrizó a dos hileras de dientes de distancia de la boca del sarlacc. Desde ahí saltó de nuevo e intentó alejarse de ella para no darle la ventaja de la altura, pero la Jedi se colocó frente a él y le hizo retroceder otra vez con una serie de ataques, tan rápidos que apenas pudo controlarlos.

Desesperado, invocó una descarga Sith y la lanzó hacia abajo, a la encía del sarlacc. La bestia rugió y se agitó hasta tener la abertura que él deseaba. El pie de Shaak Ti resbaló y ella se vio obligada a dar una elegante voltereta en el aire para situarse fuera del alcance de su espada. El aprendiz la siguió.

El duelo se desarrollaba alrededor de los anillos centrales del sarlacc, atacaban y retrocedían con los rugidos de la bestia como telón de fondo. El aprendiz le cortaba los dientes y los arrojaba a la cabeza de su rival. Ella, por su parte, estrechó aún más el control sobre la inteligencia distribuida de la bestia y sus tentáculos reptaron en busca de sus pies. Él los rechazó y siguió luchando.

Ambos intentaban presionar a su rival para que descendiera y se acercara cada vez más al borde de la boca de aquella enorme criatura. El aliento que procedía del interior era nauseabundo, apestaba a comida a medio digerir y a carne podrida. Cuando el sarlacc rugía, una fetidez espantosa caía encima de ellos. Los dientes empezaban a escasear, de modo que el aprendiz tenía que usar descargas Sith y sablazos aleatorios de su espada láser para que el monstruo siguiera agitándose bajo sus pies. El líquido viscoso que rezumaban sus heridas hacía el terreno aún más inestable.

—No podrás aguantar eternamente. —Le espetó a Shaak Ti mientras luchaban.

—Tú tampoco. —Le respondió ella—. Estás desperdiciando demasiada energía.

—El Lado Oscuro es inagotable.

—Tienes una fuerza prodigiosa. —Admitió ella—. Pero te equivocas. La luz y la oscuridad… —Hizo una pausa para intentar asestarle un golpe en la cabeza que estuvo a punto de dar en el blanco—… sólo son direcciones. No te engañes pensando que algo te sustenta aparte de tus pies.

El aprendiz intentó cortarle los pies mientras ella giraba por encima de su cabeza, y uno de los lazos de su cabello salió disparado hacia el pozo de la enorme boca del sarlacc.

—Ahórrate los sermones filosóficos, Jedi. —Gruñó—. Sólo he venido a conseguir tu cabeza.

—Y puede que la consigas. O Yo, la tuya. Después de esas palabras, dio tres sablazos que estuvieron a punto de acabar con él. El primero rozó el hombro izquierdo del aprendiz y le dejó una marca. El segundo le cruzó el pecho en diagonal. El tercero se le habría clavado en el ojo derecho si no lo hubiera evitado en el último instante con un bloqueo telequinético desesperado, que detuvo la espada láser de la Jedi a apenas un milímetro de su piel. Las cejas y las pestañas le ardían. Todo cuanto veía con el ojo derecho era una mancha azul.

Ella dio un respingo y se tambaleó. Shaak Ti miró hacia abajo y depuso su espada. Tenía medio metro de sable rojo clavado en el estómago. El resto zumbaba entre ambos.

El aprendiz retrocedió, horrorizado ante la proximidad de la muerte y agradecido por la suerte que había tenido al derrotarla. Había levantado su espada sin pensar. Ella se había dejado llevar por la desesperación en su último ataque y prácticamente se había abalanzado sobre su espada. Quizá pretendía que se mataran simultáneamente.

El sable láser le resbaló de los dedos sin fuerza y se desactivó con un clic mientras caía dentro de la boca del sarlacc. No parecía enfadada, sólo agotada y dolorida. Su piel rojiza había palidecido de repente.

El aprendiz se le acercó, sin embargo, ella no reaccionó. Se limitó a mirarlo.

—Eres el esclavo de Vader. —Musitó entre jadeos—. Pero junto a él estás desperdiciando tu poder. Podrías llegar a ser alguien mucho mejor.

—Si pretendes convencerme para que traicione a mí Maestro, no lo conseguirás. —Afirmó, asombrado de que la Jedi recurriera a la misma táctica inútil. ¿Era ése el pozo donde los Jedi se habían hundido?

—Pobre chico. —Hizo una mueca de dolor—. Los Sith siempre se traicionan unos a otros. Estoy segura de que lo descubrirás… muy pronto.

Sus ojos reflejaban lástima cuando se quedaron en blanco. Su cuerpo sin vida se desplomó en el interior de la boca del sarlacc. El aprendiz hizo ademán de alargar el brazo para atrapar el cuerpo de la Jedi, pero fue demasiado lento. Un segundo más tarde, se arrepintió de no haberlo intentado con más ímpetu.

Una enorme explosión de energía de la Fuerza lo lanzó por los aires. El sarlacc enloqueció. Sus tentáculos empezaron a caer sobre él y su superficie temblaba violentamente, intentando arrojarlo en sus fauces expectantes. El aprendiz esquivó como

pudo las frenéticas estocadas de los tentáculos y corrió hacia la ciudad en busca de refugio.

Fuera del alcance del sarlacc, se tumbó boca abajo en el suelo. Estaba cubierto de polvo, sangrando y con el cuerpo dolorido, pero estaba vivo. Poco a poco, con mucho cuidado, revisó sus extremidades en busca de rasguños y cortes que pudieran infectarse en el febril ambiente de Felucia. Se tumbó sobre su espalda.

De repente, se dio cuenta de que estaba rodeado de felucianos. Quizá había cincuenta, entre guerreros, chamanes y jinetes montados en sus rancors, padres, hijos y agricultores de setas. Escondían el rostro detrás de sus tocados, de modo que no pudo adivinar sus intenciones. Pero la Fuerza se arremolinaba en torno a ellos y formaba corrientes turbulentas. La muerte de Shaak Ti les había afectado profundamente, tan grande era la influencia que había ejercido en los flujos de energía del planeta.

«No pasa nada», pensó. Ella era la responsable del desequilibrio que sufría aquel mundo. Con su pérdida, quizá el Lado Oscuro conseguiría reafirmarse y se reanudarían los biorritmos naturales.

Uno de los chamanes gruñó algo en la lengua gutural de los felucianos y los demás le respondieron. El aprendiz no tenía ni idea de lo que habían dicho. ¿Lo estaban amenazando o le habían dado las gracias? Mantuvo el pulgar encima del interruptor de su espada láser por si acaso.

Entonces, la muchedumbre dio media vuelta y se alejó. Algunos se internaron en la selva. Otros regresaron a sus casas. En cuestión de segundos, la calle quedó tan vacía como antes. Estaba solo.

Se levantó y echó a correr calle abajo, cojeando ligeramente de la pierna derecha. No le importaba lo que pensaran los felucianos. Había cumplido su misión. Era el momento de volver a casa.

NUEVE

Starkiller regresó a la *Sombra Furtiva* con una euforia contenida, a pesar de que su aspecto era el de alguien que hubiera sufrido el ataque un rancor. Su uniforme de combate estaba desgarrado y sus numerosas heridas sangraban. Pero sus ojos brillaban con una luz que Juno no había visto nunca. Al liquidar a Rahm Kota, se había mostrado introspectivo y reservado, Kazdan Paratus lo había dejado malhumorado. Ahora, su estado de ánimo no se podía describir como triunfal, aunque estaba muy cerca de serlo. Parecía a punto de hacer algo importante y ella intuía de qué se trataba.

En su ausencia y aprovechando que PROXY había salido con la excusa de revisar la reparación del escudo averiado, Juno había encontrado una forma de vigilar la pequeña sala de meditación de la nave. Cuando emprendieron el viaje de vuelta y Starkiller se retiró a meditar con su droide, ella se puso los auriculares y lo espió.

Starkiller se arrodilló en el suelo con la cabeza agachada y las manos cruzadas frente a él, PROXY estaba de pie. Sus generadores holográficos parpadeaban en la penumbra. Emitieron un destello cuando la nave captó una transmisión por HoloNet. El droide aumentó de tamaño de forma inquietante hasta adoptar el aspecto de Darth Vader, envuelto en su capa.

—Infórmame. —Ordenó el sirviente de más confianza del Emperador con su voz apagada.

—He completado la misión, Maestro.

Asintió una vez con su cabeza ovalada.

—Entonces, estás listo para rebelarte junto a mí contra el Emperador. Regresa al *Ejecutor* de inmediato. Por fin controlaremos la Galaxia.

—Sí, Maestro.

La siniestra silueta de Vader parpadeó y se encogió hasta convertirse de nuevo en PROXY. El droide parecía incómodo y algo indispuesto, pero orgulloso a la vez.

—Enhorabuena, amo. Veo que estás a punto de completar tu programa principal.

—Así es. —Starkiller se levantó y colocó las manos sobre los hombros del droide para tranquilizarlo.

—Por fin.

Los fotorreceptores de PROXY brillaron.

—No te preocupes, amo. Seguiré intentando matarte.

Starkiller sonrió con ternura.

—Lo sé, PROXY. No lo dudo.

Ambos se volvieron para regresar a la cabina de mando y Juno cerró la transmisión a toda prisa. Cuando entraron, estaba inclinada sobre los mandos, fingiendo introducir unos ajustes en el hiperimpulsor.

—¿Ya todo bien? —Le preguntó Starkiller.

Juno sintió su penetrante mirada clavada en la nuca. ¿Podía saber lo que le pasaba por la cabeza con sólo mirarla? ¿Podía leer su mente como si fuera un libro abierto?

—Estaba pensando en lo que vamos a hacer a partir de ahora. —Dijo—. Shaak Ti era única. Supongo que todo lo que venga ahora te parecerá pura rutina.

—Matar Jedis nunca es pura rutina. —Puntualizó él—. Pero no creo que siga haciéndolo durante mucho tiempo.

Por su tono de voz, Juno intuyó que estaba sonriendo.

—¿Y qué será de mí? ¿Volveré a pilotar bombarderos estándar cuando ya no me necesites?

—No te preocupes. Puedes estar segura de que hablaré bien de ti.

«Pues gracias», pensó ella.

—Formamos un buen equipo. Es una lástima que no podamos seguir trabajando juntos.

Su preocupación era real. «Es una vergüenza que estés planeando rebelarte contra el Emperador. Vas a obligarme a escoger a quién debo permanecer leal».

Starkiller posó una mano sobre su hombro. Ella no supo decir si con ese gesto quería transmitirle confianza o pedirle silencio.

Lo interpretó como una petición de silencio y la aceptó, aunque sus preocupaciones amenazaban con estallar en su interior si no las compartía con nadie.

Cuando él regresó a la sala de meditación para arreglarse y le dejó a PROXY como ayudante, no se sintió aliviada, sino vacía.

• • •

Aquella sensación aún no la había abandonado cuando la *Sombra Furtiva* salió del hiperespacio en el sistema Carl, donde el *Ejecutor* permanecía escondido en las sombras, a medio construir. No había tomado ninguna decisión durante el largo viaje. ¿Debía permanecer fiel a sus superiores inmediatos o estaba obligada a advertir al Emperador lo que estaban tramando? El dilema le corroía las entrañas, sin embargo, no encontraba respuesta. Llegó la conclusión de que necesitaba más información.

Starkiller y su droide desembarcaron con la evidente intención de informar a su Señor Oscuro. Tan pronto como desaparecieron de su vista, Juno se sintió más angustiada que nunca. Por lo menos, mientras estaban juntos podía vigilarlo. ¿Quién sabía lo que estaría pasando durante su ausencia? Si él caía en desgracia, le arruinaría la vida.

Recordó aquel extraño circuito que había pinchado mientras trataba de localizar su perfil psicológico. Cerró todas las escotillas de la nave para simular que estaba realizando una revisión exhaustiva del casco. Conectó los sistemas de la nave a los del hangar y obtuvo acceso a todas las bases de datos del *Ejecutor*. Acto seguido, empezó a buscar.

No le resultó fácil. Era inútil intentar seguir la misma ruta que había utilizado la noche anterior, porque había dado con el circuito por pura casualidad. Seguro que había varias conexiones con la habitación secreta de Vader. La cuestión era encontrar una que estuviera abierta en ese momento, captar una señal que la llevara a las cámaras de seguridad. Entonces, obtendría más información sobre el complot.

Encontró el acceso por telemetría. Vader estaba observando atentamente una pantalla que mostraba los alrededores del gran sol rojo. Al principio no supo qué estaba pasando.

Empezó a tomar conciencia de la situación al ver una serie de estelas hiperespaciales que ondeaban en el vacío. Tres destructores estelares y una docena de naves más pequeñas procedentes de algún lugar entraban en el espacio real a una velocidad desconcertante.

Un frío glacial se expandió por todo su pecho y le heló el corazón. Con dedos temblorosos, cerró la imagen y pinchó el sistema de seguridad tan rápidamente como pudo.

• • •

El aprendiz permaneció durante un buen rato frente a la enorme puerta que conducía a la estancia de su Maestro, intentando recuperar el autocontrol y centrarse en la Fuerza. La ambición se había apoderado de él. Se veía junto a su Maestro, luchando codo con codo para derrotar al Emperador. Era una escena que había visualizado muchas veces a lo largo de los años. Se vio a sí mismo ataviado con majestuosos ropajes, mientras Lord Vader se convertía en el Emperador Vader y asumía el mando de Coruscant y todos los demás mundos que constituían las joyas de la corona galáctica. ¡Cuántas expectativas había depositado en la Corte Imperial! ¡Cuántos nuevos desafíos y aspiraciones!

Pero su entrenamiento se basaba en un delicado equilibrio entre el deseo de poder y la abnegación. El control era primordial, como en todo lo demás. Quería presentarse ante su Señor Oscuro haciendo gala de su mejor faceta para que no volviera a negarle la materialización de sus sueños.

—¿Hay algún problema, amo? —le preguntó PROXY, que estaba a su lado como de costumbre.

—En absoluto. —Le aseguró él. Se irguió e hizo un gesto con la mano. La enorme puerta se abrió deslizándose. Sofocando una sonrisa, el aprendiz irrumpió con confianza en el sanctasanctórum de Darth Vader.

El repiqueteo de sus botas contra el suelo metálico resonó en aquella sala que le resultaba tan familiar. El sol rojo resplandecía a través del amplio ventanal, pero había algo nuevo en el paisaje: una flota de destructores estelares y naves de soporte se agrupaba alrededor de la nave insignia como carroñeros.

Darth Vader no se inmutó.

—La flota del Emperador ha llegado. —Dijo como única explicación.

El aprendiz sintió un nudo en la garganta. Adelantó a su Maestro para observar a través del ventanal, apoyó la palma de la mano en el grueso transpariacero y sonrió. «El destino».

—Veo que lo has hecho venir. —Dijo en un tono de voz que translucía su nerviosismo—. ¿Cuándo nos sublevaremos?

—Yo no le he avisado.

La voz grave de su Maestro no sonaba alarmada ni permitía sospechar lo que estaba a punto de ocurrir. Con un chasquido inesperado, Darth Vader encendió su espada láser, cuya luz se reflejó en el ventanal junto al orbe solar.

—Sus espías te han seguido hasta aquí.

El aprendiz abrió la boca para protestar, mas cuando hizo ademán de volverse hacia su Maestro, el potente sable se clavó en su espalda. Sus ojos se abrieron con asombro al ver la punta luminosa saliendo de su vientre. El dolor era insoportable, mucho peor de lo que había imaginado.

El filo ardiente de la espada láser desapareció cuando Darth Vader desactivó el arma.

El aprendiz cayó de rodillas con un grito ahogado. La oscuridad amenazaba con nublarle la vista. Resistió con todas sus fuerzas e intentó que la desesperación no se apoderara de él. Aquello tenía que tratarse de un terrible error. No podía estar ocurriendo.

Su Maestro se inclinó sobre él y lo examinó impasible tras la máscara negra. Sin mover la cabeza, le hizo una seña a PROXY.

—Empieza la transmisión.

—Sí, Lord Vader.

PROXY, de pie detrás de su Señor Oscuro, se transformó en la figura encapuchada y sombría del Emperador. Los dos Lores Sith miraron al aprendiz, que jadeaba a sus pies.
—¿Cuál es su voluntad, maestro? —Le preguntó Darth Vader.

—Has olvidado tu lugar, Lord Vader. Has cogido a ese muchacho como aprendiz y me has traicionado.

El Emperador hablaba en un tono severo e hipnótico a la vez. Una mano que parecía más bien una zarpa surgió de la manga de su amplia capa.

—Si no lo matas ahora, os destruiré a los dos.

El aprendiz miró a su Maestro con el rostro transformado en un rictus de dolor. No podía hacer nada para cambiar aquel terrible giro de la situación. No podía levantar la mano contra su Maestro, que lo había criado y educado durante toda su vida. Sin embargo, no estaba dispuesto a morir en silencio.

—¡No, Maestro! —Jadeó, intentando levantarse sin éxito. La oscuridad estrechó aún más el cerco—. ¡Juntos podemos derrotarle!

—Hazlo ahora, Lord Vader. —Insistió el Emperador—. Mátale y demuéstrame tu lealtad.

Darth Vader miró al Emperador y luego al aprendiz, corno si estuviera sopesando dos difíciles alternativas. Finalmente, atacó con la Fuerza, emitiendo una poderosa ola telequinética que estampó al aprendiz contra uno de los ventanales de transpariacero que había tras él. Se resquebrajó con un ruido desgarrador.

—¡Sí, Vader! —Graznó el Emperador—. ¡Mátalo! ¡Mátalo!

Lord Vader sujetaba firmemente al aprendiz con su voluntad. Lo apartó del ventanal. Durante un breve instante, el muchacho pensó que su Maestro había cambiado de opinión y había decidido enfrentarse al Emperador. Pero entonces, lo arrojó de nuevo contra el

transpariacero con la fuerza de un pequeño meteorito. El ventanal estalló en mil pedazos y el vacío glacial del espacio succionó al aprendiz.

Nadie oyó su último grito. La oscuridad y la desesperación volvieron a invadirlo y ya no intentó librarse de ellas. No tenía sentido. Todo había terminado.

• • •

Juno lo vio todo, horrorizada, desde la cabina de mando de la *Sombra Furtiva*, con la boca abierta y los dedos agarrotados sobre los mandos de la nave. Debería haber preparado la nave para despegar, o por lo menos cortar la transmisión que estaba recibiendo de forma ilícita. Más adelante deseó haber reaccionado, pero en ese momento sólo podía seguir observando.

Una estridente alarma se disparó en la estancia del Señor Oscuro. Unas luces iluminaron las paredes metálicas. Vader se sujetó a un punto de apoyo para que el agujero abierto en el ventanal no se cobrara otra víctima, aunque la vorágine no duró mucho. En cuestión de segundos, aunque le pareció una eternidad, una gran reja metálica se deslizó para tapar la abertura del ventanal roto.

La sala volvió a llenarse de aire. El chirrido del respirador de Vader disminuyó.

Palpándose el cuello con su mano enfundada en un guante negro, se volvió hacia el holograma del Emperador y se irguió.

—Ya está. —Dijo en un tono frío y plomizo.

—El aprendiz eres tú, Lord Vader. —Masculló el Emperador—. Eres mi sirviente, tú haces el trabajo sucio. No vuelvas a olvidar cuál es tu lugar.

Vader inclinó la cabeza.

—Entendido, Maestro.

El holograma del Emperador parpadeó y desapareció. PROXY recuperó su aspecto habitual. Parecía aturdido y conmocionado. Vader ignoró al droide y se dirigió hacia uno de los ventanales intactos. Se quedó de pie escrutando el espacio, donde el cuerpo sin vida de su aprendiz había desaparecido rodeado de una nube de fragmentos de transpariacero.

Sin darse cuenta, Juno se había tapado la boca con una mano. Starkiller no había hecho nada más que obedecer órdenes, como hizo ella en Callos. Había sido traicionado, había recibido una puñalada trapera por parte de alguien en quien había depositado toda su confianza. No era justo.

Una puerta se abrió en el hangar y oyó un ruido de pisadas apresuradas hacia la nave. Cerró la conexión demasiado tarde y se dio cuenta de que se había metido en un buen lío. Una patrulla de soldados imperiales de las naves del Emperador había irrumpido en el nido secreto de la *Sombra Furtiva*. Tuvo la certeza de que la buscaban a ella.

Su corazón empezó a martillear dentro del pecho. Se levantó, se alisó el uniforme negro y se aseguró de que tenía el sombrero en su lugar. Cuando hubo comprobado que

tenía la pistola escondida, abrió la rampa. Hizo una inspiración profunda para tranquilizarse y salió de la nave para enfrentarse a su destino.

Segunda Parte

EMPIRICAL

DIEZ

La muerte no era en absoluto como se la había imaginado. La había tenido presente desde el principio, aunque fuera de forma fragmentaria y nublada. Su conciencia iba y volvía en oleadas, empujada por la corriente de una marea indomable. Se hundía y emergía de nuevo según la voluntad caprichosa de fuerzas que no comprendía. Todo lo que podía hacer era dejarse llevar y desear que la muerte no fuera así para siempre.

Sorprendentemente, a pesar de que su cuerpo ya no tenía vida, sentía un dolor que permanecía agazapado en los confines de su existencia como si quisiera recordarle algo importante que había olvidado. ¿Acaso sería una especie de castigo por las acciones que había llevado a cabo a lo largo de su vida? ¿O tal vez los Jedi a los que había vencido se estaban vengando de él desde una posición privilegiada en el Más Allá?

Se dijo a sí mismo que era una idea ridícula. Hubiera o no vida después de la muerte, nadie podía gozar de privilegios. Los dos lados de la Fuerza eran idénticos en cuanto a tamaño, aunque no tuvieran los mismos efectos. Los Jedi ya no podían atormentarlo, del mismo modo que él tampoco podía hacerlo con ellos.

También había voces y visiones. Eran difíciles de identificar. Algunas le resultaban familiares, como la voz de PROXY, que lo calmaba como a un niño, igual que hizo durante muchos años, hasta que el aprendiz fue demasiado mayor para esa clase de manifestaciones afectivas. También vio a Darth Vader, que le presionaba para que aprovechara su miedo en vez de enfrentarse a él, así sería tan fuerte como una montaña.

Algunas de las visiones eran recuerdos. Recordó el día en que le pidió a PROXY que lo encadenara en la oscuridad, sin comer ni beber, hasta que consiguiera reparar una espada láser hecha añicos con la única ayuda de la Fuerza. No lo había logrado, pero justo antes de desfallecer aprendió a despojarse de su cuerpo debilitado y dejar que el Lado Oscuro se apoderara de él. Visualizó aquella escena muchas veces después de que Darth Vader lo matara.

Las imágenes se repetían en ciclos eternos. Sentía la espada láser de su maestro ardiendo en el vientre y el frío del espacio absorbiendo el aire de sus pulmones.

No obstante, en muchas de las visiones veía cosas que nunca había vivido, personas que le resultaban familiares y otras que no, en momentos y lugares que no siempre conseguía identificar.

Vio:

Al General Rahm Kota en el centro de control de la fábrica de cazas TIE en Nar Shaddaa. Sus ojos estaban ilesos y su postura erguida denotaba el orgullo de la reciente victoria. Flanqueado por rebeldes armados y rodeado de cuerpos de soldados imperiales muertos, se desprendió de su espada láser y empezó a dar órdenes.

—Clausurad el centro de control y activad el holoproyector. Ordenad el despliegue de todos los escuadrones y enviadnos a todos los enemigos.

—A la orden. —Los rebeldes echaron a correr en todas direcciones.

—¡General Kota, ya están aquí! —gritó uno de ellos.

Kota se movió rápidamente hacia el holoproyector recién activado, donde había aparecido una imagen parpadeante. Mostraba la Sombra Furtiva *aproximándose. Al verla, el General torció la boca en una sonrisa desdeñosa.*

—Por fin he conseguido que salieras de tu escondite.

Se volvió hacia el rebelde y añadió:

—Reduce el campo de contención del hangar número doce, que todos los hombres se dirijan a sus puestos.

—Entendido, General.

El soldado salió de la sala a paso ligero para cumplir las órdenes.

Vio:

…A Kazdan Paratus deambulando por la Cámara del Alto Consejo con sus cuatro extremidades metálicas. Los ojos blancos de los maestros-maniquíes lo seguían con su extraña mirada.

—No hay forma de descansar. —Resopló—. ¡Ninguno de nosotros puede descansar! ¿Por qué no nos dejan en paz?

Se volvió hacia el maniquí del maestro Yoda, como si aquel montón de chatarra hubiera dicho algo.

—Dime, amigo mío. ¿Qué está pasando? Ah, sí. Tienes razón, apesta a Sith. Pero ¿qué está haciendo aquí? ¿Es que todavía quieren hacerme sufrir más? El paranoico maestro Jedi siguió recorriendo la sala, pasándose la espada láser de una mano a la otra como si estuviera dudando… entre utilizarlo o no.

Luego vio:

A Shaak Ti, en un lugar recóndito de los bosques fúngicos de Felucia. Se protegía los ojos con la mano en forma de visera y observaba la Sombra Furtiva *planeando en el cielo, tan lejos que parecía sólo un puntito negro. Frunció el ceño y miró a una joven zabrak que estaba pie a su lado y observaba con preocupación la llegada de la nave. Unos cuantos guerreros felucianos las protegían, escrutando la espesura sin descanso.*

—¿Darth Vader nos ha encontrado? —preguntó la muchacha con un deje de nerviosismo en la voz.

—Es posible. —Replicó Shaak Ti—. Recoge todas tus cosas y escóndete tal y como acordamos. No vuelvas hasta que te avise.

La muchacha protestó. El enfado le sonrojó el rostro.

—Pero… ¡no puedes obligarme a huir! ¡Déjame luchar a tu lado!

—¿Contra un asesino Sith? Te mataría.

Shaak Ti levantó la mano para acallar sus protestas.

—Por favor, Maris, ve al cementerio y espera mi llamada. Yo sola conduciré a ese asesino al Antiguo Abismo. Muy pronto tendrás ocasión de demostrar tu valía. Con una

mirada glacial y lágrimas rodando por sus mejillas, la chica dio media vuelta y se adentró corriendo en el bosque.

Shaak Ti la observaba mientras desaparecía entre la espesura.

—Que la Fuerza te acompañe, Maris. —Susurró.

Llegó a la conclusión de que era el pasado. Había sido bendecido con el don de la Fuerza y la Fuerza lo veía todo, lo sentía todo y residía en todas las criaturas vivas. Había regresado al origen del río que recorría continuamente la Galaxia, fortaleciéndola y llevándose la muerte a su paso. La corriente lo arrastraba y lo obligaba a enfrentarse a todos los aspectos de su vida. Cuando empezó a comprenderlo, observó el curso de los acontecimientos con más atención.

Sin embargo, algunos fragmentos eran mucho más difíciles de entender. Vio:

A una joven muchacha de mirada triste que se encontraba frente a una gran ventana, contemplando un paisaje de bosques desnudos. A lo lejos, una línea ardiente cruzó el cielo nocturno en dirección a un lugar de la órbita baja donde había un cúmulo de diminutos puntos luminosos. Cerca de allí, un droide astromédico se lamentaba melancólicamente.

A un hombre sucio y harapiento sentado en un rincón de un recinto que parecía hecho exclusivamente de huesos. Una pequeña lámpara de halo brillaba delante de él. Sus manos estaban libres, pero sus muñecas estaban firmemente atadas con esposas eléctricas. Un hedor a carne cruda invadió el ambiente. El hombre hizo una mueca de asco.

A Darth Vader, con su traje acorazado de respiración artificial hecho jirones, de pie entre los restos de un violento combate. El suelo teñido de sangre estaba cubierto de soldados imperiales muertos, rodeados de fragmentos de transparíacero y trozos de metal retorcidos. El antiguo maestro del aprendiz se tocó la sien descubierta, palpó las cicatrices visibles y se tambaleó.

—Está muerto. —Dijo Vader, articulando las palabras con dificultad a través de su respirador averiado.

El Emperador surgió de entre las sombras y se puso a su lado.

—Pues ahora es más poderoso que nunca.

¿Aquello era lo que habría podido ocurrir si le hubiera plantado cara a su maestro en lugar de rendirse sin oponer resistencia mientras su vida entera se desmoronaba? En su agonizante estado semiconsciente, el aprendiz no conocía la respuesta. Se limitaba a mirar, como si estuviera viendo un holograma borroso y fragmentado, esperando que en algún momento, quizá cuando tuviera más piezas del rompecabezas, todo aquello empezara a tener sentido.

Pero las cosas se complicaron aún más. Al otro lado de la luz y la oscuridad, del pasado y el futuro, de la vida y la muerte, apareció la misma cara que había visto

mientras luchaba contra Rahm Kota; la cara de alguien que podría haber sido él dentro de unos años, si hubiera vivido lo suficiente: fuerte y amable, con el pelo negro y afectuosos ojos marrones. De fondo se oía el estruendo de armas y explosiones. Los árboles se rompían y se desplomaban. Una sombra apareció ante sus ojos, como si una nube hubiera cubierto el sol. El ambiente olía a sangre quemada. Oyó un sable láser chisporroteando en contacto con la carne. Una voz gritó:

—¡Corre! ¡Tienes que irte!

Pero no lo hizo. No podía. En aquel extraño sueño no podía moverse. Estaba atrapado dentro de él, prisionero de una especie de conjuro mental. ¿Se trataba de una fantasía o de algo más siniestro? ¿Acaso alguien intentaba decirle algo?

Vio:

En algún lugar no muy lejano, o tal vez en la otra punta del universo, a Juno Eclipse… estaba sufriendo.

ONCE

Cuando por fin despertó no se sintió sorprendido, sino más bien aliviado.

Por lo menos, al principio.

El primer indicio de que había regresado de la muerte llegó cuando la verdadera oscuridad se adueñó de él. Las visiones se esfumaron junto con las voces. Durante un período de tiempo, que le pareció un regalo, no vio ni oyó nada, ni siquiera fue capaz de pensar. Sólo podía descansar y existir.

Entonces, otros ruidos rompieron el pacífico silencio: el zumbido del corte de unas cuchillas, los pitidos graves y los chasquidos de droides, un burbujeo, un chisporroteo que bien podía proceder de un cauterizador y otros ruidos siniestros. Su corazón se disparó al oír el ruido de un respirador, que se superpuso a todos los demás. El débil chasquido entre ciclos respiratorios le resultaba espantosamente familiar.

Una voz artificial habló:

—Lord Vader, está recuperando el conocimiento.

—Mantenedlo inmovilizado hasta que haya terminado.

—Sí, señor.

El antiguo aprendiz se debatió contra unas ataduras invisibles para mover sus extremidades insensibles. El rumor de voces se interrumpió durante un instante para reanudarse luego, esta vez acompañado de luz y sensaciones. Unas correas lo sujetaban boca abajo a una camilla situada en el centro de un quirófano. Había cables y tubos multicolores que surgían de varios puntos de su cuerpo. Estaban conectados a las máquinas oscuras que lo rodeaban y llegaban hasta el techo. Unos droides angulares correteaban a su alrededor, pinchando y pellizcando con sus apéndices afilados.

La familiar silueta de Darth Vader se inclinó sobre él. En ese momento, sin previo aviso, recuperó la sensibilidad en todo el cuerpo.

Forcejeó para librarse de las ataduras que lo sujetaban y gritó con rabia.

—¡Usted!

Sus labios se cubrieron de espuma. Nunca había sentido aquella ira, tan pura que lo cegaba y tan salvaje que lo debilitaba.

—¡Usted me mató!

—No. —Vader se le acercó más y apoyó su mano enguantada en la camilla, como si literalmente quisiera imprimir su gravedad en su antiguo aprendiz.

—El Emperador quería te que matara, pero no lo hice. Te traje hasta aquí para reconstruirte. Si el Emperador supiera que estás vivo, nos mataría a los dos.

El joven escrutó aquella máscara inexpresiva y ladeó la cabeza para aumentar la distancia entre los dos. ¿Era posible? Recordaba nítidamente la traición y el dolor. Visualizó la punta de la espada láser roja de su maestro perforándole el vientre y estuvo a punto de desmayarse otra vez. Aguantó pensando en las últimas palabras de Shaak Ti: «Los Sith siempre se traicionan unos a otros». Estaba seguro de lo que había pasado, sin

embargo, aquella certeza no significaba nada. Tenía que decidir utilizando el cerebro y no de forma visceral.

—¿Por qué? —Inquirió—. ¿Por qué me rescató y se puso en peligro?

—Porque eres la ventaja que necesito para derrocar al Emperador. Me obligó a deshacerme de ti antes de que estuviéramos preparados. Ahora cree que estás muerto. Su ignorancia es tu verdadero poder, si es que quieres utilizarlo.

—¿Y si me niego?

La voz de Darth Vader sonó más amenazante y su silueta se ensombreció aún más.

—En ese caso, morirás. Este laboratorio se autodestruirá y desaparecerás junto con todo el material. No habrá testigos.

«Nunca los hay —pensó—, cuando te interesa». La costumbre de toda una vida obedeciendo sus órdenes le impidió verbalizar sus pensamientos. Cerró los ojos sin saber cuál de las dos opciones era más aterradora: que Darth Vader le estuviera diciendo la verdad, o la posibilidad de que toda su vida hubiera sido una gran mentira.

Notó su pesada respiración aún más cerca. —El Emperador ordenó tu muerte dijo Darth Vader—. Sólo podrás vengarte de él si te unes a mí.

Abrió los ojos y miró fijamente la máscara que ocultaba el rostro del hombre que lo había matado y luego lo había rescatado.

Le restaba una única alternativa que le diera tiempo suficiente para reflexionar acerca de lo ocurrido. Sólo había una decisión que le permitiera cambiar de opinión más adelante. No más que uno de los caminos que se bifurcaban frente a él lo mantendría con vida.

Con una voz carente de emoción, el aprendiz dijo:

—¿Cuál es su voluntad, Maestro?

Darth Vader se irguió, aparentemente satisfecho.

—El Emperador se esconde tras un ejército de espías que controlan todos mis movimientos. Hizo un gesto con una de sus manos enguantadas. Los droides se retiraron y los tubos retrocedieron.

—Hemos de distraerlos.

Pulsó un botón de la camilla.

Las correas que sujetaban al aprendiz se soltaron. Se sentó despacio frotándose las muñecas y echó un vistazo a su cuerpo. Iba vestido con un uniforme nuevo que se parecía bastante al de su maestro, con una piel negra recubriendo la armadura, gruesos guantes y botas. También llevaba un collar. Cerca de él había un droide cirujano de cuyo hombro colgaba una capa negra con una línea roja. Dedujo que era suya. El mismo droide le tendió un sable láser. Tardó un instante en darse cuenta de que no era el que había empuñado durante toda su vida. Su antigua espada láser se había perdido para siempre en el vacío del espacio.

Flexionó los dedos. Se sentía más fuerte y algo distinto. El dolor había desaparecido. Se sentía mejor que nunca, como si hubiera pasado unos cuantos meses en un tanque bacta.

En vez de considerar esa posibilidad, preguntó:

—¿Qué clase de distracción está buscando? ¿Un asesinato?

Su maestro negó enérgicamente.

—Con actos aislados no conseguiríamos distraer la atención del Emperador. Debes reunir un ejército para desafiarlo.

El aprendiz levantó la cabeza.

—Localizarás a los enemigos del Emperador y los convencerás de que quieres derrocar el Imperio. Cuando hayas creado una alianza de rebeldes y disidentes, los utilizaremos para mantener ocupados al Emperador y a sus espías. Si logramos distraer su atención, podremos atacar.

El aprendiz se pasó la mano por el pecho. Sintió el tacto liso de su uniforme como si le hubieran colocado terminaciones nerviosas nuevas. Era un buen plan. Podía funcionar.

—¿Por dónde empiezo?

—Eso depende de ti. Ahora, tu destino te pertenece. Pero debes partir de inmediato. Exceptuando a PROXY, tendrás que deshacerte de cualquier vínculo con tu pasado. Nadie debe saber que todavía trabajas para mí.

Inclinó la cabeza como muestra de acatamiento.

—Sí, maestro.

—Ahora, vete. Y recuerda que el Lado Oscuro siempre está contigo.

La imagen de Darth Vader parpadeó y en su lugar aparecieron los rasgos familiares de PROXY. El droide perdió el equilibrio, pero se estabilizó rápidamente.

—¡PROXY!

—¡Amo! Me alegro de ver que no estás muerto. El droide sonrió de la única forma que podía hacerlo, a través de sus fotorreceptores. —Empezaba a pensar que nunca podría completar mi programa principal y matarte con mis propias manos.

—Estoy seguro de que tendrás tu oportunidad una vez estemos fuera de aquí. PROXY se apartó y empezó a pulsar botones del terminal que tenía más cerca.

—Por cierto, ¿dónde estamos?

—En alguna región inexplorada del sistema Dominus, según creo.

—Pero ¿qué clase de lugar es éste?

—Es el *Empirical*, amo. El laboratorio móvil secreto de Lord Vader. Llevamos seis meses aquí.

PROXY levantó la vista del terminal.

—Lord Vader ha actualizado todos mis protocolos. Antes de matarte, debo hacer todo lo posible para ayudarte a desaparecer. ¿Preparo la *Sombra Furtiva* para el despegue?

El aprendiz intentó pensar. Dobló las manos, maravillándose ante su sorprendente regreso a la vida. Parecía demasiado bueno para ser cierto.

Le asaltó una idea inquietante. Se quitó los guantes rápidamente, primero el derecho y luego el izquierdo, y se tranquilizó al comprobar que sólo había piel Ni materiales sintéticos ni articulaciones artificiales. Sus nudillos se movían como de costumbre, sus

uñas estaban limpias. El único detalle que le sorprendió fue que sus cicatrices habían desaparecido.

Introdujo la mano derecha por debajo de la ropa y la deslizó hasta el vientre, recordando la terrible herida que le había infligido su maestro. Pensó en los estragos que causaba el vacío en los pulmones humanos. Los tanques bacta podían hacer milagros, pero sólo hasta cierto punto.

—¿Amo?

Levantó la vista y parpadeó.

—¿Qué? Vaya. No sabía que la *Sombra Furtiva* también estaba aquí.

—Claro, amo. ¿Cómo pensabas huir si no? —El droide se apartó del terminal. Lo señaló con una mano y dijo—. He accedido al servidor de la nave y he empezado a cumplir las órdenes de Lord Vader.

El aprendiz asintió, distraído por una duda que le corroía súbitamente. PROXY le había dicho que llevaba medio año en la *Empirical*, pero la *Sombra Furtiva* estaba ahí, esperándolo. A lo mejor la nave no era la única que había sobrevivido a la catástrofe provocada por la llegada del Emperador.

—¿Qué ha sido de Juno, PROXY?

—¿Tu piloto? Creo que también está a bordo del *Empirical*. En una celda de seguridad.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—La Capitana Eclipse fue acusada de traición.

PROXY hizo una breve pausa, como si estuviera buscando las palabras más adecuadas.

—Lord Vader te ha dado órdenes explícitas de romper cualquier vínculo con tu pasado. Supongo que no estarás planeando rescatarla.

Irritado, el aprendiz volvió a ponerse los guantes.

—Todavía no tengo nada planeado, PROXY. Vamos a intentar salir de aquí.

—Como desees, amo.

PROXY inclinó la cabeza. Retrocedió hasta el terminal, pulsó un gran botón rojo y se dirigió hacia la puerta.

Una repentina sacudida hizo temblar la cubierta y ambos trastabillaron. El aprendiz se acercó al droide y lo ayudó a levantarse. Inquieto, echó un vistazo alrededor del laboratorio cibernético. De repente, una sirena empezó a aullar.

—¡Alerta! —gritó una voz a través del intercomunicador—. Fallo en los sistemas de navegación. Repito, ¡fallo en los sistemas de navegación!

PROXY tiró del hombro del aprendiz.

—Vámonos, amo. Tenemos que salir de aquí.

Se dio cuenta de que aquello había sido cosa de la reciente actividad del droide. «Son órdenes de Lord Vader —había dicho—. No habrá testigos».

—PROXY, ¿se puede saber qué has hecho?

—He hecho colisionar el *Empirical* con el astro principal del sistema Dominus. —Dijo con naturalidad—. ¿Y qué hay de los tripulantes del *Empirical*?

—Lord Vader ha dicho que nadie debe conocer tu existencia. Ha sido muy claro con respecto a ese detalle.

—Y tú sigues empeñando en matarme.

—No, en absoluto. Todavía no, amo. Tienes tiempo de sobra para llegar a la *Sombra Furtiva*.

El aprendiz sintió una oleada de frustración. PROXY no tenía la culpa. Sólo obedecía órdenes. Pero les había puesto a los dos en una situación muy comprometida.

—De acuerdo, vámonos. No te separes de mí.

—Sí, maestro.

Con sus manos, que le parecían nuevas, el aprendiz encendió la espada láser que le había dado su maestro. Con un sobresalto, se dio cuenta de que era la de Rahm Kota. Era tan verde como la recordaba.

PROXY caminaba un paso por detrás. Decidió ignorar el detalle de la espada y se dirigió hacia la salida.

DOCE

El aullido de una sirena de alarma despertó a Juno de una larga y angustiosa pesadilla en la que se había visto informando acerca de la misión de Callos, pero no a Darth Vader sino a su padre, que se alzaba imponente frente a ella, con su prominente nariz sobresaliendo como el brazo de un patíbulo. Su padre le estaba recriminando su fracaso y ella protestaba diciéndole que la misión había sido un éxito. Había cumplido las órdenes al pie de la letra. «No lo hiciste lo bastante bien. —Decía él—. Nada te sale bien, niña. ¿Cuándo lo aceptarás y dejarás de intentarlo?».

Despertó sobresaltada. Estaba colgando de los magna-grilletes donde los guardias la encadenaban todos los días. Aquella rutina era peor que la tortura. La bajaban cada cinco horas para que caminara diez minutos. Podía refrescarse y beber todo el líquido que pudiera retener en el estómago. A veces le daban comida, pero no siempre. Pasados los diez minutos, la encadenaban de nuevo, con los brazos estirados colgando entre los grilletes y las piernas suspendidas en el aire. Llevaba el mismo uniforme que cuando llegó a… a dondequiera que estuviese.

Los guardias nunca le dirigían la palabra. No obstante, tenía que soportar sus miradas cargadas de desprecio. Una traidora al Imperio no merecía nada mejor. Nadie se explicaba por qué seguía viva. Su existencia les agotaba la paciencia y los recursos. Tenían otras cosas que hacer.

Sin embargo, cumplían las órdenes al pie de la letra, como buenos soldados imperiales, y aquello significaba que alguien, en algún lugar, quería mantener con vida a Juno Eclipse. A lo mejor sólo quería que sufriera antes de morir. Aun así, cada vez que los soldados se le acercaban, Juno creía que le había llegado la hora, que la descolgarían y la matarían ahí mismo, con un único disparo en la cabeza. Por lo menos, pensaba en los momentos de desesperación, la muerte sería un alivio.

Tenía la garganta y los labios resecos. Le dolían la cabeza y los brazos. Tenía los dedos insensibles porque las esposas le apretaban demasiado las muñecas.

Cuando la sirena de alarma se disparó, tuvo que luchar contra el impulso de sucumbir a la desesperación.

—¡Emergencia! —Bramaba una voz a través del intercomunicador de la estación—. Fallo en los sistemas de navegación. Repito, fallo en los sistemas de navegación.

Levantó la cabeza y echó un vistazo a su alrededor. Las otras celdas, que podía ver al otro lado del área de detención de la cárcel, estaban vacías. Los guardias que se ocupaban de ella no estaban. Probablemente habrían ido a investigar lo que había provocado el disparo de la alarma. Si hubiera podido liberarse de las esposas, habría aprovechado la confusión para robar una cápsula de escape y abandonar para siempre aquel lugar.

Y luego, ¿qué?

La invadió una oleada de frustración y forcejeó para librarse de las ataduras. Los músculos se le marcaron en los brazos delgados. Los intentos de fuga anteriores le habían dejado las muñecas llenas de magulladuras. Un día, se dijo a sí misma como en tantas

otras ocasiones, habría una bajada de tensión y los candados se abrirían durante el tiempo justo para escapar. Hasta entonces, era una buena forma de hacer ejercicio. Forcejear y mantener viva la esperanza era mucho mejor que pensar en lo que le había ocurrido o en lo que podía sobrevenirle en un futuro.

La estación temblaba a su alrededor. Se detuvo un instante antes de volver a intentarlo. Fuera lo que fuera lo que estuviera pasando, era grave. Los soldados imperiales se gritaban unos a otros.

—¿Por qué no se abren las puertas?

—¡Tenemos que ir a las cápsulas de escape!

—¡La puerta no acepta los códigos de seguridad!

Se oyó otro aviso con una nueva mala noticia:

—Brecha de seguridad en el sector nueve. El Sujeto Zeta ha huido. ¡Disparad a muerte!

—Tenemos problemas. —Informó uno de sus antiguos guardias. A pesar de que hablaba a través del comunicador, Juno percibió el miedo en su voz.

No sabía qué o quién era el Sujeto Zeta, pero tenía muy claro que no iba a estar ahí colgada como una rata womp muerta cuando esa criatura la encontrase.

Siguió debatiéndose contra los candados y le pareció que uno de ellos empezaba a ceder.

Dos soldados aparecieron en su campo de visión con las armas preparadas. No la apuntaban a ella, sino al fondo del corredor.

—Olvídate de la prisionera. —Dijo uno—. Tenemos que largarnos de aquí.

—¿Y qué hay del otro?

—Lo dejaremos morir con el resto de los experimentos.

Intentaron derribar a puñetazos la puerta del compartimento estanco contiguo a la zona de las celdas y tampoco lo consiguieron. La antecámara estaba cerrada a cal y canto. Abandonaron aquella tarea inútil y se fueron corriendo por donde habían llegado. En el corredor resonaban gritos y disparos de blaster.

Juno reanudó su intento de fuga. Las esposas no se habían movido ni un milímetro. Le había parecido que estaban cediendo, pero era por la sangre que le chorreaba de la muñeca derecha y lubricaba las ataduras. Siguió forcejeando, haciendo caso omiso al dolor. Las cerraduras seguían siendo tan sólidas como de costumbre.

—«Los sistemas de seguridad del *Empirical* están desactivados. —Anunció el intercomunicador—. Se aconseja a todos los soldados imperiales que derriben las puertas de carga y se dirijan a las cápsulas de escape».

La nave se agitaba a su alrededor y el intercomunicador volvió a vibrar en un tono más angustiado.

—«Todas las cápsulas de escape han sido lanzadas… vacías. Esperen más órdenes. ¿Qué?». El emisor debió de darse la vuelta con el micrófono abierto.

—«¿Quién ha sido el idiota que ha dado esa orden?».

La transmisión se interrumpió con un clic que quedó ahogado por los disparos y el temblor de la estación. Los gritos agonizantes de los soldados imperiales le daban más fuerzas que nunca para huir antes de que la encontrara el asesino, pero ya lo había intentado de todas las maneras.

Agotada, se dejó caer colgando de las cadenas. El aire apestaba a humo y a sangre. Además, el aumento de la temperatura no presagiaba nada bueno. Una simple turbulencia no podía doblar las paredes. Si se había producido un gravísimo error y la estación había modificado su órbita, aquellos desajustes podían proceder de la expansión térmica, que no era peligrosa por sí misma pero podía ser letal si se acercaban demasiado a la fuente de calor.

Ejecutada, asesinada por aquella cosa que había huido del laboratorio de Darth Vader o quemada viva; esas tres opciones parecían ser lo único que le deparaba el futuro. Así era como acabaría tras los años de leal servicio al Imperio y después de todo lo que había hecho en su nombre, a pesar del extraño concepto que Palpatine tenía de la justicia y el bienestar público. Sus sueños de ascenso se desmoronaron. Su vida estaba arruinada.

Se preguntó qué pensaría su padre de ella si pudiera verla y escuchar su versión de la historia. ¿Qué clase de fe podía tener en un sistema que la había acusado sin ninguna razón? ¿Qué le debía a un Emperador que la había condenado por obedecer órdenes?

Pero Juno sabía que nunca podría convencerlo para que creyera la verdad, del mismo modo que nunca podría hablarle de las dudas que la habían asaltado después de lo ocurrido en Callos, y no sólo por la actuación de Vader. Oficialmente, su madre fue asesinada durante una escaramuza. ¿Y si el Imperio hubiera arrasado Corulag como el Escuadrón Negro lo había hecho en Callos?

Por enésima vez, vio sus bombas impactando en el reactor planetario y las brillantes explosiones que iluminaron la selva. Al ascender de nuevo para escapar, se dio cuenta de la reacción en cadena que había provocado con sus descargas. El reactor siniestrado escupía agentes contaminantes en la atmósfera y vertía megalitros de sustancias químicas cáusticas, que procedían de enormes almacenes subterráneos e iban a parar a los canales de agua. Prácticamente llegó a ver la superficie viva de Callos retroceder ante el veneno que había liberado inconscientemente. Sintió frío y náuseas subiéndole por la garganta.

Aquella sensación se intensificó a su llegada a la nave base. Mientras los pilotos del Escuadrón Negro intercambiaban efusivas muestras de camaradería, ella estaba impaciente por comprobar la información telemétrica que había registrado la nave. Sola en su habitación, contempló aturdida el reactor que ardía bajo una espesa humareda mortal. Un relámpago centelleó bajo aquella nube en forma de champiñón y provocó incendios y reacciones químicas catalíticas letales. Los residuos biológicos no tardaron en colapsar los sistemas fluviales más cercanos.

Intentó mantener la calma y habló con un amigo que tenía bastantes conocimientos de ciencias medioambientales. El chico analizó los datos. Su pronóstico fue nefasto.

—Una reacción en cadena descontrolada. —Había dicho—. Espero que pudieras contemplar los bosques de la superficie, porque dentro de seis meses habrán desaparecido y no volverán a crecer nunca más.

Una biosfera entera destruida, pero ¿para qué? Aquello no había ocurrido sólo porque Callos se hubiera atrevido a forcejear para librarse del yugo del Emperador. Ni tampoco porque ella le hubiera solicitado clemencia a Lord Vader, el responsable de la operación. Empezó a sospechar que lo que pretendía el Emperador no era castigar, sino más bien dar ejemplo.

Lo más terrible de sus ejemplos era que nadie debía salir de ellos con vida. Las ruinas explicaban la historia con tanta efectividad como los testigos, o incluso más, a juzgar por el silencio que siguió a aquella atrocidad, que sólo sirvió para que la impronta del Emperador se fortaleciera aún más en la Galaxia.

No hubo protestas, ni se dispararon las alarmas, ni se recibieron advertencias.

¿En qué se había convertido el Imperio?

Juno se atrevió a pensar que tal vez el Imperio siempre había sido así.

Antes de que pudiera continuar con el hilo de sus pensamientos para llegar a una conclusión, Vader le ordenó que se presentara en el *Ejecutor* para una nueva misión. Se alegró de que la absolvieran de cualquier implicación en aquel genocidio, así que no manifestó sus recelos y siguió adelante. Se equivocaba al pensar que se había librado milagrosamente de ser una víctima más de los terribles castigos del Imperio, que habían sufrido Callos, Starkiller y tal vez también su madre muchos años atrás.

¡Cuántas vidas habían sucumbido bajo el avance de la maquinaria Imperial!

A veces, las muertes que ella misma había provocado le parecían una minucia sin importancia. Aun así, cuando las dudas la asaltaban, se preguntaba: «¿Por qué yo? ¿Qué habría visto en ella el Señor Oscuro que la convirtiera en la candidata idónea para acompañar a Starkiller?».

No había sido su conciencia, por supuesto. Ni su disposición.

—¡Alto ahí!

Irguió la cabeza al oír un disparo muy cerca de allí. Delante de la puerta de su celda rodaban fragmentos de droide con las articulaciones humeantes. Por encima del escándalo retumbaron de nuevo los bramidos del comandante de la estación, un hombre al que sólo había visto una vez y que le produjo un profundo rechazo.

—¡No saldrás vivo de esta nave, rata de laboratorio!

El inconfundible zumbido de un sable láser se impuso al caos. Levantó el mentón para ver lo que ocurría al otro lado de la puerta.

No.

No podía ser.

La cabeza de un soldado imperial apareció rodando y se detuvo frente a la puerta de su celda. Un corte limpio la había separado del resto del cuerpo. La armadura se tiñó de sangre a la altura del cuello.

¿Y si…?

Sacudió la cabeza y se dijo a sí misma que había sido una alucinación provocada por el calor y los fallos del control atmosférico. Hacía tanto tiempo que había perdido las esperanzas, que ahora no se atrevía a recuperarlas.

Aun así, no apartó la mirada de la puerta, por si se equivocaba. Aquella vez estaba segura de que podría hacerse a la idea.

TRECE

El aprendiz avanzaba bajo una intensa lluvia de disparos. Tenía que protegerse a sí mismo y también a PROXY, lo cual le dificultaba la marcha. El droide era bueno luchando contra él, pero no estaba programado para atacar a los soldados imperiales. Los disparos procedían de todas direcciones, a la vez que los soldados aparecían a docenas para sustituir a sus compañeros muertos. Su empeño en matar al aprendiz parecía totalmente fuera de lugar en aquella situación. Era mucho más importante que la nave estuviera acercándose al sol que acabar con un fugitivo inválido. Sin embargo, poco a poco, captando al vuelo los comentarios que intercambiaban los soldados aterrados, comprendió la triste realidad. Le tenían miedo porque habían oído rumores acerca de su naturaleza monstruosa. Lo habían tomado por el peor experimento de Darth Vader y creían que, si se descontrolaba, los mataría a todos mediante espantosos métodos. El rumor había sido difundido por si él rechazaba unirse de nuevo a su maestro. De todos modos, debería luchar para salir de la nave antes de pensar en el siguiente paso.

Cuando oyó el aviso de que todas las cápsulas de escape habían sido lanzadas sin tripulantes, el aprendiz miró por encima del hombro al droide que se refugiaba tras su espada láser.

—¡PROXY! ¿Has lanzado tú esas cápsulas?

—Por supuesto, amo. Todas las precauciones son pocas.

El aprendiz se mordió la lengua.

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—Muy poco.

PROXY no parecía preocupado. El aprendiz deseó tener la confianza que mostraba su droide. Llevaba un buen rato abriéndose paso a través de los vestíbulos donde se conservaban las muestras biológicas para llegar al punto de lanzamiento de las cápsulas de escape. Todavía quedaban unos cuantos pasillos antes de alcanzar el compartimento estanco que lo llevaría a la *Sombra Furtiva*. Apartó a dos soldados imperiales de su camino con una descarga Sith y siguió adelante con decisión.

La zona de las celdas era ancha y difícil de defender; no obstante, había un escuadrón de soldados intentándolo con empeño. Se refugiaban donde podían y disparaban todos a la vez desde varios puntos, esperando encontrar una fisura en su defensa. No había ninguna. Su nueva espada verde giraba con una eficacia asombrosa. El aprendiz se sentía parte de ella, como si nunca hubiera muerto. Se sentía fuerte, poderoso, letal.

Un arma remodelada por Darth Vader para derrotar al Emperador y a sus subordinados…

El jefe del escuadrón le insultaba y maldecía entre disparos como si quisiera distraerlo. El aprendiz dejó que el Lado Oscuro fluyera por sus venas y lo alimentó con la ira que sentía hacia el jefe de escuadrón, hacia el tiempo que pasaba demasiado rápido y hacia el Emperador. Se deshacía sin dificultad de cualquiera que se cruzaba en su camino.

Cuando cayó el último soldado, PROXY le dio un golpecito en el hombro.

—De prisa, amo. Nos estamos acercando al sol. El soporte vital empezará a fallar de un momento a otro.

—Espera. —Le ordenó levantando una mano enguantada—. ¿Qué habrá sido de…?

Echó un vistazo a las puertas de las celdas y, entonces, la vio. Juno colgaba de un grillete magnético. Su muñeca derecha sangraba. Su uniforme imperial hecho andrajos, llevaba el pelo desgreñado y tenía la piel sucia. Sus pupilas se dilataron por la sorpresa, no tanto por la súbita aparición del aprendiz sino por la matanza que había cometido entre los soldados de asalto.

—¡Juno!

—Eres… —balbuceó, buscando las palabras—. ¡Eres tú!

Él comprendió su vacilación. No podía pronunciar su verdadero nombre porque no tenía ninguno.

—Amo. —Dijo PROXY interponiéndose entre los dos. Señaló con su mano metálica la antecámara al otro lado de la sala—. Ya casi hemos llegado. ¡De prisa!

Las alarmas sonaban enloquecidas. La nave temblaba bajo sus pies mientras el control gravitacional empezaba a fallar. El aire era casi irrespirable. Aunque echaran a correr de inmediato, apenas tendrían tiempo para preparar la nave y huir.

La cara de Juno era el vivo retrato de la desesperación.

El aprendiz no se movió. ¿Y si se tratara de una trampa? En la expresión de la piloto no había ni rastro de decepción, sólo miedo.

—¡De prisa, amo! —Le susurró PROXY tirándole de la manga—. Ella forma parte de tu pasado. Debes abandonarla, tal y como te ordenó Lord Vader.

Se lo quitó de encima de una sacudida. Había decidido con el corazón, no con la cabeza.

—No puedo. Ve hacia la nave y prepárala para el despegue. Te seguiremos en cuanto podamos.

—Pero amo…

—¡Hazlo, PROXY! Son mis órdenes.

El droide se dirigió hacia el compartimento estanco con paso vacilante mientras el aprendiz apagaba su espada láser y buscaba con la mirada el generador del grillete. Tenía que estar en alguna parte, y tenía que ser lo bastante grande para alimentar las cerraduras de todas las celdas. El aire era cada vez más denso. El parpadeo de las luces le impedía concentrarse. Gruesos manojos de cables recorrían las paredes protegidos por rejas metálicas. Intentó seguirlos hasta su origen, una gran estructura cuadrada colgada en la pared que se encontraba dos puertas más allá.

No tenía tiempo de investigarla a fondo. El tamaño era el adecuado, así que debería intentarlo. Levantó ambas manos y lanzó una descarga que chamuscó la caja, que empezó a humear. La corriente recorrió los cables desprendiendo lluvias de chispas. Juno lanzó un grito de dolor.

Decidió cambiar de táctica. Interrumpió la descarga, apretó los puños y arrancó la caja de la pared de un solo golpe seco. La maquinaria que albergaba la caja explotó y llenó el aire de nubes de ácido. Juno volvió a gritar, esa vez de alivio.

El aprendiz volvió sobre sus pasos, utilizando la Fuerza para orientarse a través de la impenetrable humareda. Juno estaba a cuatro patas, debatiéndose para mantener el equilibrio en el suelo tembloroso. Cuando el joven surgió de entre la densa humareda y la ayudó a levantarse, se apoyó en él. No pesaba casi nada.

—Te vi morir. —Dijo mirándole con incredulidad—. Pero has vuelto.

Él no intentó hacerla caminar. La cogió en brazos y echó a correr hacia la antecámara.

—Me quedaron unos asuntos pendientes. —Le explicó, sin saber por dónde empezar.

—¿Vader? —Preguntó ella antes de romper a toser convulsivamente.

—No te preocupes por él. —La tranquilizó. La antecámara desembocaba en un estrecho distribuidor. Una ráfaga de aire renovado le azotó la cara. Las paredes irradiaban calor. Agachó la cabeza y corrió hacia un lugar seguro.

—Me consideran una traidora al Imperio. —Le explicó Juno—. No puedo ir a ninguna parte, no puedo hacer nada.

—Nada de eso importa. Estoy huyendo del Imperio.

Intentó sonar tranquilizador. Ella tenía que creerlo sin hacer preguntas.

—Y necesito un piloto.

Juno hundió la cara en su hombro mientras las familiares paredes de la *Sombra Furtiva* los envolvían. Apenas habían cruzado el umbral cuando la puerta de la antecámara se cerró y el pasillo intercomunicador explotó.

—Bienvenido a bordo, amo. —Dijo el droide desde la cabina de mando. El aprendiz supuso que Juno no estaba todavía en condiciones de volar, de modo que le ordenó al droide:

—¡Sácanos de aquí, PROXY!

—De acuerdo, amo.

Los motores sublumínicos se activaron inmediatamente y la nave despegó.

CATORCE

A través de los ventanales de la *Sombra Furtiva*, Juno contemplaba la caída del *Empirical* a sus espaldas. La órbita modificada del crucero se había desdibujado de tal modo, que era imposible detener su caída en picado hacia el sol. Justo después de que la *Sombra Furtiva* despegara, el escudo exterior empezó a arder y unas olas amarillas recorrieron el casco ennegrecido del laboratorio espacial. Al principio, sólo ardieron el plástico y el metal, puesto que no había aire que pudiera avivar las llamas. Sin embargo, cuando uno de los ventanales reventó, el incendio se propagó por toda la nave.

Lo que había sido su cárcel durante seis meses no era más que un punto negro en el orbe solar, donde estalló súbitamente y murió. La explosión fue bastante decepcionante, pero suficiente. Extendió las piernas y se sintió agradecida por no encontrarse allí. Starkiller y PROXY ocupaban los asientos de copiloto y piloto, respectivamente. Ella estaba en el asiento plegable extra. Llevaba una venda provisional en la muñeca y se sentía como una pieza inútil del cargamento de la nave. Como un pasajero.

Ya llevaba demasiado rato sin hacer nada, como si fuera un cadáver de nerf olvidado. Había llegado la hora de retomar el control sobre su vida.

—Fuera de mi sitio. —Le espetó al droide, que había votado a favor de abandonarla en el *Empirical* y dejarla morir. No le guardaba rencor, porque sabía que había actuado según su programa principal, pero eso no significaba que le cayera bien.

—En seguida, Capitana Eclipse.

El droide se retiró al asiento que antes ocupaba ella, chasqueando y refunfuñando.

Al tocar los mandos, notó un hormigueo en los dedos. Había soñado con ese momento a lo largo de muchas semanas; nunca creyó que llegaría a vivirlo.

—¿Cuál es nuestro destino? —le preguntó a Starkiller.

—Lejos de aquí.

—Que así sea.

Introdujo unas coordenadas aleatorias y se reclinó en su asiento. Cuando las estrellas se alargaron a su alrededor y saltaron al hiperespacio, le costaba respirar. La emoción le hizo sonreír. Se dejó llevar por la nave hacia un lugar seguro.

• • •

Dos saltos más tarde, llegó el momento de hablar.

—No nos siguen.

Aliviada, dejó a un lado el escáner de la región que le mostraban los sensores superiores de la *Sombra Furtiva*.

—Estamos a años luz de las fuerzas imperiales.

Starkiller levantó la vista de la herida que se curaba en el brazo derecho. La sangre goteaba del profundo corte. Juno se sintió aliviada al verla. Se le revolvía el estómago al pensar en las heridas que el chico debió de haber sufrido a manos de su antiguo Maestro.

Una parte de su cuerpo debía de ser sintética, pero era imposible adivinarlo a simple vista. A menos que su nuevo atuendo escondiera más cosas de lo que parecía.

—Entonces, ¿qué te pasa?

Juno se sonrojó, deseando que no pudiera leer sus pensamientos. Se centró en otra de sus numerosas preocupaciones y dijo:

—Nadie sabe que existimos ni lo que hemos hecho. Tenemos la Galaxia entera ante nosotros. Por eso no entiendo por qué, por primera vez en mi vida, no sé adónde ir.

Se le hizo un nudo en la garganta. Todavía tenía muy presentes su traición y su deserción. Starkiller parpadeó mientras la examinaba. Juno se dio cuenta de que nunca adivinaría lo que pasaba por la cabeza del chico. —Espero que tengas un plan—. Le dijo, aferrándose a su última esperanza. Él asintió y le respondió lentamente, como si estuviera tanteando el terreno.

—Hay dos cosas que deseo conseguir y no puedo hacerlas yo solo. La primera es venganza. Para vengarme, tengo que reunir a todos los enemigos del Emperador.

Ella asintió mientras pensaba en Callos y en su padre. Después de haber presenciado la manera en que Starkiller se deshizo de los soldados en el *Empirical*, no dudaba de su sinceridad o de su habilidad para librarse de ellos.

—Sigue.

—La segunda cosa que quiero es aprender todo lo que Vader no pudo o no quiso enseñarme sobre la Fuerza.

Juno apoyó el codo en el apoyabrazos de su asiento y se sujetó la barbilla con la mano.

—Al final acabaremos haciendo lo mismo que hacíamos antes, es decir, cazar Jedi.

Él pareció hacerse cargo de la ironía de la situación.

—Conozco a uno que todavía puede estar vivo. PROXY, muéstranos el archivo de nuestro primer objetivo. Se volvieron hacia el droide, que parpadeó y se transformó una vez más en el General Rahm Kota.

Juno frunció el ceño.

—Creía que lo habías matado.

—Mientras luchábamos en la fábrica de cazas TIE, me dijo que podía ver mi destino y que él formaba parte de mi futuro.

Aquel razonamiento no era demasiado convincente, pero Juno no encontró objeciones sólidas.

—Entonces, volveremos a Nar Shaddaa.

—Sí. Pon rumbo a Nar Shaddaa.

Starkiller se curó las heridas mientras ella programaba el ordenador de navegación. Cuando saltaron al hiperespacio, ni siquiera levantó la vista. Ella lo interpretó como una señal de confianza.

QUINCE

Desplomado boca abajo encima de una mesa, en el rincón más oscuro de una taberna de mala muerte, había un hombre que quería desaparecer. La Sala de Vapor era el lugar idóneo para intentarlo. Era, ante todo, un local frecuentado por ugnaughts, pero también atraía a algunos trabajadores rodianos y humanos. Era un refugio sin horario donde las sombras invadían todos los rincones. Del techo colgaban cortinas densas y aromáticas, que sólo se movían cuando los clientes pasaban por debajo de ellas con paso vacilante. La música era tan híbrida como los camareros, que lanzaban miradas mezquinas mientras limpiaban con un trapo las manchas de grasa de los vasos y los charcos de alcohol que había en la barra.

Junto a la cabeza del hombre había una jarra vacía de cerveza Andoan. Escondía el rostro celosamente, como si ése fuera el único deseo del que era consciente. Cuando se acercaba para pedir otra ronda, algo que ocurría cada vez con menos frecuencia en las últimas horas, mantenía el rostro oculto ante los clientes del local. Tenía una mata de pelo canoso y grasiento donde antes hubo una coleta bien cuidada. Llevaba la ropa mal puesta y sucia.

Nadie en La Sala de Vapor sabía quién era aquel hombre ni qué había hecho. Nadie recordaba quién lo había traído a la Ciudad Nube. Tampoco les importaba. Sólo querían que los dejaran en paz para beber hasta su próximo turno.

El hombre que quería desaparecer había dado la espalda a la Galaxia, pero ella no había hecho lo mismo por él. A pesar de sus esfuerzos, alguien lo había descubierto. Era inevitable. En Bespin ya era lo bastante raro ver a un hombre con lesiones tan graves como las suyas, pero era aún más raro ver a alguien que podía beberse un vaso de brandy coreliano sin derramar ni una sola gota.

El rumor se había difundido, y ese rumor significaba problemas.

• • •

El aprendiz entró lentamente en La Sala de Vapor, escrutando los rincones con la mirada, estudiando las caras y las figuras que encontraba a su paso. El ambiente de la taberna apestaba a emociones negativas de varios tipos, no obstante, la amenaza no se contaba entre ellas. Todas las miradas se posaron en él durante un momento. Luego, un viejo ugnaught de nariz respingona y prominente barriga levantó el vaso por encima de la cabeza y propuso un brindis por Ozz, el rey del local Sus compañeros de mesa lo secundaron gruñendo en voz alta. A continuación, volvieron a centrar la atención en las jarras espumeantes, las pipas y los cronos.

Uno de los camareros elevó una antena. El aprendiz le indicó por señas que no quería tomar nada. Sólo tenía un objetivo. La primera y auténtica prueba del nuevo plan de su maestro era lo único que le ocupaba el pensamiento.

Había sido un largo viaje y corría un gran riesgo. Ninguna otra misión había sido tan importante ni tan peligrosa como ésa.

—¿Y qué pasará si te reconoce? —Le preguntó Juno con inquietud antes de que abandonara la *Sombra Furtiva*.

—No lo hará. —Le aseguró él recordando los ojos quemados del General y las cicatrices que habían desaparecido de sus propias manos. Gracias a Lord Vader, su cuerpo había cambiado de forma casi imperceptible. El patrón de la Fuerza que proyectaba en Nar Shaddaa durante su misión asesina sería muy distinto al que proyectaba ahora.

«Calma. Tranquilidad. Esperanza».

Kota llevaba inmóvil veinte minutos, según las imágenes de la cámara de seguridad que había pinchado Juno. El aprendiz se sintió aliviado al ver que era cierto. El Jedi borracho estaba exactamente en el lugar donde esperaba encontrarlo y no parecía alarmado en absoluto.

El aprendiz echó un vistazo a la taberna para asegurarse de que nadie seguía pendiente de sus movimientos. Entonces, dio un puntapié a la mesa y Kota despertó sobresaltado.

El Jedi derrotado levantó la cabeza con un movimiento brusco. Apenas era una pálida sombra del hombre que fue. Tenía las mejillas hundidas y ensombrecidas por una barba de varios días. Llevaba un vendaje sucio que le tapaba las cuencas de los ojos.

—¿General Kota?

Kota habló arrastrando las palabras.

—He pagado por esta mesa. Seas quien seas, piérdete.

—General Kota, le he estado buscando por toda la Galaxia, desde Nar Shaddaa hasta Ziost.

—¿Quién eres, joven? —Preguntó Kota arrugando la frente—. ¿Un cazarrecompensas?

—No exactamente. Pero le he estado observando.

Se apoyó en la mesa para acercarse más a él y bajó el tono de voz.

—Creo que podemos ayudarnos, Jedi.

Kota hizo una mueca y se señaló los ojos vendados.

—Ya no soy un Jedi. No desde que me ocurrió esto.

—No necesito sus ojos, sólo su mente y todo lo que sepa sobre cómo luchar contra el Imperio.

Kota se desplomó en la silla. No parecía borracho, sino cansado.

—Nadie ha osado desafiar al Imperio y ha salido ganando, joven.

Un súbito alboroto en la puerta captó la atención del aprendiz. Seis soldados imperiales habían irrumpido en La Sala de Vapor, flanqueados por dos andadores mecánicos bípedos, cada uno de ellos controlado por un hosco ugnaught. El jefe de escuadrón agarró al portero achaparrado y empezó a hacerle preguntas mientras sus acompañantes examinaban el interior del local.

El aprendiz maldijo a los soldados imperiales. Juno había interceptado un mensaje de una frecuencia local que advertía a la estación de seguridad acerca de la presencia de Kota. Finalmente no podría llevárselo a tiempo.

Suspiró y se concentró. Desenfundó su espada láser y se interpuso entre Kota y los soldados.

—Espero que esté equivocado, General.

Con un zumbido lo bastante fuerte para atraer la atención de todos los clientes de La Sala de Vapor, activó la espada verde que antes pertenecía al hombre al que le había destrozado la vida.

Kota se estremeció como si le hubieran golpeado y se precipitó bajo la mesa. En ese momento, los soldados abrieron fuego. Los ugnaughts chillaron y corrieron a ponerse a cubierto mientras los disparos desviados rebotaban en las paredes de la taberna. Se rompieron algunos vasos. Había líquidos de colores chillones por todas partes, los más volátiles ardían y se sumaban al caos.

—Levántese, General. —Le apremió el aprendiz por encima del alboroto—. Me están disparando a mí, pero es a usted a quien buscan.

Dicho eso, tuvo que concentrarse en los soldados imperiales y sus aliados locales. Los uggernaughts mecánicos iban armados hasta los dientes y llevaban pesadas armaduras. La prioridad del aprendiz fue deshacerse de ellos. Empujó al primero mediante la Fuerza y sobrecargó los sistemas eléctricos del segundo. Los soldados imperiales se dispersaron. El olor a chamusquina del ugnaught se añadía a la fetidez de la taberna. Dedujo que habían llegado refuerzos por los ruidos procedentes del exterior.

El tipo que estaba detrás del intento de captura de Kota no quería correr ningún riesgo.

—¡Vámonos! —Gritó al General encogido de miedo—. ¡Sigue el ruido de mi espada láser!

Le dio la espalda a Kota deseando que al hombre le quedara suficiente instinto de supervivencia para cuidar de sí mismo. Además de librarse de los soldados imperiales, el aprendiz debería salir de allí sin herir a ningún espectador inocente. De lo contrario, no se ganaría la confianza del Jedi.

Mientras se abría paso hacia la puerta trasera de la taberna, se puso en contacto con la *Sombra Furtiva* y le dijo a Juno que sería imprescindible un despegue rápido.

—Supongo que debo recogerte en el mismo sitio donde te dejé.

—Sí, a menos que el ambiente se caldee demasiado.

Desprendió parte del techo y lo dejó caer encima de uno de los soldados. Se deshizo de otro arrojándole los escombros por telequinesis.

—No te alejes mucho y espera mi señal.

—Entendido. Cambio y corto.

Echó un vistazo por encima del hombro. Al fin, Kota se movía, con la espalda arqueada como un cangrejo aturdido y los brazos estirados por delante del cuerpo. Ojalá la Fuerza acompañara a Kota, porque al abrir la puerta el aprendiz supo que tendría que

dividirse en dos para llegar a todo. Había por lo menos dos docenas de soldados en el almacén, refugiados detrás de cajas y barriles. Una hilera de uggernaughts amenazaba con acabar con él en un abrir y cerrar de ojos.

No había tiempo para vacilar. Recurrió a la Fuerza para reventar los barriles, romper las cajas y llenarlo todo de escombros. Perseguido por los disparos de blaster, recorrió el almacén en cuatro pasos y se abalanzó encima del uggernaught más cercano. Su sable láser resplandeció y se quitó de encima al piloto y al artillero. Utilizó la Fuerza para dar la vuelta a la máquina. Disparó a sus compañeros, que retrocedieron desprendiendo chispas.

Acto seguido, saltó de la máquina y la dejó descontrolada, disparando sin ton ni son. Kota lo seguía con dificultad. El aprendiz cogió al anciano del brazo y lo arrastró fuera del almacén. Recorrieron varios pasillos. El muelle de abastecimiento de La Sala de Vapor no estaba muy lejos, y aunque suponía que también estaría plagado de fuerzas imperiales, llegar a la *Sombra Furtiva* no era una misión imposible. El muelle era un espacio abierto por un lado, que daba al cielo dorado cubierto de nubes. Lo alcanzaría con un rápido salto de Fuerza.

Le llamó la atención una figura vestida de negro que estaba con los soldados. Al detectar la presencia de los intrusos, inclinó su casco negro y encendió una espada láser roja. Los soldados imperiales se arrodillaron y dispararon.

Durante un breve instante, el aprendiz se quedó estupefacto. Su mente divagó por el magnífico cielo de Bespin y se sintió traicionado de nuevo.

Entonces, recuperó la sangre fría y su cerebro reaccionó: «¡No es Vader!», La luz roja salía de la punta de un largo báculo negro, no de la empuñadura de un sable láser. El casco era liso y redondeado, desprovisto de la forma de calavera que tenía el de su maestro. En lugar de tener dos fotorreceptores redondos, el casco constaba de un único visor alargado que escondía con toda probabilidad la cara de un hombre normal y corriente, en lugar del rostro que su maestro ocultaba permanentemente. Llevaba una armadura de combate bajo la capa ondeante, idéntica a las de la Guardia Real del Emperador pero completamente negra.

El aprendiz blandió su espada sin pensar. Moviéndose a cámara lenta, como si el aire estuviera hecho de melaza, desvió todas y cada una de las descargas que le dispararon. Los soldados se tambaleaban y se caían echando humo por las juntas del cuello y los hombros. Sus gritos pasaban desapercibidos.

El guardia negro desviaba todas las descargas del aprendiz. Cuando cayó el último de los soldados, se adelantó con su espada-báculo, preparado para atacar.

—¡Apártate del astillero! —Advirtió el aprendiz tanto a Juno como a Kota—. Tenemos que buscar otro punto de encuentro.

—Tienes un muelle para globos de carga no muy lejos de ti. —Confirmó Juno mientras su espada chocaba con la de su nuevo enemigo—. ¿Qué es ese ruido? Estás luchando contra Kota, ¿verdad?

—Es una historia muy larga. —Murmuró incapaz de explicar lo que estaba pasando—. Dirígete al muelle y espérame allí.

Cortó la transmisión para esquivar un golpe vertical que estuvo a punto de aplastarlo. Buscó a Kota con la mirada y se sintió aliviado al comprobar que el General no se encontraba allí. Ahora podría invocar todo el poder del Lado Oscuro. Recuperó la sensación de haber sido traicionado que lo invadió al ver aquella figura esperándolo y atacó con todas sus fuerzas al oscuro y letal asesino. No sabía si estaba relacionado de algún modo con Darth Vader.

Liberó tanta energía, que los oídos le zumbaron. El muelle se arqueó bajo sus pies, los remaches estallaron y las soldaduras se partieron. Su enemigo salió volando por los aires con los brazos extendidos. Abrió un largo surco irregular en la superficie de metal con su espada-báculo mientras rodaba por el suelo y se levantó.

Emitió una descarga Sith con la mano que no empuñaba la espada. El aprendiz sonrió burlonamente; ya lo había previsto. Lanzó otra descarga para contrarrestar la de su rival. Las dos descargas chocaron formando una crepitante bola de energía pura que se desplazaba enloquecida del uno al otro. El olor a ozono se esparció por el ambiente.

El asesino encapuchado gruñó y empujó con aún más fuerza. El aprendiz detuvo el avance de la bola y superó el esfuerzo de su enemigo. Le sorprendió la facilidad con que era capaz de hacer retroceder la descarga de su asaltante. A pesar de esgrimir una espada Sith, aquel tipo no era tan poderoso como cabía esperar.

La bola de energía que habían formado sus descargas opuestas se acercaba más y más al guardia negro. Dejó escapar un gruñido audible y saltó hacia adelante con ambas manos en alto. Con una mano formaba una garra temblorosa y con la otra añadía la energía de su espada-báculo a la descarga Sith para hacerla más poderosa. No obtuvo resultado. La bola se aproximaba inexorable, impulsada por el oscuro poder de la voluntad del aprendiz. Cuando alcanzó la empuñadura de la espada-báculo del guardia negro, toda la energía que había acumulado recayó sobre él.

El guardia profirió un grito ahogado, se despeñó por el muelle abierto y se perdió en el vacío. Había muerto antes de tocar el suelo.

El aprendiz dejó caer los brazos y liberó la tensión. Contactó con Juno y siguió sus indicaciones para llegar al nuevo punto de encuentro. No estaba muy lejos, y no había más que unos cuantos puntos de emboscada evidentes a lo largo del trayecto. Le dio las gracias, dejó atrás una plataforma de observación y corrió a lo largo de un camino peatonal exterior, ignorando el paisaje. Estaba absorto tratando de encontrar el sentido a todo lo que acababa de ocurrir.

«Un encapuchado que esgrimía una espada roja modificada y emitía descargas, corno un Guardia Real, pero vestido de negro…». Era imposible negar el vínculo con los Sith. A menos que Darth Vader hubiera entrenado a otro aprendiz en los últimos seis meses, hipótesis poco probable teniendo en cuenta que el sujeto se había manifestado como su enemigo, sólo había otro posible maestro para aquel soldado.

El Emperador.

Las grandes mentes funcionaban de manera similar. El aprendiz hizo una mueca de disgusto mientras se acercaba la primera emboscada. Era un lugar de intercambio de calor para el sistema de aire acondicionado. Se vería obligado a pasar por un largo conducto y superar una serie de ventiladores. Darth Vader había enviado a su aprendiz a encontrar y asesinar a los últimos Jedi. Quizá el Emperador le había ordenado lo mismo a su misterioso subordinado.

En tal caso, no habría obtenido resultados satisfactorios. Kota no empuñaba ninguna espada como la que utilizó en Nar Shaddaa y aun así el enviado del Emperador había muerto. Su pérdida significaba una clara amenaza para el Emperador, y aquello era lo que pretendía Darth Vader.

Suponiendo que Kota hubiera sobrevivido, por supuesto. El aprendiz cruzó los dedos para que se estuviera dirigiendo al muelle de globos por su cuenta y deseó que no muriera en el camino.

Un escuadrón de soldados imperiales lo estaba esperando en el punto de intercambio de calor con tres uggernaughts móviles. Se deshizo de ellos sin demora, sin entrar precipitadamente ni trasladar la escaramuza al exterior. Allí no se le había perdido nada. Eran simples obstáculos.

Arrojó al último uggernaught en las aspas giratorias de un ventilador que era cuatro veces más grande que él. Explotó y formó una bola de fuego que estuvo a punto de llevarse por delante a su compañero. Un segundo asesino Sith del Emperador surgió de entre la nube de fragmentos metálicos blandiendo una espada-báculo. El aprendiz salió a su encuentro con un ruido de chispas y descargas.

Sith contra Sith, lucharon avanzando y retrocediendo por el amplio espacio metálico. Su nuevo enemigo era más fuerte e inflexible que el anterior. Tenía buena puntería y arrojaba objetos varios a su rival a su ángulo muerto. Demostró ser un rival difícil hasta que el aprendiz tiró con fuerza del siguiente ventilador, lo arrancó de los soportes y lo lanzó girando en el aire. El guardián negro pareció tan sorprendido al verlo, que no reaccionó hasta que ya era tarde. Un aspa giratoria le amputó la pierna derecha a la altura de la rodilla. La batalla había terminado.

El aprendiz dejó atrás el cuerpo negro mutilado y continuó avanzando a través de un área de mantenimiento repleta de ugnaughts impacientes. Subió por una rampa hacia el muelle de globos.

Cuando salió al aire libre, se encontró frente a otro escuadrón de soldados, dos asesinos más del Emperador y ni más ni menos que seis uggernaughts. Dos globos de transporte cargados de provisiones pendían sobre su cabeza con los motores en marcha para mantenerse cerca de la estación. Probablemente esperaban para aterrizar. No se veía a Kota por ninguna parte. El aprendiz flexionó las rodillas y adoptó una posición de combate.

—¿Estáis seguros de que queréis hacerlo? —Les preguntó a sus enemigos reunidos.

La respuesta por parte de los soldados le llegó en forma de fuego de blaster, los uggernaughts le ametrallaron y los dos asesinos lo atacaron a la vez. El aprendiz rodó y

saltó para desviar todos los disparos. Dejó de pensar y estableció una conexión con la Fuerza más profunda que nunca. Se movía con elegancia y actuaba con sorprendentes reflejos. Se agachaba para esquivar los golpes de las espadas-báculo, arrojaba los cuerpos de los soldados contra sus aliados ugnaught, lanzaba a la infantería por el hueco del muelle e incluso provocó una lluvia de provisiones de los globos suspendidos en el cielo.

La tripulación evacuó el globo a bordo de un pequeño speeder. Al verlo abandonado, se le ocurrió una idea. Cuando sus enemigos se reagruparon para iniciar un segundo ataque conjunto, atrajo el globo desde el cielo y lo dejó caer con todo su peso encima de sus rivales. Cuando la explosión llegó a su punto culminante, envolvió todos los escombros y los empujó hacia el borde del muelle con un gesto telequinético.

Mientras el círculo de escombros ardientes se disipaba en el aire frío y ligero de Bespin, el aprendiz permanecía de pie en un pequeño claro desierto. Exhalaba pura energía. Una sensación de triunfo y satisfacción lo invadió, y se sentía flotar.

—¿Cuántos eran? —Preguntó una voz detrás de él.

Se volvió y vio a Kota avanzando a trompicones por el muelle. A pesar de su embriaguez, parecía sereno. Las cuencas vacías de sus ojos, ocultas tras la venda mugrienta, parecían mirar fijamente al joven que tenía delante.

El aprendiz se enderezó y bajó la espada. Se preguntó si Kota iba a sermonearle por haber causado tanta muerte y destrucción.

—He perdido la cuenta. —Confesó.

—No importa. Vendrán más. El ejército del Emperador es infinito.

El aprendiz frunció el ceño. Habría podido aguantar una reprimenda, pero aquella resignación indulgente era algo completamente distinto.

—Debemos irnos, General.

—Es una locura. Te matarán, o te harán algo peor. ¿Y qué habrá cambiado? Nada.

El aprendiz encendió el comunicador para hablar con Juno.

—Prefiero morir luchando que emborrachándome en una taberna, anciano. ¿Está conmigo o no?

Kota dio un paso adelante, tropezó y pareció confundido.

—¿Tienes nombre, joven?

—No.

El aprendiz se sintió examinado por unos ojos que ya no existían.

—No puedo negar que tienes agallas para matar a soldados imperiales. Tengo un contacto en el Senado que tal vez necesite tu ayuda. ¿Dónde está tu nave?

Una breve sonrisa se dibujó en el rostro del aprendiz mientras la *Sombra Furtiva* se elevaba tras ellos, con los repulsares gimiendo y la rampa extendida. Justo a tiempo, pensó. Si Kota pudiera verlo…

Cogió al viejo por el brazo y condujo hacia el interior de la nave al primero de sus supuestos rebeldes.

DIECISÉIS

Aunque el antiguo General y Maestro Jedi tuviera el aspecto de un indigente acabado, Juno pronto se dio cuenta de que, a pesar de su apariencia, tenía habilidades dignas de admiración. En primer lugar, había sobrevivido a un combate contra Starkiller. En segundo lugar, había cruzado media Galaxia con una venda en los ojos. En tercer lugar, conocía códigos y cifras que ella nunca había podido comprender.

Después de detenerse en la Ciudad Nube para repostar, el Jedi permaneció sentado durante una hora en el asiento plegable que había tras ella. Sus dedos se deslizaban frenéticamente por encima del teclado, enviando mensajes a toda velocidad a destinatarios desconocidos. De vez en cuando, Juno se daba la vuelta discretamente y trataba de leerlos, sin embargo, la pantalla era un auténtico galimatías. Tampoco pudo descifrar los ruidos procedentes del auricular que le había prestado. No sabía de qué estaba hablando, pero estaba claro que no quería compartirlo con nadie.

—¿Necesitas ayuda? —Le preguntó finalmente.

—No.

El General se había reclinado en su asiento y había dejado el teclado a un lado.

—Ya he terminado.

—¿Has hablado con tu amigo? —Inquirió Starkiller, reclinándose en el asiento de copiloto.

Kota no lo confirmó, aunque tampoco lo negó.

—Nuestro destino es Kashyyyk —dijo como respuesta.

—¿El planeta natal de los wookiees?

Juno sintió un vacío en el estómago.

—Está bajo el control del Imperio, ¿no es así?

Kota asintió.

—Será peligroso.

El anciano sonrió sin sentido del humor.

—Toda la Galaxia es peligrosa cuando tienes al Emperador en contra. Luego hizo un gesto con la mano para impedir más preguntas. —No me molestéis. Estoy cansado y me duele la cabeza. Por casualidad, ¿hay cerveza Andoana a bordo?

—No. —Respondió Starkiller con brusquedad.

—Pues entonces déjame dormir. Es lo mínimo que puedes hacer por mí. Se recostó en su asiento, cruzó las manos detrás de la cabeza y, casi inmediatamente, empezó a roncar. Starkiller se encogió de hombros y le dijo a Juno que se retiraría a la sala de meditación para prepararse.

Y ahora, con PROXY sentado a su lado, se preguntaba cómo podía prepararse ella para lo que iba a ocurrir si no tenía ni idea de qué se trataba.

Las perspectivas distorsionadas del hiperespacio pasaban fugazmente a su lado. Eran reconfortantes y a la vez la desconcertaban. Su visión le resultaba muy familiar, pero era un entorno hostil para los humanos. Así era la vida de un fugitivo. Kota parecía tan fiable

como un wookiee borracho. Él y su misterioso contacto podían estar tendiéndoles una trampa. Starkiller y ella ya se habían jugado la vida en más de una ocasión mientras peinaban la Galaxia en busca de aquel pobre anciano…

Se dijo a sí misma que no debía ser tan reticente. Todos habían pasado por situaciones peligrosas. Además, tampoco tenía alternativa. Ya sabía cómo premiaba Darth Vader la lealtad. Regresar al Imperio con dos fugitivos a bordo sería la vía más rápida para acabar fusilada. Durante la noche, todavía le asaltaban pesadillas de su largo encarcelamiento; el disparo final resonaba en su cabeza y le provocaba una mezcla de miedo y esperanza.

Starkiller nunca hablaba de lo que pensaba, pero Juno sabía que también estaba confundido. No tenía don de gentes. No hablaba de sus sentimientos, ni de su pasado, ni de nada que no fuera el presente. Sólo soportaba su hermetismo porque le había salvado la vida.

Aunque ella intentó que le explicara cómo sobrevivió a la terrible herida que le provocó su maestro, él nunca dijo ni una palabra al respecto. Ante la ausencia de hechos contrastables, sólo cabía especular. Además de las prótesis, barajaba otras posibilidades. ¿Era posible que su impecable dominio de la Fuerza le hubiera permitido librarse de la muerte, su peor enemiga? ¿Era así como había derrotado a sus numerosos adversarios? ¿O tal vez algún soldado desleal había recogido su cuerpo y lo había llevado al laboratorio secreto, donde lo habían reconstruido a espaldas de su antiguo maestro?

Aquellas alternativas eran demasiado raras y escalofriantes. A veces, él gritaba desde la sala de meditación, y sus alaridos resonaban por la nave y la despertaban de su sueño inquieto. De vez en cuando pronunciaba el nombre de Vader, otras veces gritaba el de Juno con miedo, desesperación o rabia. Normalmente se limitaba a gritar como si le estuvieran cortando el corazón a pedazos.

A Juno le dolían aquellos alaridos. Aunque su vida se había desmoronado desde que se conocieron, no podía eludir su inclinación a permanecer junto a él. De todos modos, si lo que quería de ella era una niñera que cuidara de aquel viejo Jedi gruñón al borde de la decrepitud, le dejaría muy claro que su lealtad no era incondicional.

De repente, PROXY se removió. Ella dejó a un lado sus cavilaciones y aparentó estar trabajando para no sentirse culpable. Sin embargo, el droide no le prestó atención. Se levantó y se dirigió a popa. Sus pisadas metálicas lo llevaron a la sala de meditación. La puerta se abrió deslizándose y el droide entró.

Tras un breve instante de vacilación, Juno abrió la pantalla que le permitía espiar lo que ocurría ahí dentro. Starkiller estaba arrodillado en la profunda oscuridad de la sala. Tenía los ojos cerrados y estaba de espaldas a la puerta, que aparecía en su campo de visión. La delgada silueta de PROXY parpadeó durante un instante y se transformó. Cuando hubo completado la transformación, era unos centímetros más alto y corpulento que antes. Llevaba barba y una larga melena, e iba vestido con la típica túnica de un caballero Jedi. Su expresión era solemne y decidida.

Starkiller abrió los ojos, sin embargo, no se movió hasta que PROXY activó un sable láser verde y lo levantó con ambas manos colocándolo a la derecha de su cuerpo, en una

posición equilibrada. Starkiller se levantó con un movimiento tan rápido, que Juno apenas le vio moverse. PROXY le propinó una lluvia de golpes con una velocidad y una agilidad impropias de su constitución. Giraba, daba volteretas y rodaba por toda la sala en una ofensiva sin tregua. Utilizaba movimientos rápidos y contundentes. Starkiller estaba ocupado desviando los ataques. Bajo la luz parpadeante, Juno vio que tenía la frente empapada en sudor.

El ruido de las espadas chocando y zumbando le llegaba a través del auricular. Bajó el volumen para no despertar a Kota. No era la primera vez que presenciaba un duelo entre Starkiller y su droide de prácticas. Habían luchado como posesos durante los primeros días que pasaron juntos tras la fuga del *Empirical*. Era evidente que el droide quería ayudarle a liberar la tensión. Pero en los demás momentos, a Juno le parecía que la cabeza de Starkiller era una olla a presión que iba acumulando tensión continuamente, hasta que explotara.

No obstante, nunca sería capaz de relajarse mientras presenciaba aquellos duelos. Starkiller nunca perdía, lo cual era una suerte, porque PROXY solía decir abiertamente que mataría a su amo en cuanto encontrara una grieta en su armadura. Juno no podía imaginarse su vida si semejante accidente llegara a ocurrir, de modo que atestiguaba con resignación aquellas ocasionales sesiones de entrenamiento, aunque no las disfrutaba.

PROXY no se detenía ni un segundo. Atacaba desde el suelo, las paredes, el techo y en pleno vuelo. Era como estar contemplando un baile, con la diferencia de que el menor tropiezo significaría la muerte. Starkiller estuvo tanto rato danzando con el droide, que Juno empezó a preocuparse. Luego, cambió su estilo de combate para adaptarlo al de PROXY, y ella comprendió de repente la diferencia que había entre el humano y la máquina. PROXY era rápido, pero Starkiller era elegante. Cuando PROXY se limitaba a blandir la espada, Starkiller adornaba sus acometidas con florituras. Si PROXY necesitaba mover todo el cuerpo, Starkiller podía atacar con un único dedo o esquivar los ataques del droide desplazando el pie sólo un centímetro.

Pronto llegó el final. La espada verde se hundió en el vientre del Jedi desconocido. Starkiller retiró la espada y retrocedió. El sable del droide se desactivó y cayó al suelo metálico con un golpe seco. El enemigo virtual de Starkiller se empequeñeció de nuevo y volvió a transformarse en PROXY antes de desplomarse.

—He vuelto a fracasar. —Musitó—. Lo siento, amo.

—No ha sido culpa tuya, PROXY.

Starkiller alargó la mano y acercó el droide a sus pies.

—Ataru no funciona bien sin la Fuerza. Aun así, has hecho una imitación suya muy creíble, teniendo en cuenta que estamos en un lugar tan remoto.

—Gracias, amo. Quizá la próxima vez tenga éxito.

Starkiller le dio una palmadita afectuosa.

—Has logrado sorprenderme. Creía que eras Kota.

—Dadas las circunstancias, Kota sería un buen módulo de entrenamiento. —Dijo el droide, temblando de emoción por el halago recibido—. Si algún día tengo la oportunidad de verle luchar, observaré sus movimientos y lo imitaré para ti.

—Buena idea, PROXY. —Lo alentó Starkiller con una expresión sombría—. ¿Ya se ha despertado?

—No lo sé, amo, pero no tardaremos en llegar.

—Entendido.

Abandonaron juntos la sala. Juno apagó la pantalla y se volvió para verlos entrar en la cabina de mando. Se sobresaltó al ver a Kota incorporado en su asiento. Por un momento temió que hubiera oído lo que ella había estado escuchando a través del auricular; entonces se dio cuenta de que el maestro Jedi no estaba alarmado ni albergaba la menor sospecha, sino que se encontraba bajo los efectos de una resaca monumental.

—No sabía si estabas durmiendo o si habías muerto dijo. Las comisuras de los labios del Jedi se torcieron en una mueca.

—Ojalá estuviera muerto.

Starkiller entró arrastrando a PROXY.

—¿Estamos cerca? —Preguntó. Se sentó en el asiento de copiloto y la miró. Las extrañas formas angulares del hiperespacio se reflejaron en sus ojos.

Juno revisó los controles.

—Llegaremos en breve.

Justo en ese momento, el entorno se desdibujó y se convirtió en un escenario más familiar, con la Galaxia como telón de fondo. Kashyyyk era una esfera verde y azul suspendida en el espacio, a estribor. Era un planeta bonito, aunque Juno dedujo que había pasado por momentos difíciles. Todavía se veían los restos de un bombardeo orbital, a pesar de que habían pasado muchos años. Se imaginó el humo que habrían desprendido aquellos bosques ardiendo, y se alegró de que el hogar de los wookiees no hubiera corrido la misma suerte que Callos.

Utilizó los sensores optimizados de la *Sombra Furtiva* para rastrear los alrededores del planeta. Captó muchas señales, aunque apenas había tráfico. La mayor parte del movimiento procedía del bando imperial. Había varias naves comandante merodeando por las órbitas superiores, con los cañones y las patrullas preparados. Unos cuantos transportes se dirigían a un punto de reunión que quedaba fuera de la vista, en algún lugar del horizonte del planeta. Juno acercó la nave para obtener una perspectiva mejor.

Cuando divisó la localización orbital concreta, tardó unos instantes en darse cuenta de lo que estaba viendo. Era mucho más que una estación base ecuatorial ordinaria, pero a primera vista la diferencia superaba los límites de su imaginación. Su cerebro no podía creer lo que veían sus ojos.

Una grúa aérea se suspendía sobre Kashyyyk, izada por unos repulsares, fuera de la atmósfera superior del planeta. Era una sólida estructura utilitaria, conectada con una zona despejada que había mucho más abajo. No parecía la mansión del dictador local ni un lugar de descanso para Moffs hastiados. Además, no estaba terminada. Varias docenas

de cargueros y droides obreros rodeaban la cumbre y resplandecían bajo la luz dorada del sol.

Cuando vio aquella extraña construcción y el gran despliegue imperial que había en la zona, Juno renegó.

—Esta misión es demasiado peligrosa.

Incluso Starkiller parecía desconfiar.

—Espero que tu contacto sea fiable. —Le dijo a Kota con una mirada amarga.

—Le confiaría mi propia vida. —El General resacas no les preguntó qué estaban viendo. Quizá ya lo sabía—. Me ayudó a entrar a escondidas en la Ciudad Nube. Es un viejo aliado de la Orden Jedi.

—Me parece estupendo. —Dijo Juno—. Pero si no sabemos quién es nos pone en una situación algo comprometida.

—Vosotros no sois los únicos que no queréis dar nombres a los desconocidos. —Se defendió el General, enfurruñado—. Si queréis mi ayuda, aceptad las condiciones. Mi amigo de Kashyyyk quiere conseguir algo muy valioso. Si lo ayudáis, tal vez os eche una mano para luchar contra el Imperio.

Juno observó a Starkiller. No mostraba ningún indicio de inseguridad.

—¿Nos han detectado, Juno?

—No. El sistema de camuflaje funciona a la perfección.

—Pues aterriza.

Juno hizo un saludo burlón para disimular su inquietud.

—Será difícil pasar desapercibidos ahí abajo. —Comentó mientras orientaba la nave—. El tráfico no es lo bastante denso para desaparecer entre las demás naves, pero es suficiente para que alguien nos descubra si aterrizamos. Además, no podremos utilizar indefinidamente el dispositivo de camuflaje. Si los cristales stygium se recalientan, dejarán de funcionar.

—Haz lo que puedas. —Le pidió Starkiller—. Intentaré no entretenerme demasiado.

—¿También le dijiste eso a tu último piloto?

Habló sin pensar en lo que decía y se arrepintió inmediatamente. Se enfadó consigo misma al recordar que Kota estaba escuchando. El antiguo Jedi no debía saber bajo ningún concepto quiénes eran ni lo que habían hecho.

Miró a Starkiller. Sus orejas ardían. Parecía furioso.

Juno hizo descender la *Sombra Furtiva* a través de la atmósfera y deseó que el ruido y las turbulencias del planeta disimularan su propio enfado.

Mientras descendía en picado sobrevolando las verdes colinas cercanas a las coordenadas que le había facilitado Kota, Juno aproximó la nave a la superficie y se detuvo un momento para que Starkiller tuviera tiempo de saltar hacia el interior del dosel de un bosque lleno de árboles de tronco ancho. No miró atrás, esperó sólo hasta que él le confirmó por el comunicador que todo iba bien. Luego volvió a elevarse hacia el espacio, donde no había estelas ni observadores que pudieran revelar su presencia. PROXY regresó a la sala de meditación, quizá para practicar en privado la imitación de Kota.

Al cabo de media hora, Juno encontró una órbita que mantendría la nave fuera del alcance de los radares imperiales. Cuando hubo terminado, volvió la cabeza. El general se había desplomado en su asiento, con los brazos cruzados y la barbilla apoyada en el pecho. Estaba pálido y demacrado. Bajo la venda se intuían las cuencas hundidas de sus ojos.

—Despiértese, General. —Dijo ella.

—Si no hay nada para beber en esta nave. —Le espetó Kota con brusquedad—. Prefiero que me dejes dormir.

—Puede que nuestro amigo necesite su ayuda.

—Es tu amigo, no el mío. —Puntualizó el Jedi frunciendo la boca—. Ni siquiera sé quién es, ni de dónde habéis sacado una nave como ésta.

Juno pensó a toda velocidad. Era evidente que el General había oído su comentario sobre los anteriores pilotos de Starkiller y lo estaba utilizando para tratar de sonsacarle. La opción más sencilla era ignorarlo, sin embargo, eso no habría hecho más que acrecentar las sospechas del anciano. Tenía que contarle algo, lo que fuera menos la verdad. O no toda la verdad.

—La robamos. —Explicó.

—¿A quién?

—No es asunto suyo.

—Puedo imaginármelo. A lo largo de mi vida he volado en muchas naves con dispositivo de camuflaje, pero aquí dentro no oigo el ruido del hiperimpulsor. Es un modelo nuevo, probablemente militar.

Bajo el tono huraño con que disfrazaba todos sus comentarios, Juno percibió que la estaba poniendo a prueba.

—Tal vez sea de nuestro enemigo común.

Ella no respondió. El General era un Jedi. Si le daba demasiadas pistas, acabaría relacionando la *Sombra furtiva* con la nave con que el asesino enviado por Darth Vader había llegado a la fábrica de cazas TIE y todo habría terminado.

El viejo se rió entre dientes y sufrió un violento ataque de tos.

—No te preocupes, Juno. —Dijo cuando recuperó la voz—. No vayas a delatarte.

—Creía que…

—Sois fugitivos, como yo. No tenéis nada que perder.

«Solo nuestro futuro. —Pensó ella—. Hemos hecho borrón y cuenta nueva. Podríamos volver a empezar, si quisiéramos».

El Jedi parecía mucho más anciano. Juno se dijo que tal vez estuviera recordando a todos los amigos y seres queridos que había perdido a lo largo de los años, no sólo por culpa de la Orden 66, sino también debido a las sublevaciones que protagonizó más adelante. Había perdido la vista. Todavía no le había contado cómo se quedó ciego, y ella no le había hecho preguntas. Pero podía imaginárselo; suponía que él no quería hablar del tema con ella ni con nadie.

Se levantó refunfuñando.

—Si no me dejas descansar en paz. —Le dijo—. Iré a dormir con el cargamento.

—Por mí adelante, General. —Respondió Juno aliviada. La conversación había terminado y no tenía muy claro qué había pasado—. Intentaré averiguar para qué sirve esa grúa.

El General le dio una palmadita desganada en el hombro y salió de la cabina de mando arrastrando los pies, palpando las esquinas angulosas del interior de la nave para orientarse.

Juno comprobó los indicadores para asegurarse de que seguían en la órbita adecuada. Starkiller aún no había dado señales de vida. Se preguntó si sería una buena señal o más bien lo contrario.

DIECISIETE

Con una estocada desesperada, el aprendiz mató con su espada láser a la última de las arañas gigantes que le habían salido al paso entre la maleza del bosque. Eran criaturas abominables, de cuerpos grandes y rojos e irracionalmente insistentes. Le habían seguido la pista durante un kilómetro por lo menos, hasta que consiguieron acorralarlo. El aprendiz empezaba a temer que las arañas se hubieran tomado su huida como una afrenta personal, además de haber perdido un suculento almuerzo. Al principio se preguntaba por qué en los bosques enmarañados de Kashyyyk no había criaturas peligrosas. Fue entonces cuando las cinco arañas gigantes surgieron de la nada a la vez, columpiándose en gruesos hilos de telaraña, con las mandíbulas abiertas chorreando veneno. Estuvieron a punto de acabar con él.

Más precavido y cubierto de manchas verdosas, dejó atrás la maleza y se encaminó hacia la parte alta del bosque. Estaba tardando demasiado en llegar a las coordenadas que Kota le había dado. Saltando de rama en rama, tuvo que ascender doscientos metros hasta que empezó a brillar la luz. La penumbra del bosque era tan impenetrable, que se sintió como si estuviera emergiendo de las profundidades de un océano.

Kota no le había dicho qué había en las coordenadas y no se había puesto en contacto con la *Sombra Furtiva* para preguntárselo. Quería descubrirlo por sí mismo, para poner a prueba la memoria del viejo General, su fiabilidad y su palabra.

Una vez hubo dejado atrás el territorio de las arañas asesinas, llegó a la parte alta del bosque, que seguía ascendiendo ligeramente. El dosel del bosque se extendía a lo largo de medio kilómetro por encima de él. Las ramas de los robustos árboles se apoyaban unas sobre otras y albergaban a varios miles de especies en sus amplias terrazas. Los reinos animal, vegetal y hasta mineral florecían en todas partes. Los pájaros revoloteaban en bandadas alrededor de zonas repletas de nidos que parecían pequeñas ciudades. Los insectos se arrastraban y se apiñaban en las hendiduras de las cortezas. La vegetación descompuesta y el polvo atmosférico formaban charcos en las articulaciones entre el tronco y las ramas, creando oasis donde crecían frondosas plantas y enredaderas. El aire fresco estaba cargado de sonidos de animales y susurros de hojas.

Era muy diferente de Felucia, donde todo parecía hinchado por la humedad y la Fuerza, a punto de estallar. Aquí, la vida era sangrienta y cruel. Era muy peligroso darle la espalda.

Cuando llegó a una zona relativamente segura, saltando de rama en rama o columpiándose en las lianas, el aprendiz empezó a pensar en lo que había visto desde la órbita.

Una grúa.

Su existencia en sí ya era rara. Sólo había unas cuantas en la Galaxia, y la mayoría estaban en Coruscant. Pero no era eso lo que más le había sorprendido.

Cuando la *Sombra Furtiva* se aproximó a la superficie del planeta, tuvo ocasión de observar la grúa desde otro ángulo. Con los últimos rayos de sol, parecía una ardiente

columna estirándose para alcanzar el cielo: «Un lugar de la órbita baja donde había un cúmulo de diminutos puntos luminosos».

Aquella imagen de la grúa de Kashyyyk le resultaba familiar. La había visto mientras estaba inconsciente en el laboratorio secreto de Darth Vader, recuperándose de las terribles heridas que su maestro le había provocado. Había atribuido aquellas imágenes a sueños caprichosos y sin sentido, un producto del subconsciente que mantenía su mente ocupada durante su convalecencia.

¿Y si hubieran sido visiones de su futuro? No lo sabía. Nunca antes había tenido premoniciones, ni a través de la meditación ni mediante otras pruebas que se impuso a sí mismo, sin embargo aquello no significaba nada. Había pasado muchos meses debatiéndose entre la vida y la muerte. ¿Quién sabía cuántos momentos críticos había tenido que superar para sobrevivir? Sería una tontería descartar aquella posibilidad; las visiones podían contener información que quizá le resultaría útil para llevar a cabo su misión actual y también otras.

Hizo un esfuerzo para recordar más detalles de la visión, pero era muy difícil. Sus recuerdos se entremezclaban. Recordó el olor a carne cruda y vio a Darth Vader hablando sobre alguien que había muerto. Seguir recordando era tentador, mas no merecía la pena. Si no tenía nada más sólido, sólo conseguiría distraerse.

En la visión, la grúa se divisaba desde una perspectiva inferior. No debía de haber muchos lugares en Kashyyyk que proporcionaran ese punto de vista. Además, había otra persona con él. Una mujer joven. ¿Juno, quizá?

Arrugó la frente. Temía alejarse del verdadero sentido de la visión, fuera cual fuera. No era Juno. Era una desconocida.

¿Amiga o enemiga?

La visión no daba más de sí y el aprendiz se había cansado de exprimirla para sacarle más jugo. Se sentía angustiado desde que había llegado a Kashyyyk. Había algo preocupante en el aire de aquel lugar, en los árboles, en el color del sol. Si no era la visión lo que le inquietaba, ¿qué podía ser?

Desistió y se concentró únicamente en superar los límites superiores del bosque.

Mientras se acercaba a las coordenadas que Kota le había dado, unos ruidos industriales perturbaron el ambiente natural de Kashyyyk.

Lo primero que oyó fue una lanzadera despegando. Emitió un gemido regular y metálico, como si estuviera sufriendo, y desapareció rumbo al oeste. Los pájaros piaron, sumándose al estruendo. Cuando se hubieron calmado, oyó el sonido metálico de unos AT-ST balmorranos. Aquellas torpes máquinas bípedas se habían ganado la antipatía del aprendiz en Duro, adonde Darth Vader lo envió para que derrocara a un tirano local que se había acomodado demasiado. Eran máquinas pesadas y poco elegantes, pero podían causar muchos problemas con un buen control. El aprendiz esperó poder mantenerse fuera de su alcance mientras estuviera en Kashyyyk.

El rugido de unos deslizadores terrestres, el zumbido de las vibro-sierras y el chirrido de un generador se hicieron audibles mientras se acercaba al lugar de donde procedían.

Por un instante, le extrañó que un asentamiento tan ruidoso hubiera encontrado una ubicación segura entre los peligros del bosque.

Pronto se aclararon sus dudas.

El bosque terminaba como si lo hubieran cortado con un cuchillo y hubieran arrancado los árboles. La tierra tosca y rugosa estaba expuesta a los rayos del sol por primera vez en milenios, llena de retorcidas raíces muertas y mezclada con astillas de madera angulares. El terreno descendía en un largo valle hasta el cauce seco de un río, luego volvía a subir formando una colina que en otros planetas habría parecido majestuosa, pero que allí quedaba empequeñecida por los árboles que se hacinaban rencorosos alrededor de la zona despejada. En la colina del fondo del valle había una vivienda, probablemente ocupada por alguien importante. Parecía una base imperial, con puntos para colocar armas y antenas de satélite, situada por encima del bosque. De un lado sobresalía una plataforma de despegue para lanzaderas.

Desde el lugar donde estaba agazapado, el aprendiz vio una escalera que conducía a la entrada principal. En la plataforma había una única lanzadera con las alas plegadas tímidamente por encima del cuerpo. Unos cuantos AT-ST se pavoneaban en la zona inferior con aire inexpugnable, acompañados de droides de todas las formas y tamaños. Había soldados imperiales patrullando el perímetro de la casa con sus rifles blaster preparados. Algunos vigilaban grupos de tres o cuatro wookiees. Los altos y peludos nativos del planeta parecían encadenados, aunque desde tan lejos era muy difícil averiguar por qué.

El aprendiz tomó nota de todos los detalles desde su posición en el límite del bosque, en cuclillas en una delgada rama como si fuera un mono-lagarto kowakiano. No veía la forma de entrar en la residencia. Quizá con un poco más de información podría elaborar un plan.

Cerca de donde se encontraba, oyó el chasquido del comunicador de un soldado imperial.

Justamente lo que necesitaba.

Descendió por las ramas del árbol como si no pesara nada y se dejó caer en medio de una pareja de soldados. Antes de que pudieran dar la alarma, levantó la mano izquierda y ordenó a uno de ellos que se durmiera. Cuando el soldado se tiró al suelo dócilmente, el aprendiz controló la mente del segundo hombre con otro truco.

—No estás alarmado —le dijo al soldado—. Tengo permiso para estar aquí. En realidad, me estabas esperando.

El casco blanco anónimo asintió.

—Todo va bien, señor. Aunque no sé qué le pasa a Britt.

Con una bota blanca, le propinó un puntapié a su compañero dormido.

—Britt no te preocupa. Sólo quieres ayudarme.

—Sí, señor. Estoy a su disposición. ¿Qué puedo hacer por usted?

El casco blanco se inclinó a un lado, inquisitivo, y el aprendiz se alegró de que la mayoría de soldados imperiales tuvieran tan pocas luces.

—Dime quién está al mando aquí.

—El capitán Sturn, señor.

—¿Y dónde puedo encontrarlo?

—Si no ha salido a cazar, estará en la casa con su invitado.

—¿Quién es su invitado?

—No lo sé, señor, pero tenemos órdenes estrictas de protegerlos. Esos wookiees son unos salvajes estúpidos.

El aprendiz ignoró el comentario.

—¿Se trata de un huésped o de un rehén?

—No lo sé, señor.

—¿Puedes enseñarme las habitaciones de invitados?

—No estoy autorizado a entrar en esa zona, señor. —Respondió inclinando de nuevo el casco—. ¿Por qué no le pregunta todo eso al capitán Sturn?

La influencia que ejercía sobre la mente del soldado estaba menguando. Antes de perderla del todo, le hizo un par de preguntas sobre los wookiees.

—¿Quiere saber qué hacemos con ellos, señor? Les damos· su merecido. Son animales estúpidos y asquerosos. Usted no será uno de esos tipos comprensivos, ¿verdad? Uno de esos brutos descuartizó a mi jefe de sección justo delante de mis ojos. ¿Sabe lo que haría con ellos? Matarlos a todos. El capitán Sturn…

—Suficiente.

Pasó las manos por delante de la cara del soldado y retrocedió para que no se le cayera encima. Dejó a la pareja tumbada en el suelo, desapareció entre la sombría maleza y empezó a rodear el enorme claro. La vivienda que había en el centro era un edificio compacto que no parecía tener puntos débiles. El lado oculto se adentraba en el bosque virgen por encima de las colinas. No quería caer por segunda vez en una emboscada de arañas. Necesitaría un ejército entero para entrar allí, o tendría que disparar por encima de la capacidad de cualquier arma que llevara encima. A menos que robara algunas granadas de impacto de los soldados imperiales o consiguiera un cañón blaster…

Esbozó una sonrisa. No necesitaba nada de eso. El Lado Oscuro de la Fuerza estaba con él. Volvió a acercarse lentamente a los árboles y empezó a buscar el mejor sitio para atacar.

Sólo entonces, cuando percibió un distante olor a chamusquina, se sintió desorientado de nuevo. Apartó aquella sensación. En su futuro inmediato había docenas de soldados y todos ellos tratarían de impedirle que se acercara a su objetivo. Les daría motivos para que cambiaran de idea.

DIECIOCHO

Tras media hora navegando en el ordenador central del Imperio, Juno sólo había recabado la mitad de las respuestas que necesitaba.

El objetivo de la grúa era transportar esclavos wookiee desde la superficie de Kashyyyk hasta la órbita inferior, desde donde eran enviados a otros destinos.

Sin embargo, la información sobre los destinos de los esclavos estaba protegida por un nivel de seguridad más alto, al que no podía acceder. Tampoco consiguió averiguar el porqué. Aquella media hora tan productiva vino seguida de una búsqueda infructuosa que la llevó a consultar todos los archivos disponibles para intentar encontrar una pista que no llegó a aparecer. El asunto seguía siendo tan misterioso como al principio.

Averiguó que Darth Vader había estado en el planeta unos años antes, pero su visita no parecía estar relacionada con el tema.

Se dejó caer en su asiento, se pasó los dedos por el pelo y se desperezó. Starkiller estaba en la superficie. Kota se había retirado. PROXY seguía ocupado en sus asuntos. Acababa de darse cuenta de que estaba completamente sola.

Se inclinó de nuevo hacia adelante y empezó a teclear. Algunos archivos imperiales tenían copias en toda la Galaxia. Aparecían con todos los destacamentos de invasión, actualizaban las redes locales y se mantenían al corriente descargándose información nueva de las naves comandante que pasaban por ahí. De ese modo, la administración del Imperio reafirmaba su presencia a través de miles de mundos deshabitados. De lo contrario, ¿cómo se enterarían los gobiernos más lejanos de las nuevas leyes y nombramientos, o de cuáles eran los criminales en búsqueda y captura que podían cruzar sus fronteras?

Algunos datos de la Academia Imperial estaban incluidos en aquella descarga automática. Estaban cifrados, por supuesto, pero Juno se sabía las claves de memoria. Se dijo a sí misma que lo hacía por pura curiosidad. Hacía menos de un año que había ocurrido lo de Callos. Desde entonces no sabía nada de sus viejos amigos y compañeros. Si no se preocupara por ellos, no sería humana.

El Escuadrón Negro era una unidad de élite con fama de despiadada y disciplinada. Cuando aún no formaba parte de ella, veía que Darth Vader mantenía cuidadosamente su estructura para que aquellas dos cualidades permanecieran inalteradas. Los jefes y los pilotos cambiaban constantemente, un hecho oscurecido por el halo místico que envolvía el escuadrón. Los que pertenecían a él nunca hablaban de sus compañeros ni de sus misiones y los que estaban fuera nunca especulaban. Habían hecho su trabajo, lo único que importaba.

Juno se había sentido orgullosa de volar como jefa del escuadrón, aunque su liderazgo había durado poco. Sabía que era normal. Su predecesor, con quien sólo había volado dos veces, no había ocupado el cargo mucho más tiempo que ella. Y el anterior jefe había estado un mes escaso en el escuadrón antes de que Darth Vader le asignara un nuevo cargo que no pudo localizar. Ambos pilotos constaban como fallecidos.

Se preguntó si alguno de ellos habría pilotado para Starkiller. Desestimó aquella infructuosa línea de especulaciones y se dedicó a investigar las carreras de los pilotos con los que había volado. Un tercio de sus compañeros seguía en el escuadrón.

Otro tercio había muerto. Supuso que habían fallecido en combate, sin embargo, no constaba en ninguna parte. Los demás habían sido ascendidos.

Mientras leía la lista de ascensos, se enfureció. Un piloto cuyo nombre en clave era *Redline* había sido ascendido a jefe de escuadrón tras la desaparición de Juno. Nunca había volado con un individuo tan frío, cruel y despiadado como *Redline*. Llegó a preocuparse por su salud mental. En su diario de a bordo lo describía como a un psicópata y lo castigó varias veces por abusar de la violencia. Él fue uno de los tres pilotos bajo su mando que se quejaron cuando el escuadrón se retiró de Callos. Opinaban que debería haberse quedado en el planeta y acabar el trabajo.

El planeta había muerto. Juno no entendía qué quedaba por hacer. Y ahí estaba él, liderando el escuadrón de cazas TIE más temido de todo el Imperio.

Se dio cuenta de que aquello encajaba con la visión retorcida que Darth Vader tenía de la Galaxia. Lo que ella había considerado una unidad compacta, casi una familia, ahora le parecía un sistema completamente erróneo, el producto de una tiranía alimentada por el miedo y la crueldad. Si se hubiera quedado con el Escuadrón Negro, se habría visto obligada a cometer una y otra vez atrocidades como la de Callos, que *Redline* estaría cometiendo sin duda. De haberse negado, la habrían fusilado por desacato.

Lo comprendía, pero aquello no significaba que le gustara. En cambio, otros pilotos muy prometedores habían sido ignorados por completo. *Chaser*, el sustituto que ella misma había recomendado, seguía volando en cuarta posición. Y *Youngster*, el piloto que ingresó en el escuadrón después de ella, un alegre graduado que, según Juno, muy pronto seguiría sus pasos como oficial alistado, había…

Tardó un cuarto de hora en averiguar qué había sido de él. Al parecer, había dejado el escuadrón con vida, convirtiéndose en uno de los pocos pilotos trasladados cuando aún estaba en condiciones de volar. Sin embargo, desde ese momento, era más complicado seguirle la pista. Todo parecía indicar que el chico había cambiado de opinión, aunque no hasta el punto de ser ejecutado. Había pilotado naves de transporte durante un tiempo y luego retomó el servicio activo como centinela en construcciones imperiales. Había presenciado combates en varias zonas calientes, aunque nada especial. Su último destino era…

Juno se quedó mirando la pantalla durante un minuto antes de aceptar la verdad. *Youngster* había sido destinado a Kashyyyk.

La invadió una terrible mezcla de miedo y anhelo. Sólo necesitaba pulsar un interruptor para abrir un canal de comunicación y saludar a su antiguo compañero. Su voz familiar retumbaría en la cabina de mando y por un momento dejaría de sentirse excluida. Podría retroceder en el tiempo, olvidar las traiciones y el futuro incierto que se abría ante ella. Volvería a ser una consumada piloto imperial, convencida de que nada cambiaría eso.

Un interruptor. Ni siquiera debería identificarse. Sólo saludar, eso bastaría. ¿Qué tenía de malo? Se estremeció. Tenía las manos fuertemente apretadas contra el regazo y las mantuvo ahí para que no la traicionaran.

No podía volver, ni por un instante. Si saludaba a un escuadrón imperial mientras Starkiller estaba en tierra firme, se arriesgaba a echarlo todo a perder. Nada merecía ese riesgo, ni siquiera el hecho de hablar con un antiguo aliado que se había convertido en su enemigo. Si llegara a enterarse de que seguía viva.

Sus manos temblorosas volvieron al teclado. Tecleó su nombre lentamente.

Los archivos referidos a ella ya no estaban restringidos. De hecho, se abrieron inmediatamente. Leyó el resumen de su carrera como si se tratara de una esquela. En realidad, no había mucha diferencia.

«Espía… traidora… ejecutada por el mando imperial».

No había lugar a dudas. No podía volver. Ni siquiera fue capaz de reconocerse a sí misma en aquella biografía. Su archivo había sido modificado. Alguien había eliminado sus mayores logros. Ni siquiera mencionaba Callos. La habían rebajado a la categoría de una inepta piloto de cazas que, de algún modo, había conseguido un puesto en el escuadrón más selecto de la Galaxia y luego había abandonado a su equipo. O lo que era peor, se había rebelado contra ellos. La mujer que aparecía en la biografía merecía aquella ejecución ficticia. Aquello era exactamente lo que la antigua Juno habría pensado.

Pero la antigua Juno Eclipse ya no existía. La nueva Juno Eclipse se sentía furiosa por haber sido degradada con tanta facilidad, aunque fuera en un archivo oficial que ya no importaba. O eso creía. Si a ella le había ocurrido eso, ¿cuántas veces habría sucedido lo mismo con otros supuestos traidores, como su madre?

Se preguntó qué pensaría su padre, y decidió que no le importaba.

Por lo menos, constaba como fallecida. Eso le daba seguridad, aunque la rabia hervía en su interior. No permitiría que las cosas quedaran así.

Kota tosió para aclararse la voz. Juno cerró los archivos con un sobresalto, antes de caer en la cuenta de que el hombre era ciego.

—Creo que ha llegado la hora de buscar a tu amigo. —Le dijo—. Lleva demasiado tiempo sin dar señales de vida.

—Tiene razón. Además, estoy segura de que le gustará saber lo que he averiguado.

Le contó que los esclavos wookiee eran enviados a otros destinos por motivos desconocidos.

—¿Cree que su amigo del Senado está al corriente de la situación?

—No lo dudo. —Aseguró Kota.

—¿Y por eso estamos aquí?

—Creo que se pueden arreglar dos problemas con una misma solución. Por lo menos, se puede intentar.

—Eso ya lo veremos. —Empezó a abrir el canal de comunicación y luego se dio cuenta de la expresión que había empleado—. Uy, lo siento.

—No pasa nada. —Repuso Kota con aspereza—. Es una forma de hablar.

Dieron la conversación por terminada. Por el comunicador de Starkiller sólo se oían ruidos de maquinaria.

DIECINUEVE

Juno intentaba decirle algo que parecía importante.

Fuera lo que fuera tendría que esperar.

El pie de un AT-ST pisó el suelo justo a su lado y le hizo retumbar el cerebro. El aprendiz no modificó el paso. Había calculado el ritmo a la perfección. Se agachaba para esquivar los disparos y las granadas de impacto que le lanzaba el artillero y se acercaba a la máquina desde abajo, donde la coraza era más vulnerable. Aquella enorme cabeza giró y se volvió hacia él para localizar al hombre desarmado que se había atrevido a atacarlo solo. A través de los movimientos de la máquina percibió la incredulidad del piloto.

El aprendiz hizo una inspiración profunda y dio un acrobático salto mortal. Mientras rodaba en el aire, lanzó varias estocadas con su espada láser que alcanzaron las rodillas, las juntas de control y el motor del robot. El AT-ST flaqueó cuando sus complejos sistemas registraron las averías. El martilleo incesable de su arsenal empezó a disminuir.

El aprendiz aterrizó en el suelo y se quedó inmóvil. Con un chirrido metálico, el AT-ST dio medio paso adelante y se cayó de bruces. El impacto levantó una nube de polvo. Tan pronto la máquina se hubo desplomado, el aprendiz volvió a moverse para esquivar el fuego procedente de una tronera situada a la derecha de la escalera principal de la vivienda. Dos AT-ST se le acercaban desde direcciones opuestas para acorralarle.

Su sonrisa no se había borrado. La puntería de los soldados dejaba mucho que desear. Rechazaba todos los disparos que entraban en su radio de acción y los enviaba de vuelta a su lugar de origen o los desviaba hacia la puerta principal de la casa, aunque muchos de ellos iban a parar al suelo directamente. Corrió hacia los soldados para convertirse expresamente a sí mismo en un blanco más fácil Los cascos blancos se levantaron sorprendidos y se agacharon de nuevo para apuntar.

«Un disparo afortunado. —Se imaginó que estarían pensando—. Sólo un disparo afortunado». Les enseñaría que la suerte no existía. Por lo menos, no servía en contra de él.

Se vio rodeado de una abrasadora lluvia de disparos de energía. Desvió unos cuantos hacia los AT-ST que se le acercaban y les dejó las corazas llenas de quemaduras negras. Los pilotos y los artilleros volvieron a la carga con renovadas energías. Eran conscientes de que su aproximación los convertía en un blanco cada vez más fácil para el aprendiz. Lo acribillaron con granadas de impacto que desvió hacia la puerta de la casa, procurando evitar cualquier cosa que pareciera una habitación de invitados.

Las alarmas aullaban. Los soldados imperiales gritaban. Los motores rugían cada vez más fuerte.

Cuando los dos AT-ST se acercaron a menos de diez metros de él, formando un triángulo equilátero con la tronera, se detuvo. Su espada láser giraba como una hélice. La movía de forma intuitiva. La Fuerza fluía por sus venas como un torrente, alimentando sus instintos y llenándolo de energía. Cerró los ojos durante un segundo y sus brazos se movieron perfectamente sincronizados con los disparos. Él ya no formaba parte de la

ecuación. Era un simple espectador, un observador privilegiado de un ballet magnífico y letal.

Agachó la cabeza y se concentró. Los AT-ST se acercaban a él más lentamente. Sus pilotos y artilleros ya saboreaban la victoria. Ningún humano vulgar sobreviviría durante mucho tiempo a aquella lluvia de disparos. Pero se equivocaban por completo. Cuando los AT-ST empezaron a acelerar de nuevo, los pilotos se quedaron boquiabiertos. Intentaron hacer retroceder las máquinas en vano. Aquellas pesadas bestias metálicas seguían aumentando su velocidad, cambiando de rumbo a cada paso vacilante que daban. Sin dejar de acelerar, convergieron en un lugar distinto al que se dirigían en un principio. Su destino ya no era el aprendiz, sino un pedazo de tierra vado que había unos metros más abajo.

El aprendiz se dio la vuelta y abrió los ojos un instante antes de la colisión. Levantó la mano que tenía libre y lanzó una potente descarga hacia las armaduras. La energía recorrió cables y conductores que desembocaban en las plataformas de carga y los almacenes de munición, disparando armas y activando detonadores. La energía engendraba más energía.

El aprendiz saltó hacia arriba un segundo antes de la primera explosión, y la ráfaga de aire caliente que se desprendió lo elevó aún más en el aire. Giraba y rodaba gracias a la Fuerza que recorría su cuerpo. Flotaba disfrutando de aquella maravillosa sensación de ingravidez y de la satisfacción de haberse librado de una muerte segura.

Una llamarada roja se expandió por el suelo y envolvió la tronera. Salieron armaduras blancas disparadas en todas direcciones.

El salto alcanzó su punto álgido y empezó a descender. Fue casi humillante volver a tierra firme, pero sabía que no podía volar para siempre. Rodó para frenar el exceso de impulso y se levantó inmediatamente, rodeado de ruinas y en medio de una espiral de humo. Echó un vistazo por encima del hombro y averiguó todo lo que necesitaba saber. Sólo uno de los malogrados AT-ST seguía de pie. Una densa humareda negra salía de la ventanilla rota. El otro estaba hecho pedazos, destrozado por sus propias armas.

El campo de batalla estaba en silencio. Le zumbaron los oídos durante un buen rato hasta que el ruido se desvaneció. Aparte del tintineo del metal enfriándose, no se oía nada. La resistencia imperial se había desmoronado. O todos habían muerto, o los supervivientes se habían retirado a otras posiciones defensivas.

—¿Me decías algo? —Le preguntó a Juno mientras subía la escalera que conducía a la puerta principal de la casa. La chapa blindada que la protegía colgaba de una única bisagra fundida, destruida por los disparos de cañones y pistolas que había desviado.

—La grúa. —Le explicó Juno—. Sirve para trasladar esclavos wookiee.

—Ahora eso no importa. —Cortó la voz áspera de Kota—. ¿Dónde estás?

El aprendiz describió la casa mientras entraba en el vestíbulo en ruinas. Llevaba la espada láser preparada, pero sólo encontró tres droides de protocolo al borde de un ataque de nervios.

—Creo que no hay nadie.

—Estás muy cerca de tu objetivo. No te distraigas bajo ningún concepto.

—¿Va a decirme de una vez qué estoy buscando?

—Paciencia, joven. Lo sabrás a su debido tiempo.

El aprendiz gruñó. Cruzó el pasillo principal abriendo las puertas a patadas y recurriendo a la Fuerza para agudizar sus sentidos. Percibió un olor a comida chamuscada procedente de la cocina. Lo ignoró.

—Hay algo… —Musitó, dejándose llevar por su instinto hacia la parte trasera de la casa—. Hay alguien…

Dobló una esquina y se encontró en un largo pasillo de madera decorado con obras de arte de cerámica. Dos soldados de asalto y un Guardia Imperial estaban vigilando la puerta cerrada que había al fondo. Los soldados levantaron sus rifles blaster al verle. La espada-báculo del guardia ya estaba encendida.

—Espere. —Le dijo a Kota—. Creo que me estoy acercando.

Los soldados empezaron a dispararle antes de que hiciera ademán de acercarse a ellos. Desvió los disparos y los mató. El Guardia Imperial no duró mucho más. Se deshizo de él con cuatro estocadas de su sable láser y le lanzó una descarga mientras se desplomaba en el suelo. El aprendiz asintió satisfecho al comprobar que sus habilidades habían mejorado desde Nar Shaddaa.

Volvió la cabeza y asintió de nuevo. No había roto ni una sola pieza de arte. «Mi buena obra del día», se dijo mientras fundía la cerradura y empujaba la puerta.

La habitación estaba lujosamente decorada, y con mucho gusto, teniendo en cuenta quién era su fallecido propietario. Había docenas de maderas de varios tipos que contrastaban sutilmente en las paredes, las cornisas, el suelo y el techo. En la pared opuesta había una enorme ventana que daba al bosque. A lo lejos, recortándose en el cielo azul, se distinguía la clara línea de la grúa.

En vez del tirano que esperaba encontrar vio a una mujer esbelta, encapuchada y vestida de blanco que estaba de espaldas frente a él. Contemplaba el paisaje con un droide astromecánico blanquiazul a su lado. Aunque no se volvió para ver quién había derribado la puerta, el aprendiz supo que era muy consciente de su presencia.

Se acercó un poco más a ella y activó el comunicador para que Juno y Kota pudieran escuchar la conversación.

—Debería haberme imaginado que el Emperador enviaría a un asesino. —Dijo la mujer en un tono más irritado que preocupado—. Es de cobardes.

—No sirvo al Emperador.

Ella se volvió y se quitó la capucha. El aprendiz se dio cuenta de que no era una mujer, sino una muchacha más o menos de su edad que llevaba el pelo castaño recogido en dos coletas enrolladas por encima de los hombros. Lo examinó con una mirada hastiada, llena de escepticismo.

—Ya le dije al capitán Sturn que se ahorrara esta farsa, y lo mismo vaya a decirle a…

—Va en serio. —Insistió el aprendiz levantando la mano para interrumpirla—. He venido con el Maestro Kota.

—El Maestro Kota está muerto. Lo asesinaron en Nar Shaddaa. Mi padre… —Se detuvo en seco.

—¿Tu padre?

El aprendiz se acercó más a ella y empezó a atar cabos. El amigo de Kota… un valioso objeto que debía recuperar…

—¿Cuánto tiempo lleva tu padre pasándole información a Kota sobre los objetivos imperiales?

Ella lo inspeccionó con cautela…

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo el Maestro Kota. No murió en Nar Shaddaa. Nos enviaron aquí para rescatarte. Supongo que ahora tienes que venir conmigo.

Su escepticismo aumentó.

—No puedo irme. No mientras este planeta siga esclavizado.

—¿Por eso estás aquí?

—No. —Repuso con sequedad, irritada—. Soy una observadora del Senado nombrada por el Emperador. Mi trabajo consiste en supervisar la construcción de esa monstruosidad. —Dijo mientras señalaba con un movimiento de cabeza la grúa que se erigía por encima del bosque—. No puede matarme, pero puede mantenerme ocupada y, a la vez, enviarle una advertencia a mi padre. Es un cobarde, aunque uno de los listos. Es un maestro de la coacción y la manipulación.

El aprendiz asintió mostrando su conformidad.

—Yo no soy tan inocente. —Dijo la muchacha señalando la espada láser con la mandíbula—. Sé perfectamente qué es eso. Si eres un auténtico Jedi, entenderás por qué no puedo irme.

—Pero tu padre…

—Mi padre no está aquí. —Dijo, volviéndose hacia la ventana—. Cuando la grúa esté terminada, el Imperio podrá empezar a hacer traslados masivos de esclavos wookiee. En cuestión de días, poblados enteros serán deportados. ¿R2-D2?

El pequeño astromecánico se desplazó rodando y se interpuso entre su dueña y el aprendiz. Entre pitidos y silbidos, proyectó un holograma estándar blanquiazul donde aparecía una enorme construcción de planta circular, reforzada con contrafuertes y anclajes hundidos en el cimiento. La imagen giraba lentamente en el aire mientras Leia le explicaba su plan al aprendiz.

—R2 y yo hemos estado analizando la grúa desde aquí. Creo que conozco la manera de derribarla. Esto son los anclajes. Si los inutilizas, perderá su punto de apoyo y provocará una reacción en cadena que destruirá la plataforma orbital antes de que pueda entrar en funcionamiento.

El aprendiz estudió la imagen para hacerse una idea de la escala de la construcción. Una pequeña figura humana, que se veía minúscula aliado de los anclajes, le sirvió de referencia. No era muy esperanzador.

—Destruir esa construcción no detendrá al Imperio durante mucho tiempo. —Argumentó—. Se limitarán a construir otra.

—Sí, es posible. Pero al menos los wookiees tendrán una oportunidad de escapar.

Cruzó los brazos frente al pecho, como si lo regañara por haberle llevado la contraria.

—Si vuelves por dónde has venido, encontrarás un transporte tubular que te llevará a la parte baja del bosque. Estará plagado de soldados imperiales rastreando la maleza, pero es el camino para llegar a la base de la grúa.

—Entendido. —Aceptó, a pesar de sus recelos. Si quería sacarla de ahí, debería hacer lo que ella le pedía—. ¿Y qué vas a hacer tú?

—Supongo que mi lanzadera todavía está en la plataforma de aterrizaje.

—Tal vez, pero no creo que el piloto esté esperándote.

—¿Quién ha dicho que necesito un piloto?

Le mostró una sonrisa radiante por encima del hombro. Luego, en un tono más serio, añadió:

—Por favor, dile a mi padre que estoy bien.

—Lo haré.

Acto seguido, la muchacha se fue.

VEINTE

—¿Lo habéis oído? —Preguntó Starkiller desde la superficie del planeta.

—Así es. —Repuso Juno, que albergaba sentimientos contradictorios respecto a aquel nuevo giro de la situación. Se alegraba de que hubieran cumplido la misión que les encargó el senador amigo de Kota, pero la constante proximidad del peligro le provocaba escalofríos. Starkiller no parecía dispuesto a regresar pronto a la nave y los cristales stygium no durarían indefinidamente.

—¿Vas a hacer lo que te ha dicho?

—Estoy en ello. —Replicó.

—Tú y tu solución única. —Le musitó a Kota.

—¿Va todo bien ahí arriba? —Le preguntó Starkiller.

—Intentamos matar el tiempo. —Dijo ella—. ¿Adónde crees que llevan a los wookiees? ¿Y por qué?

—Quién sabe. Son criaturas fuertes y listas. De no ser porque tienen tendencia a arrancar cabezas cuando se enfadan, serían muy valiosos como esclavos.

—Hay otras cuestiones. —Intervino Kota, malhumorado.

—¿A qué te refieres? —Le preguntó Juno.

—Al apego. —Dijo él—. Los wookiees están muy apegados a sus familias. Forman vínculos extraordinariamente sólidos entre ellos. —Sus labios se torcieron—. Por eso los Jedi no teníamos familia. Era la única forma de mantener la objetividad.

—Es evidente que no bastó. —Comentó Juno.

El General frunció el ceño.

—Kota. —Dijo Starkiller desde la superficie—. Quiero que haga llegar el mensaje de la chica a su padre, esté donde esté.

—Entendido. —Repuso el General volviéndose hacia su teclado—. Lo intentaré.

La transmisión se cortó. Los tripulantes de la *Sombra Furtiva* permanecieron en silencio durante un tiempo. El anciano tecleaba, envuelto en un halo de tristeza, y ella se preguntaba qué estaría haciendo Starkiller ahí abajo. Entró en las bases de datos de la nave en busca de información sobre los bosques de Kashyyyk y lo que encontró no la tranquilizó en absoluto. Si no le asesinaban los soldados que acudían en tropel al lugar del alboroto, acabaría en el estómago de un blastail o aplastado por un terrible mistyngar.

Cuando llevaba un buen rato tecleando, resoplando irritado y gruñendo con preocupación, Kota apartó el teclado y se levantó de un salto. Profirió un grito y abandonó el puente de mando tropezando, palpando las paredes para encontrar el camino.

—¿Va todo bien? —Le preguntó Juno.

No obtuvo respuesta. La puerta de la sala de meditación se abrió con un zumbido. Ella se encogió de hombros y dejó que se marchara. Si no quería hablar, no podía obligarle a hacerlo. Apartó la vista de los numerosos peligros de Kashyyyk y se dedicó a investigar el diseño de la grúa. Aquello la mantuvo entretenida, pero tampoco logró calmarla. La voz de Starkiller le llegó a través del comunicador con un chasquido.

—¿General Kota?

—No está. —Respondió ella.

—Avísale. —Le ordenó Starkiller—. Creo… que he descubierto algo. Había un ligero matiz en su voz, algo nuevo y misterioso. Juno no vaciló ni un segundo.

—¡Kota! —Vociferó por encima del hombro—. Kota, ¡salga de ahí! El General apareció al instante. Sin tambalearse ni apoyarse en las paredes, salió de la sala de meditación e irrumpió en la cabina de mando.

—¿Qué ocurre?

Ella señaló el comunicador. Starkiller repitió lo que había dicho antes.

—¿Qué has encontrado, exactamente? —Le preguntó el General con inquietud.

—Sólo una vieja cabaña. —Siguió Starkiller—. En realidad, está en ruinas. Pero me resulta familiar.

Su voz transmitía nerviosismo.

—No he dejado de percibir algo extraño desde que pisé la superficie de Kashyyyk. En el bosque hay una oscuridad inmensa, y también hay… tristeza. Aquí pasó algo.

Kota habló con una urgencia apremiante.

—Pasa de largo, chico. Sigue con tu misión. Hay cosas que no estás preparado para afrontar.

—¿Por qué? —Le preguntó Starkiller—. ¿Qué hay aquí dentro?

—No lo sé. Mi vínculo con la Fuerza se rompió hace mucho tiempo. —Kota se hundió en el asiento de copiloto, con la expresión endurecida—. Si entras ahí, tendrás que enfrentarte tú solo a lo que encuentres.

Starkiller no respondió. Juno se sentó en el borde de su asiento, esperando que dijera algo, lo que fuera. Entre los chasquidos del canal de comunicación abierto, le pareció que podía oír su respiración.

—¿Qué está haciendo? —Le preguntó a Kota.

El anciano hizo un gesto pidiendo silencio.

Pasaron algunos minutos, durante los cuales Juno se fue convenciendo a sí misma de que Starkiller no había entrado en la cabaña. A pesar del temeroso anhelo que había notado en su voz, le habría hecho caso a Kota y habría pasado de largo. Debía de estar cerca de la base de la grúa. Pronto volvería a ponerse en contacto con ella, disipando sus temores. Entonces, ella se reiría y se sentiría muy estúpida y todo volvería a la normalidad.

Kota permanecía a su lado agarrotado, como si tuviera algo frío y húmedo presionándole la nuca. Un músculo de su mejilla derecha se movió nerviosamente. Suspiró en voz alta y se apoyó en la consola de control.

Se hundió.

—Te dije que no te metieras ahí, chico. —Susurró.

Juno supuso que la normalidad nunca volvería a formar parte de su vida.

VEINTIUNO

El aprendiz estaba de pie, mirando fijamente la ruina que había encontrado y preguntándose por qué era la única que le había llamado la atención de las muchas que había visto en otros sitios. Una o dos décadas atrás, aquel rincón del bosque fue un claro que albergaba un pequeño poblado, habitado quizá por una comunidad mixta de wookiees y nómadas que querían vivir en tierra firme. Un riachuelo seco cruzaba el poblado abandonado. El lecho estaba lleno de enredaderas, helechos y otras plantas locales. Las ruinas habían sucumbido a la maleza, que no dejaba de ganar terreno, pero todavía eran lo bastante visibles para revelar que el poblado no había sido abandonado por causas naturales.

La madera ennegrecida indicaba que había habido un incendio. También se veían quemaduras redondas y profundas que formaban una tenue espiral, marcas de disparos procedentes de armas de energía. Aquellos indicios estaban presentes por doquier.

Se acercó más. Treinta segundos antes estaba totalmente concentrado en su misión. Cuando se encontró ante las ruinas, se despistó por completo. Hablar con Kota no le había ayudado. Sólo había alimentado su curiosidad. ¿Qué era aquello a lo que debería enfrentarse solo? Quizá el viejo General había percibido algo a través de la Fuerza, a pesar de asegurar que su vínculo con ella se había roto.

El cono de la cabaña más grande se había partido al caer.

Había una entrada evidente a través de la hendidura. Se le cortó la respiración al darse cuenta de que parecía que alguien se hubiera abierto paso a la fuerza. Con la diferencia de que allí no se percibían las espirales regulares del fuego de blaster. Aquellas señales eran líneas rectas, que sólo se curvaban ligeramente en los extremos.

No había sido reventado, sino cortado.

Sopló una ráfaga de aire que peinó el claro enmarañado. Algo se agitó entre las ruinas de la cabaña. El aprendiz levantó su espada, pero no la encendió. El movimiento no lo había originado uno de los muchos depredadores de Kashyyyk. Era un pedazo de tela que ondeaba. Inclinó la cabeza hacia la sombra y vio los restos de un tapiz enredados en un tablón suelto. En la tela había un símbolo que parecía un ave rapaz que erguía las alas y el pico con orgullo.

Una extraña sensación le provocó escalofríos, como si se hubiera puesto en contacto con alguien de otro universo.

Incapaz de detenerse, entró en la sombría cabaña derrumbada y tocó aquel símbolo medio borrado con los dedos de la mano izquierda. El interior estaba desordenado, lleno de muebles rotos y de curiosas telarañas gigantes. El aire era fresco aunque escaseaba. Se sintió sofocado y le invadió una sensación de claustrofobia. Se volvió hacia la puerta para irse, pero se detuvo al ver un pequeño cristal azul en el suelo, a sus pies.

Se arrodilló temblando para examinarlo de cerca. La gema reluciente era del tamaño del nudillo de su meñique, y parecía el cristal de enfoque de una espada láser.

En su cabeza surgían dudas y especulaciones. ¿Por qué se había sentido atraído por ese lugar? ¿Qué había pasado allí que estuviera relacionado con él?

Cuando se estaba levantando, se zambulló en una visión mucho más intensa que todas las anteriores.

Kashyyyk estaba en llamas. Los incendios se veían desde el espacio, así como las largas columnas de humo que intoxicaban el aire. El bloqueo imperial que sufría el planeta era implacable e impenetrable. No se permitía la entrada de observadores ni la salida de refugiados. Los únicos que se desplazaban de la superficie al espacio y viceversa eran los soldados, y también él.

La lanzadera que lo transportaba aterrizó en una colina con vistas a una bahía profunda y azul A su alrededor oía el fragor de los combates mientras los wookiees rebeldes luchaban contra soldados imperiales que pilotaban AT-ST sin importarles su inferioridad numérica. Había enormes estructuras defensivas situadas en el bosque, como los túneles subterráneos que servían para transportar rebeldes y munición hacia la periferia, donde la guerra era más cruenta. Las armas de energía no podían penetrar la corteza centenaria de viejos árboles wroshyr, pero la pulpa ardía instantáneamente.

El aprendiz lo vela todo como si lo estuviera soñando. Él se encontraba dentro del sueño, sin participar en los hechos. Aunque intentó hablar y mover la cabeza, no pudo hacerlo. La visión no le permitía cambiar nada de lo que ya había ocurrido.

¿Ya había ocurrido o formaba parte del futuro? ¿Acaso su destino era regresar a Kashyyyk bajo las órdenes de su maestro y luchar sin cesar contra los wookiees?

Deslizó la mano enguantada por delante de la escotilla para abrirla. La rampa ya estaba extendida. Bajó a grandes zancadas a la superficie del planeta y se quedó de pie, en jarras, contemplando el paisaje. El viento cálido y ceniciento hacía ondear su capa negra.

Algo le ocurría. Sus sentidos estaban alterados, distorsionados, como si estuviera contemplando el lugar por medios artificiales. Tenía los miembros entumecidos y distantes. Su respiración sonaba cargada, casi mecánica.

Un oficial imperial se le acercó corriendo.

—Lord Vader. —Resopló—. Hemos caído en una emboscada nada más llegar, pero tengo la situación bajo…

—No me interesan sus errores, Comandante. —Dijo el aprendiz con la voz de su maestro. Estaba rodeado de cuerpos de soldados imperiales, desparramados por el suelo.

—Estoy aquí para cumplir una misión personal.

El oficial suspiró aliviado, empapado en sudor y el aprendiz vestido de Darth Vader se fue.

A cada paso que daba con aquellas pesadas botas, se estremecía. No podía hacer nada para detener el fatídico curso de los acontecimientos. No le importaba estar viendo el pasado de su maestro o su propio futuro, en el que se veía obligado a convertirse en

Darth Vader mediante una extraña sustitución quirúrgica. Lo único que tenía claro era que no quería ver nada más.

Su campo de visión se desdibujó. Una gran hacha surgió de la nada y se le acercó dando vueltas en el aire. Levantó la mano izquierda y la desvió hacia el suelo con el poder del Lado Oscuro. Con un rápido movimiento de la otra mano, encendió su espada láser. Se volvió y se encontró cara a cara con tres soldados wookiee liderados por un espécimen altísimo de expresión huraña que llevaba una armadura ligera sobre su pelaje marrón. Los bramidos de aquella criatura le perforaban los tímpanos, a pesar de que sus sentidos estaban adormecidos.

Fuera en el pasado o en el futuro, sus extremidades se movieron con aplomo y seguridad. Levantó la espada para partir en dos otra hacha voladora y se abalanzó sobre el salvaje. Dos estocadas bastaron para despedazar al guerrero sin que éste lograra arañar siquiera su armadura negra. Los dos wookiees corrieron la misma suerte.

No perdió el tiempo recreándose en su victoria. Tan pronto el último cuerpo cayó al suelo entre convulsiones, emprendió la marcha de nuevo y se alejó de las colinas, siguiendo pistas desconocidas y adentrándose en el paraje.

El aprendiz participaba en una carnicería cada vez que un grupo de wookiees rebeldes le salía al paso, pero mientras tanto, cuando «Darth Vader» avanzaba implacable, tenía ganas de gritar.

Después dobló un recodo y vio un poblado delante de él, junto a un estrecho riachuelo. El aprendiz rezó para que le tendieran una emboscada y lo mataran antes de que terminara la visión.

Pero no fue así. Tuvo que limitarse a contemplar desesperado cómo Vader se encaramaba a la primera de las plataformas de madera que sobresalían del tronco de un joven árbol wroshyr. La cabaña donde el aprendiz había entrado en el presente —ahora estaba convencido de que la visión formaba parte del pasado— surgía imponente más arriba. Sus paredes de madera relucían cubiertas de resina. Varios tapices ondeaban mecidos por la brisa. Uno de ellos contenía el símbolo del pájaro que había encontrado entre las ruinas. Los wookiees habían atisbado al intruso llegando al poblado y retiraron rápidamente las cuerdas que conducían a la plataforma superior antes de que Vader pudiera subir.

Un individuo alto vestido de marrón se asomó por el balcón de una de las cabañas y miró a Vader desde arriba. Estaba de pie, con las manos en la cintura, flanqueado por dos amenazantes guerreros wookiee. Pequeños detalles revelaban que llevaba mucho tiempo viviendo con los indígenas. Su rostro le resultaba vagamente familiar, pero era imposible que lo conociera.

—Vete, Señor Oscuro. —Le ordenó con voz autoritaria—. No sé qué quieres, pero aquí no lo encontrarás.

—No puedes esconderte de mí, Jedi. —Replicó Vader.

El hombre se puso tenso e hizo un gesto. Varios guerreros wookiee surgieron de un salto de entre los árboles cercanos, columpiándose en cuerdas y enredaderas, y rodearon gritando y rugiendo a la solitaria figura negra. La visión del aprendiz se disolvió en un torrente de escenas violentas mientras sus atacantes caían de la plataforma uno tras otro, con las extremidades amputadas y el cuello roto. Su espada láser era una mancha carmesí y todo lo que presenciaba ralentizado, sin poder evitarlo, estaba teñido de un terrible color rojo.

Una vez liquidados los guerreros, desvió la atención hacia los soportes de madera de la cabaña. Vader levantó la mano y penetró en el interior, torciendo y rompiendo los viejos soportes. La madera resistió, porque era dura como el acero pero menos quebradiza. Cedía y se retorcía, liberando energía poco a poco para no partirse en dos.

No fue suficiente para salvar a la gente que había arriba. La cabaña se zarandeó como un barco en plena tormenta. Los wookiees saltaron y desaparecieron columpiándose en busca de refugio.

—¡Agarraos! —Les gritó el hombre de la túnica—. ¡Deprisa!

Vader apretó el puño hasta que, al final, los soportes se rompieron. Extendió ambas manos y sacudió la cabaña de lado a lado. Con un crujido escalofriante, el último soporte cedió y la cabaña se desmoronó sobre la plataforma inferior. Los cuerpos de los wookiees salieron despedidos en todas direcciones. El aire se llenó de polvo y astillas.

Vader ni siquiera pestañeó cuando la cabaña se cayó justo delante de él y se abrió como una fruta demasiado madura. No se movió hasta que vislumbró un sable láser de color azul y a su dueño, que surgió como un fantasma de entre la espesa nube de polvo.

Lucharon en la plataforma de madera. El hombre alto tenía tanta puntería como Vader, pero no era tan fuerte. Fuera quien fuera, el combate no era su especialidad Tenía nociones del antiguo estilo Shii-Cho, pero apenas se defendía con el Makashi, un estilo más avanzado. Era fácil esquivar sus ataques y superar sus defensas. Vader estuvo jugando con él durante un rato, luego lo acorraló contra la pared exterior de la cabaña derrumbada para que no tuviera espacio para retroceder.

Un empujón telequinético bastó para que el hombre saliera despedido hacia el interior de la cabaña, a través de la hendidura. Su sable láser voló en otra dirección. El pomo de la espada se hizo añicos y los cristales azules de enfoque se dispersaron como diamantes.

Vader irrumpió en la cabaña a grandes pasos. Una vez dentro, empleó la Fuerza para agarrar al hombre del cuello y agitarlo en el aire. Le apuntó al pecho con el sable rojo.

Victoria.

Aún no.

Algo que percibió con sus sentidos extremadamente aguzados le hizo cambiar de idea. Vader levantó la cabeza. —Percibo a alguien más poderoso que tú cerca de aquí. ¿Dónde está tu maestro? —El caballero Jedi, al borde de la asfixia, hizo un esfuerzo por hablar.

—El Lado Oscuro te ha nublado la mente. Mataste a mi Maestro hace muchos años.

—Prepárate para seguir sus pasos.

Vader levantó la espada para hundirla en el cuerpo del Jedi, pero antes de que pudiera completar el movimiento, la espada láser se le escapó de la mano súbitamente. El Señor Oscuro se dio la vuelta para atacar y levantó la mano que tenía libre para aplastar a quien hubiera osado desafiarlo.

Vacilo durante un instante, algo poco común en Darth Vader, y el aprendiz se quedó boquiabierto al ver a un niño humano en un rincón de la cabaña, de pie, sucio y magullado por el derrumbe, vestido con una indumentaria influenciada por el estilo wookiee, muy parecida a la del hombre que seguía suspendido en el aire detrás del Señor Oscuro. El chico sujetaba el sable láser de Darth Vader con ambas manos. La punta se movió ligeramente.

—¡Corre! —Le ordenó el Jedi—. ¡Sal corriendo y no mires atrás!

—¡Ah! —Dijo Vader, comprendiendo la situación—. Un hijo.

Se volvió hacia el padre y apretó el puño con fuerza. Se oyó claramente el ruido de huesos rotos y el chico, horrorizado, ahogó un grito.

Vader se volvió hacia el niño y se quedó inmóvil.

La escena se mantuvo congelada durante una breve eternidad: el padre muriendo, el niño mirando y el asesino de pie entre los dos, como si estuviera esperando que rodaran los dados del destino.

Entonces, tres soldados irrumpieron en la cabaña liderados por un oficial imperial Habían llegado atraídos por el fragor del combate en el poblado, o tal vez siguiendo los pasos de su Señor Oscuro a través del bosque. Entraron con las armas desenfundadas y estropearon el momento para siempre.

—Milord… —Balbuceó el oficial confundido.

No pudo terminar. Vader chasqueó los dedos y recuperó su espada láser. El oficial y los soldados retrocedieron cuando su Maestro se les acercó. Uno de ellos intuyó la inminencia de la muerte y apretó el gatillo de su blaster, en vano. El disparo rebotó en la luz carmesí y se incrustó en la pared de la cabaña, dejando una marca negra.

Todo terminó en un segundo.

El niño presenció aterrorizado cómo aquel hombre vestido de negro de pies a cabeza mataba a sus propios aliados. Sus movimientos eran brutales y al mismo tiempo estaban provistos de una elegancia mortífera, como los gestos airados de una walluga salvaje. Todos y cada uno de sus golpes y estocadas daban en el blanco.

Nunca había visto nada tan maravilloso y tan terrible a la vez.

Cuando hubo terminado, el hombre de negro se inclinó sobre él y lo agarró del brazo. El chico, convencido de que le había llegado la hora, no opuso resistencia.

—Ven conmigo. —Aquellas palabras graves y vacías eran como latigazos—. Pronto llegarán más.

Cuando lo sacaron de la cabaña, el muchacho volvió la cabeza para echar un último vistazo a su casa. Estaba derrumbada, partida en dos y llena de cuerpos humeantes, pero

el niño sólo veía el cadáver del caballero Jedi tendido en el suelo. Tenía los dedos de una mano agarrotados, como si quisiera alcanzar algo que había perdido para siempre.

• • •

El aprendiz pestañeó. Estaba de pie, petrificado, mirando fijamente los lugares donde estuvieron los cuerpos. No quedaba ni rastro de ellos, ni siquiera un hueso. Supuso que los carroñeros se los habrían llevado, o que se habrían caído cuando la plataforma donde se encontraba la cabaña se había derrumbado a su vez. Sólo quedaba el cristal. Lo había recogido sin ser consciente y lo apretaba fuertemente en la mano. Parecía uno de los que se habían desprendido del sable láser del caballero Jedi asesinado. Seguro que al niño le gustaba jugar con él cuando era más joven, para consolarse.

Su cara se torció en una mueca. «Parecía… seguro que…». Estaba empezando a creer que aquella visión era real, a pesar de que no fue más que un sueño. Una fantasía. Lo único cierto era que algo le inquietaba desde que había llegado a Kashyyyk, una sensación irracional de que algo iba mal, probablemente un sentimiento derivado de su alianza con Kota que no tenía nada que ver con su pasado. Darth Vader lo había criado, no necesitaba imaginarse unos padres ni un hogar que dieran sentido a su vida. Se estaba inventando una historia sin ningún fundamento.

Sin embargo, mientras se debatía entre la vida y la muerte había visto la grúa en una de sus visiones, una columna refulgente que se elevaba hacia el cielo. Además, ahora sabía que la chica que estaba frente a ella era la misma que había conocido en la casa. Si aquellas visiones contenían una parte de verdad, ¿por qué no ésa?

Y la cara del caballero Jedi era la misma que había visto luchando contra Kota.

El tiempo se detuvo. El aire le parecía denso como la miel. Se debatió contra aquella sensación porque temía zambullirse en otra alucinación, pero logró mantenerse firme. Una sombra se cernió sobre la cabaña, como si una gruesa nube hubiera cubierto el sol. Se echó a temblar y se abrazó a sí mismo.

Notó el frío del metal en la piel. Bajó la mirada, horrorizado al comprobar lo que había sido de sus dedos. Eran garras artificiales, como las manos de un droide cirujano, con cuchillos lo bastante afilados para cortar huesos. Sus muñecas y brazos estaban compuestos de piel y metal. Aquella mezcla artificial subía hasta los hombros y desaparecía bajo un alto collar metálico que le protegía el cuello. La piel visible en sus muñecas estaba llena de ampollas y cicatrices, como si temperaturas extremadamente elevadas la hubieran quemado más de una vez.

Pero las manos y los brazos no eran lo único que había cambiado en él. Su indumentaria también era diferente. En lugar de llevar el nuevo uniforme que le había dado Darth Vader, iba vestido con un chaleco elástico hecho de chapa flexible y llevaba varios cinturones de piel. De los cinturones colgaba una escalofriante colección de trofeos, que consistía básicamente en espadas láser. Se notaba el cuerpo extraño bajo aquellos gruesos ropajes, se sentía más mecánico que vivo.

Con manos temblorosas, levantó los dedos metálicos para tocarse la cara. Los cuchillos emitieron un chirrido en contacto con la chapa. En la cara llevaba una máscara, inmortal y espantosa como la de su maestro. Oía el ruido de su fuerte respiración.

Se había convertido en la peor pesadilla de alguien.

Un resplandor dorado centelleó a través del aire pastoso. Volvió la cabeza enmascarada en dirección a la luz y distinguió una silueta oscura que se le aproximaba. La garra derecha buscó su espada láser, que escogió automáticamente de entre las muchas que colgaban de su cinto. La activó, iluminando la cabaña con una luz roja del color de la sangre.

La luz mostró a un hombre vestido de Jedi, alto y erguido. Bajo la capucha se adivinaba un sereno rostro de piel lisa. Sus ojos relucientes transmitían dolor y compasión. Le resultaba a la vez conocido y desconocido, familiar y completamente extraño…

El aprendiz emitió un silbido grave y amenazante a través del comunicador de su máscara y se agachó corno una serpiente acechando a su presa. Dominaba el Juyo, el tipo de combate con sables láser más feroz que existía en la Galaxia.

El Jedi desenfundó su propia espada, de un brillante azul claro, y adoptó la clásica postura inicial Soresu, con el brazo izquierdo levantado y la palma mirando hacia abajo, en paralelo al sable láser que empuñaba con la mano derecha. Tenía el pie izquierdo adelantado y apoyaba el peso del cuerpo en el lado derecho, preparado para defenderse de cualquier ataque.

El aprendiz no se hizo de rogar. No recurrió a brutales acrobacias ni a fantasiosos movimientos de la Fuerza. Se limitaba a lanzar estocadas, usando el cuerpo entero como arma, sin renunciar al equilibrio ni a la agilidad. El Lado Oscuro fluía en su interior, en perfecta armonía con la rabia y el odio de su corazón. Tarde o temprano, el Jedi iba a morir. Ocurriría en cualquier momento.

La luz azul bloqueaba la roja, emanando energía. El aprendiz volvió a la carga con renovado impulso, lanzando una estocada engañosamente débil que escondía sutilezas letales tras su amplio recorrido. El Jedi también la detuvo, justo a tiempo. El Soresu era un estilo de combate defensivo adecuado para el estrecho espacio de la cabaña, pero no tardaría mucho en ceder ante la perversa elegancia del Juyo.

El Jedi atacó rápidamente y con fuerza, antes de que el aprendiz arremetiera de nuevo. No le importaba que el Jedi le hiriera, siempre que provocara daños menores. Los ataques más directos le dejaban la piel chamuscada y la armadura humeando. La energía que se había ahorrado en florituras la aprovechaba para arrancar tablones de las paredes y arrojárselos a la cabeza del Jedi. Él los desviaba todos, no obstante, aquello lo distraía y privaba sus ataques de la velocidad suficiente. Cuando hizo una pausa, el aprendiz le lanzó una descarga Sith.

El Jedi recibió de lleno el torrente de energía. Su cara se transformó en una mueca de dolor. Entonces, bajó el brazo derecho e interpuso el filo de su sable láser entre su cuerpo y la descarga. La espada absorbió la energía, que retrocedió sobre sí misma en un bucle

superconductor y regresó a su origen con más potencia de la que tenía en un principio. El aprendiz se quedó paralizado mientras el dolor le atenazaba el cuerpo. Era una agonía insoportable, pero aguantó hasta el final. La piel de todo su cuerpo se fundió y se ampolló, y el olor a carne quemada que él mismo desprendía le provocó arcadas. El dolor y la aversión no hicieron más que alimentar el Lado Oscuro, así que cuanto más recibía la descarga, más fuerte y poderosa salía de su interior.

El ciclo no podía durar eternamente. Él y el Jedi se separaron con un destello cegador. Chocaron contra las paredes de la cabaña con los brazos extendidos y se cayeron al suelo. Sus sables láser rodaron en direcciones opuestas, muertos.

Tumbado boca arriba, el aprendiz respiraba con dificultad a través de la máscara, como un gand asmático. Poco a poco, sus brazos y piernas fueron recuperando la sensibilidad. Cuando intentó moverse, sus músculos se contrajeron entre espasmos. Un vapor ácido se filtraba por las estrechas hendiduras de la máscara, a la altura de los ojos. Temiendo que su rival pudiera estar de pie frente a él, invocó todo el poder de la Fuerza para elevarse en el aire. Se mantuvo suspendido como un muñeco, con los pies flotando por encima del suelo, y pestañeó con los ojos abrasados para recuperar la visión.

El Jedi se encontraba en una situación similar. Él también se había incorporado, pero solo lo justo. Había perdido su espada láser y todavía no había logrado recuperarla. El aprendiz le dirigió una mirada maliciosa a través de la máscara. Él tenía unos cuantos sables de repuesto que pertenecían a todos los caballeros Jedi que había matado. Le bastaba con escoger uno al azar y atacar.

No lo hizo. Extendió la mano izquierda y la Fuerza se cerró en torno al cuello de su oponente, tal y como su oscuro Maestro había hecho con el primer Jedi que murió en aquel lugar, mucho tiempo atrás. El hombre, que todavía desprendía humo a causa de la descarga, se agitó con fuerza en el aire.

Estaban el uno frente al otro en medio de la cabaña derrumbada. Ninguno de los dos tocaba el suelo.

—Mátame. —Jadeó el Jedi—. Y destrúyete a ti mismo.

El aprendiz se rió con deleite, sus carcajadas provocaban un ruido espantoso que no podía salir de una garganta humana. Recuperó su espada láser, la activó y se la arrojó al Jedi. El sable se hundió en su hombro derecho y se desactivó cuando el pomo rozó la piel. El Jedi arqueó la espalda, pero no gritó. Disfrutando del momento, el aprendiz cogió otra espada de las que llevaba en el cinto, la encendió y volvió a arrojársela al hombre. Lo acribilló hasta que se le acabaron las espadas y se formó un charco de sangre a los pies de su víctima.

El Jedi seguía con vida. Una breve sombra de contrariedad oscureció su brillante triunfo; luego el aprendiz recordó que todavía le quedaba un sable láser: el del Jedi. Lo recogió, lo activó y echó atrás el brazo para traspasar el corazón del hombre.

Fue el remate final. El cuerpo inerte se desplomó en el suelo y el aprendiz se quedó tumbado. El Lado Oscuro vibraba en su interior. Era la personificación del poder.

Inclinó hacia atrás su cabeza enmascarada y profirió un graznido triunfal, como un lobo salvaje.

—No quería este futuro para ti. —Susurró una apagada voz de ultratumba.

Se volvió, recuperó su sable láser y lo encendió instintivamente. Había alguien más en la cabaña: un hombre con una larga melena negra y un cinturón wookiee. Observó el cuerpo del caballero Jedi tendido en el suelo con tristeza y amargura.

El aprendiz se abalanzó encima de él, pero se detuvo súbitamente. Había reconocido al protagonista de sus dos visiones. Era el padre del chico que había sido secuestrado y el hombre al que había visto en Nar Shaddaa.

—No quería ese futuro para ti. —Le dijo el hombre—. Lo siento, Galen.

El aprendiz se quedó petrificado, contemplando cómo el caballero Jedi se volvía y desaparecía en la penumbra. ¿Visión o realidad? ¿Verdad o ficción? Su mente giraba como un torbellino.

—¡Espera, padre!

La voz estalló desde su interior, sin pasar por el filtro de terribles deformaciones ni por las limitaciones de la máscara. De repente, volvía a ser el niño, de una pieza pero solo, abandonado en medio de la cabaña llena de sangre.

—Padre, ¡NO! —El caballero Jedi siguió caminando sin detenerse y desapareció en la penumbra. El aprendiz se desplomó de rodillas, agachó la cabeza y gritó.

VEINTIDÓS

De la maltrecha cabaña salió una figura desaliñada, con los ojos desorbitados y la mandíbula desencajada. Decidido, empezó a andar por el lecho seco del arroyo, siguiendo las instrucciones que le habían dado en otra época, en otra vida. Vacío de pensamiento, dejó que le guiara el sentido del deber. El deber hacia su Maestro, hacia Juno, hacia Kota, hacia los wookiees…

No conocía su deber hacia sí mismo. No se había dado cuenta de que existía un «Yo» en quien pensar, distinto a su relación con Darth Vader. Se había imaginado hecho, de algún modo, en uno de los extraños experimentos biológicos de su maestro, sin padres y sin más hogar que el que recordaba. ¿Y si las visiones que había sufrido eran reales y había tenido una familia, allí en Kashyyyk? ¿Cómo afectaba eso a su posición en los planes de Vader? ¿Lo cambiaba todo o no cambiaba nada?

Juno lo llamó por el comunicador para preguntarle si estaba bien. Él dijo que sí. Ella preguntó si estaba seguro. Él dijo que sí. Parecía molesta por su sequedad, pero él no podía evitarlo. Le dominaban las emociones, la confusión, la duda, las lúgubres certezas y también la esperanza. No podía preocuparse además de los sentimientos de ella. Estaba haciendo todo lo posible por no sentir nada.

«¿Galen?».

Tenía un trabajo que hacer.

Mientras corría por la maleza, dejando atrás las sombras superficiales de la cabaña, se tocaba las manos sin cesar, tranquilo, como nunca antes lo había estado, al sentir el roce de la piel sobre la piel.

• • •

Los amarraderos eran aún más grandes de lo que había calculado ante los escuetos planos mostrados por el droide astromecánico. Las instrucciones de su ama habían sido claras: si destruía los amarraderos, la grúa aérea quedaría inutilizada. Lo cual parecía engañosamente fácil, a juzgar por la cantidad de fortificaciones y seguridad que existía.

Sin embargo, la simplicidad le gustaba. No quería pensar, no quería tener que preguntarse por los motivos y los métodos. Sólo quería actuar. Sin la alegría que había sentido al atacar el refugio y sin los retos que suponía la Guardia Imperial de Bespin, se abrió camino entre las anónimas tropas de asalto como un wampa pasearía entre la nieve. Los rayos Sith restallaban y los cuerpos cedían ante su invencible telequinesis. Influía con el cerebro en las decisiones de los oficiales, que ordenaban a sus subordinados que se atacaran entre ellos. Nadie podía enfrentarse a él y sobrevivir.

Cuando llegó a la base de la grúa, se concedió un descanso momentáneo. ¿Cómo iba a destruir seis construcciones de varios pisos de altura? Sus materiales extraordinariamente fuertes estaban diseñados para soportar la presión de la enorme

estación que tenían encima, contraviniendo todas las leyes de la física. ¿Cómo vencería esa resistencia?

La respuesta, como siempre, residía en la Fuerza. La Fuerza iba más allá de la física. No se podía aplacar la Fuerza si ésta era ejercida por manos seguras. La Fuerza siempre sería suficiente.

Dando la espalda al campo de batalla, sembrado de cadáveres, colocó ambas manos en la base del amarradero más cercano. Cerró los ojos y la mente a cualquier forma de distracción y se imaginó como parte del metal, el permacemento y la piedra. Sintió la fuerza y la debilidad del amarradero. Vibró con él hasta que ya no se podía discernir dónde acababan sus manos y dónde empezaba el amarradero.

Cuando ya no podía concentrarse más, buscó el Lado Oscuro y dejó que éste lo guiara.

La energía llegó como la explosión de un dique, tan fuerte como todos los depredadores de Kashyyyk juntos, pero pura como un láser. Inclinó la cabeza hacia atrás y saboreó la maravilla y el terror de su obra. Era un poder mucho mayor que el del rayo de la Fuerza, diseñado para una sola tarea. Se sumergió de lleno en la tarea. Se convirtió en la destrucción.

El amarradero tembló. Sus componentes más delicados —los nanocables, los sensibles sistemas autorregulables, los canales hidráulicos microscópicos—, se fundieron casi inmediatamente. En cuanto los complejos procesos que mantenían la estabilidad se interrumpieron, se inició una reacción en cadena imparable. La presión aumentó en algunas zonas que se acercaron a su capacidad máxima, se abrieron pequeñas grietas que se fueron extendiendo y surgió una profunda vibración que no podía apaciguarse. Aunque lo hubiese dejado en ese momento, el amarradero se habría roto en cuestión de minutos.

Pero el aprendiz mantuvo su ataque hasta que las pequeñas grietas se convirtieron en enormes huecos y la vibración sacudió todo el planeta, gritando su dolor material y ahogando el sonido del renovado fuego de los cañones blaster. Cuando la primera nube de polvo ardiente y fragmentos del tamaño de rocas cayó sobre él, decidió que era el momento de retirarse y hacer balance, también de evitar que algún desgraciado soldado de asalto se le acercase furtivamente y le disparara por la espalda.

Abrió los ojos y alzó la vista. El amarradero era apenas reconocible como estructura. Las descargas eléctricas bailaban sobre sus superficies conductoras. El permacemento, sometido a una ingente presión, fluía como caramelo líquido. Empezaron a caer fragmentos más grandes y él los apartó con la Fuerza, tan airoso tras el esfuerzo como después de una carrera ligera. Casi sonrió al ver lo que había conseguido, pero una descarnada verdad le templó el ánimo.

Había destruido uno. Faltaban cinco.

Los imperiales llegaban de todas partes. Habría que recordarles a quién se enfrentaban. Mientras se acercaba al siguiente amarradero de la fila, hizo estallar tanques de combustible y almacenes de munición. Los AT-ST se abrían como vainas de semillas y explotaban con fugaces llamaradas. Alcanzó su objetivo sin encontrar una gran

resistencia y lo derribó igual que el primero. Para entonces, los imperiales terrestres pedían refuerzos aéreos. Un trío de cazas estelares penetró chirriando en la atmósfera de Kashyyyk, aguijoneando el permacemento ennegrecido con sus disparos. El aprendiz lanzó una triste risotada. ¿Creían que eso era una solución?

Dio un golpe bien calculado sobre el panel solar del caza estelar principal y lo estampó dando vueltas contra el permacemento, donde explotó instantáneamente. El impacto sacudió y agrietó el suelo bajo sus pies.

Eso le dio una idea. Cuando los dos cazas restantes volvieron a aproximarse, los lanzó contra el tercer y el quinto amarraderos. El cuarto sufrió tantos daños colaterales que quedó casi tan mal parado como sus homólogos.

Sólo quedaba un amarradero.

Al volverse hacia él percibió el sonido metálico de un AT-ST que se acercaba por detrás. Se dio la vuelta justo a tiempo de rechazar un ataque con armas de precisión del morro de un AT-ST que corría hacia él tan rápido como sus piernas mecánicas se lo permitían. El ataque siguió con una confusa ráfaga de granadas.

Las detonó todas antes de que llegaran y repelió todos sus gases calientes con una esfera envolvente.

El AT-ST no captó la indirecta. Se movía rápido, golpeando sus pezuñas planas como si intentara aplastarlo físicamente. Quizá lo intentara. El AT-ST tenía marcas de registro que lo identificaban como el vehículo del comandante de las Fuerzas de Tierra imperiales.

El Capitán Sturn había llegado para terminar el trabajo en el que sus subordinados habían fracasado miserablemente.

El aprendiz esquivó las patas que pasaban y atacó al transporte por detrás con un rayo. No ocurrió nada. Era evidente que el transporte de Sturn tenía una protección muy superior a la que proporcionaba a sus tropas. El armamento del AT-ST también lo distinguía de los demás, ya que tenía un cañón de caza de tubo largo y lo que parecía un lanzador de redes en el flanco izquierdo.

Sturn hizo girar el transporte. El aprendiz intentó infiltrarse en la mente del hombre, pero la encontró opaca, presa de la rabia y el resentimiento, aunque no de miedo. Sturn no era la clase de hombre que se amedrentaba ante una persona sola. Estaba convencido de su propia invencibilidad, seguro de que no había resistencia que no pudiera aplastar. El aprendiz había conocido hombres como él, muchas veces. Las armas extra del AT-ST lo confirmaban. Imaginaba a Sturn cazando wookiees por deporte, cuando no perseguía a sus oficiales para divertirse o planeaba la traición a sus superiores. El aprendiz se había deshecho de muchos hombres así al servicio de su maestro.

El aprendiz sonrió sin rastro de humor. Normalmente no había nada que le gustara más que poner a la gente en su sitio, sin embargo, aquello era muy irritante.

El AT-ST de Sturn correteó pesadamente hacia él. Sopesó sus opciones. Sería fácil destrozar el AT-ST como haría con un comunicador defectuoso: reventando la carcasa y matando instantáneamente al hombre que había dentro. Podía jugar con el AT-ST como

había jugado con los dos del refugio y hacerlo estallar desde dentro. Incluso podía usarlo como ariete para destruir el último amarre, matando así dos smookas de un solo tiro. La horrible ironía de esto último le seducía.

Desvió otra ronda de fuego de cañones hacia el amarradero y fue entonces cuando vio que el grueso cable que llevaba a la grúa vibraba visiblemente. Extrañas ondas subían y bajaban por él como si lo sacudiera una mano gigante. Se cubrió los ojos para evitar el brillo del sol y miró hacia arriba. La grúa aérea era apenas visible. Era una nube de escombros que caía del cielo. Los pequeños fragmentos se convirtieron rápidamente en objetos grandes como rocas. Crecían con rapidez…

Hizo un rápido cálculo mental. Los escombros llegarían al mismo tiempo que el AT-ST de Sturn. Era ideal.

Alargó la mano y aplastó el cañón del AT-ST y su lanzagranadas. Durante un momento, sólo se oyó su espada láser y el pesado caminar del AT-ST.

Se irguió. A través del visor de mando, vio a un hombre con la cara roja, con algo que parecía una piel de wookiee sobre su uniforme. La boca del capitán estaba abierta y gritaba órdenes a su desventurado artillero. El aprendiz no oía las palabras, pero podía imaginarlas.

El AT-ST estiró una pierna hacia atrás, para aplastarlo contra el suelo.

En ese momento, los escombros cayeron con la fuerza de cien estrellas fugaces, destrozando todo lo que había en la base de la grúa, incluido el sexto amarradero, y aplastando el AT-ST hasta convertirlo en chatarra. Los escombros volaron por todas partes. El ruido era insoportable. El aprendiz no se inmutó, ni siquiera tembló mientras la lluvia de escombros caía sobre él. Sólo miró con satisfacción cómo la base de la grúa se liberaba del planeta y retrocedía como un látigo hasta perderse en la atmósfera superior. La estación explotó poco después, brillando más que el sol por un momento, aún entre el polvo y el humo de su obra.

La lluvia de escombros cesó. Se quedó exactamente donde estaba, hipnotizado por la estrella que se iba apagando poco a poco en el cielo, hasta que la *Sombra Furtiva* descendió delante de él, con los repulsores chirriando para mantenerse por encima del suelo.

Parpadeó y sólo entonces se dio cuenta de que Juno le estaba hablando.

—He dicho que ya está. Sube. Vámonos de aquí.

Se movió como si sufriera otra visión, subiendo ligeramente por la rampa abierta, sintiéndose como si pesara mil toneladas. Con un penetrante silbido, la nave se elevó desde la superficie llena de cráteres, y se dirigió hacia el espacio abierto.

VEINTITRÉS

PROXY mimó a Starkiller como nunca lo había hecho antes, cepillándole la ceniza y el polvo de la ropa con vigorosos movimientos de sus delgadas manos metálicas. Quizá el droide nunca se había separado tanto tiempo de su amo antes; Juno no estaba segura, y tampoco quería preguntar. La expresión de Starkiller era terrible.

—¿Quién era esa chica? —Le preguntó a Kota, que había vuelto al asiento auxiliar, dejándole libre el asiento del copiloto.

—La Princesa Leia Organa. Su padre es Bail Organa, mi contacto en el Senado.

—Quiero hablar con él.

El General se pasó la mano por la cara, como para descansar la vista.

—Imposible.

La furia de Starkiller encontró la salida que estaba buscando.

—Acabo de jugarme la vida por salvar a su hija de un planeta controlado por tropas de asalto…

—No, chico. —Kota levantó una mano cansada mientras Starkiller se inclinaba amenazante sobre él—. No puedes hablar con Bail porque no logro dar con él. Ha desaparecido.

—¿Qué? —La frustración de Starkiller fue en aumento—. ¿Cuándo?

—No he podido contactar con él desde que salimos de Bespin. La última vez que le vi fue en Nar Shaddaa algunas semanas después… después de mi caída. Me encontró e intentó reclutarme para rescatar a Leia. Me negué, por supuesto. —Señaló sus ojos como si eso lo explicara todo—. Cuando me negué, me envió a Ciudad Nube. Desde entonces no he sabido nada de él.

Kota se dio la vuelta, consumido y pensativo, como si lamentara su decisión. Juno supuso que en otra época, Kota no habría dudado un instante. Habría entrado alegremente en una guarida de imperiales y les habría aplicado la dura justicia que ellos les habían administrado a sus amigos. Pero ¿qué podía haber hecho él en ese momento, viejo y ciego, contra millares de soldados ágiles y bien armados?

Se mantuvo cuidadosamente al margen, no sólo para evitar la discusión. Su corazón tenía dolorosas heridas propias, y no estaba segura de qué lado estaba.

Starkiller se retiró sin pedir disculpas. Pareció una solución aceptable para ambos. Kota se quedó en el asiento auxiliar, con la barbilla testarudamente hundida, mientras Starkiller se retiraba a la cámara de meditación. Al marcharse dejó en el aire un olor a sulfuro y humo.

Juno bajó la mirada a los mandos. No le había dado ningún destino. Orientó la trayectoria de la *Sombra Furtiva* automáticamente y PROXY imitó todos sus movimientos en el asiento contiguo, una acción que a ella le resultaba muy perturbadora. Pero como ya sabía que el droide no podía evitarlo, que era una parte tan básica de su ser como para ella lo era el respirar, no le pidió que parase.

—¿Cómo le aguantas cuando se pone así? —Le preguntó al droide.

PROXY no tuvo que preguntar a la joven de quién estaba hablando.

—Normalmente me peleo con él. Eso ayuda. ¿Quiere qué…?

—No, PROXY. Quédate aquí. Creo que ya va siendo hora de que alguien pruebe con otra táctica.

Dejó la nave en las inexpertas manos de Kota y el droide, se levantó de su asiento y lo siguió.

La sala de meditación estaba más oscura de lo que se intuía a través del visor de seguridad. El aire era más frío y el sonido del hiperimpulsor de la nave llegaba como si estuviera a miles de kilómetros de distancia. A pesar de su austeridad había una calma en la sala angular que Juno notó tan pronto como entró. La cámara parecía suspendida entre momentos y poseía una especie de cualidad crítica que supuso que una persona con una profesión como la de Starkiller había requerido tiempo atrás. La habilidad de mantener la calma mientras se cazaba Jedis no era algo que se consiguiera fácilmente, estaba segura. Y el coste…

—¿Algún problema, Juno? —Estaba arrodillado en el centro de la sala con las manos laxas ante sí. En el suelo, delante de él, estaba la empuñadura de su espada láser desactivada, la que había usado desde su huida del *Empirical*. A su lado había un pequeño cristal azul. Le daba ligeramente la espalda, así que ella no sabía si tenía los ojos abiertos.

—No lo sé. —Le contestó—. Dímelo tú.

—¿Qué significa eso?

Decidió mostrar sus cartas y hablar claro.

—¿Estás bien? Después de lo ocurrido en Kashyyyk…

—No me voy a venir abajo. —Contestó él—. Los amarraderos han sido una misión exigente, pero ahora me siento más fuerte que nunca. Creo que cuanto más te esfuerzas, más fácil se vuelve. La Fuerza es más potente que nada que podamos imaginar. Nosotros somos los que la limitamos, no al contrario.

Se volvió un poco para mirarla. Ella estaba dispuesta a dejarle hablar de eso, si era lo que quería. Nunca le había hablado antes de la Fuerza, y una vitalidad que ella no había visto nunca centelleaba en sus ojos cuando lo hacía. Pero fue todo lo que dijo, y como a ella no se le ocurría nada que ofrecer a cambio, él volvió a girar la cabeza para mirar al suelo y ella lo perdió otra vez.

—¿Y lo que nos ha pasado aparte de eso? He dado la espalda a la Armada y tú has abandonado a tu maestro. Estamos viviendo lo mismo. Podemos ayudarnos.

—Nadie puede ayudarme.

—No creo que lo digas en serio. Creo que tienes miedo de dejar que lo intente.

—¿Realmente crees eso? —No levantó la mirada, sin embargo, ella notó cómo se le tensaban los músculos del cuello—. Después de matar a todas esas tropas de asalto, ¿tengo miedo de ti?

No fueron sólo tropas de asalto.

—Dijo ella, con más vehemencia de la que quería. Él volvió a mirarla.

—Y al Capitán Sturn.

—No olvides a los pilotos de los cazas imperiales. —Dijo ella—. Uno de ellos era un chico con el que yo había volado.

Starkiller levantó la vista al oír esas palabras, pero no dijo nada.

—Es mucho más fácil luchar contra el Imperio cuando no tiene cara. —Dijo—. Cuando las personas cuyas vidas terminan están escondidas tras máscaras de tropas de asalto o cascos de duracero. Pero si son gente que conocemos, personas como las que éramos nosotros… —Se encogió de hombros—. ¿Cuánto va a empeorar?

La miró hasta que ella sintió la carne de gallina en la espalda.

—¿Tienes dudas? —Preguntó.

—No. —Dijo ella—. Yo…

«Quiero que hables conmigo».

No podía decir eso.

—No importa.

Se dio la vuelta para marcharse. Quizá PROXY fuera el único que podía llegar hasta él a través de la brillante punta de una espada láser.

—Juno. —Dijo él, haciendo que se detuviera en el umbral de la puerta—. Siento lo de tu amigo.

Ella respiró hondo.

—No importa. No era un amigo. Y no es nada personal. *Youngster* estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Y en el bando equivocado. —Añadió él.

—Sí, eso también. —Estuvo a punto de añadir: «No tienes que recordármelo», pero no lo dijo, porque sintió que él la sondeaba, o quizá la ponía a prueba de algún modo—. Estoy exhausta. —Dijo, mientras pensaba otra vez: «¿Por qué yo?», y volvió al trabajo.

Starkiller apareció poco después, más limpio y, al menos, físicamente recuperado tras su breve descanso.

—¿Adónde vamos? —Le preguntó a Juno.

—A ningún sitio. —Dijo ella.

Kota alzó sus ojos ciegos.

—La última vez que vi a Bail Organa dijo que si yo no lo ayudaba encontraría a alguien que lo hiciera. Su elección fue la Maestro Shaak Ti. Le advertí que sería demasiado peligroso, pero el muy incauto fue a buscarla igualmente, solo. No pude hacer nada para detenerlo. —La mandíbula del viejo sobresalía, como desafiando a los demás a contradecirle—. He hablado con Ylenic It'kla, su ayudante en Alderaan. Bail desapareció en cuanto aterrizó en…

—Felucia. —Dijo Starkiller, asintiendo.

Kota inclinó la cabeza como si oyera un sonido distante y débil.

Se hizo un denso silencio. Starkiller alzó la vista al mismo tiempo que Juno, dándose cuenta demasiado tarde de lo que había dicho. ¿Lo sabría Kota? Juno miró invadida por

una oleada de pánico cómo la mano de Starkiller se dirigía hacia la empuñadura que tenía en la cintura.

—La Fuerza es poderosa en ti, chico. —Dijo Kota suavemente—. Has adivinado mis pensamientos.

Juno liberó parte de la tensión.

—Es usted fácil de leer, viejo. —Dijo Starkiller.

—Entonces, supongo que sabes que Felucia es un lugar peligroso.

Starkiller no hizo caso de su preocupación.

—Puedo ocuparme de ello.

Kota se inclinó hacia él.

—No tengas demasiada confianza en ti mismo, chico. Felucia es un mundo en un frágil equilibrio entre la luz y la oscuridad de la Fuerza. Shaak Ti era lo único que impedía que se consumiese en la oscuridad. Si le ha pasado algo, tu experiencia en la cabaña te parecerá apenas un mal sueño en comparación.

Starkiller retrocedió.

—¿Cómo sabe…?

—Tú también eres fácil de leer. —Kota sonrió con los labios apretados.

—A Felucia, entonces. —Dijo Juno para acabar con la tensión.

—No. —Starkiller le puso la mano en el hombro antes de que ella pudiera volver a los mandos—. Tú ve a descansar. PROXY y yo haremos el resto del camino. Te despertaré cuando estemos cerca.

Ella le miró y asintió. Había pensado en ella sin que nadie se lo pidiera y eso era esperanzador.

—Bien, pero si hay cualquier problema…

—No te preocupes. Nos oirán gritar hasta en Coruscant. Vete. —Tomó su lugar ante los mandos—. PROXY, ésta es tu oportunidad de recordarme cómo funciona la astronavegación.

—Me temo, amo, que tardaría demasiado en complementar su programa principal con los algoritmos necesarios para…

Juno sonrió para sus adentros, salió de la cabina y se fue a descansar.

VEINTICUATRO

Soñó intensa y poderosamente que ya estaba de vuelta en Felucia, mirando cómo se abría una flor de extrema fragilidad. Los pétalos de color rojo brillante escondían un corazón muy negro. Cuando se inclinaba para verla desde más cerca, se percataba de que estaba llena de pequeños insectos con muchas patas.

Después, estaba en órbita, observando cómo un cable de una grúa aérea se separaba flotando de su dañada base. Un gran pedazo de corteza de Felucia lo acompañaba, como el tapón de una bañera. El planeta empezaba a desinflarse, oscureciéndose a medida que disminuía de tamaño, hasta que se convirtió en Callos bajo su nube de humo. Lo contempló horrorizada, consciente de que no sería capaz de volver a poner el tapón, por mucho que quisiera.

Entonces era su padre el que le gritaba, diciéndole que había avergonzado a la familia y al Imperio. Cuando intentó contarle, como nunca en su vida lo había hecho, que era él quien había estado equivocado desde el principio, sobre Palpatine y su régimen criminal; su rostro, de nariz ganchuda, se convirtió en el del propio Emperador, que le gruñó y repitió las palabras que había usado su padre.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que ni el Emperador ni su padre eran el verdadero rostro del ser que tenía delante. Era PROXY, que le tomaba el pelo. Se aferró a la visión para intentar desenmarañarla, pero lo único que descubrió debajo fue a Starkiller, sonriendo benévolamente.

«¿Quién eres tú? —Le preguntó—. ¿Cuál es tu verdadero nombre?».

Él sonrió más y le dijo: «Desperdicias tu gratitud conmigo».

Se levantó bañada en sudor frío, sintiéndose como si la hubieran lanzado en uno de los charcos venenosos de Raxus Prime, y supo que ya no podría dormir más.

VEINTICINCO

Juno llegó justo antes de que el aprendiz enviara a PROXY a buscarla. Había ido a verla antes y la había encontrado durmiendo profundamente, sin embargo, no parecía que hubiera descansado mucho. Se sentía tal y como aparentaba, muy afectada por los acontecimientos recientes, pero soportándolo todo como podía.

—Estoy exhausta. —Volvió a decir.

De repente, Starkiller se dio cuenta de que con esas palabras podía referirse a algo más que a la necesidad de dormir. ¿Y si la tensión emotiva de servirle a él la sobrepasaba? Su misión era mucho más importante que el conflicto de Juno por haber traicionado al Imperio, pero para conseguir el objetivo de su maestro y así desafiar con éxito al Emperador, necesitaría su ayuda. Mientras se ocupaba de sus propios problemas debía encontrar maneras de aligerarle la carga a ella.

Kota no era de gran ayuda. El viejo parecía tan absorto en sus propios conflictos que apenas hacía caso a nadie más. Cuando Juno regresó, se rascó su prominente barbilla y se acomodó aún más en su asiento.

Los tres formaban un grupo muy dispar. Sólo PROXY parecía feliz consigo mismo y con sus objetivos. Al aprendiz le habría gustado estar tan claramente definido.

«Toda mi vida he pensado en mí mismo sólo en calidad de aprendiz de Darth Vader. Ahora descubro que quizá tuve un pasado antes de eso, un padre, un nombre, una historia». ¿Quién era ese Galen? ¿Cuáles eran sus sueños, sus esperanzas, sus miedos? ¿Qué le hacía reír? ¿Qué le hacía llorar?

Parecía inconcebible que pudiera haberse olvidado de algo tan traumático como la muerte de su padre, aunque sabía que un trauma intenso podía causar una amnesia total o parcial. Así que no podía descartar nada.

Y la pregunta seguía siendo la misma: ¿acaso importaba? Hubiese sido quien hubiese sido, ese ser había caído en el olvido y su propósito seguía siendo el mismo. Era el aprendiz de su maestro, saldrían victoriosos y, al final, Juno sabría que después de todo no había traicionado al Imperio. «Ojalá —pensó—, pudiera decírselo ahora…».

Se levantó para cederle el puesto y se inclinó sobre PROXY mientras ella comprobaba el trayecto que habían marcado.

—No está mal. —Dijo, haciendo sólo un par de pequeñas correcciones—. Al menos no chocaremos contra nada.

—Gracias, Capitana Eclipse. —Las entrañas de PROXY zumbaron de orgullo—. He estimado que llegaremos dentro de un minuto estándar.

—¿Quieres que aterricemos en algún lugar en particular? —Preguntó—. Es un planeta muy grande.

—Todas las naves senatoriales emiten una señal de transpondedor única. —Dijo él, pensando en las muchas misiones que había llevado a cabo para su Maestro, exterminando enemigos políticos—. Busca la señal del Senador Organa, eso nos indicará dónde aterrizar.

El hiperespacio dio paso al espacio real por el visor principal. Felucia estaba justo delante, tan lleno de vida y tan verde como el aprendiz lo recordaba. Lo estudió con detenimiento buscando cualquier señal del «desequilibrio» sobre el que Kota le había advertido. No temía al Lado Oscuro. En todo caso, se sentiría más cómodo en un mundo en el que la dinámica natural entre la luz y la oscuridad estuviera restablecida. La muerte de Shaak Ti debía de haber tenido un profundo efecto sobre el mundo y sus habitantes.

—Buscando el transpondedor. —Dijo Juno—. No debería tardar mucho. Felucia está tranquilo como… Ah, sí. Ahí está. Tenías razón.

Juno movió la *Sombra Furtiva* en una órbita rápida a través de los cielos de Felucia, triangulando sobre la señal de Bail Organa. El transporte había aterrizado muy cerca de donde ella y el aprendiz habían tomado tierra la primera vez, aunque ninguno de los dos lo mencionó delante de Kota. El aprendiz se quedó en posición mientras la nave descendía por una ruta de vuelo cuidadosamente controlada. La atmósfera era turbia a su alrededor, tan cargada de polen y formas de vida aéreas como antes. Nubes de bacterias revoloteaban por el aire, cubriendo el paisaje de una fina pátina verde. La última vez no se había fijado en eso, esperaba que no afectara la integridad del casco.

—Detecto señales de una gran presencia imperial en tierra. —Dijo Juno mientras descendía—. Pero creo que es el menor de tus problemas.

Juno aterrizó la nave sobre otro robusto sombrero de seta, más confiada que en su primer intento. El transporte de Organa estaba aparcado más allá, con las escotillas abiertas, sin rastro de vida según los sensores de la *Sombra Furtiva*. Durante el salto al hiperespacio, el aprendiz había entrado en los archivos de Bail Organa, de Senador Imperial y de Príncipe de Alderaan, y había descubierto que le resultaba extrañamente familiar. Era alto, con el pelo oscuro, perilla con mechones grises y una mirada dura y pensativa. El aprendiz ya se había cruzado con él antes. Pero ¿dónde? En ninguna de sus muchas misiones para Darth Vader, de eso estaba seguro. Con un poco de suerte no pondría en peligro su misión. Si se hubiesen encontrado durante su pasado secreto…

—¿Quiere venir, General? —Le preguntó al viejo.

—¿De qué te serviría yo ahí fuera? —Replicó Kota—. Estarás mejor solo, yo únicamente te retrasaría.

—Lo que usted diga. —El aprendiz bajó por la rampa.

—Espera. —Juno lo siguió, corriendo, ansiosa por alcanzarlo. Él se volvió, creyendo que había olvidado algo, pero ella le cogió del brazo y lo sacó de la rampa, guiándolo hacia el transporte vacío.

—Asegurémonos de que no está ahí dentro, muerto, y de que nuestro viaje no ha sido en vano. —Dijo ella—. Antes de que te vayas a deambular por la selva.

Sorprendido por algo en el tono de su voz, dejó que ella le alejara de la *Sombra Furtiva*. El transporte era pequeño, lo bastante grande para albergar a cinco personas, con un hiperimpulsor pequeño pero eficiente, impecablemente conservado. Dos emblemas adornaban los lados, el de la familia Organa y el de Alderaan, a quienes el Senador

representaba. Parecía intacto, salvo por una colonia de insectos voladores que había convertido la pequeña pero opulenta sala de pasajeros en su hogar.

La nave estaba vacía. El aprendiz se volvió hacia Juno para confirmarle lo que era evidente, pero ella había estirado el brazo para activar los controles de la esclusa de aire. La puerta se cerró, sellándolos en el interior junto con el grupo de desconcertados insectos. Antes de que él pudiera decir nada, ella se puso el dedo ante los labios y apagó sus comunicadores.

—Ya está. —Dijo ella, retrocediendo y limpiándose nerviosamente las manos en los pantalones. Eso y las botas eran lo único que conservaba de su antiguo uniforme—. Ahora podemos hablar en privado.

—¿De qué va todo esto? —Preguntó él, empezando a ponerse nervioso. Las paredes de la esclusa de aire en la que se encontraban de repente parecían estar muy cerca.

Ella evitó su mirada e indicó la bodega de pasajeros de la nave.

—Supongo que Organa llegó hasta aquí.

—Eso parece. —Dijo él, cada vez más sorprendido.

—¿Dónde empezarás a buscarle?

—Donde me enfrenté por primera vez a Shaak Ti. Si él siguió su rastro hasta allí, puede que todavía ande cerca. Los ojos azules de ella se encontraron con los de él, y después se apartaron.

—¿Te perturba venir aquí después de… después de la última vez?

—No. —Dijo él, respirando por la nariz—. Si dejara que me afectase, el Maestro Kota lo notaría.

—Exactamente. —Extendió la mano y le cogió por el brazo. De repente le dedicaba toda su atención—. Eso es lo que me preocupa. Es peligroso que esté con nosotros. Si descubre quién eres… quién eras… nunca nos perdonará.

Un gusano se revolvió en su estómago.

—No tenemos que sentirnos culpables por nada.

—Lo sé, pero…

—No te preocupes, Juno. De verdad. —Puso su mano sobre la de ella y la apretó de forma extraña. Su piel era suave. Era muy consciente de su embriagador aroma en un espacio cerrado. Sólo quería tranquilizarla, pero sospechaba que sus palabras no serían suficientes—. Si Kota descubre quién soy, no le daré la oportunidad de decírselo a nadie más.

Eso no tuvo el efecto que él esperaba. Juno se apartó de él y se volvió hacia la salida.

—Eso es lo que me da miedo. —Dijo ella, con la mano extendida hacia el mando de la esclusa de aire.

La luz y el aire entraron tan pronto como la puerta se abrió. Parpadeó ante la repentina transición y ante el fin del fugaz momento que habían compartido. Había tenido lugar una comunicación que él no acababa de entender. Aunque lo había intentado, no había conseguido decir lo que necesitaba oír. Tranquilizarla formaba parte de ello, pero

quizá también darle una muestra de su verdadera lealtad. Luchó por encontrar las palabras para hacerla volver, sin embargo, se limitó a mirar cómo regresaba a la nave.

—PROXY. —Dijo Juno a través del comunicador, estudiando un conducto lleno de limo verde—. Ven aquí y ayúdame a sacar esta mugre de la nave.

El aprendiz captó la indirecta. Era un problema que tendría que solucionar más tarde, cuando tuviera a Bail Organa a salvo y en su poder, momento en el que su misión se tornaría aún más compleja y peligrosa. Rescatar a un viejo ciego había sido una cosa, demostrarle su valía a una adolescente, aunque fuera una con las evidentes habilidades de Leia Organa, apenas era más difícil. Pero Bail Organa había sobrevivido a la usurpación del Senado y a la purga de Jedi de Palpatine, así que no le costaría detectar y eliminar espías. En cuanto Organa estuviera de su lado, el aprendiz engrosaría las líneas enemigas, exponiéndose a ser descubierto tanto como traidor a la causa rebelde como al Imperio. Sus habilidades no eran pocas y con cada misión aumentaba su fuerza, pero esto lo pondría a prueba.

Por algún motivo, Juno le preocupaba mucho más. Su Maestro lo había entrenado ampliamente en las artes de la violencia y el engaño. Las mujeres eran un tema sobre el que no sabía nada.

Con una última mirada hacia ella, que trabajaba diligentemente para asegurarse de que su responsabilidad estuviese en buenas condiciones, reactivó su comunicador y trotó en dirección a la fétida selva.

• • •

No tardó mucho en adecuar sus sentidos a los vastos y enmarañados hábitats del fecundo y colonizado planeta. El equilibrio se había decantado ostensiblemente hacia el Lado Oscuro desde su última visita. El ambiente del nuevo mundo le resultó familiar, pero no cómodo; sintió que lo reconocían, aunque no era bienvenido. Esto último le sorprendió y lo tuvo presente, incluso mientras se defendía de los ágiles depredadores que el mundo había enviado para luchar contra él.

Al menos, eso parecía. Sin Shaak Ti para mantener su innata sensibilidad para la Fuerza bajo control, las especies nativas de Felucia luchaban contra él a cada paso del camino. La selva estaba cubierta de sombras oscuras y olía a putrefacción. Las plantas bulbosas explotaban cuando se acercaba, rociándolo de un vapor ácido. Enredaderas retorcidas y fuertes se le anudaban en los tobillos o en la garganta, al tiempo que sanguijuelas venenosas se le pegaban en las botas cada vez que pisaba un charco. Estanques de arenas movedizas lo intentaban atrapar, con una fuerza sorprendente, similar a la de un ser vivo. Enormes rayas voladoras con mandíbulas cortantes y prominentes volaban entre el follaje, intentando morderle la cabeza, y espantosos crecimientos fúngicos batían sus labios gruesos y carnosos cuando él pasaba.

En una ocasión, al resguardarse bajo un árbol de un destripador volador, el propio árbol intentó matarlo. Con un sonoro crujido se separó de sus raíces y volcó sobre él. Lo

habría aplastado contra el suelo si él no se hubiese apartado a tiempo. Asombrado y desconcertado había observado cómo todo el sistema de raíces se retorcía a través de agujeros en la corteza, intentando alimentarse con el ser que creía haber aprisionado bajo su peso. Una miríada de carroñeros, desde los diminutos a los terriblemente enormes, convergieron sobre la fuente del sonido, esperando aprovecharse de la comida del árbol.

El aprendiz puso tanta distancia como pudo entre él y lo que estaba a punto de convenirse en una cruenta escena de competición.

Todavía no se había encontrado con ninguno de los nativos inteligentes, pero supuso que no serían menos hostiles que el resto de formas de vida del planeta. Aunque él también era un guerrero del Lado Oscuro, no le debían ninguna lealtad. La misma noción de lealtad era ajena al Lado Oscuro. La gran familia feliz en la que los Jedi habían creído era una mentira, o al menos, una falacia. La naturaleza era un asunto sangriento, la armonía no era el estado dominante. Se podían establecer treguas, aunque siempre eran temporales. Los Sith lo entendían. Su Maestro lo entendía. La relación entre Maestro y aprendiz siempre era tensa, y de esa tensión emanaba un gran poder.

Shaak Ti también lo había comprendido. «Los Sith siempre se traicionan unos a otros», había dicho, igual que toda forma de vida traiciona a todas las demás, si se deja que siga su inclinación natural. La paz y la armonía eran aberraciones impuestas desde el exterior a las que había que resistir en cualquier situación.

Una avanzadilla de tropas de asalto se cruzó con él mientras se acercaba al lugar donde había aterrizado la *Sombra Furtiva*. Alguno de ellos debía de haber divisado su descenso, ya que el dispositivo de seguridad bloqueaba todos los sensores electromagnéticos. Avisó a Juno y le sugirió que trasladase la nave a algún otro lugar. Ella contestó que había recibido el mensaje y él fue a eliminar a los imperiales que había encontrado. Se enfrentaron junto a un lago de arenas movedizas, en el que el aprendiz lanzó a varios de sus asaltantes mediante telequinesis. Se hundieron rápidamente gracias a sus pesadas armaduras. Sus gritos de socorro sonaron altos y claros en los comunicadores de sus compañeros hasta que se les agotaron las reservas de oxígeno. El ruido de los blasters y la espada láser llamó la atención de otros carroñeros e incluso atrajeron a un rancor que rugió a poca distancia.

Inclinó la cabeza y escuchó. Sin hacer caso del último soldado de asalto, que volvió a meterse en la selva pidiendo refuerzos frenéticamente, el aprendiz se concentró en un sentimiento de su interior. Algo se estaba preparando. Posiblemente una trampa. Los felucianos montaban sobre rancors. Si los poderosos animales habían notado la perturbación, era muy probable que sus amos también lo hubieran hecho.

No se movió. La selva a su alrededor se movía sin descanso, recuperándose de la escaramuza con las tropas de asalto. Los pájaros regresaban a sus nidos, los insectos revoloteaban y se volvían a reunir en enjambres, los pequeños lagartos salían de nuevo a buscar comida. Los animales gritaban a lo lejos, ululándose y chillándose unos a otros, mientras acechaban comida y pareja. El exuberante paisaje parecía no haber cambiado, al menos en la superficie.

Pero él sabía…

Su sentimiento se confirmó cuando tres enormes guerreros felucianos saltaron ágilmente fuera de las arenas movedizas profiriendo fuertes y extraños gritos.

Estaba preparado para enfrentarse a ellos, pero el Lado Oscuro los había fortalecido. Sus espadas hechas con huesos de rancor lanzaban chispas de luz roja sobre sus ornados tocados. Desde sus rostros invisibles llegaba el sonido de una feroz sed de sangre. Su deseo de victoria era palpable. Bloqueó sus ataques con dificultad antes de golpearle las piernas a uno de ellos y de atravesar el pecho del otro.

Dos contra uno era una lucha más justa. Pronto, una rama podrida que el aprendiz recogió igualó las cosas. Los rayos Sith terminaron con el último, aunque tuvo que luchar para que el tocado del animal se incendiara y éste muriera finalmente. El humo era pestilente.

Otro rancor rugió, esta vez más cerca. Temiendo una segunda emboscada, el aprendiz corrió por la densa selva, cortando y derribando cualquier cosa que se interponía en su camino.

Cuando llegó al pueblo, lo encontró desierto y abandonado. Las casas se venían abajo como cera derretida, el río estaba ahogado de venenos espumosos. El sarlacc en el que había caído Shaak Ti estaba muerto y la bilis que se filtraba de su enorme cuerpo envenenaba la tierra a lo largo varios centenares de metros. El aprendiz se quedó en ese pútrido lugar, intentando no respirar, y preguntándose adónde podía ir a continuación. El Lado Oscuro era más fuerte cerca del sarlacc de lo que había sido en cualquier otro lugar de su corto viaje. Recurriendo a la Fuerza, rastreó esa impresión, buscando su origen. El sarlacc no podía ser la fuente de ese extraño foco, porque había muerto hacía tiempo. Ni siquiera él podría haber dejado una impresión tan indeleble, aunque hubiera matado a un miembro del Consejo Jedi. Otra cosa había causado ese oscurecimiento de los flujos vitales.

Algo o alguien…

La profundidad del Lado Oscuro lo condujo hacia el norte, por una estrecha senda que se alejaba del pueblo. La siguió, preguntándose qué habría al final. Cruzó su espada con las de varios grupos de expedición felucianos, todos ellos sobre rancors furiosos, apenas controlables. Su comportamiento le sugirió que iba en dirección correcta. Cuando huían de él, siempre intentaban alejarle del camino. Cada vez que retomaba el camino, aparecía otro grupo para atacarlo. Pronto luchaba contra una docena de rancors y al menos la misma cantidad de guerreros felucianos. Cuanto más decididos estaban a detenerlo, más insistía él en continuar sin demora. Cuando otro escuadrón de imperiales se unió a la batalla, el conflicto amenazó con superarle durante unos momentos.

El sonido de los gritos de un rancor agonizante era algo que se había llevado consigo tras su último viaje a Felucia y que en ocasiones perturbaba sus sueños. Nunca pensó que sería un sonido al que podría acostumbrarse tan rápidamente…

Continuó adelante, siguiendo la extraña firma de la Fuerza de punto conflictivo en punto conflictivo. La selva herida y sus habitantes masacrados caían tras él. Un último

encuentro salvaje pareció marcar una frontera invisible, ya que tras ese punto no hubo más ataques. Los felucianos se habían rendido o alguien les había ordenado esperar. Él pensaba que era un buen consejo. Era una pérdida de tiempo luchar cuando ningún feluciano podía igualarlo, a menos que tuviera mejores armas que las espadas fabricadas con huesos afilados y los golpes telequinéticos aislados. Una figura desconocida lo amenazaba desde el aire húmedo y espeso. Con la espada láser preparada, la rodeó, midiéndola antes de acercarse demasiado. Era el esqueleto de un rancor muerto hacía tiempo, con los huesos teñidos del verde del musgo y los hongos. Sus poderosas costillas se elevaban corno los barrotes de una jaula desde una columna invisible bajo la maleza. Los restos de las piernas y las zarpas eran un amasijo desordenado. El cráneo, de tamaño suficiente para albergar una casa pequeña, se había volcado con la mandíbula abierta. Los dientes, largos como un brazo, seguían pareciendo lo bastante afilados para arrancar trozos de carne.

El aprendiz caminó respetuosamente junto al esqueleto, percibiendo un sonido ahogado que provenía de la selva. Había otro esqueleto una docena de pasos más allá, y dos más un poco más lejos. La presencia de huesos antiguos y ennegrecidos que sobresalían del suelo en algunos lugares, le confirmó su creciente sospecha de haber entrado en un cementerio de rancors.

Observado por enormes y vacías cuencas, se abrió paso hasta el centro, donde la oscuridad parecía más densa. Un sonido bajo y retumbante rompió el inquietante silencio, como si un animal de gran tamaño estuviera gruñendo. Cuando descubrió un recinto compuesto en su totalidad por huesos que salían de entre la maleza, se detuvo un momento a mirar.

Había visto eso antes también, en el extraño estado entre la vida y la muerte. Había visto a un hombre atado con esposas eléctricas sentado delante de una lámpara en un recinto hecho de huesos. Ese hombre era Bail Organa. Había reconocido las fotos del archivo del Senador, pero no había podido establecer la conexión. Ahora lo sabía.

El padre de Leía estaba allí dentro. Y cerca había un foco del Lado Oscuro. Ahora estaba completamente seguro de que ambas cosas estaban íntimamente relacionadas.

Con cada fibra de su ser alerta para detectar el peligro, rodeó el recinto, buscando la manera de entrar. Los huesos de decenas de especies, desde las más grandes a las más pequeñas, se superponían allá donde mirara. Los cráneos humanos estaban en minoría, la mayoría eran de felucianos o de los animales que cazaban. Fémures gigantes de rancor hacían las veces de columnas, mientras que las largas y curvadas costillas creaban arcos y puntos de apoyo para el techo. Diminutos huesos de dedos y alas crujían bajo los pies.

El interior de la estructura era un laberinto de pasajes y pequeñas salas irregulares. Tras pasear sin rumbo durante un minuto, vio el brillo de una luz amarilla en una esquina y lo siguió para encontrar la improvisada celda de Bail Organa.

El hombre estaba exactamente igual a como lo había visto en su visión. Incluso el olor coincidía. En el suelo había una pila de carne cruda y pútrida que el aprendiz esperaba que no fuera la comida.

El prisionero alzó la vista sorprendido.

—He venido a rescatarlo, Senador Organa. —Dijo el aprendiz, desactivando la espada láser y arrodillándose para abrir las esposas. Organa estaba muy sucio, pero no parecía herido—. Me ha enviado el Maestro Kota.

—Ah. Sabía que no podría mantenerse lejos de la lucha durante mucho tiempo. —Las esposas se abrieron y Organa se inclinó hacia adelante, masajeándose las muñecas—. Pensaba que estaría enfadado conmigo por no hacer caso de sus consejos.

El aprendiz no pudo ocultar una sonrisa.

—Ah, no se preocupe. Kota está enfadado. Pero creo que quiere poder gritarle en persona.

Alargó la mano para coger su comunicador, cuando el rugido de un rancor le detuvo. Sonaba más profundo y más cargado de furia animal que ningún otro que hubiera oído antes. Era tan fuerte que cayó sobre ellos una llovizna de huesos de pájaro desde el macabro techo que tenían encima.

Bail levantó la vista y tragó saliva, nervioso.

—Es su mascota.

—¿La mascota de quién?

—Maris Brood. La Padawan de Shaak Ti, o dice que lo fue. Me tiene prisionero para comerciar con los imperiales, para comprar la indulgencia de Vader. Está loca si cree que esto cambiará algo.

El aprendiz meneó la cabeza.

—Todo el planeta se ha vuelto loco.

Se volvió a oír el rugido. Esta vez, el suelo tembló. Se acercaba algo grande y parecía que tenía hambre.

—Oh, no estamos locos —dijo una voz detrás de él. El aprendiz se dio la vuelta con la espada láser activada. Una delgada zabrak pasó por la puerta de la celda de huesos, jugueteando con un par de armas cortas en las manos. Parecían inofensivas hasta que, con una llamarada de luz roja, cada una de las empuñaduras se encendió y activó dos hojas de espada láser en miniatura. Las hojas lanzaban sombras sobre los huesos que los rodeaban. Las hizo girar a su alrededor tranquilamente, como si fuesen varas de madera.

Cuando estuvo segura de tener toda su atención, añadió:

—Sólo hemos aceptado el poder del Lado Oscuro.

El aprendiz la miraba, pero no a causa de sus palabras. Su cara le resultaba tan familiar como la de Bail Organa, con sus rasgos ovalados, los labios negros y las siete espinas que salían de su frente. Las trenzas negras se enroscaban firmemente alrededor de su garganta. Llevaba botas de combate, pantalones de cuero y un sencillo chaleco a juego. La única diferencia entre esa mujer y la que había visto en una de sus visiones eran sus profundos ojos rojos.

Cuando Shaak Ti había enviado a su Padawan a esconderse en la jungla de Felucia, ésta era servidora del Lado Luminoso de la Fuerza. Ahora había cambiado de bando y se había unido a él en el Lado Oscuro.

Porque Shaak Ti había muerto. Porque él la había matado.

Y ahora, la aprendiz de Shaak Ti había venido a matarlo.

«¿Lo sabía?».

—Maris Brood. —Dijo, apartándose un paso de Bail Organa.

Ella inclinó la cabeza, asintiendo.

—¿Y tú quién eres?

—No es asunto tuyo. —Mantenía su espada láser cuidadosamente colocada entre él y las hipnotizantes hojas giratorias. El temblor del suelo empeoraba—. He venido a buscar al Senador.

—Bueno, pues no puedes llevártelo.

—«No puedes» no es un concepto que pueda aplicarse a esta situación.

Ella sonrió.

—Ya veremos, ¿no?

—Apártate, chica. No quiero hacerte daño.

Ella se rió.

—No podrás. Él no te dejará.

El estruendoso sonido alcanzó el clímax cuando, con un rugido semejante al ruido de dos mundos colisionando, el mayor rancor que había visto destrozó los muros de hueso y se detuvo junto a ellos, con las mandíbulas goteando fango. Su piel era de un blanco mortal, lo que le confería una apariencia fantasmagórica y sobrenatural. Organa y el aprendiz salieron despedidos, seguidos de una avalancha de huesos.

Con la cabeza dolorida, el aprendiz salió de debajo de la pila de huesos apenas a tiempo de evitar que una pata con enormes garras lo aplastara. Corrió entre las gigantes extremidades, lejos de la oscilante cola, asestando golpes mientras corría, pero la piel del animal era tan gruesa que ni siquiera sangró. Cubierto de colmillos y cuernos más largos que él mismo, el animal, un ejemplar privilegiado, guardián del cementerio, era de lejos el ser vivo más grande que había visto en su vida. Unas placas más gruesas que los cascos de algunas naves le protegían el cuello y la cabeza. Todos sus movimientos eran lentos pero potentes. Apestaba a carne extraterrestre y al Lado Oscuro. El desequilibrio que había vuelto a Maris Brood en contra de los Jedi, había convertido también a lo que probablemente alguna vez hubiera sido una noble bestia en un monstruo insaciable.

Y ahora debía matarlo. Su mente estaba decidida sobre ese punto, aunque los detalles particulares se le escaparan. Ahora ya lo había olido y toda la maléfica voluntad de Maris le acosaba para que lo atacara. Entre sus codiciosas garras y su estruendosa cola iba a pasar un mal rato para acercarse a él. Cuando intentó derribarlo mediante la Fuerza, el animal simplemente rugió enfadado. Los rayos Sith rebotaban sobre su blindaje como si fueran agua. Podía golpearlo con su espada láser durante años y no conseguir nada. Su mente era pequeña y ya estaba consumida por la voluntad de Maris.

La situación parecía desesperada. Intentar correr más que el gigantesco rancor sería inútil, y dudaba que Juno pudiera aterrizar el tiempo suficiente para que él y Organa

subieran a bordo y despegaran antes de que varias toneladas de rancor se impulsaran contra el casco de la nave. Si no podía luchar ni huir, ¿qué otras opciones le quedaban?

Se entretuvo evitando los golpes de la bestia y haciéndola correr en círculos, preguntándose si al final se cansaría o tendría suficiente hambre para perder interés en él, sin importar lo mucho que Maris le azuzara. Pero parecía infatigable y Maris pronto comprendió la táctica. La siguiente vez que esquivó las ancas de la criatura, obligándola a dar media vuelta, ella estaba allí, con las hojas gemelas girando, intentando forzarlo a dirigirse hacia esas enormes y cortantes mandíbulas.

Rodó por debajo de la gigantesca mandíbula del rancor y el aliento cálido y húmedo lo alcanzó. La visión de sus dientes no lo tranquilizó en absoluto. Si Maris le cogía con la guardia baja, o si cometía algún error, esos dientes terminarían sin problemas con cualquier aspiración que tuviera de asistir a su Maestro como Gobernador Adjunto de la Galaxia.

Esos dientes…

Todos sus poderes eran inútiles…

El principio de un plan empezó a tomar forma en su cerebro. Al principio, pensó que era una locura, pero no menos loco que destruir una grúa aérea o matar a un Maestro Jedi.

Saltó por encima de la mortal cola del rancor cuando ésta intentó alcanzarlo. El animal acercó su enorme cuerpo blanco, haciendo temblar el suelo con cada paso, y centró sus ojos porcinos en él. La boca babeante se abrió, no para rugir, sino para morderlo y cortarlo en dos. Unos músculos gruesos como tres troncos se flexionaron y bajó la cabeza, en posición de ataque.

Cuando tuvo la boca completamente abierta, el aprendiz dio dos pasos, inspiró profundamente y saltó adentro.

El olor ya bastaba para dejar fuera de combate a cualquiera, pero ése era el menor de los peligros a los que se enfrentaba. Utilizó la Fuerza para mantener las mandíbulas abiertas lo suficiente para esquivar los dientes cuando se cerraran. Entonces se hizo la oscuridad y la lengua de la criatura se convirtió en la amenaza más apremiante. Su espada láser, la única fuente de vida en ese lugar frío y húmedo, se ocupó de ella. La cabeza del rancor se agitó de lado a lado, pero su voluntad se sobrepuso al reflejo de abrir la boca, algo que Maris no había pensado en controlar.

Buscando conmocionar a la bestia, el aprendiz recurrió a todo el poder de la Fuerza y envió un ardiente rayo Sith al paladar de la criatura, que carecía de protección.

Todas las neuronas del cerebro del rancor se encendieron como fuegos artificiales. Los segundos siguientes fueron los peores que el aprendiz había vivido. Las convulsiones del rancor fueron salvajes y prolongadas. Intentó agarrarse para salvar la vida, medio ahogado en sangre y medio asfixiado por el fétido aire, con los brazos y las piernas anclándolo firmemente a los inestables muros de carne.

Pero no murió. No podía creerlo. Destrozado, debilitado, tambaleante, el rancor se aferraba a la vida con la misma tenacidad que Kota. No menos desesperado, el aprendiz jugó la última carta que le quedaba.

Con un poderoso golpe de energía telequinética, hizo explotar la cabeza del rancor desde dentro.

Empezó a caer al instante. Un torrente de sangre y líquidos biliares fluyó de la garganta abierta, lanzándolo al campo de huesos. Parpadeando y con arcadas, apenas pudo sujetar la espada láser mientras el enorme cuerpo sin cabeza caía al suelo tras él con un sonido potente y húmedo.

Fue una suerte que siguiera aferrado a su arma, ya que Maris se acercó a él inmediatamente, con las hojas girando y resonando. Apenas pudo levantar su espada láser a tiempo de evitar ser decapitado, y cayó al suelo en una posición extraña para poder repeler otro ataque.

—Ahora me has hecho enfadar. —Dijo ella—. Haré que te arrepientas de ello.

—Te di a elegir. —Dijo él, bloqueando otro ataque doble—. Tú has matado a esa cosa, no yo.

—El Lado Oscuro no discute sobre tonterías. —Gruñó ella.

Sus ojos rojos brillaban mientras le lanzaba golpe tras golpe. Él trastabillaba hacía atrás, debilitado por más cosas que la batalla contra el rancor.

Luchaba contra sí mismo, no en una alucinación inspirada en el pasado donde el Jedi y el Sith se pelearan dentro de él por controlar su futuro. Esta vez la lucha era real y su oponente se regocijaba tanto en el Lado Oscuro como él lo había hecho. Ella también había perdido a alguien a quien quería profundamente. Ella también había sido enviada a la dura Galaxia a cuidar de sí misma. Debían ayudarse uno a otro, no luchar uno contra otro. Pero con Bail Organa mirando, ni siquiera podía plantear la posibilidad de una tregua. Incluso utilizaba movimientos Soresu contra sus ataques descarnados e impredecibles, igual que su visión de sí mismo había hecho mientras vestía ropa Jedi.

Aun así…

Mientras se defendía, no veía nada más que autocompasión y miedo en sus ojos. Ambos eran sentimientos inferiores a la rabia pura, aunque ambos podían ser potentes vías de escape para el verdadero dominio del Lado Oscuro que su maestro le había enseñado. Maris era una novata, apenas había empezado su viaje. Igual que él, viajaba por el camino que conducía a la maestría total. Por primera vez, entendió que la Fuerza no sólo tenía dos tonos, oscuro y luminoso, distintos y enfrentados, que nunca se mezclaban para formar el color gris. Ésos eran ideales y los ideales sólo existían para que los filósofos y los teóricos discutieran. En el mundo real, la oscuridad y la luz coexistían en proporciones variables, nada era estático. Así, la antigua Padawan Jedi podía pasarse al Lado Oscuro tras toda una vida sirviendo a la luz, e igual de fácilmente podría volver a la luz después, si sobrevivía.

«La luz y la oscuridad. —Shaak Ti había intentado decirle— son sólo direcciones».

«Siempre nos estamos moviendo —pensó él—, hacia la oscuridad o hacia la luz. Es imposible quedarse quieto. Algunos, como Darth Vader y el Emperador, habían estado descendiendo por el Lado Oscuro durante tanto tiempo que la luz debía ser un recuerdo distante y débil. Algunos planeaban eternamente sobre el gris, sin elegir nunca un bando.

De hecho, no había bandos reales, sólo direcciones en las que uno se movía. Todo era relativo».

Llegar a esa conclusión le proporcionó un nuevo tipo de fuerza. Cuando los Sith se traicionaban unos a otros, no era porque fueran enemigos. Sencillamente, sus caminos se habían separado. Así que luchar contra Maris no era dar la espalda al Lado Oscuro. Ella simplemente se interponía en su camino, como muchas otras personas antes de ella.

«No te engañes —había dicho también Shaak Ti—, pensando que algo te sustenta aparte de tus pies».

Bloqueando los golpes giratorios de Maris Brood, pasó del sobrio estilo Soresu al más agresivo Juyo, preferido por el Lado Oscuro. Maris notó el cambio en su estilo de lucha, pero, como sólo había sido entrenada en los métodos Jedi, no pudo entender qué significaba. Continuó atacando, cada vez más desesperada, incluso mientras él la hacía retroceder a través de las montañas de huesos, junto al cadáver de su mascota gigante y lejos del Senador Organa. Su respiración se volvió pesada y sus movimientos menos precisos. El miedo empezó a dominar la mirada salvaje de sus ojos. Estaba a punto de perder completamente la concentración.

«Usa el miedo —quería decirle él—. Usa el miedo para enfrentarme, porque la rabia te hace fuerte. Maté a tu Maestro. El mío intentó matarme y soy más fuerte por eso. Tú también podrías serlo si te dieses cuenta de esa sencilla verdad».

Pero incluso en la profundidad de su oscuridad, la luz la había corrompido demasiado. Era una causa perdida.

«Ya es suficiente», pensó él.

Levantó la mano izquierda y utilizó la Fuerza para levantar una pila de huesos. Los huesos se arremolinaron alrededor de ambos, entrechocando y dando vueltas, ganando velocidad. Maris no sabía adónde mirar. Mientras estaba distraída, la desarmó con dos movimientos rápidos y precisos. Las espadas salieron volando a través de los huesos y ella cayó hacia atrás, frotándose los antebrazos chamuscados. El desafío brillaba en sus ojos, pero era tarde. Demasiado tarde.

Cuando se dio la vuelta para huir, la atacó por la espalda con un rayo Sith y ella cayó entre los huesos.

Con la espada láser sujeta suavemente en la mano derecha, se acercó a ella.

—No. —Jadeó ella, haciendo un intento inútil por lanzarle los huesos que danzaban a su alrededor. El desvió los proyectiles—. ¡Por favor! —El desafío se volvió desesperación, aunque seguía resistiéndose a la rabia—. ¡No lo hagas!

—¿Por qué no? —Se detuvo junto a ella, con la espada láser levantada, apuntando hacia abajo, lista para atacar—. Si eres la esclava del Lado Oscuro que afirmas ser, le estaría haciendo un favor a la Galaxia.

—No es culpa mía. Shaak Ti me abandonó en este horrible planeta. —Las lágrimas le brillaban en los ojos—. Felucia es malvado. Me corrompió. Permite que me marche de aquí y dejaré el Lado Oscuro atrás. Quiero hacerlo.

—¿Por qué debería creerte?

Se puso de rodillas.

—Por favor, deja que me marche. Has ganado, ¿no es cierto? El Senador es tuyo. No tienes por qué matarme. —Levantó los brazos hacia él—. Sálvame. Por favor.

Él retrocedió, repelido por la escena. «No eres digna del Lado Oscuro», quiso decirle.

Pero eso era en lo que la había convertido el Lado Oscuro. Una vez había aspirado a convertirse en un Caballero Jedi y ahora se veía reducida a tener que suplicar por su vida. ¿Cuáles de sus talentos se habían envenenado, convertido en destrucción, dirigido hacia dentro, utilizado para ningún fin más importante que su propia supervivencia?

El Lado Oscuro había cambiado Felucia de un modo similar. El hedor a muerte y podredumbre que inundaba su nariz provenía de otros lugares, aparte de la sangre del rancor que tenía por todas partes.

«Corrupción».

Bajó su espada láser y la desactivó. El remolino de huesos cayó al suelo con un golpe seco.

Ella cayó al suelo, como si no pudiera creer su suerte.

—Gracias.

Él tampoco estaba seguro de poder creerlo. ¿La perdonaba por lástima o porque había reconocido las emociones que la envenenaban?

—No digas nada. Márchate de aquí.

—¿Puedo ir contigo? No quiero quedarme aquí…

—Tendrás que hacerlo hasta que llegue otra nave. O quizá los imperiales puedan llevarte.

Ella retrocedió, como si temiera que él cambiara de idea en cualquier momento. Se dio la vuelta y corrió hacía la línea de árboles. Él la vigiló por si iba en busca de armas e intentaba cogerlo por sorpresa. A pesar de sus súplicas y sus negociaciones, no se fiaba en absoluto de ella.

En el límite de la selva, Maris se detuvo y se volvió. Ya no lloraba. Entonces, con un guiño de despedida, desapareció también.

Sintió un crujido de huesos a su espalda. Se dio la vuelta y vio al magullado y sucio Bail Organa escalando los montones de huesos mientras se acercaba a él.

—He visto a otros como ella con anterioridad. —Dijo Organa severamente—. Un joven Jedi que se inclina por el Lado Oscuro, corrupto, malvado y asesino…

El aprendiz extendió la mano y sujetó al Senador. En los ojos marrones del hombre se veían años de dolor. Las palabras que Organa dijo a continuación le sorprendieron.

—No deberías haberla dejado libre.

—¿Realmente cree que es libre? —preguntó él. «Es tan libre como yo», pensó. «Libre para cometer errores, y con suerte, libre para aprender de ellos»—. Llevará consigo para siempre el recuerdo de lo que ha hecho.

Organa observó el bosque durante un momento más, después asintió, mostrando su comprensión de que creía que lo entendía.

—A veces los recuerdos no son suficiente. A veces, nosotros, las víctimas, debemos ser más… activos.

—Exactamente. —El aprendiz aprovechó la oportunidad para dirigir la conversación lejos de los lugares oscuros y dolorosos de su propia psique escondida—. Por eso estoy aquí, Senador. Necesitamos su ayuda desesperadamente. La Galaxia necesita su ayuda. Tenemos que dejar de vivir en el pasado y empezar a luchar por lo que queremos.

Bail Organa le miro con perplejidad.

—Kota y yo hemos tenido esa discusión muchas veces…

—El tiempo de discutir ha terminado. El Emperador ha hecho lo que ha querido durante demasiado tiempo y nosotros somos quienes lo detendremos. ¿Está con nosotros?

—Llévame con Kota. —Dijo el Senador, cansado—. Es más lógico que hablemos de esto cara a cara.

El aprendiz estaba contento de que Organa creyera por el momento que Kota era quien estaba detrás de estos nuevos acontecimientos.

—Muy bien. —Dijo—. Vámonos. Los imperiales inundarán la selva en seguida…

Mientras se daba la vuelta para comunicarse con Juno, vio cómo Organa volvía a mirar hacia la selva donde Maris Brood había desaparecido.

—Que la Fuerza nos acompañe —murmuró el Senador—. A todos nosotros, de un modo u otro.

VEINTISÉIS

Juno decidió que los días en Felucia eran los más largos de la Galaxia. O esa impresión le daba. La primera vez que había ido allí se había consumido durante la espera, preocupada por la traición planeada por Starkiller al Emperador. Ése era aún el plan, pero de algún modo no estaba segura de que sus motivos fueran más nobles que la venganza por la traición de su ex Maestro. «El fin justifica los medios», pensó ella al final, y si eso significaba que sus destinos estarían un poco más unidos, mejor.

Mientras Kota caminaba de un lado a otro, ella controlaba las transmisiones imperiales que emanaban del mundo verde. Alguien tenía que vigilar el transporte del Senador, así que mandó a PROXY afuera con su espada láser y un blaster para mantener la fauna, mucho más decidida y cruel que la última vez, alejadas de ambas naves, mientras ella misma atendía cualquier señal que indicara proximidad de peligro. Si las cosas se ponían feas, ella podía pilotar la *Sombra Furtiva* y PROXY el transporte.

Cuando Starkiller se conectó para decirle que había localizado y rescatado al Senador Organa, sintió como disminuía su nivel de estrés.

—Dame las coordenadas y os recogeré.

Él se las facilitó y después añadió algo que la puso más nerviosa que antes.

—No te asustes cuando me veas. Sólo es superficial.

—¿Qué es sólo superficial? Por el comunicador le llegó el rugido de un rancor. Parecía estar cerca. —De prisa, Juno. Las cosas se están poniendo un poco incómodas por aquí.

Ella hizo lo que le pidió, llamó a PROXY y le dijo que iba a mover la nave un momento, pero volvería pronto. El droide la tranquilizó afablemente y le dijo que todo iría bien mientras ella estuviera fuera. Juno le gritó entonces a Kota para que éste se abrochase los cinturones.

El General se acercó y se sentó en el asiento del copiloto, aunque no pudiera ver por el visor delantero ni usar los mandos. —¿Qué prisa hay? —preguntó.

—Nuestros amigos necesitan transporte. —Dijo ella, tocando interruptores y calentando los repulsores.

—¿Bail está bien?

—Eso me han dicho. Pero no me haga más preguntas. Esto va a ser complicado si tenemos que evitar aparecer en la línea de visión de algunos.

La *Sombra Furtiva* despegó de la seta gigante, pero voló bajo, un poco por encima de la capa de extraña vegetación que cubría la superficie del planeta. Moviendo la nave de lado a lado, la mantuvo tan baja como los depredadores a rayas que había visto perseguir a sus presas a través de los árboles. Juno soltaba un insulto cada vez que la parte baja de la nave chocaba contra una vaina bulbosa o alguna rama ensortijada, más preocupada por sus habilidades de vuelo que por los húmedos sonidos que producían esos impactos. Nada de lo que había en Felucia podía causar daños graves a la nave, salvo que chocase contra una montaña o llamase la atención de los imperiales.

Voló sobre un rancor de ocho metros que corría con la cabeza gacha por un camino idéntico al suyo, arrasando árboles a su paso. Ni siquiera alzó la mirada. Treinta segundos después, pasó sobre otro. Ése también seguía la misma dirección.

—Creo que he descubierto qué significaba «incómodas». —Dijo—. Agárrese, General. Voy a ganar un par de segundos, sobre nuestra hora de llegada.

Apretando el acelerador con más fuerza, olvidó la precaución, movió la *Sombra Furtiva* en un gradiente ascendente y bajó bruscamente cuando llegaron a las coordenadas de Starkiller. Tuvo que concentrarse en la maniobra, utilizando los retropropulsores con envites cuidadosamente calculados para que la nave perdiera su velocidad y cayese en la posición adecuada, todo al mismo tiempo. Por eso apenas vio el caos que se había organizado en tierra. Parecía que había estallado una guerra entre una manada de rancors furiosos y millares de carroñeros felucianos por un único cadáver gigante. Los restos estaban ensangrentados y apenas podía distinguirse un bípedo de tamaño gigantesco, pero no había tiempo para especular sobre su naturaleza.

Dos hombres le hacían señas para atraer su atención desde una esquina de la cruenta escena. Dirigió la nave hacia abajo, lejos de ellos, apartando de paso a tres rancors que parecían haber estado molestándolos. Cuando abrió la escotilla principal y extendió la rampa, el sonido del reino animal de Felucia completamente revuelto casi la ensordeció. Se oyeron pasos en la rampa.

—Bien. —Dijo Starkiller—. Estamos a bordo. Sácanos de aquí.

Miró por encima del hombro para asegurarse y se quedó helada durante medio segundo. Starkiller estaba cubierto de pies a cabeza por una gruesa capa de sangre.

«No te asustes», le había dicho. Se había quedado corto.

Cerró la boca abierta, se volvió para coger los mandos y apartó la *Sombra Furtiva* de la carnicería que había debajo para reencontrarse con la seguridad del follaje de la selva.

• • •

Mientras Juno seguía la baliza de posición de PROXY hasta la seta donde habían aterrizado, espiaba la reunión entre Kota y Bail Organa con el rabillo del ojo. El viejo estaba incómodo y era reacio a cualquier demostración abierta de cariño, pero al Senador no parecía afectarle.

—Amigo mío, ya casi había perdido la esperanza de volver a verte, pero debería haber sabido que no sería así. Siempre has sido el maestro de los rescates de último momento y de los reversos repentinos.

—Bah. Yo no he tenido nada que ver. Y si no hubieses emprendido este viaje de locos, no estaríamos teniendo esta conversación.

La expresión de Organa se tornó completamente seria.

—Deberías saber que Shaak Ti ha muerto. —Dijo—. Fue asesinada por Vader o uno de sus esbirros.

—Probablemente el mismo que me hizo esto a mí. —Kota señaló su cara vendada con un movimiento de un dedo calloso—. He intentado ponerme en contacto con Kazdan Paratus, pero también ha caído en el silencio.

—Temeremos juntos por él, Maestro Kota, hasta que lo sepamos con seguridad. —Organa movió la cabeza y miró al suelo—. Los tiempos oscuros parecen volverse más oscuros todavía.

—Hay una cosa por la que debemos estar agradecidos. —Dijo Kota—. Leia está a salvo.

El Senador puso una mano sobre el hombro de Kota y lo apretó emocionado. Movió la cabeza una vez, como intentando encontrar la voz.

—Tenía miedo de preguntar. Estoy más que agradecido, estaré en deuda contigo para siempre.

Kota se soltó.

—Búscame algo para beber y estaremos en paz.

Con el ceño fruncido, se dirigió a la parte trasera de la nave, donde Juno le oyó rebuscar entre las provisiones.

Eso dejó al Senador y a Juno a solas durante el resto del viaje. Starkiller se estaba lavando en la sala de la tripulación y no había dicho nada sobre las condiciones en las que estaba. Juno no había tocado el tema, pensando que no sería importante, si nadie lo había mencionado, pero con Organa extrañado y avergonzado por el comportamiento de su amigo y con nada más que el vuelo bajo para distraerlo, se aferró al tema como a un salvavidas.

—¿Qué les ha pasado allí? —Preguntó—. Parecía que todo ser vivo en un radio de doce kilómetros los quería para almorzar.

Organa pareció aliviado al poder romper el silencio. Se recostó en el asiento del copiloto con un suspiro y se sacudió las manchas en la camisa, originalmente fina y delicada.

A nosotros, no. —Dijo—. Debes de haber visto el cadáver del rancor guardián del cementerio. Bueno, en primer lugar, sus amigos no estaban muy contentos con su muerte, y, en segundo, toda esa carne fresca no se iba a quedar mucho tiempo tranquila en un lugar como ése. Es un mundo muy duro. —Añadió, como si pensara en algo que había dicho otra persona—. Para sobrevivir allí hace falta mucho carácter en los tiempos que corren. Deberíamos perdonar a los que caen.

Juno le dejó terminar esa otra conversación en su cabeza, suponiendo que tenía muchos más acontecimientos recientes que procesar que ella, pero no estaba lista para la conversación que él inició a continuación.

El joven con el que Kota y tú viajáis, ¿qué puedes contarme sobre él? Juno miró a Organa y después volvió la vista hacia la selva que tenían delante.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, para empezar, ¿quién es? ¿De dónde es? Nunca he oído hablar de alguien tan poderoso como él corriendo por el Imperio y me gustaría saber cómo ha evitado que Darth Vader lo detectara. ¿Sabes quién ha sido su Maestro y dónde está él o ella?

Organa la miraba con esperanza, sin duda pensando que otro Jedi, posiblemente un amigo suyo, había sobrevivido en algún lugar, de algún modo, y que la existencia de Starkiller presagiaba una nueva manera de evadir la amenaza mortal del Imperio. No sabía cómo decirle que hasta ese momento habían tenido suerte y que no eran nada inocentes. El único motivo por el que Starkiller había evitado la espada de Darth Vader durante tanto tiempo era que habían sido aliados y que aun así la buena suerte no iba a durar siempre.

Al final hizo lo mismo que había hecho con Kota, decir la verdad, pero no toda la verdad.

—Me temo que usted sabe tanto como yo. —Dijo ella—. Es muy reservado. Puede parecerle extraño, pero ni siquiera sé su verdadero nombre.

—Eso parece poco común, sí, pero he oído cosas más raras. —Intentó esbozar media sonrisa, pero después lo dejó—. Lo que ha conseguido ahí ha demostrado que tiene una fuerza impresionante. No había visto a nadie como él desde las Guerras Clon y eso no es necesariamente bueno. Una potencia como ésa, sin controlar, puede ser peligrosa. El Lado Oscuro se alimenta del gusto por la potencia. Puede ser mortal para los que quedan atrapados en medio, como una joven aprendiz ha descubierto hoy, pagándolo casi con su vida.

Nuevamente una referencia a algo sobre lo que ella no sabía nada. Juno se sintió irritada consigo misma al sentir un breve pinchazo de celos. ¿Por qué tantas misiones de Starkiller tenían que ver con jóvenes mujeres en peligro?

—Creo que intenta hacer lo que hay que hacer. —Dijo cautelosamente.

—¿Debería entonces confiar en él como, evidentemente, haces tú?

Ella contestó sin vacilar:

—Le confiaría mi vida.

Entonces pensó que quizá había hablado de forma demasiado rápida o vehemente para que la considerase objetiva.

El Senador miró a través del visor de la cabina.

—Ah, nunca pensé que un transporte pudiera ser una visión tan agradable.

Juno siguió su dedo índice y vio a PROXY agitándose al borde de la seta gigante, junto al transporte del Senador.

—Está en buen estado. —Le dijo, acercando la *Sombra Furtiva* a tierra—. Lo pulverizamos con insecticida para que el viaje de vuelta no fuese demasiado incómodo.

—Gracias… eh… —El Senador dudó al levantarse.

—Eclipse, Senador. Capitana Juno Eclipse.

—Gracias, Juno. Si alguna vez necesitas un cambio de aires, en Alderaan siempre se necesita un piloto con conciencia, particularmente una buena como tú.

—Lo tendré en mente, señor. —Dijo ella, sintiendo cómo el rubor asomaba a sus mejillas—. Pero creo que por el momento mi rumbo es muy claro.

Él sonrió y se marchó.

• • •

Los tres hombres se encontraron sobre la superficie de la seta mientras ella se aseguraba de que la nave estuviera lista para el espacio. Starkiller estaba más limpio que nunca, sin rastro de la sangre que lo había contaminado. Sintiéndose excluida, repasó rápidamente la lista de comprobaciones y bajó por la rampa para estirar las piernas, y para ofrecer su opinión si se la pedían.

—La rebelión abierta es demasiado peligrosa. —Decía el Senador—. Kota, sé que te debo la vida, pero…

—No me debes nada. —Lo interrumpió el General bruscamente—. Ya te dije en Ciudad Nube que no puedo ayudarte. No desde… —Nuevamente señaló sus ojos destrozados en un gesto que Juno había visto demasiadas veces. Se había convertido en una excusa comodín para cualquier cosa que el Jedi encontrara demasiado controvertida—. Él es tu héroe. —Dijo Kota, levantando la barbilla en dirección a Starkiller—. Y es su rebelión. Únete a nosotros porque él te lo pide, no porque te lo pida yo.

El Senador se frotó la barbilla barbuda, sopesando sus opciones. Su afilada mirada estudió a los dos hombres que tenía delante, el joven y el viejo, y lo que pensaba de su singular alianza se lo reservó.

—Eres el primero en emprender acciones abiertamente directas contra el Imperio. —Dijo—. Pero no estamos preparados para entrar en guerra. Necesitamos armas y naves espaciales y gente con valor para utilizarlas. No sé cuántos más se unirán a nosotros.

—Las naves y las armas las podemos encontrar. —Dijo Kota.

—Hay suficiente gente. —Dijo Juno.

—Y usted ya está pensando a quién abordar primero. —Dijo Starkiller estudiando al Senador con expresión astuta.

Organa lo miró y asintió.

—Bueno, sí. Hay otros Senadores que se han manifestado en contra del Emperador. Sin embargo, será difícil convencerlos. A veces es fácil hablar en el Senado. La acción es una mercancía mucho más cara.

—Sólo tenemos que demostrarles que el Imperio es vulnerable. —Dijo Kota bruscamente.

—Sí. —Dijo Organa—. Demostrárselo de un modo que no pueda atribuirse a un accidente. Holonoticias secuestra la información, pero las cosas todavía se saben. Y esto será como un ácido que devorará el Imperio hasta los cimientos. Cuando llegue el momento, volcará. Con una presión en el lugar adecuado…

—Déjeme meditar los detalles —dijo Starkiller—. Estoy seguro de que encontraré el objetivo adecuado. Mientras tanto senador, póngase en contacto con sus amigos y sus aliados. Necesitaremos toda la ayuda que podamos encontrar.

El Senador dudó, pero asintió.

—Muy bien. Solo no pude siquiera evitar que mi hija fuese tornada como rehén. Puede que juntos marquemos la diferencia para toda la Galaxia. —Extendió la mano y estrechó con fuerza la de Starkiller—. Ésa es la esperanza que me has dado hoy. La honraré.

Haciendo un gesto de despedida a Juno, se volvió hacia Kota. —¿Y tú, General Kota? —Preguntó—. ¿Adónde lleva tu camino? Tengo espacio en mi nave para un pasajero más.

Nuevamente, Kota resopló.

—Ni lo sueñes. La bebida es mejor en la nave del chico. —Mintió Kota.

La cara de Organa se llenó de dolor, pero Kota no lo vio. El Senador lo cogió por los hombros y le dijo en una voz superficialmente alegre:

—Bueno, pero mantén la cabeza baja, viejo amigo, y déjale la lucha a otra persona.

Se separaron. Organa cruzó la esponjosa seta hasta su transporte, que PROXY seguía vigilando. El droide saludó al Senador cuando éste entró en su nave y después los cuatro volvieron al *Sombra Furtiva*.

—Escóltale hasta que esté en órbita. —Le dijo Starkiller a Juno antes de marcharse—. Sería un desastre que nos encontrara una patrulla imperial por casualidad.

Kota no dijo nada mientras ella calentaba las unidades y despegaba. Contenta de abandonar Felucia, esperaba que por última vez, siguió la nave de Organa mientras ésta abandonaba la atmósfera y se preparaba para activar el hiperimpulsor.

—¿Con quién se va a poner en contacto ahora? —Preguntó Juno a Kota mientras veía cómo un mensaje en clave abandonaba la nave.

Él no contestó. Cuando ella se volvió para mirarle, lo vio sentado en el asiento auxiliar con las manos cruzadas en su regazo, aparentemente dormido.

Encogiéndose de hombros, puso rumbo a un sistema vacío y la nave inició el camino.

VEINTISIETE

El aprendiz estaba en la cámara de meditación con la cabeza inclinada, esperando.

El plan iba bien. Había rescatado a Bail Organa y lo había convencido para que estudiase la posibilidad de una agresión abierta contra el Emperador. Su hija tampoco había conseguido ver a través de su disfraz de odio hacia los imperiales y sus posturas radicales contra extraterrestres y mujeres. La presencia continua de Kota lo ponía ligeramente nervioso, pero estaba seguro de que podía mantener al viejo engañado. El disfraz se estaba convirtiendo en una segunda piel.

Pero ¿era realmente un disfraz? Evidentemente cuando hablaba de traicionar a Palpatine, decía en serio cada palabra. El Emperador no merecía menos por ordenar su muerte. Y no se hacía ilusiones sobre el resultado final de su misión. Todos aquellos a los que reclutase para la causa serían usados por su Maestro para destruir al Emperador, más no para destruir el Imperio. Kota, Bail y sus aliados morirían, sin duda, antes de que tuvieran oportunidad de poner a alguien que ellos quisieran al mando.

Se dijo a sí mismo que los aspirantes a rebeldes no podían quitarle el sueño. La suya era una causa perdida incluso antes de empezar, y aunque sentía un cierto orgullo al saber que le admiraban y confiaban en él, sabía que eso no podía durar. Era mejor no pensar más en ello.

Pero ¿y el destino de Juno? ¿Podría salvarla del final que esperaba a los demás? Deseaba hablar abiertamente con ella sobre su objetivo final, abandonar las mentiras y los engaños, aunque sólo fuera con ella. La sola idea le provocaba un torrente de emociones. Por cada argumento a favor, había tres en contra. El Imperio la había calificado de traidora, así que no tenía más opción que seguirlo, sin embargo, no podía soportar especular sobre lo que ella podía llegar a decir, así que guardaba silencio, con la esperanza de que todo se aclarase con el tiempo.

Mientras esperaba, pensó en cambiarse de ropa. El uniforme que su maestro le había dado en el *Empirical* olía a sangre de rancor y siempre olería así, no importaba cuánto lo lavara. En la *Sombra Furtiva* había varios trajes de su talla, preparados para su misión, pero toda la gama se limitaba a ropa negra o marrón. «Los colores de los Sith o los Jedi», pensó, según a quién representase. Había extraído un estante de ropa marrón, sopesando que quizá había llegado el momento de exhibir más abiertamente su supuesta lealtad a las fuerzas del bien, sin embargo, no había llegado a ponerse nada. Desnudo hasta la cintura, tapado únicamente por los pantalones y las botas de cuero manchados de sangre, buscó en su interior el valor que necesitaba para vestirse.

«Importa —pensó—, si no a mí, a los que me rodean. No estoy acostumbrado a tener aliados…». Alguien se movió entre las sombras. La piel se le erizó entre los omoplatos desnudos. Levantó la cabeza.

—Sé que estás ahí. —Dijo—. Muéstrate.

Una figura vestida con una túnica marrón salió de la sombra con una mano enguantada o artificial y una densa cabellera de color rubio oscuro. Sus ojos permanecían

oscuros, mas su actitud no se podía malinterpretar. Una espada láser azul brillante cobró vida mientras la figura se acercaba, con los pasos cada vez más rápidos, preparado para atacar.

—¿Uno nuevo, PROXY? Excelente.

El aprendiz cogió su espada láser y bloqueó el primero de una serie de ataques rápidos. El droide había estado trabajando en su módulo durante algún tiempo, a juzgar por las habilidades que demostraba. Su estilo oscilaba entre el agresivo Jedi Shien y la avanzada técnica Djem So, con ocasionales impulsos de furia que llevaban el combate más allá de un ataque ofensivo hasta el Juyo, alimentado por la rabia. El aprendiz bailaba con pies y espada, admirando las técnicas y los trucos de su nuevo oponente, a quien reconoció como el héroe muerto de las Guerras Clon, Anakin Skywalker, y prolongó el duelo para ver hasta dónde podía llevarles.

Pero a pesar de su interés intelectual por las habilidades de PROXY, no tenía el corazón puesto en la lucha. Ahora ya se había enfrentado a caballeros Jedi reales y aprendices Padawan caídos. En sus visiones había luchado como su Maestro, Darth Vader, e incluso había luchado contra sí mismo. Esos duelos habían sido muy reales, y en cambio este combate parecía de repente vacío y ni siquiera servía como distracción. Si no hubiese sido por los sentimientos de PROXY, habría acabado con él rápidamente y habría reservado su energía para otros propósitos.

Mientras pensaba en ello, PROXY le sorprendió. Tras esquivar un golpe particularmente duro, el droide rodó como era de esperar, pero se levantó con las manos vacías. El aprendiz buscó la espada láser y la vio apenas a tiempo de evitar que ésta le desmembrara. PROXY había usado sus repulsores para imitar un golpe telequinético que había lanzado la espada láser por toda la sala y de vuelta, un movimiento que el aprendiz no le había visto utilizar nunca. El bloqueo del aprendiz evitó que la hoja le seccionara la garganta, sin embargo, el rebote le cortó el brazo. La herida le envió una conmoción neural a través del cuerpo. Se rió, no sólo por la repentina subida de adrenalina y endorfinas.

—Buen trabajo, PROXY. —Dijo—. Casi me has pillado.

El droide no se deshizo de su disfraz a pesar de ser víctima de una serie de golpes de represalia. Revitalizado por el recordatorio de que incluso las peleas con PROXY podían ser mortales, el aprendiz acorraló al droide en un rincón y clavó la punta de su espada en el pecho metálico de PROXY.

El holograma chisporroteó y parpadeó. Los rasgos familiares de PROXY aparecieron a través de los del legendario Caballero Jedi y el aprendiz alargó la mano para estabilizarlo.

Algo iba mal. La estática no se disipaba como siempre. En todo caso parecía volverse más fuerte, como si su parecido con el fallecido Anakin Skywalker no quisiera desvanecerse.

—¡Amo! —Gritó el droide agitado—. Amo, está aquí.

PROXY se puso rígido y recto y dio la impresión de hincharse. No era el color marrón de las túnicas Jedi y el pelo lo que causaban el caos de la estática, sino el traje protector

negro de Darth Vader. Sorprendido, el aprendiz dio dos pasos atrás y recuperó la compostura. Apoyándose en una rodilla, inclinó la cabeza ante su Maestro.

—Maestro, ha recibido mi mensaje.

La cabeza cubierta por el casco no se inmutó. El aprendiz no sabía si sentirse aliviado o preocupado. Tras esa máscara negra, unos ojos invisibles parecían diseccionarlo como a un experimento fallido.

—Háblame de tus progresos.

—He reclutado a varios disidentes para mi causa. Confían en mí y creo que tienen la capacidad de hacer todo lo que les pidamos.

—Si tu misión va tan bien, ¿por qué buscas mi consejo?

El aprendiz inspiró profundamente.

—Mis aliados buscan realizar un gran ataque contra el Imperio, algo que una a todos los enemigos del Imperio en una potente fuerza. Les dije que pensaría en un objetivo adecuado.

Lord Vader reflexionó sobre el asunto durante un momento antes de responder.

—El Emperador gobierna la Galaxia gracias al miedo. Debes destruir un símbolo de ese miedo.

—Sí, Lord Vader.

—El Imperio ha estado construyendo destructores estelares sobre Raxus Prime. Ese astillero es tu próximo objetivo.

El aprendiz asintió, valorando la propuesta. Los destructores estelares eran símbolos muy evidentes del control imperial, monstruosos opresores temidos en los cielos de aquellos que deseaban la libertad. Destruir uno de ellos sería todo un logro, destruir la fuente de muchos de ellos sería un llamamiento abierto a la rebelión; si pudiera hacerlo…

Entonces lo recordó. Ahora no hablaba con los rebeldes y eso no era una propuesta. Era una orden. —Gracias, Lord Vader—. Dijo. —Me marcharé en seguida.

Esperó a que el holograma se dispersara, como solía hacer cuando le despedía, pero su Maestro no había terminado con él. Alzó la cabeza y se encontró todavía como objeto de esa mirada penetrante y oscura.

—Hay un gran conflicto en ti. —Dijo su Maestro.

Cogido por sorpresa, el aprendiz no encontró palabras momentáneamente. Una serie de imágenes le sobrepasó: Kota, cegado y descorazonado; Maris Brood suplicando por su vida; su padre muerto y él mismo, Galen, derrumbado muerto a sus pies, y el feroz dolor de la espada de su Maestro quemándole la espalda.

Se enderezó, consciente de lo que debía decir.

—Mis heridas me preocupan, Maestro. No puedo evitar preguntarme qué parte de mí sigue siendo humana.

—No. —Su Maestro no aceptó su creíble mentira—. Tus sentimientos hacia rus nuevos aliados se están haciendo más fuertes. No olvides que sigues sirviéndome a mí.

Con eso el holograma desapareció y PROXY volvió a su aspecto y tamaño normales.

—Ah. —Dijo el droide con un escalofrío—. Odio ser él.

El aprendiz se levantó, perdido en sus pensamientos y asintió.

—Creo que él también lo odia.

Los fotorreceptores de PROXY parpadearon y miraron por encima de su hombro.

—Amo…

Sabía que Juno estaba allí antes de darse la vuelta. Lo notó en el vuelco que le había dado el estómago y en el repentino aumento de su ritmo cardíaco. Pero ¿cuánto tiempo llevaba allí? ¿Qué había visto?

Cuando vio la expresión de su rostro, supo que lo había visto todo.

—Juno…

—Sólo… Sólo quería saber adónde nos dirigimos ahora. Estabas entrenando y no me oíste entrar, así que decidí esperar. —La confusión y la preocupación amenazaban con superarla. Entonces su expresión se endureció. Tragó saliva y dijo—. Pero parece que a ti ya te han dicho adónde debes ir.

Se dio la vuelta para marcharse y el aprendiz cruzó la habitación, presa del pánico, y la cogió por el hombro.

—Juno, espera, esto no es lo que…

—Por supuesto que lo es. —Dijo ella, apartándose de él y cruzando los brazos—. Sigues siendo leal a Vader. Después de todo lo que nos ha hecho, de declararnos… de declararme una traidora y de intentar matarte. Sigues siendo su… su… —Parecía a punto de llorar.

—Su esclavo.

Juno le miró con los ojos cargados de dolor. Pareció asombrado durante un momento. Su voz adquirió un matiz de esperanza.

—Pero, si es así… ¿Por qué? ¿Por qué desafiaste a tu Maestro para rescatarme?

Su respuesta le resultó dura incluso a él.

—Estuviste en Callos. Lo decía en tu archivo. Sabes qué significa seguir las instrucciones al pie de la letra. —Ella se estremeció—. Y necesitaba a alguien para pilotar la nave.

—Ambos sabemos que eso no es verdad.

Él se volvió, y esa vez fue ella quien le retuvo.

—Que yo esté aquí nunca ha tenido nada que ver con pilotar la nave.

Él tenía la garganta tan cerrada que temía no poder hablar. Tampoco podía mirarla a los ojos. La decepción, las esperanzas rotas, era todo demasiado intenso.

Y estaba demasiado cerca de lo que sentía en su interior. Ella lo soltó y se dispuso a marcharse, sin embargo, en el umbral se dio la vuelta.

—No sé quién o qué eres realmente. —Dijo—. Quizá nunca lo sepa. Pero en algún momento tendrás que decidir el destino de la rebelión. Tú, no tu Maestro. Eso es algo que no te puede arrebatar. Y cuando te enfrentes a ese momento, recuerda que yo también me vi obligada a dejar todo lo que había conocido. Por favor. —Dijo ella—. No me hagas abandonar otra vida.

Y con eso lo dejó, dominado por la frustración y la duda, mirando la ropa que había sacado, con los puños cerrados y temblando.

Una vez, recordó, había pensado en tomar medidas si Juno se acercaba más de lo normal a él. Ya era demasiado tarde. Ambos sentían algo que no podían negar y ahora ella sabía la verdad sobre él y sobre su plan con Darth Vader. Debía matarla inmediatamente para salvaguardar el plan. No cabía ninguna duda al respecto.

Pero no podía hacerlo, y por algún inexplicable motivo confiaba en que ella no se lo diría a Kota. Eso podía significar su muerte y estaba seguro de que ella tampoco quería eso.

Contaba con que se pusiera contenta al saber que podría volver a unirse al Imperio y trabajar de nuevo para la Armada. Había sido muy inocente, ahora lo veía claro, al creer que ella podría olvidar todo lo que había ocurrido desde su captura. Había viajado demasiado tiempo con Kota, alimentando su propio resentimiento. Incluso había intentado hablar de ello con él una vez y él la había hecho callar. Si la hubiese escuchado, quizá habría entendido mejor las cosas.

Que eso hubiera cambiado las cosas era otra cuestión. En realidad, el plan era irrelevante. El problema era la continuidad de su relación con Vader. ¿Cómo iba a querer ella a alguien tan íntimamente relacionado con el hombre que la había encarcelado sin motivo durante tanto tiempo?

Aun así, ahora todo se sabía, o al menos ambos lo sabían. No tenía más elección que seguir adelante con el plan para poder vengarse del Emperador. Después arreglaría las cosas con ella. Si podían trabajar juntos hasta entonces, todo iría bien. Eso era lo que necesitaban hacer. Pero él no quería que ella pensara de él lo mismo que él pensaba de Maris Brood; que era una persona conflictiva y herida, sin esperanza y con pocas perspectivas.

Se puso la túnica y la capucha, adoptando las maneras de un Caballero Jedi con resignación y pesar en el corazón.

VEINTIOCHO

Raxus Primes, otra vez. Juno tenía la sensación de estar viajando en círculos, o quizá en una espiral que sólo conducía hacia abajo. La última vez había creído que su situación era realmente complicada, pero entonces sólo tenía que preocuparse de Callos y de su padre. Apenas había pensado en nada de eso desde que había escapado de su encierro imperial y había iniciado su vida como fugitiva. Y ahora la traición de Starkiller…

Se sorprendió pensando en ello y, enfadada, se ordenó parar. No era una traición. Ni siquiera le había mentido. Sólo le había permitido tragarse que toda esa charla sobre la rebelión era auténtica, no un truco para conseguir sus propios fines. Y ella se lo había creído, como la buena piloto que se suponía que era. No era más que una lacaya, como lo había sido ella de Vader y continuaba siéndolo del aprendiz de Vader. No podía culpar de su ingenuidad a nadie salvo a sí misma.

No se merecía otra cosa. Había confiado muy alegremente y había dejado que él fuera el que pensara. No le había presionado lo bastante para que él confesara cómo había sobrevivido a la traición de Vader, cuando resultaba evidente que el propio Vader le había salvado, únicamente para cumplir con sus propósitos. ¿Cómo había sido ella, una capitana imperial que había dirigido escuadrones enteros de pilotos, algunos de los mejores del Imperio, tan fácil de someter al hechizo de ese extraño, esa alma torturada? Le parecía increíble.

Le entraban ganas de llorar al pensar lo profundamente que se había traicionado a sí misma. Ella no era un vasallo, un mero peón en el juego de otra persona. Era un individuo, una persona de talento y, en cierto momento, de ambición. ¿Qué era ahora?

La lista de sus logros recientes era terriblemente corta. Volar aquí, recoger allá, hacer esto, reparar aquello. No había tenido nada que ofrecer en Felucia, salvo su opinión sobre Starkiller, opinión que había demostrado ser totalmente infundada. Si había que echar la culpa a alguien cuando la rebelión terminara bajo la espada láser de Vader, ella también merecería parte de ella, por no haber razonado, no haber intentado, no haber hecho ninguna de las cosas que recomendaba la inconsciente causa perdida.

Eso si no la mataban junto a los demás traidores…

Kota notaría, inevitablemente, su estado de ánimo. Había estado silenciosa desde su enfrentamiento con Starkiller y ya no podía concentrarse. Había comprobado el último salto tres veces antes de ver un error en sus cálculos que habría podido significar la muerte de todos. Incluso le había gritado a PROXY cuando él se había ofrecido a arreglarlo. Los cerebros de los droides no tenían ningún problema como los que ella padecía en ese momento. En ellos sólo había números y prioridades en las listas de tareas y órdenes que obedecer sin hacer ninguna pregunta.

Al descubrir que empezaba a envidiarle, supo que no estaba bien.

—PROXY —Le dijo—. Ve a decirle a tu amo que casi hemos llegado.

El droide se marchó y ella se preparó para lo peor.

—Preparando el dispositivo de protección. —Dijo mientras el hiperespacio aparecía en el visor delantero, revelando el sucio marrón verdoso de su destino, con sus líneas de campo magnético tan abarrotadas como siempre—. Hola, Raxus Prime, basurero de la Galaxia. Me alegro de verte otra vez.

—¿Otra vez? —Preguntó Kota.

Se riñó mentalmente.

—Vine aquí un par de veces a tirar runas en mi encarnación anterior. —Improvisó—. Antes de que la vida se volviera interesante.

PROXY regresó.

—Mi amo dice que la atenderá lo antes posible.

—Bien. —Espiró pesadamente, recordando cómo se había sentido en el *Empirical* cada vez que su supuesta ejecución se retrasaba—. Vamos a echar un vistazo, a ver qué conseguimos divisar.

• • •

El astillero se elevaba sobre el asqueroso horizonte del planeta como una extraña luna mecánica. Con forma de disco y complejos muelles y grúas que irradiaban desde su borde exterior, era la mayor estructura artificial que había visto jamás. Había más de una docena de destructores estelares en el dique seco, uno casi completo, los demás, apenas estructuras triangulares en varios estados de fabricación. Bolas gigantes de metal flotaban cerca de la estación, esperando a que las refinaran. Enormes arcos de chispas saltaban desde los destructores estelares mientras gigantescas y complicadas máquinas soldaban paneles en su sitio.

No había ni rastro de una instalación similar cuando Starkiller y ella estuvieron allí unos meses antes. Su mente se maravilló por la velocidad a la que la habían construido. Le resultó difícil de creer y se preguntó qué otras sorpresas encontrarían en la superficie del planeta.

—Sé que he sido yo quien ha escogido este objetivo. —Dijo Starkiller desde detrás de ellos—. Pero no tengo ni idea de cómo vaya destruir esa cosa.

Juno se dio la vuelta para mirarle con su ropa Jedi y la rabia revivió. Él no había escogido el objetivo, lo había hecho su malvado maestro.

Una sola mirada a su atribulada expresión le recordó que, por el momento, estaban todos en el mismo barco.

Respiró profundamente.

—PROXY y yo hemos estado recabando información en las bases de datos imperiales. —Dijo ella—. Creemos que tenemos un plan. ¿PROXY?

La gratitud de Starkiller fue tan evidente que ella agradeció que Kota no pudiera verla.

—El Imperio usa chatarra de Raxus Prime para construir los destructores estelares. —Dijo PROXY, mientras se le iluminaban los fotorreceptores. En lugar de su holograma

habitual, proyectó una imagen parpadeante en el espacio libre entre las tres sillas de la cabina. Era la imagen de un enorme acelerador lineal que habían descubierto durante su investigación sobre el planeta—. El metal que se recoge en la superficie se funde y después se dispara al espacio con este cañón.

Uno de sus dedos metálicos repasó las principales características del cañón sobre el holograma: los conductos de energía, los electroimanes enfriados con helio, las espirales de inducción.

—Si logras controlar el cañón de metal. —Dijo Juno—. Podrás dispararlo directamente sobre las instalaciones.

—El impacto del metal comprimido debería ser suficiente para desestabilizar todo el astillero. —Terminó el droide.

La imagen proyectada cambió y se convirtió en la de la enorme construcción. Una animación mostró una brillante bola de metal volando hacia la estructura y haciéndola explotar violentamente.

PROXY apagó el holograma.

—Por supuesto, amo, primero necesitará llegar hasta el cañón.

Starkiller asintió. —¿Me guiarás hasta allí? —Le preguntó a Juno.

—Naturalmente. —Dijo ella sin ninguna expresión en la voz.

—Bien. —Se pasó las manos por el corto cabello negro que había empezado a crecerle en el cráneo—. En este plan hay muchos agujeros, pero al menos tenemos algo. Gracias.

Su mano rozó el hombro de Juno. Ella se volvió y la miró, y otra vez le sorprendió, como la primera vez que se habían vuelto a ver, la ausencia de las cicatrices de sus dedos. Darth Vader se lo había hecho, o eso creía ella, tras salvar a su aprendiz de la ira del Emperador.

Se estremeció y la mano se retiró.

—Bájanos. —Dijo—. Si no encuentras peligros.

—Podemos seguir con el dispositivo de seguridad un poco más. —Dijo ella—. Luego, puede volverse un poco complicado.

—No corras riesgos. Quiero saber que estás a salvo.

—No creo que eso sea algo que nadie pueda garantizar… ahora.

Puso las manos sobre los mandos y guió la nave durante un descenso rápido e irregular que hizo que toda conversación fuera imposible. El traqueteo fue música para sus oídos comparado con los confusos intentos de Starkiller por acercarse a ella. ¿Quién creía que era para confundirla así? De repente planeaba traicionarla a ella y a todos los que habían conocido recientemente, y al cabo de un rato le decía que le preocupaba su seguridad. Quería gritar.

Conteniendo celosamente sus emociones, hizo que la nave volara bajo sobre un mar venenoso no muy lejos del cañón de metal y empezó a buscar un lugar donde aterrizar.

—Amo. —Dijo el droide—. Recibo transmisiones imperiales desde el planeta. Parecen tener origen en el núcleo informático.

—Según los informes que he podido consultar, el Imperio ha reprogramado el Núcleo para mover los objetos recuperados hacia las fosas de fusión. Todos los bancos de datos que he consultado hasta ahora sugieren que, aparte de esa nueva lealtad, es inofensivo.

—Ah. —Dijo Kota—. No existe un ordenador inofensivo. Probablemente esa cosa sepa todo lo que ocurre sobre la superficie del planeta.

Starkiller gruñó para demostrar su acuerdo.

—PROXY, establece contacto con él. Quizá puedas interceptar algunas transmisiones imperiales. Avísame si descubre quiénes somos y decide atacar, o pedir refuerzos.

—Por supuesto, amo.

—Supongo que no hay ninguna mención a Kazdan Paratus. —Dijo Kota con un tono de cansada resignación.

La culpa inundó a Juno.

—Me temo que no. —Dijo.

—Lo siento. —Dijo Starkiller con aparente sinceridad. El triste general desechó sus condolencias con una mano. Juno mantuvo la mirada fija hacia adelante.

VEINTINUEVE

El aprendiz saltó desde la rampa de la *Sombra Furtiva* con menos vigor del habitual. El invasivo olor de Raxus Prime le golpeó como un directo a la nariz. El paisaje no había mejorado mucho tampoco. Las interminables hileras y barrancos de basura tenían el mismo aspecto que antes, salvo por los agujeros y cráteres de reciente aparición allá donde se habían retirado grandes fragmentos de metal para alimentar el cañón de metal. Así pues, el camino era accidentado y él mantuvo la vista fija en sus pies, además de en el entorno.

Pero su mente, llena como estaba de preocupaciones sobre Juno y su misión, se dispersaba. Sólo ahora, que Juno estaba enfadada con él, se daba cuenta de que había imaginado inconscientemente que cabía la posibilidad de un futuro juntos cuando todo aquello hubiera terminado. Siempre tenía presente que uno de ellos podría morir, pero nunca había considerado que ella no quisiera estar con él si ambos sobrevivían. Sus propios sentimientos y la variable de no poder vivir de acuerdo a ellos lo pillaron desprevenido.

Acusando la necesidad de reflexionar al respecto, había pasado más tiempo en la cámara de meditación del que quizá hubiera debido. Hacía días que no encontraba tiempo para practicar su ejercicio favorito: observar la hoja de la espada láser buscando su foco de furia. Desde que había perdido su espada láser y había empezado a usar la de Kota, le costaba concentrarse. La hoja era vieja pero perfectamente útil, ésa no era la cuestión. El cambio de color tampoco, aunque el descarado verde le sorprendía a veces. Era más bien una cuestión de propiedad. Parte de él sabía, en lo más profundo de su subconsciente, que la espada láser pertenecía a otro guerrero, a uno al que no respetaba completamente, aunque Kota hubiese tenido alguna vez una gran cantidad de habilidades. Así pues, alcanzar una concentración completa era imposible.

Se había pasado horas tras su enfrentamiento con Juno, intentando cambiar uno de los cristales verdes del arma de Kota por el azul que había encontrado en Kashyyyk. Le había llevado mucho trabajo que la hoja adquiriese su nuevo carácter, con un color aguamarina brillante y unas propiedades ópticas inesperadamente superiores. La hoja no pesaba nada, pero, aun así, parecía más ligera en su mano y se movía con más facilidad. Estaba seguro de que ahora era mejor arma que antes.

Y era suya. No importaba de dónde había salido el cristal ni a quién había pertenecido, ahora era suyo, al igual que la espada láser. Se arrodilló, alzó la hoja hasta su cara y la miró hasta que tuvo la impresión de que el mundo desaparecía. El aguamarina le hacía pensar en los océanos y en la lluvia en lugar de la sangre de su primera espada láser; sin embargo, eso no le preocupaba mucho. Sólo necesitaría esa hoja hasta que hubiera ultimado su misión, momento en el que podría conseguir nuevos cristales de su maestro y forjar una hoja Sith completamente nueva.

Ese pensamiento no lo tranquilizó tanto como habría hecho en otro momento, ya que tenía demasiados condicionantes. Si ganaban, si seguía fiel a su maestro, si no moría, si

Juno no hacía que cambiase de idea de algún modo. No podía descartar nada. Su destino estaba, como le había dicho su maestro, en sus propias manos. Podía hacer lo que quisiera.

Pero había demasiadas cosas que querer…

—Tienes compañía ahí abajo. —Dijo la voz de Juno en su comunicador—. Van hacia ti.

—Imperiales, supongo.

—Desde aquí no lo parece. Más bien carroñeros.

«Genial», pensó. Por supuesto, la banda de Drexl estaría rapiñando metal en el perímetro del cañón, buscando cualquier cosa exhumada por las máquinas excavadoras que buscaban metal en el planeta. El aprendiz podía haberse descuidado y no haber visto algún droide de seguridad que patrullara en los límites de su territorio. Peor todavía, si Drexl lo había visto, también lo habría hecho la inteligencia central del planeta.

Concentrándose únicamente, y con renovada rabia gracias a su enfado consigo mismo, en el mundo que le rodeaba, buscó canales más profundos en el paisaje de desperdicios. En la red de cuevas entremezcladas y claustrofóbicas, percibió unos golpes tremendos que se volvían cada vez más potentes. El cañón de metal, supuso, que proporcionaba al enorme astillero el metal que necesitaba. A pesar de la tortuosa ruta que seguía, su destino se acercaba. Descendió aún más buscando la red de alcantarillas que sabía que se escondía bajo los interminables niveles inferiores del vertedero. Cuanto más lejos iba, más droides encontraba, que iban excavando entre la basura comprimida, en busca de metal. Muchos de ellos eran centinelas de poca inteligencia, que se arrastraban sobre muchas patas y estaban diseñados para meterse por grietas y huecos, armados con láseres y sencillas herramientas mecánicas. Algunos no tenían ojos, ya que en algunas zonas había muy poca luz y se podía confiar en otros sentidos más especializados para distinguir el metal de los estratos orgánicos. Cuando encontraban algo particularmente valioso, podían pedir ayuda, atrayendo a un enjambre de sus compañeros centinelas al mismo lugar, seguidos de excavadores generales y cargueros que llegaban desde más lejos.

El aprendiz evitó uno de esos enjambres cerca de la entrada de las alcantarillas. Droides de todas las formas y los tamaños se apelotonaban sobre el borde de un esqueleto que podía llevar milenios cubierto. El ruido que hacían era ensordecedor, un balbuceo impenetrable de palabras mecánicas, sierras vibradoras gimientes y metal chirriante. Extraños destellos de luz salían de entre su actividad, lanzando sombras parpadeantes por el camino de basura subterráneo. El aprendiz pasó junto a ellos sin que lo descubrieran y se metió en un túnel de cuatro metros de ancho, cubierto de basura, a través de un agujero que algún buscador había practicado muchos años atrás.

El camino fue más fácil a partir de ese momento. Sólo en dos ocasiones tuvo que encontrar una ruta alternativa por algún bloqueo causado por un derrumbe. Sonidos amortiguados y desconocidos iban y venían por las alcantarillas, apareciendo en los cruces, pero con origen quizá a kilómetros de distancia. Sólo encontró un droide

trabajando y estaba literalmente en las últimas. Daba vueltas sobre su única pierna superviviente, susurrando una sola frase de un antiguo código informático sin cesar. Sus fotorreceptores vacíos le miraron, pero no vieron nada.

Sintiendo lástima por él, sacó su espada láser y lo partió en dos. Lanzó chispas brevemente y cayó muerto en el fondo de la alcantarilla, al fin apartado de su triste vida mecánica.

El tiempo pasaba, inconmensurable, en las alcantarillas. Cuando calculó que estaba cerca de la superestructura del cañón, empezó a buscar una salida. En el siguiente cruce halló un estrecho túnel que claramente conducía hacia arriba, así que entró sin dudarlo, sintiendo el rítmico latido de cada lanzamiento en los huesos. El cañón parecía grande desde la órbita, pero ahora que se acercaba podía apreciar su auténtico tamaño.

El túnel se estrechaba aún más y el número de cruces fue aumentando. Algunos estaban completamente bloqueados, aplastados por el peso de la basura que se acumulaba encima. Desde otros llegaban las conversaciones de los droides, suavizadas por la distancia hasta convertirse en un sonido casi relajante. El camino que se abría ante él estaba permanentemente cubierto por la oscuridad.

Redujo la marcha, notando el peligro, y activó su espada láser.

—Sí. —Dijo una dura voz extraterrestre—. Ya me parecía que eras tú.

El movimiento le rodeó. Una docena de rodianos armados emergió de la oscuridad por delante y por detrás de él, donde habían estado escondidos bajo la basura de los túneles laterales. Le apuntaron con varias armas. Vibrocuchillos, blasters y mini cañones que parecían haber rescatado de una variada colección de naves estropeadas y que habían modificado a fondo. Pero él no tenía ninguna duda de su eficacia.

En ese espacio tan reducido, completamente rodeado, no podría rechazarlo todo. Un rodiano particularmente moreno cruzó el círculo desde el túnel. El aprendiz reconoció a Drexl Roosh de la breve visión que había tenido antes. El asaltante era aún más feo de cerca.

—Suelta tu arma. —Dijo el rodiano en un acento básico muy pronunciado.

—No hasta que tus matones hayan soltado las suyas.

Drexl se rió. Sonó como un metal cortado en dos por un droide de la basura.

—Tienes valor, eso lo admito. Pero el entrometido que hizo que los imperiales nos persiguieran va a necesitar más que valor.

—¿Qué dices? Yo no traje aquí a los imperiales.

—Tengo imágenes que te muestran a ti metiendo las narices por ahí cuando ese viejo loco del templo desapareció. Sus droides habían mantenido el Imperio a raya durante años. Cuando se marcharon, el planeta se convirtió en un objetivo fácil. —La cara violácea de Drexl se torció en algo que sólo podía ser un gruñido—. La mitad del metal de esta zona ha desaparecido y lo que queda no vale la pena. Y ahora vuelves correteando y haciéndote el inocente. Bueno, nosotros te vimos primero y preparamos este pequeño recibimiento. Me temo que no habrá más filones para ti. No más descubrimientos

afortunados. Tus amos se lo pensarán dos veces antes de meterse con nosotros otra vez cuando les entreguemos tu cabeza en una bandeja. ¡Preparados!

Los asaltantes aferraron las armas con más fuerza y las apuntaron a varias zonas de su cuerpo.

—Creo que no estás siendo razonable. —Le dijo a Drexl—. ¡Apuntad!

Los asaltantes entornaron los ojos a través de las mirillas y a lo largo de las hojas de sus espadas.

Antes de que Drexl pudiera dar la orden de disparar, el aprendiz se dejó caer sobre una rodilla y empujó telequinéticamente con todas sus fuerzas. No podía rechazar todo al mismo tiempo, pero podía reducir un poco el número.

Los rodianos salieron volando por todas partes, brazos y piernas arqueados en una repentina confusión de basura. Las armas se les escaparon de los dedos. Algunos dispararon, aumentando la confusión. La tubería se inclinó y se torció con la fuerza de su golpe. El sonido que se produjo fue momentáneamente más fuerte que el del cañón de metal.

El aprendiz no perdió el tiempo contemplando el resultado de su inesperado ataque. Los arcos cortantes de la espada láser aguamarina rasgaron el aire, alcanzando a todos los rodianos que conseguían levantarse. Sus gritos y lamentos extraterrestres se volvieron más fuertes cuando empezó a usar rayos Sith para hacerles pasar antes que él por el túnel. Drexl corría a la cabeza del grupo, exhortando a sus subordinados a disparar mientras huían. Cualquier rayo que llegaba hasta el aprendiz volvía hacia su origen, causando nuevos gritos de pánico y sorpresa.

El túnel terminó abruptamente en una caverna excavada en el vertedero, con un techo alto y abovedado y montones de basura recuperada colocados en fila. El aprendiz casi se rió. Sin saberlo había estado siguiendo el camino de la guarida de Drexl. Si los asaltantes no le hubieran tendido una trampa, habría acabado entre ellos de igual manera; el conflicto habría sido inevitable.

Mientras los asaltantes se desperdigaban y pedían ayuda, recurrió a la Fuerza y derribó una de las vigas del techo. Los rodianos que había debajo se dispersaron cuando ésta cayó en el suelo. Le siguió una lluvia de basura. El techo tembló.

Uno de los asaltantes saltó a los mandos de un cañón láser recuperado. El aprendiz se agachó para protegerse del rayo de energía. Los rayos rechazados chocaron contra los muros de la cámara, causando más derrumbes.

—¡Para, idiota! —Gritó Drexl, haciéndole señales con los brazos al rodiano que controlaba la máquina.

El aprendiz estaba de acuerdo. Con una flexión de su voluntad, otra viga cayó directamente sobre el cañón, aplastando la máquina y a su operador bajo una avalancha de basura.

Drexl maldijo e insultó en su rodiano nativo, gesticulando como loco a sus secuaces desde un lugar seguro. El aprendiz no tenía ningún problema con los asaltantes, salvo que lo habían reconocido. Para su tapadera era importantísimo que nadie supiera lo que había

hecho en Raxus Prime la última vez que había estado ahí. Eso convertía a Drexl en un auténtico lastre.

Mala suerte, pensó el aprendiz mientras hacía caer una tercera viga. «No dejes testigos». El techo ahora temblaba mucho. Otra viga rota haría que todo se viniera abajo. Al ver que no había manera de ganar, Drexl intentó coger una mochila propulsora que estaba apoyada sobre la pared más lejana. Starkiller estaba a demasiada distancia para usar los rayos Sith, así que le lanzó una serie de tubos, tornillos de contención y baterías gastadas. Saltando y girando, el rodiano consiguió evitarlos todos. Mientras recogía la mochila y colocaba un brazo en las correas, Drexl fue en busca de una salida en el extremo más alejado de la cámara.

El aprendiz alargó una mano con la palma ahuecada y levantó el aparato en el aire. Los pies de Drexl dejaron el suelo y sus piernas empezaron a corretear en el aire.

—¡Aaahhh! —Gritó, intentando frenéticamente arrancarse la mochila. Cada vez se elevaba más alto, retorciéndose y aullando. El motor de la mochila tosió y cobró vida. El aprendiz la asió muy fuerte a la par que Drexl apretaba el acelerador, intentando escapar. Cuando el motor alcanzó la máxima potencia, el aprendiz le dio la vuelta y la soltó.

Con un último grito, Drexl Roosh se estrelló contra el suelo y la mochila explotó. La onda expansiva fue demasiado para el techo, que se vino abajo en un movimiento lento pero inexorable. El aprendiz se abrió paso entre el caos, desviando lo peor de él. En el camino que dejó atrás no se movía ningún ser vivo.

TREINTA

La voz de Starkiller se oyó a través del comunicador.

—Tenías razón, Juno. Era Drexl.

Miró por encima del hombro antes de contestar. PROXY estaba sentado en el asiento del copiloto, todavía afanado en entrar en el ordenador central del planeta. Kota estaba en el asiento auxiliar, sin duda durmiendo otra vez.

—¿Crees que Drexl te vio?

—Estoy seguro de que sí: Pero no te preocupes. Creo que le he alcanzado antes de que avisara a los imperiales. La situación está controlada.

Juno supuso que con «controlada» quería decir que Drexl y sus secuaces habían muerto. Eso la hizo sentirse ligeramente asqueada. ¿A cuántos seres había destruido ya Starkiller en el cumplimiento de su misión? ¿Había algo que justificase tantas muertes?

PROXY murmuró algo para sí mismo, pero ella no le hizo caso. La señal del comunicador se oía entrecortada, con gran cantidad de interferencias electromagnéticas de la zona.

—He llegado al cañón. —Intentaba decirle Starkiller—. Sólo tengo que ocuparme de algunas medidas de seguridad.

—Muy bien. —Dijo ella—. PROXY ha accedido a los planos de construcción. Una vez que superes a los imperiales no deberías tener ningún problema para reconfigurar el cañón y disparar al astillero.

—Eso está bien. No me gustaría tener que apuntar esa cosa con mis propias manos.

Juno no estaba de humor para bromas.

—Buena suerte.

—Gracias.

Ella suspiró y se recostó en su asiento. Con las manos sobre los ojos, gruñó ante la breve y extraña conversación que habían tenido. Mantener tantas máscaras la estaba agotando. No sabía cuánto tiempo podría aguantar.

—¿Mi programa principal? —Dijo el droide—. Estoy programado para matar a mi amo.

—¿Qué dices, PROXY?

—He intentado decenas de tácticas, pero sigo fallándole.

Juno se destapó los ojos y se enderezó. El droide estaba apoyado en el borde del asiento del copiloto, observando por el visor sin ver nada. Ella agitó una mano delante de sus fotorreceptores. Él la miró y después giró la cabeza deliberadamente.

—Bueno, si cree que eso ayudará… —Dijo él.

—PROXY, ¿estás bien?

—Supongo que podría acceder a mi procesador principal…

El droide se puso rígido de repente. Sus fotorreceptores parpadearon y después se volvieron de un rojo intenso como la sangre. Una de sus imágenes de entrenamiento, un zabrak de piel roja con expresión feroz, pasó por su cuerpo.

—PROXY, ¿con quién estás hablando?

El droide se giró para mirarla.

—Sí, ya voy para allá. Sólo quedan algunos cabos sueltos.

Juno retrocedió, demasiado tarde, mientras PROXY se le acercaba con las manos como garras extendidas hacia ella.

• • •

El aprendiz se detuvo en lo alto de un pestilente montón de basura orgánica y estudió la superestructura del cañón. El astillero que había encima de Raxus Prime debía de estar construyendo los elementos más valiosos del Imperio, los destructores estelares que patrullaban las carreteras espaciales y sofocaban innumerables rebeliones. Y estaba protegido como correspondía. Se tomó un buen rato para valorar la mejor ruta a través de la superestructura del cañón. Un perímetro cuidadosamente vigilado evitaba que los droides perdidos se acercaran demasiado. Troneras automáticas disparaban a intervalos semirregulares, como para recordarles a los habitantes del lugar que les estaban vigilando. Las fuerzas imperiales terrestres evidentemente no temían un ataque pesado, ya que las rutas para entrar y salir de la superestructura ni siquiera estaban valladas. Si se deshacía del cañón podría entrar prácticamente caminando.

Unos cuantos AT-ST que traqueteaban dentro del perímetro podían ponerle las cosas difíciles, se recordó a sí mismo. Y tendría que encontrar la sala de control del cañón antes de que alguien dedujera lo que había pensado hacer. No quería que la sellaran. El enorme acelerador lineal podía tardar días en volver a cargarse y si la producción que proporcionaba las enormes balas de cañón de metal funcionase al revés…

«Rápido», se dijo a sí mismo. Ésa era la solución. No pienses demasiado en nada. Deja que te guíen tus instintos.

Sus instintos no estaban haciendo un trabajo demasiado destacable en otros aspectos de su vida, pero al menos seguía vivo. Se sentía seguro confiando en ellos una vez más, al servicio de su distante maestro.

«Mi maestro no es ningún cobarde», le había dicho a Shaak Ti. «Entonces, ¿por qué estás tú aquí en su lugar?», le había contestado ella.

Porque él podía hacer cosas que su maestro no podía hacer. Ésa era la única respuesta que él aceptaba. Él era anónimo y había menos probabilidades de que llamara la atención. Incluso puede que un día fuera más poderoso que su maestro, aunque ese pensamiento le resultaba casi absurdo. ¿Cuánta gente había retado al infame Lord Vader, Jedi o cualquier otra cosa? Todos habían fracasado. ¿Qué le hacía especial a él?

Y también estaba la visión que había tenido de un Darth Vader gravemente herido. Pasado, presente o futuro, eso demostraba claramente que el Señor Oscuro no era invulnerable. Detrás de esa máscara y esa armadura había tejido humano. Y el tejido al final moría.

Pero el atacante del Señor Oscuro en esa visión también había muerto. Así parecía haber ocurrido. Había muerto y se había vuelto «más poderoso que nunca», si se podía creer en las palabras del Emperador. Quizá no pudiera ser. Quizá esa visión hubiese sido sólo una fantasía. No lo sabía, pero eso le tranquilizaba un poco. Nadie era indestructible. Ninguna tiranía duraba para siempre.

Y mientras tanto, tenía un trabajo que terminar.

«No pienses —se recordó a sí mismo—. ¡Hazlo!».

Con la espada láser levantada, saltó de la cima del montón de basura al nido de imperiales que tenía debajo.

• • •

La completa oscuridad de la inconsciencia fue cediendo paso a un sueño irracional que combinaba los bosques de Felucia, Kashyyyk y Callos. Los tres mundos estaban tan mezclados en la mente de Juno que apenas podía distinguirlos. Igualmente, el hombre al que perseguía a través de los árboles podía ser su padre, Kota o una versión madura de Starkiller. No estaría segura hasta que lo alcanzase y le hiciera volverse.

La persecución parecía eterna. Su ritmo se correspondía exactamente con el de ella. No importaba lo mucho que ella intentara atraparlo, nunca recortaba distancia, pero él tampoco se alejaba jamás. Parecía conducirla a algún sitio.

Cuando empezaba a desesperar por no ser capaz de cogerlo, pasó por un hueco en un denso bosque de árboles jóvenes y al querer continuar persiguiéndolo, se encontró a orillas de un gran lago. El hombre al que había estado persiguiendo no se veía por ningún sitio. Le llamó la atención una enorme estructura cúbica que descansaba sobre una plataforma de madera en mitad del lago. La estructura parecía hecha de piedra maciza, sin ventanas, puertas ni aberturas de ningún tipo. Era tan grande que las nubes la rozaban por encima. La plataforma de madera que la sostenía apenas encima del agua era muy vieja. Se inclinaba bajo el peso del gigantesco cubo de piedra. Podía oír cómo crujía desde la orilla en la que estaba. Mientras miraba, dos de las columnas se rompieron y cedieron. El cubo se inclinó levemente en esa dirección y después se detuvo entre un coro de quejas de las vigas de madera que tenía debajo. Dos secciones del borde superior se soltaron y cayeron al agua.

«Va a caerse al agua», se dijo a sí misma. Y eso era nefasto.

Exactamente por qué, no lo sabía, pero la certeza la llenaba completamente. Quitándose la chaqueta del uniforme, que llevaba puesta en el sueño, aunque la había perdido mientras estuvo encarcelada en el *Empirical*, se zambulló con un gran salto en el agua y empezó a nadar.

Tenía que reparar la plataforma y evitar que el cubo se hundiera. Ése era el pensamiento que ocupaba su mente. Pero mientras nadaba, otra columna de madera cedió con un crujido, el cubo volvió a moverse y cayeron más fragmentos al agua. Las olas la golpeaban. Gritó cuando el agua le entró por la nariz, pero siguió nadando.

Los crujidos y los lamentos de la madera fueron en aumento. Las columnas que se rompían sonaban como tiros de blaster a su alrededor, llovían piedras sobre el lago, que la forzaban a zigzaguear. Resoplando, medio ahogada, intentó ver adónde se dirigía, pero el vasto edificio de piedra era invisible tras las grandes olas. Se había perdido y todo se vendría abajo si no se orientaba rápidamente.

Una mano apareció para salvarla. Se aferró a ella sin saber a quién pertenecía. Los dedos eran fuertes y cálidos y la levantaron tan fácilmente como si fuera una niña. Salió del agua y se encontró sobre tierra firme. El hombre que la había salvado se inclinó sobre ella como un gigante, con el sol detrás de la cabeza para que ella todavía no pudiera saber quién era.

Entornando los ojos, intentó verle la cara. Se fundía y cambiaba cuanto más intentaba ella identificarla. Se fue reduciendo y oscureciendo, y se convirtió en PROXY, con los fotorreceptores brillantes y rojos y los brazos extendidos.

Gritó y volvió a caer al agua. Esta vez no volvió a salir y se sintió contenta de dejar que la oscuridad la consumiera.

• • •

Desolación. Destrucción. Defunción.

«Eso es lo que llevo conmigo —pensó el aprendiz—, vaya a donde vaya. Diez tropas de asalto, cien, mil. La cantidad no importa. Sin cara, sin futuro, desechables, para mí son todos iguales».

«Y eso no es poder».

Miró tras de sí, al camino que se había abierto a través de las fuerzas imperiales. Los AT-ST yacían destrozados y humeantes, con grietas de color rojo brillante todavía visibles en sus exteriores blindados. Las tropas de asalto yacían en montones allá donde habían muerto mientras se reagrupaban inútilmente para repeler su ventaja. Ahogados, quemados por los rayos, desmembrados, al menos habían tenido muertes rápidas. Le había perdido el gusto a las luchas prolongadas. Sólo quería entrar y salir y volver a la nave, donde quedaban muchos problemas difíciles de resolver, cierto, pero al menos no estaba pisando el mismo terreno otra vez.

«Soy el arma de mi maestro. —Pensó—. Me deshago de todo lo que se interpone en su camino. Pero ¿qué poder hay en eso? Hay niveles de maestría más allá del simple hecho de matar que Darth Vader nunca me ha enseñado. Uno debe ser capaz de controlar sin aplicar una fuerza mortal, si no, pronto no quedará nada que controlar. Hace falta algo más que un palo muy grande para poseer la Galaxia».

El miedo, decidió. Ésa era la clave. La gente temía a su maestro y al Emperador por encima de él. Si alguna vez llegaba a gobernar como ellos, tendría que aprender ese arte. Pero ¿de quién? ¿Y con qué propósito? Si Darth Vader le enseñara esos secretos, podría rebelarse contra su maestro y arrebatarle el control de la Galaxia. Las enseñanzas de los

Sith, a las que le habían sometido, tenían poco que decir sobre la limitación del deseo de poder. No podían existir esos límites. Estaban expresamente prohibidos.

De uno de los ingenieros del cañón extrajo la localización de los sistemas de control de los objetivos. Corrió hacia allí a través de capas de defensa cada vez más gruesas. La actividad del cañón, mientras cargaba sus poderosos condensadores y electrificaba sus rieles de inducción lineal, era ensordecedora. El lanzamiento de cada misil metálico, que aceleraba hasta alcanzar velocidades supersónicas en menos de un segundo, era casi doloroso físicamente. Incluso la acción de mover una masa tan grande hasta su posición a través de las entrañas de la máquina hacía más ruido del que nunca había oído. Dudó que sus oídos fueran a recuperarse.

Cuando llegó a los mandos, fue relativamente fácil programar el cañón para cambiar ligeramente el objetivo de las palas magnéticas que recogían cada proyectil orbital y lo depositaban con seguridad en el muelle de la estructura en forma de disco. Calculó que probablemente lo conseguiría con dos tiros, pero que con tres estaría completamente seguro. Después, la órbita del astillero empezaría a cambiar, así que podía ser que el cañón no le diese a nada. Planeaba estar muy lejos para entonces, con la misión de herir y avergonzar al Imperio concluida.

Terminó de programar el cañón y esperó pacientemente la confirmación. En cuanto la tuvo, clavó su espada láser en las entrañas del panel de control, asegurándose de que ningún mando superviviente pudiera volver a cambiar el objetivo del cañón. Confiando que la máquina seguiría al pie de la letra su nueva programación, salió de la superestructura al mundo exterior, donde el aire no era mucho más fresco, pero estaba menos impregnado de sangre.

El primero de los tres proyectiles estaba en posición. Un chirrido ensordecedor indicó que el acelerador lineal estaba completamente cargado. Con un súbito aumento de la aceleración que hizo que el suelo se moviese literalmente bajo sus pies, la bola de metal levantó el vuelo por el cielo, brillando roja a causa de la fricción mientras dibujaba un arco en el cielo. Su rumbo parecía correcto. El aprendiz miró hipnotizado cómo se reducía hasta convertirse en un punto y después desaparecía por completo de la vista. Incluso entonces siguió su progreso con la mente, sabiendo el rumbo que se esperaba que siguiera.

El círculo resplandeciente del astillero era fácilmente visible en el cielo. Lo miró hasta que se le tatuó en la retina. Cuando llegó la primera de las explosiones, como esperaba, le asombró su brillo.

El arma tenía una segunda bala en posición. Mientras volaba por la atmósfera, el aprendiz bajó la mirada y siguió su camino. Las explosiones se extendían por toda la superestructura del astillero. Ese proceso iría a más cuando llegara el segundo misil. No le hacía falta observar el desarrollo de su plan para saber que sería un éxito. Su tiempo estaría mejor empleado huyendo que regocijándose en sus logros.

Cuando el tercer misil estaba en cola, él ya había salido del cráter en el que se había alojado la antigua guarida de Drexl. Los droides carroñeros corrían por el lugar como

insectos sobre un cadáver. Un contingente de ellos le atacó cuando se acercaba y se vio obligado a ocuparse de ellos antes de continuar. Sólo cuando hubo terminado con ellos levantó la visa al cielo.

Lo que vio le heló la sangre.

—Juno. —Llamó por el comunicador—. Juno, contéstame. Tienes que hacer despegar la nave.

La inesperada respuesta fue la voz de Kota.

—¿Qué ocurre, chico?

«¿No lo ves?», quiso decirle; después recordó con quién estaba hablando. Le describió la escena con la menor cantidad de palabras posible, incapaz de apartar la mirada de la imagen del astillero que se desintegraba. Trozos enormes y fundidos se iban soltando e iban rebotando o bien hacia el espacio o bien hacia órbitas más bajas, donde las explosiones continuaban destrozando las instalaciones. El andamiaje que había alrededor del destructor estelar que estaba prácticamente terminado se había retorcido y roto completamente, dejando la nave libre para acercarse a la atmósfera de Raxus Prime. Ya se veía claramente un triángulo que brillaba de color naranja en los extremos principales y en su torre de vigilancia. Iba directamente hacia él.

Le apuntaba a él.

—Juno no puede pilotar la nave en este momento —dijo Kota con firmeza—, ni tampoco PROXY. Tenemos que encontrar otra solución.

—¿Qué le pasa a Juno?

—Concéntrate en lo que es importante, chico. El destructor estelar va a caer en cualquier momento. No conseguirás salir a tiempo. Tienes que llevarlo hacia el cañón.

El aprendiz se quedó sin palabras cuando entendió a qué se refería Kota.

Kota quería que él moviera el destructor estelar utilizando únicamente la Fuerza.

—Está loco. —Dijo—. ¡Es enorme!

—¿Qué es la masa? —Preguntó Kota—. Todo está en tu mente, chico. ¡Eres un Jedi! ¡El tamaño no significa nada para ti!

La voz de Kota había cambiado. El tono hosco y alcoholizado había desaparecido totalmente, y en su lugar estaba el duro ladrido de experimentado veterano que el aprendiz había conocido la primera vez.

—¿Me oyes, chico? Extiende las manos y coge esa nave o morirás con la onda expansiva de basura.

El destructor estelar se iba haciendo visiblemente más grande y colgaba corno una luna ardiente y triangular en el cielo de Raxus Primer.

«¡Eres un Jedi! ¡El tamaño no significa nada para ti!». No era un Jedi, pero el mensaje era el mismo. La Fuerza no distinguía entre grandes y pequeños, pesados o ligeros, difíciles o fáciles. Los flujos vivientes de la Galaxia abarcaban todas las medidas, de las más pequeñas a las enormemente grandes. El destructor estelar formaba parte de ello y él también. La Fuerza los unía con tanta potencia corno la gravedad. Podía flexionar sus músculos invisibles, si se atrevía.

¿Había hecho su maestro alguna vez algo así? ¿Lo había hecho el Emperador? ¿Lo había hecho algún Sith o algún Jedi en la historia de la Galaxia?

Dudaba que alguien alguna vez llegara conocer su éxito o su fracaso de los siguientes minutos.

—¡Rápido, chico!

Rápido o lento también era algo irrelevante para la Fuerza, aunque el aprendiz comprendió lo que Kota le decía. Cuanto antes empezara, antes lo terminaría.

Desactivó la espada láser, se la ató a la cintura y adoptó una posición inicial del estilo Soresu, con el brazo derecho y los dedos estirados, señalando al destructor estelar. Guardó la mano izquierda, vacía, cerca del corazón. Con las piernas firmemente fijadas sobre la basura, buscó la Fuerza más profundamente que nunca y fue incluso más allá, sintiendo como si un gran abismo se hubiera abierto bajo él, bajo su mente. Allí dirigió toda su voluntad. El abismo se llenó. Su mente se expandió. La existencia física del destructor estelar se deslizó dentro de él sin ningún dolor.

La nave, de casi mil seiscientos metros de largo y capaz de albergar a una tripulación de más de treinta y siete mil seres, tenía un diseño familiar. Los motores y el armamento no estaban completamente instalados, pero el hiperimpulsor de primera calidad podría haberlo llevado a cualquier rincón del Imperio a toda velocidad, para desplegar AT-ST, cazas, barcazas y naves. Armado con un montón de turboláseres y cañones de iones, con más de diez rayos tractores, podría haber bloqueado todo un sistema entero por sí solo. El casco de duracero reforzado era lo bastante sólido como para abrir una brecha en Raxus Primer que tardaría años en llenarse. Los droides carroñeros disfrutarían mucho del viaje.

Allá donde cayera…

«No hay ningún allá», se dijo a sí mismo. Caerá donde yo le diga que lo haga. «Concéntrate». La punta de su dedo índice y el destructor estelar se convirtieron en uno en su mente. Cada tuerca y tornillo, cada placa y cada cable de la enorme máquina estaba contenido en ese pequeño espacio. No era difícil mover un brazo, un dedo, una simple célula humana. Podía dirigir algunas de esas cosas sin pensar siquiera, así que, ¿por qué no las otras? El instinto era más claro en ese momento que las tribulaciones de su cerebro. Si uno olvidaba la perspectiva, los dos eran casi del mismo tamaño en su campo de visión.

Pero el destructor estelar se hacía más grande cada segundo que pasaba y las oleadas de cazas y bombarderos imperiales llegaban en grandes cantidades desde sus nuevos hangares. El fuego láser cortaba grandes canales a través de la atmósfera que tenían delante.

El aprendiz no hacía caso a nada. Mientras la ilusión continuaba, movió la mano a su derecha, a muy poca distancia. La sensación de contener una máquina enorme, de millones de toneladas, en la punta de un dedo era profundamente desorientadora. Se sentía como si cada fibra de sus músculos, cada nervio y cada hueso gimieran a la par que las juntas de metal. Él sentía lo que sentía el metal, e incluso una pequeña aceleración tenía un profundo efecto a tan gran escala. Resistió con toda la energía que le quedaba.

Las escotillas se abrieron, los remaches estallaron, los mamparos se retorcieron, las tuberías explotaron.

El destructor estelar no parecía haberse movido mucho en el cielo. Seguía viéndose bajo en el horizonte, como si tuviera como objetivo pasar sobre él y aplastarlo desde arriba. Movió la mano una segunda vez, pero en lugar de cambiar su recorrido, por error le dio un ligero giro. Tenía que aplicar la Fuerza correctamente para que aquello funcionase, teniendo en cuenta las crecientes fuerzas de fricción y el cambio de su centro de gravedad. Un destructor estelar giratorio haría más daño que uno que chocase de frente contra el cañón y su superestructura. Los daños eran buenos cuando se trataba de destruir el trabajo del Emperador, pero demasiados daños podían destruirlo a él y quizá también al *Sombra Furtiva* con una lluvia mortal de metralla fundida.

«Bájalo de una sola pieza —se dijo a sí mismo—. Bájalo con fuerza».

La nave aulló y chilló en su tormento metálico. Estaba empezando a entenderlo, podía ver cómo su rumbo cambiaba lentamente. Tan ancha como su mano extendida, entraba en la atmósfera en un ángulo más inclinado del que había querido, ardiendo, roja y dejando ya tras de sí un rastro de humo negro y escombros brillantes. Empezó a percibir un sonido que se extendía a través de sus pies, un zumbido mucho más profundo y sostenido que los golpes del cañón, que habían cesado tras el lanzamiento del tercer proyectil. El esqueleto incompleto del destructor estelar actuaba como tubo gigantesco y la atmósfera resonaba dentro. Todo su cuerpo cantaba con él.

Más. El destructor estelar estaba ganando mucha velocidad. La atmósfera espesa tenía un efecto de freno, pero nada podía evitar lo inevitable. Pronto llegaría. Un éxodo salvaje de droides pasó junto a él, huyendo del lugar donde chocaría. Los cazas imperiales que había lanzado corrían por delante de las caóticas olas atmosféricas que había generado. Sin hacerles caso se concentró en ubicar el lugar del aterrizaje lo más cerca posible del cañón.

Las chispas bailaban ante sus ojos. Los bordes de su visión se tornaron negros. Espirales de luz y oscuridad giraban a su alrededor, con formas espectrales. Se sintió momentáneamente débil y se preguntó si era posible disolverse en la Fuerza. Era una mota de polvo atrapada en la corriente ascendente de una fogata en el bosque. Pero de algún modo tenía la audacia de intentar obligar al fuego a hacer su voluntad.

¿Quién se creía que era?

Un pánico repentino casi le hizo perder el control. El destructor estelar, que ahora era un meteorito ardiente y chirriante, se apoderó de su campo de visión. El casco se estaba resquebrajando en tiras doradas, cada una de ellas de centenares de toneladas, dejando a la vista el oscuro esqueleto que tenía debajo. Parecía un cráneo hueco, una máscara horrenda no muy diferente a la de su maestro, reto fundida como la lava. «Esto podría ser el final de todo», pensó distantemente. Pensó en él, en sus planes, en sus sentimientos hacia Juno y en el chico llamado Galen que había perdido a su padre hacía mucho tiempo y cuyo dolor ya había sido borrado.

Pero su nombre había sobrevivido y los nombres tenían poder. El aprendiz se aferró a él con desesperación, con la necesidad de recuperar el control del destructor estelar antes de que se rompiera y dispersara el impacto. Tenía que volver a concentrarse, no hacer caso del sentimiento de disolución que engullía los contornos de su ser e inclinar la balanza de poder nuevamente hacia él.

Galen se había enfrentado a Darth Vader siendo poco menos que un niño. Galen le había robado la espada láser a un Señor Oscuro de los Sith y se había enfrentado valientemente a la muerte. Galen podía haber desaparecido tras años de entrenamiento y oscuridad, pero ¿se había ido definitivamente o estaba escondido, esperando que llegara la oportunidad de salir otra vez a la luz?

«¿Estás ahí, Galen? ¡Necesito tu ayuda!».

No hubo respuesta.

La reentrada catastrófica del destructor estelar hizo que el mundo se tambalease. No había tiempo para volver a intentarlo.

«Por Juno, entonces».

Apretó los dientes y gruñó hacia el cielo. El peso muerto del destructor estelar se movió una última vez, cambiando su ángulo de descenso lo suficiente para mantenerse unido durante esos últimos centenares de metros, pero no lo bastante para eliminar el riesgo de rebote. Sólo quedaban unos segundos antes del impacto y seguía haciéndose cada vez más grande. Era imposible que el cielo pudiera contener tanto metal.

Abandonando el control sobre la nave, consciente de que no podía hacer nada para alterar su curso, el aprendiz se tambaleó, aturdido. La Fuerza lo abandonó, dejándolo seco y exhausto. Con un sonido similar al del fin del mundo, el destructor estelar terminó su primer y último vuelo. Chocó contra el cañón exactamente como debía hacerlo y el cielo se volvió blanco. El suelo se retorció bajo los pies del aprendiz. Mareado, fue incapaz de mantener el equilibrio, mientras un tsunami de basura y desperdicios se levantaba ante él y tapaba el sol.

• • •

El mundo que se sacudía bajo ella despertó a Juno de su aturdimiento. Tocó los lados de la estrecha litera y gritó de miedo. ¡La nave se caía! ¡Había perdido el control y todos chocarían!

Tardó casi diez segundos en darse cuenta de que la nave no chocaba, aunque algo no menos peligroso ocurría fuera de su casco de duracero.

Su cabeza resonó cuando se levantó de la cama. Las venas de sus sienes latían dolorosamente y tenía un punto muy sensible en la parte trasera del cráneo, pero por el momento hizo caso omiso y se concentró en la nave.

—¿Qué ocurre? —Gritó, saliendo del dormitorio y cruzando la bodega. El suelo temblaba bajo sus pies y la lanzaba de lado a lado. Los objetos sueltos estaban esparcidos

por todas partes. El casco crujía y gemía como un barco en el océano durante una tormenta.

Esa imagen no estaba lejos de la verdad, como descubrió cuando finalmente llegó a la cabina y encontró a Kota aferrado a los lados del asiento del copiloto con impotencia ciega y, a través del visor principal, vio un agitado mar de basura sobre el que parecían moverse.

Ahogó un grito al ver la escena. Enormes ondas expansivas pasaban bajo la nave, comprimiendo y descomprimiendo la basura de Raxus Prime, lubricada por grandes reservas de combustible, aguas fecales y desechos químicos. Una gran columna de humo llenaba el cielo, iluminado con un brillo rojo desde el suelo. Parecía que un volcán hubiese vomitado desde la superficie, erupcionando como una pústula enorme y maligna. Una nube de seta negra se extendía desde lo alto de la columna de humo.

Lentamente las ondas expansivas fueron decayendo hasta que la nave pasó a mecerse con suavidad. Juno empezó a notar el sonido de su propia respiración. Sonaba como si hubiera estado corriendo.

Kota relajó las manos, engarfiadas y aferradas al asiento.

Temblaba mientras buscaba el comunicador.

—¿Estás ahí, chico? —Preguntó—. ¿Has destruido el cañón?

La única respuesta fue la estática.

—¿Me oyes, chico?

Juno contuvo unas náuseas repentinas y se adelantó.

La cabeza de Kota se volvió rápidamente. Su cara ciega estaba llena de dolor.

—Kota, ¿qué ocurre?

Él no contestó, regresó al comunicador y habló con más urgencia: —Repito, chico, ¿has destruido el cañón?

Ella se sentó en el asiento del piloto, sintiéndose como si la hubieran golpeado con una tubería metálica. Gradualmente, las cosas empezaron a encajar. Sólo Kota y ella estaban a bordo de la nave, por eso Kota intentaba frenéticamente contactar con Starkiller. Pero ¿y PROXY? ¿Había salido el droide en su búsqueda?

Su boca dibujó una O de sorpresa al recordar lo que había ocurrido.

Kota gritó como si la estática fuera una afrenta personal.

—¡Contéstame, chico!

Un die empezó a destacar sobre el ruido blanco, seguido de una voz cansada, pero familiar.

—Relájese, General. Sigo aquí.

Kota se dejó caer, aliviado.

—Bien. Bien.

Ella no se sentía muy tranquila.

—Kota, ¿en dónde estás PROXY? ¿Intento…?

Kota la acalló con un gesto.

—¿El cañón?

—Destruido. Y la nave… ¿Todo bien?

—A mí me parece que está intacta, por lo poco que sé.

—¿Juno?

Kota espiró por la nariz.

—Está aquí, pero tenemos nuevos problemas.

—Imperiales, supongo.

—No. PROXY. Ese droide tuyo se ha saltado su programación. Atacó a Juno y desapareció.

—¿Atacó…? —Notó cómo se le entrecortaba la voz—. ¿Está bien?

—Sólo un poco cansada. Ése no es el único motivo por el que no hemos podido despegar. PROXY modificó nuestros códigos de despegue antes de marcharse. Podemos cambiarlos, pero nos llevará tiempo. Hasta entonces estamos atrapados. O hasta que lo traigas de vuelta.

—¿Adónde ha ido?

—Ése es el problema. No le oí marcharse.

La cara de Kota era la imagen de la rabia, pero no sólo contra el droide, supuso Juno, sino también contra sí mismo, por no estar ahí cuando la habían atacado y la misión había corrido peligro.

—Lo importante es descubrir por qué lo ha hecho. ¿Podría ser un espía imperial?

—No. —Dijo Starkiller en un tono que no permitía réplica—. PROXY nunca me traicionaría.

«No —pensó Juno—, pero intentará matarte todos los días de tu vida».

—Creo que sé qué puede haber ocurrido. —Dijo ella—. Es la inteligencia central. PROXY intentaba entrar en ella. Recuerdo que dijo algo sobre tener acceso a su procesador y entonces… Entonces se volvió loco. —Se tocó la parte trasera de la cabeza e hizo un gesto de dolor.

—El Núcleo… —Dijo Starkiller—. Sí. Podría tratarse de eso.

—No creas que nuestros problemas terminan ahí, chico. —Gruñó Kota—. Ese droide sabe todo lo que hemos estado haciendo. Si el Núcleo es ahora un aliado imperial, esos datos podrían destruirnos.

«Más de lo que cree», pensó Juno con un escalofrío de terror.

—Tenemos que encontrarlo, y rápido.

—Lo haré. —Dijo Starkiller—. Su baliza de localización sigue activa.

La respuesta tuvo una sequedad que indicó la tensión que Starkiller soportaba.

—Ten cuidado. —Le dijo Juno—. Haya reprogramado el Núcleo a PROXY o no, él ya no es tu amigo. No creas nada de lo que te diga.

Con un ominoso die, el canal de comunicación se cerró.

Kota y Juno se quedaron sentados un momento ante los mandos, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Durante un instante, ella pensó en decirle la verdad a Kota, desesperada por quitarse ese enorme peso de encima. Starkiller era un asesino de Jedis que deseaba derrocar al Emperador en beneficio propio, no por el bienestar de nadie más.

Sería mejor abandonarlo allí y huir con el resto de los rebeldes mientras tuvieran tiempo. Si los códigos de despegue no hubiesen sido modificados por PROXY y si la culpa no le revolviera las entrañas sólo con pensarlo…

Recordó vagamente el sueño en el que un edificio de piedra se desintegraba y caía en un lago. Esa era la sensación que tenía sobre sí misma, se venía abajo y se ahogaba más cada día que pasaba.

«Malgastas tu gratitud conmigo».

Quizá, y el sentimiento que le seguía doliendo en el pecho, también. Pero ella aún no le había dado eso. Puede que nunca lo hiciera. ¿Podía una emoción así desperdiciarse si la escondía dentro para siempre? ¿O se le pudriría dentro y le estrangularía el corazón?

—No es culpa suya, Kota. —Le dijo al viejo y cansado General—. No debería culparse.

Kota no contestó.

Con un suspiro, dedicó sus doloridas neuronas a intentar solucionar el problema del despegue más pronto que tarde.

TREINTA Y UNO

Una lluvia de ceniza empezó a caer minutos después de que el aprendiz hubiese finalizado la conexión con Juno y Kota. Hizo caso omiso, concentrado en circular por la desolación en que se había convertido la nueva superficie de Raxus Prime. La zona que rodeaba de los restos del cañón era una tierra baldía, aplanada por el impacto. Sólo un pequeño montón de restos sobresalía en la llanura, en el epicentro del impacto. Alrededor de ese pico central, en un círculo perfecto había paredes de cráter de muchos metros de altura. Se había despertado sobre una de ellas, enterrado bajo una capa de placas de plástico retorcidas. Los fragmentos del cañón y el destructor estelar hacían ruido al enfriarse. Algunos ardían y soltaban chispas, que la sofocante ceniza se encargaba de extinguir. Por todas partes olía a restos exhumados y a hedores calcinados.

La señal de PROXY le llevó por encima del muro del cráter a internarse entre los campos de desechos. No desperdició ni un segundo de su persecución al pasar junto a droides y otros carroñeros que intentaban liberarse de los montones de basura. Se había hecho un silencio espeluznante después de la explosión, e incluso ahora el sonido parecía tener miedo de volver a sus niveles anteriores. La basura tintineaba y gemía. Los droides gritaban débilmente en sorprendidos estallidos de complicado lenguaje mecánico. El grito ocasional de una garganta humana o extraterrestre indicaba que algunos de los carroñeros orgánicos del planeta también habían sobrevivido a las ondas expansivas.

No tardó mucho en oír los primeros tiros de un blaster, con lo que supo que todo había vuelto a la normalidad en ese mundo sin ley.

La crudeza de esa certeza concordó perfectamente con la herida que las directas palabras de Juno habían causado en su corazón.

«PROXY ya no es tu amigo».

El único compañero leal que había tenido toda la vida había atacado a Juno y había huido hacia el vertedero. ¿Qué otra explicación podría haber además de la malvada influencia del Núcleo? Eso tenía mucho sentido y no quería pensar que PROXY había notado cambios en él de los que ahora huía. No quería pensar en el dolor de PROXY por la presencia de Juno. No se atrevía a imaginar que PROXY pudiera notar la burbuja creciente de duda que se había formado en él cuando había vivido su extraña epifanía en Kashyyyk.

Sin embargo, era imposible ignorarlo totalmente. Minutos después de haber invocado el nombre Galen en un intento por cobrar fuerza, PROXY había desaparecido. No importaba si el intento había funcionado o no. Lo había hecho, y eso indicaba que había extrañas líneas formándose y extendiéndose a través de la persona que siempre había imaginado ser.

Era el sirviente secreto de Darth Vader, capaz de mover destructores estelares únicamente con su voluntad. Pero ¿qué más era? ¿Era un luchador por la libertad, un amigo, un amante? ¿Era todavía el amo que PROXY estaba programado para servir?

La ceniza se le pegaba en las mejillas húmedas y formaba rayas embarradas que él no se limpiaba. La urgencia le consumía. Debía encontrar a PROXY antes de que el Núcleo le absorbiera por completo y le extrajera los detalles de los planes de su maestro y se los transmitiera al Emperador. Y, peor aún, antes de que dejara al leal droide escarbando entre la basura como cualquier otro carroñero.

El aprendiz de Darth Vader no lo permitiría. Fuera lo que fuera, sabía cómo convertir la rabia y el miedo en fuerzas a las que ningún ser podía resistirse. La furia le quemaba como un sol por la invasión del Núcleo sobre su amigo. Encontraría, contendría y respondería a esa invasión con mil veces más fuerza. Lo juró.

La baliza de PROXY le forzó a pasar junto a montones tambaleantes de desechos. El aprendiz se quedó en tierra firme, corriendo y saltando por encima de charcos tóxicos, demasiado rápido para que los droides inquisitivos lo atrapasen. Cuando los carroñeros más guerreros o los imperiales neuróticos le dispararon, hizo caso omiso de ellos. El objeto de su furia era el Núcleo, nada más. No permitiría que le distrajeran.

Tras él iba una creciente cuadrilla de droides, desperdigados por el vertedero como pollitos tras su madre. Uno a uno, sus fotorreceptores fueron cambiando de color, formando una amenazadora constelación carmesí totalmente concentrada en él. El Núcleo le estaba observando.

El camino bajaba por n largo e inclinado hueco bajo un montón piramidal de plástico y otros fragmentos no metálicos. Mientras lo seguía se le ocurrió que el camino podría haberse abierto a través de la basura exclusivamente para PROXY, ya que el Núcleo no necesitaba ninguna conexión física con el mundo exterior más allá de cables de energía y datos. Había luces, también, lo que resultaba aún más extraño. Aparte de la fosforescencia que emanaba de las resistentes bacterias que sobrevivían gracias a la materia orgánica de los muros, un brillo parpadeante llegaba desde el final del túnel.

Activó su espada láser mientras se acercaba y aminoró la marcha hasta convertirla en un trote cauteloso. Fuera lo que fuera lo que le esperaba, no iba a entrar directamente.

El brillo parpadeante ganó intensidad. El túnel se ensanchó y se unió a un espacio amplio como una catedral, lleno de procesadores abandonados y estropeados, todos recuperados y unidos en una vasta y susurrante red. Los cables colgaban del distante techo, lanzando chispas irregulares. No había pantallas ni teclados. El Núcleo no los necesitaba. Rodeado por la mente-máquina que dirigía el mundo, el aprendiz se sintió fuera de lugar.

Se abrió paso a través del laberinto de procesadores, evitando con cuidado los cables y manteniendo su espada láser lejos de cualquier cosa frágil. No quería enfadar al Núcleo más de lo necesario. Todavía no.

La procesión de droides le seguía, llenando todo el espacio disponible entre la red de procesadores y los muros reforzados de la enorme cámara. Pronto estuvo completamente rodeado por brillantes fotorreceptores rojos, redondos, triangulares, oblicuos y cuadrados, pertenecientes a los droides que iban desde pequeños ojos espía a torpes moles. Reconoció a algunos de ellos como los droides reciclados que había destrozado en el

taller de Kazdan Paratus. Sus chirriantes y traqueteantes sonidos ahogaron el interminable susurro contemplativo.

Eran los ojos y los oídos del Núcleo. Podrían ser también sus puños, si era necesario.

Encontró un intercambiador de datos cilíndrico tan grande como una casa, conectado por decenas de cables al techo, y descubrió a PROXY al otro lado, inclinado sobre un complejo empalme. Estaba conectado con el Núcleo a través de un cable unido a sus entrañas a través de un panel abierto en su espalda.

—¿PROXY?

El droide se dio la vuelta. Sus fotorreceptores eran rojos como los demás. Diversos hologramas iban alternándose al azar sobre la mutable piel del droide: caballeros Jedi y Lores Sith, Kota, Juno e incluso él mismo. Era muy desconcertante.

Su voz era todavía peor.

—Se ha suplantado el módulo de personalidad de su droide. El ser al que llama PROXY ya no existe. El aprendiz luchó por mantener sus emociones bajo control.

—¿Por qué lo has hecho?

—Tu droide entró en mi sistema. Sólo me defendí.

—Puedo perdonar la defensa propia. Pero esto es robo. —Señaló el cable que conectaba los bancos de memoria de PROXY con la vasta red informática del planeta.

—No busco tu perdón. Sólo quiero orden. Organización. Previsibilidad.

—Eso ya lo tienes.

—Sólo aquí. E incluso aquí soy víctima de influencias externas, como has demostrado tú. El Emperador y yo compartimos los mismos objetivos, pero me temo que su mente orgánica y poco fiable no está a la altura de la tarea de gobernar la Galaxia. He visto eso con claridad en las memorias de tu droide.

—Exactamente. —Improvisó, intentando ganar tiempo para alcanzar el cable que conectaba a PROXY con la red—. Si has leído las memorias de PROXY sabrás cuál es mi objetivo. Quizá podríamos trabajar juntos. Podría ayudarte…

—Ya me has ayudado. —El Núcleo apartó a PROXY de su alcance—. Me has traído una nave totalmente funcional. Con ella podré extender el orden por la Galaxia.

—Mi nave no está disponible.

—Lo estará cuando hayas muerto.

El aprendiz saltó para coger el cable, pero el Núcleo colocó el cuerpo de PROXY fuera de su alcance.

—Adiós, amo. —PROXY se transformó en Obi-Wan Kenobi y activó la espada láser que colgaba en su costado. El movimiento de apertura del droide fue mucho más rápido que cualquiera que hubiera intentado antes, «como por supuesto debía ser», pensó el aprendiz cuando bloqueó el golpe justo a tiempo. El Núcleo tenía acceso a los mismos archivos que él, su conocimiento sobre técnicas de espada láser Jedi no debía tener rival en toda la Galaxia.

Pero los conocimientos no eran lo mismo que la experiencia, al igual que la buena tecnología no era lo mismo que la Fuerza. Confiaba en poder derrotar al Núcleo del cuerpo de PROXY en una lucha justa.

Mientras saltaba a un procesador cercano para evitar otro golpe experto, vio a los otros sirvientes droides del Núcleo acercándose. Las luchas justas eran tan poco comunes como los Jedi en la Galaxia en esa época. Tendría que igualar las cosas de algún modo.

Aferrándose a un cable, envió una oleada de rayos Sith a través de él. Las luces brillaron y los empalmes soltaron chispas. Los procesadores del Núcleo gimieron con la repentina sobrecarga, al igual que sus vasallos. PROXY era uno de ellos y, a diferencia de los demás, estaba físicamente unido a los sistemas que su amo estaba atacando, así que los efectos del aumento de la energía fueron graves. El holograma se disolvió en estática y sus brazos se levantaron. La electricidad estática chisporroteó en todas sus articulaciones.

El aprendiz cortó la corriente antes de freír completamente el cerebro de su amigo. Tenía que quedar algo de PROXY en algún lugar y prefería librar una batalla injusta que borrar esos restos.

Saltó desde el procesador y lanzó su espada láser hacia el cable. Pero el Núcleo recuperó su concentración a tiempo de colocar el cuerpo de PROXY en su trayectoria. Sus espadas láser chocaron y el aprendiz le dio un poco de espacio para pensar qué haría a continuación.

La piel holográfica de PROXY se volvió a formar con la figura de Qui-Gon Jinn. El estilo de lucha del Maestro Jedi muerto, sin embargo, era del Núcleo, con rápidos y eficientes ataques y bloqueos más que buenos. El Núcleo mantenía el cuerpo y la espada entre el aprendiz y el cable. Cada truco que intentaba para superarlo, era previsto y bloqueado.

Los droides de ojos rojos se recuperaron tan rápidamente como PROXY y pronto se unieron a la lucha. Los derribaba por grupos con telequinesis, pero inevitablemente se levantaban o eran reemplazados por otros. Aún cansado tras sus esfuerzos con el destructor estelar, reservaba los golpes hasta el último momento, para ahorrar energía.

Y además, los droides no eran su enemigo. Tenía que encontrar la manera de atacar al Núcleo directamente, sin dañar a PROXY. Los rayos Sith quedaban descartados, pero había otros modos.

Saltó fuera del alcance de PROXY a la clamorosa masa de droides esclavos. Balanceando su espada láser como un loco a su alrededor, cortó cables y rebanó procesadores. Oleadas de pensamiento electrónico surcaron el aire mientras los droides corrían hacia él. Los rechazó y clavó su espada en un banco de procesadores.

—¿Te duele? —Preguntó al Núcleo.

—No siento dolor. —Dijo el Núcleo a través del dispositivo de voz de PROXY—. Y mis pensamientos abarcan todo el planeta. Nada que consigas en esta sala supondrá una diferencia.

PROXY saltó sobre los droides, esta vez con el aspecto de Anakin Skywalker. El aprendiz se encontró con él en el aire e intentó devolverle a su lugar. El cable bailaba detrás del droide, sin moverse o enroscarse hacia adelante. El Núcleo usaba los repulsores internos de PROXY para mantenerlo fuera de su alcance.

Su alcance físico. No había duda de que el Núcleo esperaba que usara la telequinesis para romper la conexión, así que ni siquiera lo había intentado. Pero había otras maneras indirectas de atacar. El cable trazaba un sinuoso camino sobre las cabezas de los droides esclavos. No tardó mucho en encontrar a uno grande en el lugar adecuado. Fue incluso más fácil asirlo con la Fuerza y aplastarlo hasta que estalló su fuente de alimentación.

La explosión resonó por la enorme sala. PROXY retrocedió en mitad de su defensa. El aprendiz se retiró un poco, esperando ver el efecto de la explosión. Los hologramas parpadeaban y volaban por el fluido exterior de su amigo. Los rostros famosos iban y venían, humanos y extraterrestres, luminosos, oscuros y con toda la gama de sombras que había entre ellos. Se vio nacer con un destello y estuvo muy contento de que otra persona lo reemplazara. Ya había luchado bastante para toda una vida consigo mismo.

El humo se disipó. PROXY se enderezó y su imagen se estabilizó en forma de un zabrak con los ojos llenos de odio y numerosos cuernos saliendo de su piel roja y negra. Su túnica era negra. Su mirada estaba sedienta de sangre.

El aprendiz quedó desconcertado durante un momento. Nunca antes había visto ese módulo de entrenamiento. O lo habían desenterrado de las profundidades de los bancos de memoria de PROXY o el droide lo había estado reservando para el momento adecuado.

El Sith zabrak le sonrió y avanzó entre el mar de droides, que se abría a su paso. Ninguno se acercó a un metro del cable, que seguía intacto, así que incluso había perdido esa opción.

—Eres débil. —Graznó el Núcleo mientras se acercaba—. No sacrificarás a este droide aunque permitirme poseer sus memorias signifique tu perdición.

El aprendiz no malgastó energías hablando, se afanaba en bloquear todos los movimientos del Núcleo y en hacer retroceder al droide. La frustración le fortalecía, aunque por el momento no tuviera ninguna manera de liberar esa fuerza. Si hacía caer el techo podía matarlos a ambos y probablemente no tuviera un efecto muy profundo sobre el Núcleo. Si realmente estaba distribuido por todo el planeta, tal vez fuese inmortal.

¿Qué sentido tenía ser más fuerte que Darth Vader si no podía salvar a su mejor amigo?

—La violencia alimenta el desorden —gritó el Núcleo mientras luchaban—. La violencia es una amenaza para el control. Por lo tanto, la violencia será eliminada bajo mi dominio.

—Parece que has pensado en todo. —Apenas pudo bloquear una combinación de golpes que no había visto nunca, ni siquiera al luchar contra su maestro.

—No hay ninguna contingencia que no haya previsto. —Dijo el Núcleo por boca del Sith zabrak.

—¿Ah, no?

El aprendiz hizo retroceder al droide con una serie de ataques rápidos y maniobras acrobáticas. PROXY no era tan flexible como él y no tenía los reflejos mejorados por la Fuerza. El droide nunca podría vencerlo en un duelo con espadas láser, ni siquiera con ayuda del Núcleo. Luchó con intensa decisión, una emoción diseñada para vaciar su mente de todo pensamiento o sentimiento. El ser contra el que luchaba no era un Sith, ni era PROXY. Era el núcleo, y había llegado el momento de dejar de jugar con él.

Quedaron congelados con las espadas láser unidas, peleándose, una fuerza humana contra la de un droide, unos ojos marrones fijos sobre unos fotorreceptores rojos.

—Sométete o muere. —Dijo el Núcleo.

—Hay una tercera opción. —Con un movimiento repentino y rápido clavó su espada en el pecho de PROXY y atravesó profundamente el cuerpo del droide—. Podría derrotarte.

Los ojos rojos parpadearon. Por un momento, una parte del Núcleo quedó dentro de PROXY y mostró su sorpresa y una preocupación extrema. El holograma chisporroteó y desapareció, revelando la terrible herida humeante del pecho del droide. El aprendiz retiró la hoja, satisfecho de que el golpe hubiese cumplido su función.

El Núcleo hizo girar el cuerpo, intentando en vano alcanzar la tapa por la que salía el cable dañado. Después abandonó el control de los miembros metálicos y PROXY cayó al suelo pesadamente.

Todo había terminado, pero al Núcleo todavía le restaban fuerzas para luchar. Centenares de droides esclavos convergieron sobre el aprendiz, esperando poder aplastarlo con todo su peso antes de que éste llegara al procesador más cercano. Los hizo saltar por los aires de un solo golpe y abrió de una tajada la caja del procesador. Sin hacer caso de los ardientes bordes metálicos, metió la mano izquierda dentro de su maquinaria.

Lo atravesó una oleada de rayos, al igual que a todos los procesadores de la red del Núcleo. Proyectó toda su rabia y su dolor en esa oleada y la Fuerza que consiguió le sorprendió incluso a él. Por PROXY, por Juno, por Kota y por sí mismo, frió la mente planetaria hasta reducirla a escombros.

Los droides esclavos se agitaron en un horrible baile. El sonido que hacían era espantoso, el grito agónico de una mente que nunca antes había considerado su propia desaparición. Debería haber sido inmortal. Había planeado dominar la galaxia. Ahora era apenas una maraña de cables que sufría una confusión que inevitablemente lo destruiría.

—¡Orden! —Gritó y aulló—. ¡Hay que restablecer el orden!

El paroxismo de los droides tardó varios minutos en desvanecerse, tiempo durante el cual el aprendiz mantuvo la potencia de su rabia, asegurándose de borrar hasta el último rastro de los recuerdos extraídos del cerebro de PROXY. Allí no quedaría nada de él. El Emperador nunca sabría cómo se habían reunido las fuerzas para derrocarlo, para bien o para mal No habría testigos, ni vivos, ni droides.

Cuando el último cuerpo de metal estuvo quieto y silenciado, junto con todos los procesadores y todas las luces parpadeantes, se dejó caer sobre las rodillas y se deslizó con la espalda apoyada sobre la caja de plástico del procesador. Inclinó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

¿Era suficiente? ¿Le pedirían algo más ese día? Estaba muy cansado. Quizá ni siquiera una semana de sueño lo reviviera.

Y peor todavía: ¿tendría razón el Núcleo? «Eres débil —le había dicho—. No sacrificarás a este droide aunque permitirme poseer sus memorias signifique tu perdición». Era cierto. Sentía un apego emocional por PROXY y podría ser que estuviese desarrollando un apego por Juno y Kota también. ¿Cómo era posible que un aprendiz Sith hubiera caído presa de tal debilidad?

PROXY estaba muerto.

Juno y él no tenían esperanza de emprender una vida juntos.

¿Cómo podría continuar? Algo se movió en la enorme cámara. Abrió sus pesados párpados y levantó la espada láser.

Uno de los vados cuerpos de droide se levantó y cayó rodando. Una mano familiar se extendió y se clavó en los desperdicios.

—¿Amo?

Se levantó enseguida, apartando los cuerpos de los droides para liberar a su amigo herido. PROXY estaba muy dañado por el golpe que había cortado el cable, pero sus fotorreceptores habían recuperado su color normal. Se había arriesgado mucho al atravesar así al droide para llegar hasta el cable, pero creía que serviría de algo. ¿Cuántas veces había matado ya a PROXY y el droide había sido capaz de repararse? Era sólo una vez más.

—PROXY, ¿estás bien? ¿Puedes levantarte?

El droide lo intentó, pero no fue capaz de incorporarse.

—Me temo que no, amo. Será mejor que me deje aquí, éste es mi lugar.

—¿Qué dices? Te podemos arreglar en cuanto te lleve a la nave.

—El Núcleo… —PROXY se colocó una mano en la frente—. Amo, ha quemado algunas partes del procesador. Mi programa principal se ha borrado. Ahora no le serviré de nada.

Sonrió. Quedaba algo de esperanza.

—Siempre me has servido de mucho, PROXY. Y no te vas a quedar aquí. Vamos.

El droide le pareció muy ligero sobre los hombros, mientras se abría camino a través de los droides esclavos y los procesadores destrozados hacia la turbia luz del día.

Tercera Parte

REBELDE

TREINTA Y DOS

Los desiertos de Rhommamool brillaban con un naranja cálido y ardiente bajo la luz de su sol dominante. Juno empezaba a sudar con sólo mirarlo. Había estado una vez en la superficie, para que Starkiller pudiera comprar un par de servomecanismos para los hombros de PROXY, y no había abandonado la nave más de lo imprescindible. El empobrecido mundo minero apestaba a hambruna y a guerra. Por suerte, el mundo vecino, Osarian, estaba lo bastante lejos para que el eterno conflicto entre las dos civilizaciones del sistema estuviera en tregua. Si no, habría insistido en encontrar otro sitio para esconderse hasta tener noticias de sus compañeros conspiradores.

Bail Organa les había notificado hacía cinco días que había organizado una serie de reuniones en su residencia de Cantham House en Coruscant, a las que habían asistido él mismo, Garm Bel Iblis y Mon Mothma. Al parecer, habían resultado fructíferas, y el inicio de la rebelión iba ganando velocidad poco a poco. Eran buenas noticias. Sin embargo, al mismo tiempo, involucrar a dos notables líderes de la resistencia fugitivos había aumentado dramáticamente el peligro. Si el Emperador llegaba a oír rumores sobre una alianza para restaurar la República, su venganza no tendría límite.

Así pues, la mínima fuerza imperial presente en Rhommamool lo convertía en un lugar ideal para esconderse durante un tiempo, al igual que el hecho de que estuviera apartado del Corredor Coreliano. Las transmisiones de HoloRed estaban más actualizadas allí de lo que habrían estado en Borde Exterior. Juno seguía las noticias para ver si había algún informe sobre sus actividades y estudiaba la propaganda imperial en busca de pistas que indicasen su preocupación. Hasta ese momento, HoloRed no había hecho ninguna mención sobre levantamientos o sabotajes en Kashyyyk y Raxus Prime, ni sobre wookiees secuestrados, proyectos secretos que necesitaban mano de obra esclava, ni una rebelión en ciernes.

Se dijo a sí misma que no era mala señal. La gente adecuada se iba enterando a ambos lados de la frontera política. El Emperador no podía no estar al tanto de una oposición armada contra su régimen que iba creciendo, y aquellos que soñaban con derrocarlo del poder tenían ahora nuevos aliados para ganar fuerza.

Su misión era esperar noticias de Bail Organa que confirmaran que todos los involucrados podían reunirse por fin en un lugar que por el momento se mantenía obstinadamente vago. La *Sombra Furtiva* había cambiado de sistema tres veces por iniciativa de Juno durante la semana anterior, manteniéndose un paso por delante de una imaginaria, aunque posible, persecución.

La espera era más dura de lo que ella había imaginado. Eso y estar encerrada en la nave con Starkiller día tras día, sin apenas hablar, sin apenas pasar en la misma sala más de unos segundos. Ella se quedaba en la cabina y las zonas de mantenimiento de la nave, él siempre estaba en la cámara de meditación, donde dormía y trabajaba en arreglar a PROXY. Kota oscilaba entre ellos como un peso en un muelle muy apretado, incluso más

hosco e introvertido que antes, después de Raxus Prime, aunque se negaba a explicar por qué. A veces la tensión era tan palpable en el aire, que Juno sentía que podría asfixiarse.

Todo estaba en pausa: la rebelión, los planes de Starkiller, su vida…

—¿No podríamos ir a Corellia y esperar allí hasta que nos avisaran? —Le preguntó a Kota el séptimo día—. Allí es donde se celebrará la reunión. No hace falta ser muy listo para adivinarlo, si Bel Iblis estará involucrado.

—Razón de más para que no vayamos allí, pues. —Le contestó el ex Jedi—. Si nos ven por ahí, asustaremos a todo el mundo.

—No nos verían. —Afirmó, aunque sabía que él tenía razón—. Tenemos el sistema de protección…

Se detuvo al oír pasos metálicos en la cubierta que tenía detrás. Se dio la vuelta y levantó las manos, automáticamente en guardia tras la última vez que se había enfrentado al droide en la cabina. Un pánico repentino le hizo latir las venas del cuello.

—Siento haberla asustado, Capitana Eclipse. —Dijo PROXY con una humilde reverencia—. Por favor, permítame ofrecerle una disculpa sin condiciones por mis actos en Raxus Prime. Su nombre no aparece en mi lista de objetivos y nunca habría estado allí si el Núcleo no hubiese corrompido mi programa principal. Me alegra ver que apenas pude dejarla inconsciente para que no me siguiera ni diera la alarma. —El droide volvió a inclinarse—. Tiene todo el derecho del mundo a hacer que me echen o me destruyan, y no me opondré si decide hacer alguna de esas cosas. He discutido con mi amo sobre este punto muchas veces, pero estoy decidido.

Por encima del hombro del droide, Juno vio a Starkiller, furioso y preocupado al mismo tiempo, como si temiera que ella aceptara la oferta de PROXY.

—No, PROXY. —Dijo ella, obligándose a abandonar la posición defensiva—. No será necesario. Olvidemos lo que ocurrió. Me alegra verte otra vez en activo. Y como nuevo, por lo que parece.

—Me temo que no, Capitana Eclipse, pero muchas gracias por sus amables palabras.

La miraba expectante y ella se estrujó el cerebro buscando algo que pusiese punto final a la situación.

—Al generador del escudo trasero le iría bien un repaso. Creo que lo he oído heterodinar, y prefiero que se estropee ahora que cuando nos haga falta de verdad.

—Por supuesto, Capitana Eclipse.

PROXY se marchó alegremente y ella se preguntó qué querría decir que no estaba en perfectas condiciones. La verdad era que la *Sombra Furtiva* había estado muy silenciosa sin los eternos duelos entre él y su amo, pero supuso que continuarían ahora que el droide volvía a tenerse en pie. Quizá los síntomas de sus problemas de funcionamiento se harían evidentes con el tiempo.

Starkiller también la miraba.

—Gracias. —Le dijo.

Juno se volvió y se sentó otra vez.

—¿Estás seguro de que su procesador está limpio? El Núcleo podría haber plantado allí toda clase de virus.

—Tiene su propia mente. —Le aseguró—. De todos nosotros, probablemente sea el único que pueda decir eso.

—Habla por ti, chico. —Dijo Kota.

Starkiller miró al viejo General.

—Dígale a su amigo el Senador Organa que no nos vamos a quedar aquí sentados de brazos cruzados para siempre. La Rebelión florece con los actos, no con las palabras.

Volvió a la cámara de meditación y Juno volvió a esperar. Por el momento, parecía que era la única acción que se le permitía llevar a cabo.

• • •

Dos días antes, había abandonado su asiento para refrescarse. Al regresar, sintiéndose ligeramente más humana tanto mental como físicamente, había oído a Kota y a Starkiller hablar en la cabina.

—…no puedo identificar el estilo. —Estaba diciendo el General—. Y me ayudaría a entenderte que me dijeras quién fue tu primer maestro.

—¿Quién dice que usted tenga que entenderme? —Le respondió Starkiller—. Garm Bel Iblis lo hará. No sabe nada de ti y, militarmente hablando, eso te convierte en una amenaza.

Juno contuvo el aliento.

—La única amenaza por la que hay que preocuparse es el Emperador. —Contestó Starkiller en un tono que indicaba que la conversación había terminado—. Puedo derrotarlo. Es todo lo que necesita saber.

Kota estuvo en silencio durante mucho tiempo.

—Ten cuidado, chico. Cuando hablas así oigo la larga sombra del Lado Oscuro cerniéndose sobre ti.

Los dos hombres se sumieron en un silencio malhumorado. Un instante antes de que Juno decidiera que era el momento adecuado para entrar, Starkiller habló otra vez.

—Había una chica en Felucia, una aprendiz que se pasó al Lado Oscuro. Dejé que se fuera.

—Bail me lo dijo. ¿Qué pasa con ella?

—¿No había esperanza para ella, después de haber caído?

Kota chasqueó la lengua.

—¿Fue eso lo que le ocurrió a tu maestro?

Starkiller no contestó.

—Bah. —Exclamó Kota al final—. Déjame en paz, chico. Me agotas con tu silencio.

Juno se escondió cuando Starkiller abandonó la cabina. Cuando la puerta de la cámara de meditación se cerró tras él, volvió sobre sus pasos y encontró a Kota hundido en el asiento con los ojos tozudamente cerrados, todavía perdido en sus pensamientos secretos.

Se había puesto furiosa con ambos. ¿Qué les pasaba a los hombres, que sufrían su dolor en silencio o hablaban dando círculos tan cerrados alrededor de la verdad que la ahogaban? Ella podría decirle a Kota cosas acerca de Starkiller que le harían saltar los ojos de sorpresa, pero él no tenía más altura moral que ninguno de ellos dos, con su desesperación interminable y su buena disposición únicamente para quejarse. Por supuesto que a nadie le importaba el nombre de Starkiller o quién había sido su maestro. Lo que importaba era lo que había hecho.

«Según —se dijo a sí misma— lo que hubiera hecho».

• • •

El octavo día Starkiller les llamó a ella y a PROXY para que fueran con él a la cámara de meditación.

Ella dudó, pensó que quizá no había oído bien, pero después dejó al contemplativo Kota y cruzó la nave en marcha. El droide la recibió a la entrada de la cámara de meditación y entraron juntos en el espacio angular y oscuro.

Starkiller ocupaba el centro de la habitación. Su expresión era muy seria. Con un susurro, la puerta se cerró tras ellos.

—Quédate ahí y no digas nada —le dijo a ella, apuntando a un rincón apartado, donde estaría completamente entre sombras—. PROXY, aquí. —El droide se colocó entre Starkiller y ella. Apenas veía a Starkiller tras la silueta de PROXY. La piel metálica de PROXY lanzó chispas, cobró vida y empezó a cambiar.

Una sombra más oscura se cernió sobre la sala.

—Mi Señor. —Dijo Starkiller, y el corazón de Juno se detuvo. La figura oscura que estaba allá donde PROXY había estado un momento antes, habló:

—Tus actos en Raxus Prime han dejado al Emperador muy… disgustado. —El tono pesado de Vader lanzó un escalofrío de asco por la columna de Juno—. ¿Quién se ha unido a tu causa?

Starkiller alzó la cabeza para mirar directamente a su maestro.

—Los enemigos del Emperador son cautelosos. Me estoy ganando su confianza y su respeto, pero algunos de ellos siguen siendo suspicaces. Si me descubren hablando con usted, mis esfuerzos quedarán en nada y no tendremos ningún ejército para enfrentarnos al Emperador. —Se levantó hasta erguirse completamente—. No puede aparecer otra vez. Yo me pondré en contacto con usted, Maestro.

Los dedos enguantados de Vader se convirtieron en puños.

—¿Cuándo?

—Cuando la alianza se haya formalizado y esté preparada para atacar el corazón del Imperio.

El Señor Oscuro no dijo nada durante un buen rato. Sus pensamientos estaban completamente ocultos tras la máscara negra que lo escondía todo. Juno no sabía qué

esperar y no sintió nada más que alivio porque el momento se hubiese terminado, cuando Vader por fin movió la cabeza afirmativamente.

—No esperes demasiado para ponerte en contacto conmigo. —El dedo índice de su enguantada mano derecha apuntaba al pecho de Starkiller—. El Emperador se vuelve cada vez más poderoso.

Vader parpadeó y desapareció y PROXY volvió a ser él mismo. A diferencia de las otras veces, sin embargo, el droide no parecía afectado por haberse convertido en el Señor Oscuro. Starkiller le miró, sumido en sus pensamientos y después le hizo un gesto al droide para que se marchara.

Estaba sola con Starkiller por primera vez después de Felucia. ¿Era el momento que había estado esperando?

«Hay un gran conflicto en ti —le había dicho Vader hacía unos cuantos días—, tus sentimientos hacia tus nuevos aliados se están haciendo más fuertes. No olvides que sigues sirviéndome a mí».

La idea de que quizá no fuese una causa totalmente perdida la llenaba de esperanza, pero era una esperanza generada por una gran incertidumbre. Cuando le había visto salir tambaleante en la nebulosa distancia de Raxus Prime, cargando sólo con el peso de su droide herido, la expresión de su cara casi había acabado con su resolución de desconfiar de él. La idea de perder a su compañero más antiguo lo había dejado desnudo emocionalmente, aunque su compañero fuera un droide que había intentado matarlo durante toda su vida. Había visto el conflicto del que hablaba Vader en su rostro. Y entonces había entendido que no estaba completamente decidido.

Aun así, cuando ella había ido a buscarlo y había intentado cargar con parte del peso de PROXY, él la había apartado y había subido la rampa solo. Era como si creyera que su vulnerabilidad emocional era culpa de ella, como si ella lo hubiese manipulado para que se sintiera así; su rabia contra él había revivido de inmediato. No era culpa suya que la hubieran asignado como su piloto. Ella no le había pedido que la rescatara en el *Empirical*. Podría haberla dejado y haber pilotado la nave solo.

La situación no era culpa de nadie. Sólo era. Cuanto antes lo aceptara y definiera su relación con ella y con el resto de la gente que le rodeaba, mejor.

—Vamos a Corellia. —Dijo él—. Todos estarán allí, Bail y sus aliados…

Ella no supo si se sentía contenta o aterrada.

—Bueno, si es así, tendrás tu alianza rebelde. —Le contestó—. ¿Qué vas a hacer con ella?

Sus ojos se encontraron.

—Confía en mí, Juno. Estoy haciendo lo mejor, para ambos.

Ella quería creerle. No tenía más opción que creerle. Estaba atrapada en una maraña de hipótesis. Sólo el tiempo diría si podía encontrar la salida.

El sonido de la voz de Kota, que los llamaba desde la cabina, resonó por toda la nave.

—¡Ha llegado el momento! —Gritaba—. Ya podemos irnos.

—¿Adónde? —Le preguntó ella a Kota, sentándose en su gastado asiento y flexionando los dedos.

—A Corellia, por supuesto.

—Lo sabía. —Y Starkiller también lo había sabido antes de que llegara la llamada. Juno apartó ese pensamiento de su mente—. Resulta que ya tenía la ruta preparada.

Comprobó el ordenador de navegación y lo encontró todo en orden. La ruta se había actualizado automáticamente cada media hora mientras ella dormía. Con una serie de hábiles toques, activó los motores sublumínicos para sacar la nave de órbita, pero no demasiado rápido, para no atraer la atención, aunque tampoco con excesiva lentitud. Le apetecía seguir su camino, a pesar del sentimiento de vértigo en el estómago. Aunque había deseado que ocurriera algo, ahora casi temía que sucediera. Habían llegado al punto de no retorno.

Miró por el visor principal y vio el reflejo de Starkiller, en la parte trasera de la cabina, con los brazos cruzados y los ojos mirando hacia adelante, como si pudiera ver su destino. No pudo desentrañar su expresión y decidió que su presencia le distraía de un modo que la molestaba.

¿Y si Vader la había escogido sólo para poner a prueba el compromiso de Starkiller? ¿Y si ahora no estaba superando la prueba?

Movió un interruptor y la extraña sensación del hiperespacio los engulló. La *Sombra Furtiva* se mecía a sus pies, volando tan suavemente como lo había hecho la primera vez que ella se había sentado en esa cabina.

TREINTA Y TRES

Hiperespacio. Estrellas. Atmósfera.

Juno parecía no cansarse nunca de cruzar las mismas fronteras cada vez que volaba. El aprendiz se preguntaba si alguna vez echaba de menos sus días de gloria como piloto de caza estelar, cuando el trabajo también consistía en ametrallar y bombardear además de llevar pasajeros arriba y abajo por la Galaxia. Suponía, si pensaba en Raxus Prime, que había vivido un poco de acción, pero no era nada glamuroso. Le pagaban muy mal y sus compañeros de tripulación dejaban mucho que desear.

Kota no andaba por ningún sitio cuando Starkiller salió de la cámara de meditación. Eso le molestó, de algún modo oscuro. Esperaba que el General se sobrepusiera de su habitual actitud de desánimo, ahora que la rebelión daba un paso hacia adelante. Pero se dijo a sí mismo que no debía sorprenderse. Tras meses de depresión y borrachera, haría falta algo extraordinario para que el viejo se recuperara.

Sentado en el asiento auxiliar que había detrás de Juno, el aprendiz examinó la nueva extraña calma que lo rodeaba. Dos sentimientos contradictorios lo empujaban en direcciones profundamente divergentes: uno hacia la rebelión, el otro hacia su maestro. Entre ambos estaban los focos separados de Juno y el Emperador. Estaba atrapado entre ellos como un acróbata sobre la cuerda floja, manteniendo un equilibrio constante y complicado.

Ese equilibrio le había esquivado hasta hacía muy poco. Al marcharse de Raxus Prime, había jurado encontrar la manera de destruir al Emperador y al mismo tiempo mantener a Juno en su vida. Durante toda una semana había estado valorando las alternativas evidentes una y otra vez, hasta casi volverse loco. Pero entonces se le había ocurrido una nueva posibilidad: crear la alianza rebelde, como habían planeado, pero, en lugar de cedérsela a su maestro, quedársela para sí mismo. Entonces, cuando el Emperador hubiera desaparecido…

«¿Qué?», se preguntó a sí mismo. ¿Le cedería el control de la Galaxia a un grupo de insurrectos sin experiencia? ¿Gobernaría en paz con Juno a su lado? ¿Abdicaría y desaparecería para siempre?

El plan estaba lleno de incertidumbres, pero era suyo. Había encontrado una dirección propia, no una dictada por su antiguo maestro. Podía seguirla sabiendo que realmente perseguía su propio destino.

Y Juno confiaba en él…

«Quizá —pensó—, él debería confiar en ella. Quizá la auténtica posibilidad de triunfo de su plan era que los rebeldes lo ayudasen a destruir a su maestro, liberándolos a ellos».

Apenas se atrevía a pensar en ello.

Era suficiente saber que la reunión seguiría adelante, como habían planeado, a salvo de la traición. La Rebelión nacería, no importaba adónde condujera. Llegar a esa decisión había supuesto finalmente una tregua a las facciones en lucha dentro de él. Mientras

mantuviera el delicado equilibrio en su mente, se sentiría más tranquilo de lo que había estado en los últimos meses.

La *Sombra Furtiva* descendió desde una órbita polar sobre las cadenas montañosas del noroeste del planeta. Desde lejos, el planeta era increíblemente hermoso, con dos amplios océanos que rodeaban tierras templadas y bien cuidadas. La mayor parte de la industria estaba confinada a la órbita, así que la biosfera de Corellia no había sufrido los estragos industriales que tantos otros mundos habían padecido. Sin embargo, había partes que mostraban una mala gestión anterior. Su punto de aterrizaje fue uno de esos lugares, una ciudad arruinada, en mitad de un páramo elevado. No sabía su nombre, ni lo que le había ocurrido, pero cuando se acercaron a la tierra, que había sido abrasada antes por el sol y ahora estaba helada, y vieron los edificios en ruinas, aceptó de buen grado la lección que el paisaje ofrecía.

Al final, todas las empresas fracasan. Todos los monumentos caen. Ni siquiera el mejor de los planes suele sobrevivir a sus creadores. Si él, Darth Vader o el Emperador murieran al día siguiente, ¿quién recordaría las tramas que los habían unido?

Juno guió la nave con pulso firme, rodeó las ruinas una vez para descartar sorpresas y después la hizo aterrizar suavemente junto a un trío de transbordadores cuyos bordes habían quedado suavizados por la nieve. Uno de los transportes era el de Bail Organa. Guardias uniformados se colocaron entre los tres y la *Sombra Furtiva* que acababa de aterrizar.

—Bueno. —Dijo Juno mientras los sublumínicos se enfriaban—, aquí estamos. Siempre supe que las historias sobre Corellia eran exageraciones.

—Parece que todos están aquí. —Starkiller estaba demasiado concentrado en lo que iba a suceder para entender el chiste—. ¿PROXY? Vamos.

Ella se volvió.

—¿Va Kota contigo?

Él echó un vistazo por la cabina desierta.

—Parece que esta vez volaré en solitario. Deséame suerte.

Ella le miró con expresión decidida.

—No vas a salir ahí fuera solo. Espera.

Saltó del asiento del piloto, estiró lo que quedaba de su uniforme e hizo un rápido intento de ordenarse el cabello. Tocó un interruptor escondido y abrió un panel secreto del que sacó una pistola enfundada, que fijó a su cinturón.

—Iré detrás de ti.

—Ahora podrás indicarme para que no escoja el camino equivocado. —Dijo él.

Ella señaló la espada láser que colgaba de su cinturón.

—No hagas que la necesite. Es todo lo que tengo que decir.

Él asintió, sin culparla, y salió a la superficie nevada.

Los guardias, vestidos con ropa de abrigo, los condujeron hacia las ruinas sin decir una palabra. Largos pasillos de piedra llevaban hasta una estación de observación que daba a las montañas. En la improvisada sala de reuniones, había una mesa de

conferencias rectangular lo bastante grande para doce personas. Junto a ella estaba Bail Organa, digno y formal con su uniforme oficial. Con él había una mujer de espalda recta y cara preocupada, que sólo podía ser la ex Senadora Mon Mothma del sector Bormea, y un hombre de espaldas anchas con bigote y el cabello largo y canoso, el ex Senador de Corellia, Garm Bel Iblis. Organa movió la cabeza en una tranquila bienvenida, pero sus colegas fueron más reservados.

El aprendiz entró sin dudarlo para enfrentarse al trío reunido junto a la mesa. Bel Iblis estaba delante de él, frente a la «pared» norte de la sala, que apenas era un saliente abierto aguantado por un puñado de columnas de piedra. Más allá se veía una colina nevada que hacía que toda la estructura pareciera estar en equilibrio precario entre el cielo y la piedra, como si la gravedad pudiera aplastarla en cualquier momento.

La gran puerta de piedra se cerró detrás de ellos. Juno se sobresaltó ligeramente y se apartó, uniéndose así a los hombres y mujeres uniformadas de Corellia, Chandrila y Alderaan que vigilaban la reunión. A una señal de Bail Organa, PROXY parpadeó y adoptó la imagen holográfica de su hija, Leia, emitida desde algún punto de la Galaxia. Ella también movió la cabeza en señal de saludo mientras se acercaba a la mesa, junto a su padre.

—Amigos. —Bail Organa fue el primero en romper el silencio—. Gracias por venir. Sé que ha sido una decisión difícil. Al reunirnos aquí, hemos puesto en peligro nuestras vidas, como hemos hecho en muchas ocasiones. —Inclinó la cabeza ante el aprendiz, que se irguió ante ese reconocimiento, pero no dijo nada. Hablar en público le resultaba tan extraño como el baile del Kavadango Giratorio—. Creo que existe esperanza de un futuro mejor. —Continuó Organa—. Esta reunión anuncia una época en la que no necesitaremos reunirnos en secreto, en la que todos viviremos en paz y prosperidad, libres del yugo de terror con el que el Emperador ha sometido a toda la Galaxia. Creo que juntos podemos hacer realidad vuestros sueños.

Mon Mothma asintió.

—Hemos hablado de esto en profundidad. —Dijo ella—. Quizás Estamos de acuerdo en que el momento de la diplomacia y la política ha terminado. Ha llegado el momento de pasar a la acción.

—Un buen momento. —Convino Bel Iblis con una voz profunda y áspera.

—Logísticamente. —Continuó Organa—. Tiene sentido que unamos nuestras fuerzas. Mi riqueza puede financiar la rebelión, mientras que Garm puede proporcionarnos una flota y Mon Mothma, soldados. Hemos estado trabajando con propósitos diferentes durante años, esperando algún catalizador que nos uniera. Creo que ya hemos encontrado ese catalizador y sería una estupidez no aprovecharlo.

—Sólo necesitábamos que alguien tomara la iniciativa. —Dijo Mon Mothma, hablándole directamente al aprendiz—. Sabemos que tenemos el poder de la Fuerza de nuestro lado.

—En resumen. —Dijo Garm Bel Iblis con los ojos entrecerrados y cautelosos—. Hemos accedido a seguirte. Nos uniremos a tu alianza.

—Ya nos has salvado a dos. —Dijo Leia Organa con fiera solemnidad—. Si el Emperador cree que nos puede apartar para siempre, está equivocado.

—Estás equivocada en un punto, Princesa. —Dijo una voz desde la puerta.

El aprendiz se dio la vuelta. Las puertas se habían vuelto a abrir sin que se diera cuenta, permitiendo la entrada de Kota a la sala.

—El chico nos ha salvado a tres.

Kota ya no era el borracho desanimado, sino un experimentado General. Sus ojos ciegos estaban descubiertos y sus botas, lustradas. Cada caprichoso pelo de su cabellera gris estaba colocado en la coleta y su túnica colgaba recta. Con tres pasos seguros, cruzó la sala hasta enfrentarse con el aprendiz y le puso una mano en el hombro.

—Yo también me uniré a la Rebelión, si soy bienvenido.

El aprendiz alargó la mano y apretó los dedos engarfiados.

—Creía que seguía desmayado en el compartimento de carga.

Kota sonrió.

—Al fin he despertado.

Por encima del hombro del General, el aprendiz vio a Juno radiante también. Asintió y le indicó que debía seguir con la reunión.

—Está decidido, pues. —Dijo Bail, con tono oratorio—. Que esto sea una declaración oficial de Rebelión. Hoy juramos derrocar al Imperio para que la Galaxia y todos sus pueblos sean libres algún día, sean humanos o hamadryas, wookiees o weequay. Todo ser consciente tiene el derecho inalienable de vivir con seguridad y de luchar por ese derecho si alguna vez…

El sonido de una impresionante explosión le interrumpió. El suelo tembló bajo ellos, desde el techo llovió polvo. La sonrisa de Bail Organa desapareció. Se apartó de la mesa y se dio la vuelta para encararse con su hija.

—¡PROXY! ¡Corta la transmisión!

El droide hizo desaparecer el holograma y volvió a ser él mismo.

Otra explosión sacudió el nido del águila. El aprendiz corrió hacia el muro norte y miró a través de las columnas de piedra. Un destructor estelar se aproximaba por el aire. Los cazas imperiales corrían por el cielo.

—No. —Susurró—. ¡No!

Detrás de él, la puerta se abrió y su negativa se desvaneció ante el sonido del fuego de los blasters y los gritos.

TREINTA Y CUATRO

Juno tenía la pistola en la mano antes de que el estruendo de la primera explosión se hubiera disipado, pero no sabía dónde apuntar. Starkiller parecía tan sorprendido como el resto de presentes en la sala. Cuando corrió hasta el saliente para mirar hacia afuera, su expresión empeoró.

Sabía que algo había ido muy mal.

La puerta explotó detrás de ella, propulsándola en una nube de polvo y astillas de piedra. Alzó las manos para protegerse la cara. Rodó por el suelo como le habían enseñado durante su entrenamiento y se levantó agachada con la pistola apuntando hacia la puerta abierta. Nubes de humo y polvo salían a través de ella, iluminadas por detrás por relámpagos de luz. Por encima del pitido de sus oídos percibió el ruido de gente peleando y muriendo. Los guardas senatoriales corrieron a unirse a la lucha, pero ella se quedó quieta, esperando el tiro perfecto que sabía que iba a conseguir.

Más gritos. El humo tomó un tinte rojizo. Una sombra salió de él y fue haciéndose más grande.

Disparó tres tiros. Todos fueron desviados por una espada de color Rojo brillante. Uno acabó en sus pies y la hizo volar otra vez, dejándola aturdida. La pistola se le escapó y desapareció.

Darth Vader entró por la puerta como si fuera el dueño del mundo. El pelotón de tropas de asalto a su espalda evidentemente pensaba que lo era.

—Cogedlos vivos. —Ordenó, señalando al trío de Senadores—. El Emperador quiere ejecutarlos personalmente.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Kota le quitó la espada láser a Starkiller del cinturón y se abalanzó contra el Señor Oscuro. Vader alzó una mano y cogió al General mediante telequinesis por la garganta. Kota dejó caer la espada láser y se aferró con desesperación a los dedos invisibles que lo ahogaban, pero la presión no hizo más que aumentar. Cuando hubo terminado con su resistencia, Vader lo lanzó inconsciente hacia las tropas de asalto y dirigió su atención a otro lugar.

Bail Organa, Mon Mothma y Garm Bel Iblis estaban rodeados. Lleno de furia, el antiguo senador de Corellia escupió a los pies de Darth Vader, mientras sus compañeros aguantaban con dignidad callada. Mon Mothma alzó la barbilla.

Pero Vader no la miraba a ella.

Starkiller estaba enmarcado por las columnas de la pared norte del nido del águila. Estaba congelado en la postura de alguien a quien han derrotado completamente, pero apenas desafiante y contenido. Sus ojos ardían. Sus puños temblaban.

Darth Vader inclinó la cabeza, has hecho muy bien, mi joven aprendiz.

Bail Organa silbó audiblemente entre dientes. Si las miradas hubieran matado, Starkiller habría caído fulminado en ese momento. Garm Bel Iblis se había puesto púrpura y Mon Mothma estaba rígida y pálida como una escultura de hielo.

Antes de que Starkiller pudiera alargar la mano para coger su espada láser tirada en el suelo, la mesa de conferencias de piedra se elevó en el aire y se lanzó contra él. Chocó contra tres de las columnas y le impactó de lleno en el pecho, haciéndolo caer fuera, sobre la nieve. Ignorando al resto de ocupantes de la habitación, Vader caminó pesadamente tras él, con su espada láser en alto.

Juno intentó levantarse, pero una mano metálica evitó que corriera hacia una muerte segura.

—Así no, Capitana Eclipse. —Le susurró PROXY al oído. La empujó hacia un pasadizo lateral que parecía despejado de tropas de asalto. Mientras los guardias estaban distraídos, adoptó una imagen perfecta de ella, completada con manchas polvorientas en las sienes, para que no se notara su ausencia—. Mi amo la necesitará más tarde.

Luchando contra una conmoción que amenazaba con superarla, hizo lo que le indicaba el droide, tropezando por las escaleras que seguían moviéndose por el bombardeo sobre la zona.

Vader allí, ¡Y Starkiller no se lo esperaba!

Si conseguía regresar a la nave a tiempo y si él sobrevivía al terrible golpe que Vader le había dado, quizá las cosas no estuvieran totalmente perdidas.

Se rió y lloró al mismo tiempo por su malsano optimismo mientras corría por los estrechos escalones hacia las hordas imperiales que había más abajo.

TREINTA Y CINCO

El aprendiz se agachó con la cara hacia la nieve, rodeado de escombros. El aliento le salía en pequeños jadeos dolorosos, pero agradecía cada uno de ellos. Debería estar muerto. Ese golpe habría matado a cualquiera. Que estuviera respirando demostraba que su maestro había cometido al menos un error.

Se había rehecho y era más duro que antes.

Mientras las pesadas botas crujían sobre la nieve en dirección a él, supo que haría falta más que un error para conseguir que Darth Vader cayera.

Levantó la cabeza y habló dolorosamente entre sus apretados dientes. —Accedió a mantenerse al margen… —La sangre manaba desde sus dientes hasta la nieve.

—Mentí. —Dijo su maestro—. Como he hecho desde el principio.

El poder del Lado Oscuro lo levantó de la nieve y lo elevó por el aire. El dolor amenazó con sobrecargar su sistema nervioso, pero se negó a gritar.

«¿Desde el principio?».

—¡Nunca planeó destruir al Emperador! —Gimió.

—No… contigo no.

Vader le empujó con facilidad hacia el borde de la montaña helada. Se deslizó por el suelo, aferrándose débilmente a la nieve, y después cayó por el precipicio.

El mundo giró durante un momento, y pensó que se había desmayado al caer. El final de la montaña estaba centenares de metros más abajo, imposiblemente distante. Pero no parecía estar acercándose, lo que le desconcertó por un momento.

Cuando recuperó el control de sí mismo, descubrió que se aferraba a la cara de la montaña con sus últimas fuerzas.

Un sentimiento de aceptación se apoderó de él. La misión que su maestro le había encomendado había terminado: los rebeldes se habían reunido en un solo lugar para poder ser detenidos y asesinados. Ese era el motivo por el que Darth Vader le había perdonado la vida cuando le había herido en la espalda siguiendo las órdenes del Emperador. Su única tarea pendiente era morir.

Pero en ese sentimiento también había culpa. Por haber planeado utilizar la alianza para sus propios fines se merecía cualquier destino que le esperase.

Mas una parte de él estaba furiosa por el modo en el que le habían burlado. Él había traicionado a su maestro, sí, pero su maestro lo había traicionado primero. Esa parte de él deseaba levantarse y continuar la lucha. Con la Fuerza de su lado, podría derrotar a Darth Vader y liberar a los demás.

• • •

Derrotar a su Maestro, como no había podido hacer dos veces ya.

Sólo entonces se dio cuenta de que eso era exactamente lo que Vader intentaba hacer. «Por orden del Emperador…». Por supuesto que había sido un engaño desde el principio.

Su resurrección, su «muerte», incluso su secuestro en Kashyyyk. Vader y su aprendiz eran marionetas que bailaban al son del Emperador, entonces y siempre. Aunque estuvieran enredados, los hilos seguían allí.

Quiso reír, pero sólo le salió un jadeo corto y doloroso. Su maestro apareció en el cielo que tenía encima, con su silueta amenazante, bloqueando el mundo.

—Sin mí… —Susurró el aprendiz—. Nunca conseguirá… ser libre…

Darth Vader levantó la espada ensangrentada, pero el sonido de otra espada láser activada lo obligó a darse la vuelta.

El aprendiz no podía mantener los ojos abiertos durante más tiempo. Tenía los dedos entumecidos, no sentía nada. Ligero, parecía flotar lejos de la pared de la montaña. Tenía los ojos cerrados y de algún modo podía seguir viendo. Como si estuviera en una posición muy elevada observó a su maestro darse la vuelta para enfrentarse a Obi-Wan Kenobi.

El Señor Oscuro se quedó inmóvil. En ese momento de duda, el Maestro Jedi muerto lo atacó, con un gesto de decisión en la cara. En el último momento, Vader se defendió y después volvió a defenderse, dio un paso atrás, hacia el precipicio, para luego atacar. Con dos golpes rápidos, tanto que parecieron una mancha en el aire frío, desarmó a Kenobi y lo partió en dos.

Cuando las piezas cayeron al suelo, el holograma que las cubría desapareció. Con chispas irregulares y esparciendo sus delicados componentes en la nieve, PROXY tembló una vez y después, sus fotorreceptores se apagaron.

Darth Vader se acercó y golpeó el cuerpo del droide con el pie. Éste no reaccionó.

Al recordar al aprendiz, volvió hasta el precipicio. El chico al que había arrancado de Kashyyyk que lo miraba con desinterés, sin temer ser descubierto. No obstante, Vader no vio nada, porque no había nada que ver. Su ex aprendiz era menos que una idea en el viento, apartado de todo lo que había sido y de todo lo que no había conseguido por un acto de voluntad mayor que cualquiera que hubiese logrado con anterioridad.

Vader bajó su espada láser y volvió hacia las ruinas, donde las tropas de asalto habían atado a los rebeldes como a criminales y los conducían a través de las puertas derribadas.

De repente, el aprendiz volvió a su cuerpo. El precipicio y su vida arruinada estaban mucho más arriba que él. No sentía nada, ni física ni emocionalmente, salvo una vaga curiosidad.

«¿Qué tiene la muerte —se preguntó—, que saca lo mejor de mí? Primero veo el futuro… después abandono mi cuerpo…».

El mundo se volvió negro y frío. No había nada que pudiera hacer para evitarlo, así que se rindió y dejó que todas sus preocupaciones se disolvieran.

Un último pensamiento cuajó de manera incompleta en su mente: «Ojalá hubiera podido decírselo a Juno…». Después se sumió en una profunda oscuridad sin sueños.

TREINTA Y SEIS

Juno parpadeó lágrimas mientras movía la nave. El despegue más rápido de su vida podía haberla alejado del alcance de la emboscada imperial y el dispositivo de seguridad podía haberla mantenido fuera de la visión del destructor estelar, pero no podía hacer nada más que esperar que las fuerzas de Vader hubieran acabado la limpieza antes de volver a entrar en escena. Se obligó a sí misma a adoptar una órbita de aspecto inocente alrededor de Corellia y a aguardar una abertura. Si entraba demasiado pronto, pondría en peligro la única oportunidad que le quedaba.

«Mi amo la necesitará más tarde», le había dicho PROXY. Fuese lo que fuese lo que el droide tenía en mente, deseaba que hubiera funcionado, si no, regresaría en vano.

La nave de Vader despegó en un remolino de vapor. Acompañada de cerca por sus cazas imperiales de escolta, atracó en el destructor estelar y desapareció de la vista. Ella no sabía exactamente qué contenía, pero podía imaginárselo.

«Cogedlos con vida. El Emperador quiere ejecutarlos personalmente».

Un sentimiento de urgencia y frustración la hizo levantarse y caminar por el interior de la nave, esperando quemar parte de la energía que la corría. No sirvió de nada. Había demasiados recuerdos dentro de las salas abigarradas: el viejo vendaje de Kota desechado en el compartimento de carga, la cámara de meditación en la que había descubierto el conflicto interior que Starkiller sufría, piezas que habían sobrado de la reparación de PROXY.

Intentó gritar, pero el eco sólo hizo que los espacios de la nave parecieran aún más vacíos que antes.

Finalmente, el destructor estelar se apartó de la órbita de su objetivo y salió de la atmósfera. Miró cómo se alejaba cada milímetro del camino, atenta a cualquier señal de que pudiera tratarse de un engaño. Incluso cuando llegó al espacio abierto y activó su hiperimpulsor, continuó caminando durante diez minutos más, lo suficiente para asegurarse de que el lugar no estaba siendo vigilado, pero antes de que la Seguridad Coreliana apareciera para realizar una tardía y seguramente predeterminada limpieza de la zona. El Diktat local era poco más que una marioneta del Gobernador Imperial. Al igual que en Kashyyyk y en Raxus Prime, todos los rastros de lo que había ocurrido allí pronto se barrerían bajo la alfombra.

Antes de que eso ocurriera, puso la nave en un descenso rápido y protegido, esperando contra toda esperanza que alguien, cualquiera, hubiese sobrevivido.

La *Sombra Furtiva* se quedó suspendida gracias a sus repulsores, al mismo nivel que el nido del águila. Miró a través del visor principal las columnas destrozadas y la propia sala. No había nada más que escombros y marcas de blasters en las paredes. Los Senadores habían desaparecido, por supuesto, y Kota también. Los cadáveres de los guardaespaldas habían sido arrastrados hasta el pasillo exterior; sin embargo, no vio nada más que uniformes planetarios entre los miembros esparcidos allí.

Algo le llamó la atención del saliente que había fuera. Un cuerpo, partido en dos. Jadeó al reconocer la piel gris de PROXY. La nieve lo había cubierto parcialmente, por lo que mantuvo la nave por encima de él para apartarla. Al hacerlo, dejó al descubierto una mancha de sangre seca no muy lejos y divisó una serie de pasos que conducían hasta el borde del precipicio.

No quería mirar, pero debía hacerlo.

Había un pequeño punto marrón al fondo del precipicio.

Juno alargó la mano para aferrarse a los controles de los sensores de la nave, pero después lo pensó mejor. Necesitaba verlo con sus propios ojos.

Llevó la nave hasta allí dejando que la gravedad la guiara por la superficie de la montaña y se preparó para lo que iba a encontrar.

Estaba tendido sobre un costado, encogido como un niño, con una mano cerca de la cara. El aire de la nave hizo que el pelo y la capa se movieran imitando la vida. Fue una ilusión cruel. La nieve bajo él tenía apenas unos centímetros de grosor, no lo bastante para haber amortiguado una caída desde esa altura.

Con el desinterés racional de alguien que mantenía sus emociones cuidadosamente controladas, se debatió entre recoger su cadáver y llevárselo, o dejarlo como prueba material con la esperanza de que animara a algún miembro honesto de la Seguridad de Corellia a investigar en profundidad y preguntarse qué había sucedido realmente.

La mano de Starkiller se agitó con el aire, y ella supuso que también era una ilusión.

Cuando se volvió a mover, Juno casi estrelló la nave en su prisa por aterrizar. Corrió hacia él antes de que la orden de parada hubiese llegado a los motores.

Él intentaba sentarse, sin mucho éxito, pestañeando nieve y balanceando el brazo izquierdo débilmente en el aire. Se arrodilló junto a él y le pasó los brazos por debajo. Cuando lo hubo cogido, él logró inclinarse mejor. A él le sorprendió que ella lo ayudara y la miró con su único ojo abierto como si no hubiese notado la llegada de la nave.

Sus labios se movieron, pero Juno no pudo oír lo que trataba de decir. —Soy Juno—. Intentó tranquilizarlo por si la caída le había afectado la memoria, la comprensión o ambas cosas.

—Juno. —Repitió como si luchara por abarcar un pensamiento vasto y complicado—. Yo me llamo… —Se detuvo y tragó saliva—. Me llamo Galen.

Eso fue la gota que colmó el vaso. Ella se aferró a él y lloró por PROXY, que había muerto intentando salvarle, y por todos aquellos cuyas esperanzas y sueños iban a sufrir una suerte similar. Lloró por sí misma y por la vida que había perdido cuando Darth Vader los había traicionado por primera vez. Lloró por la Alianza Rebelde, que había muerto unos minutos después de nacer. Lloró por toda la gente de la Galaxia, cuyo destino estaba en manos débiles y falibles. Él le palmeó débilmente el hombro, como queriendo consolarla y eso sólo empeoró las cosas.

Al final, el torrente de dolor se apaciguó y retomó el control sobre sí misma. Sus extremidades se estaban entumeciendo, así que él debía estar completamente congelado. Era una estupidez, ya que la rampa de la nave estaba a menos de cinco metros.

—Tenemos que irnos. —Dijo ella.

Él asintió y después hizo un gesto de dolor cuando ella le levantó la pierna derecha, que estaba debajo de su cuerpo.

«Debe de tener los huesos rotos en mil pedazos», pensó ella. Sin embargo, consiguió levantarse e incluso caminar con poca ayuda. Casi perdieron el equilibrio un par de veces mientras subían la rampa, pero pronto la calidez de la nave los envolvió a ambos. Él se dejó caer temblando en el asiento del copiloto y se cogió la cabeza con las manos mientras ella calentaba los motores y se preparaba para despegar.

Repasó la horrible caída por el precipicio. Cuando llegaron a la cima, él extendió una mano temblorosa y dijo:

—Para ahí.

Ante ellos estaba la escena de la traición de Vader. La miró apretando la mandíbula y los ojos brillantes durante un minuto, y después dijo:

—Mi espada láser.

Ella lo entendió. Había apenas suficiente espacio para aterrizar la nave, pero él se había puesto en pie antes de que ella pudiese decírselo. Moviéndose dolorosamente, pero con todos los miembros a pleno rendimiento, volvió hasta la rampa y esperó a que ella la abriera.

Cuando la nave estuvo en posición, él saltó y fue cojeando hasta el nido del águila. No perdió el tiempo y reapareció unos segundos después con su espada láser desactivada en la mano. Ella bajó la nave tan cerca del suelo como se atrevió para ayudarle a subir. En cuanto oyó las botas en la cubierta, cerró la rampa, activó el dispositivo de seguridad y se dirigió hacia el cielo.

—Todos han desaparecido. —Dijo él mientras volvía a sentarse—. Vader se los llevó a todos… para entregarlos al Emperador.

Juno no vio ningún motivo para negar lo evidente, solamente para consolarlo. Pero había elementos del plan de Vader que le hacían preguntarse si todo podría estar tan preestablecido.

—No lo entiendo. —Dijo ella—. ¿Por qué iba Vader a dejarnos… no, a animarnos a destruir tantos objetivos imperiales?

—Para que nos creyésemos su engaño. —Dijo él, con los labios convertidos en una delgada línea blanca—. Méritos, naves espaciales, vidas imperiales… Nada significa nada para Vader. Me necesitaba para encontrar a los enemigos del Emperador, no importaba lo que costase. E hizo exactamente lo que quería…

Juno veía cómo su dolor se transformaba evidentemente en rabia al darse cuenta de cómo su Maestro lo había tomado por tonto. Era difícil ponerse en su piel, pero sus vidas tenían varios puntos de coincidencia: una figura paterna desaprobadora que al final los había traicionado, un sentido del deber que les había llevado a cometer actos que sabían que estaban mal y un futuro cada vez más incierto ante ellos.

Sin saber cómo se tomaría su intento de acercamiento, alargó el brazo y le colocó la mano sobre el hombro.

—Sí, hiciste lo que quería. No tiene sentido que te escondas de ello. Y ahora el destino de la Alianza descansa sobre tus hombros. La pregunta es: ¿qué vas a hacer al respecto?

Él la miró, sorprendido por su sinceridad, y después miró la empuñadura de su espada láser sobre su regazo, luchando con sus emociones y sus pensamientos. Ella retiró la mano y le dejó pensar, sabiendo que a ella le había costado mucho hacer el cambio de dirección que la había conducido a creer en la causa de los rebeldes, y ni siquiera se había dado cuenta de que había cambiado completamente de bando hasta que Starkiller se había revelado como traidor, antes de volver a Raxus Prime.

Cuando levantó la cabeza y se volvió hacia ella, estaba decidido. El dolor se había convertido en rabia y eso a su vez se estaba convirtiendo en determinación. Era como ver carbón transformándose en diamante en un horno industrial de alta presión. Starkiller se estaba convirtiendo en una persona diferente mientras ella le miraba, como había hecho Kota durante su breve estancia en Corellia.

No, «Starkiller» no, se recordó a sí misma. Galen.

—Vamos a perseguir a Vader. —Dijo con voz feroz, pero baja—. Y a los rebeldes.

Ella asintió brevemente, pensando que sonaba muy sencillo, pero era probable que fuese cualquier cosa menos fácil.

Habían salido de la atmósfera y aceleraban alejándose de las concurridas vías aéreas del planeta. El destructor estelar que se había llevado a Vader y a sus prisioneros había desaparecido hacía tiempo.

—¿Adónde? —Preguntó ella, articulando la primera de las muchas preguntas que la asaltaban.

—No lo sé. —Admitió—. Todavía no.

Cerró los ojos y se inclinó sobre el asiento del copiloto.

—No te duermas sin darme alguna idea. —Dijo ella, incapaz de ocultar la preocupación de su voz.

—No duermo. —Dijo él sin abrir los ojos—. Medito, o intento hacerlo. Los Jedis a veces pueden tener visiones del futuro.

Parecía tenso e incómodo. Nunca le había visto con las manos cruzadas sobre el regazo tan quietas. «Seguro —pensó ella—, que ésa no era la clase de entrenamiento que Darth Vader le había dado. Meditar no tenía nada que ver con cazar y matar, o con la persecución de inocentes».

—¿Lo habías hecho antes? —Preguntó ella, curiosa por saber si era un entrenamiento que él mismo se había impuesto con los años.

Él sacudió la cabeza una sola vez.

—Nunca había sido un Jedi.

Una intensa quietud fluyó a través de él, tan visible como si hubiera cambiado de color. Ella abrió la boca y la volvió a cerrar. Sería mejor dejar que se concentrara y continuar con el trabajo de preparar la nave para el hiperespacio.

Corellia se convirtió en una pequeña bola azul y verde detrás de ellos y el tráfico empezó a desaparecer. Tomó lecturas de navegación de las fábricas orbitales del planeta y las comprobó con las de los otros cuatro mundos habitables del sistema. Todo estaba de acuerdo con los parámetros del ordenador de navegación. A continuación realizó una exhaustiva comprobación del hiperimpulsor para asegurarse de que los imperiales no lo hubieran tocado. La nave había estado fuera de su vista menos de una hora, pero en ese tiempo se podían hacer muchas cosas. Los humidificadores inerciales podían alterarse para que fallaran en un momento crítico, aplastando a todos los pasajeros con las tremendas aceleraciones que se sufrían durante un salto. Los escudos podían agitarse y dejar la nave vulnerable a los impactos del polvo interestelar. Los generadores de campos cuánticos nulos podían temporizarse para lanzarlos en medio de la nada. Podía pensar en una docena de maneras en las que Vader podría haberse cubierto las espaldas para evitar su huida. Las comprobó todas personalmente, una a una.

Nadie los había seguido desde Corellia. Por lo que ella sabía, nadie controlaba su partida.

Junto a ella, Galen respiraba lenta y acompasadamente con los ojos cerrados. Pasó una hora sin que cambiara nada. Fuera lo que fuera lo que estaba haciendo, era evidente que no resultaba fácil. Su comprensión de la Fuerza se limitaba a las historias que se mofaban de las supersticiosas creencias de una religión vieja y pasada de moda, más los rumores que continuaban circulando entre las filas imperiales. La purga de los Jedi podría haber sido hacía años, pero la gente tenía buena memoria. Los oficiales de una cierta generación seguían recordando la Orden 66 y las Guerras Clones El relato interminable de esas historias había creado un extraño telón de fondo de hechos distorsionados, creencias erróneas y pura desinformación que emergía cada vez que se mencionaba la palabra «Jedi».

Una tenue vibración hizo que las cubiertas de la nave traquetearan. Preocupada, comprobó los sublumínicos. Lo encontró todo en orden y supuso que habían pasado por una región de denso polvo interplanetario.

Cuando la vibración reapareció, más fuerte y prolongada que antes, y la causa siguió siendo desconocida, empezó a preocuparse por el tipo de sabotaje que se le podría haber pasado por alto… El generador, los estabilizadores o incluso los módulos de respiración…

Un débil sonido a su izquierda interrumpió sus pensamientos. Se volvió para mirar a Galen y sus ojos se abrieron de sorpresa. Su espada láser flotaba en el aire, delante de él, girando lentamente como en una caída libre.

Juno la observó durante un momento y después alargó la mano para comprobar los generadores de gravedad. Se detuvo, sabiendo que no les pasaba nada. Podía notar el campo a su alrededor, funcionando con normalidad. Aun así, la espada láser flotaba, y mientras ella miraba, más elementos de la cabina fueron uniéndose a su baile aéreo: su blaster y su funda, una taza, una pantalla de datos. La nave volvió a temblar, como si algo poderoso y misterioso interfiriera sutilmente con su funcionamiento.

Los ojos de Galen giraron bajo sus párpados cerrados. Entre sus cejas se había formado una línea. Los labios se retorcían. Juno levantó una mano para tocarlo, pero vio cómo sus dedos eran desviados sin esfuerzo. La Fuerza que llenaba la nave emanaba de él.

Él frunció más aún el ceño. Volvió la cabeza hacia la derecha y después hacia la izquierda.

—¿Galen? ¿Estás bien?

Las manos de Galen se cerraban y se abrían, todo su cuerpo empezó a retorcerse, haciéndola saltar.

—Galen, ¿me oyes?

Él gimió suavemente, como en medio de una pesadilla. Tenía la piel empapada de sudor. Ella se acurrucó en el asiento del piloto, incapaz de hacer nada más que mirar.

Él volvió a gemir, esta vez más fuerte. Dio patadas con las piernas, haciendo que toda la cabina se sacudiera. Los objetos que flotaban en el aire empezaron a girar alrededor de ambos. Las luces parpadearon.

—No. —Dijo él con claridad. Movía la cabeza de lado a lado, con la cara bloqueada en un rictus de dolor—. No, ¡Kota…!

Abrió los ojos de repente. Ella jadeó. Los objetos que había a su alrededor chocaron contra el suelo. Él miró hacia la nada durante un momento, como loco, asustado. El pecho le subía y bajaba como si acabase de correr una maratón. Su respiración era el único sonido de la repentinamente inmóvil cabina.

—¿Qué? —Preguntó ella cuando ya no pudo soportar más el silencio—. ¿Qué has visto?

Él se volvió hacia ella y la miró como si no la reconociera.

Entonces sacudió la cabeza y las visiones que ensombrecían su mirada desaparecieron.

—Algo terrible. —Dijo con voz temblorosa—. Una enorme estación espacial, todavía en construcción. —De repente se adelantó y le cogió la mano. Sus dedos se aferraron a los de ella con una fuerza sorprendente.

—Sí. —Dijo—. Prepara una ruta hacia el Borde Exterior. El sistema Horuz.

Un escalofrío más frío que la nieve de las montañas de Corellia la atravesó.

—¿Qué nos espera allí, Galen?

—Te lo diré por el camino. —Dijo él, retrocediendo ligeramente—. Al menos lo que sé.

Juno vio un nuevo dolor en sus ojos y eso la asustó.

—¿Sabes cómo va a terminar?

«¿Para Kota? ¿Para nosotros?».

Él vaciló y después negó.

—No.

Ella no estaba segura de creerle, pero dejó las cosas así y se dio la vuelta para preparar la nave para la velocidad de la luz.

TREINTA Y SIETE

«Sistema Horuz».

El aprendiz se disculpó cuando emprendieron el camino y se retiró a la cámara de meditación, no para meditar, sino para comprobar los daños de su espada láser y para ordenar los pensamientos que cruzaban su mente. Supuso que esto último era algún tipo de meditación, pero no era algo en lo que Juno pudiera ayudarle. La presencia calmante y tranquilizadora que ella le había proporcionado en la cabina no era lo que necesitaba.

«El planeta Despayre».

Se arrodilló en el centro de la habitación y desmontó el arma, limpiando y reinstalando cuidadosamente sus piezas una a una. La espada láser nunca había brillado con luz roja, pero había sido empuñada por un Sith igualmente. Sus cristales nunca volverían a estar limpios. Los cambió todos, activó la hoja y descubrió que su resonancia había mejorado mucho. Como arma, su función era la misma, pero en sus manos funcionaría mejor que nunca.

«La Estrella de la Muerte».

Todo se reducía a las armas para el Imperio.

Suspirando, apagó la hoja y se enfrentó a las visiones que había tenido mientras meditaba. Había visto el futuro antes, varias veces, mientras estaba al borde de la muerte, pero esto era diferente. Esta vez había tomado la elección consciente de atravesar las fronteras del presente y había tomado esa decisión en un claro acto de voluntad. Lo cual no hacía que la interpretación de lo que había visto fuera más fácil. De hecho, o hacía más difícil, porque en lugar de recordar fragmentos aislados, lo recordaba todo y no todo podía ser cierto. Al menos no todo al mismo tiempo.

El futuro era una maraña de posibilidades, algunas probables, otras terriblemente improbables, mezcladas con certezas que permanecían inmutables en todos los resultados. La Estrella de la Muerte era una de esas certezas, una enorme estación de guerra que, una vez terminada, infundiría todavía más terror sobre los súbditos del Emperador y aseguraría su dominio de la Galaxia. Su localización era otra certeza, así como que allí era adonde Vader había llevado a los prisioneros.

El aprendiz sabía eso con seguridad. El resto era un pantano de contradicciones. En algunos futuros, sobrevivía. En otros, caía. Juno vivía, Juno moría. Estaban juntos, estaban separados. Los rebeldes triunfaban, los rebeldes eran aniquilados. En uno de los futuros, incluso PROXY seguía con vida, algo que era evidente que no había ocurrido en la línea temporal que él ocupaba.

La visión de un universo mayor de lo que podía y no podía haber sido le producía dolor de cabeza y hacía que prepararse para lo que iba a suceder fuera aún más difícil.

El recuerdo de PROXY le hirió. El droide había sido liberado de su programa principal gracias al Núcleo en Raxus Prime, y eso le había permitido sacrificarse por su amo en lugar de intentar matarlo. El aprendiz intentaba entenderlo. ¿Para qué servía la libertad si

conducía a la muerte? ¿Habría sacrificado él su vida por PROXY si se hubieran intercambiado los papeles? ¿Lo haría por Juno?

Cada vez que Juno lo llamaba Galen, sentía un pinchazo emotivo muy diferente.

En Raxus Prime, cuando había intentado invocar la inocente audacia del chico que una vez había sido para derribar los destructores estelares, nada se había movido dentro de él. Ningún recuerdo, ninguna personalidad escondida, ninguna fuerza oculta. Se había preocupado por ello desde entonces, peguntándose si su visión de Kashyyyk había sido un error después de todo, o si Galen había sido borrado tan concienzudamente que no quedaba ni un vestigio de él.

Pero ahora lo entendía. Cuando se había vuelto hacia Juno en la base del precipicio y le había dicho su nombre, había sido él quien se lo había dicho, no el fantasma de su antiguo ser. Galen había hecho caso omiso de sus invocaciones en Raxus Prime, porque ya estaba allí. Había tenido la fuerza para hacer lo que debía hacer. Siempre la había tenido. Había sido Galen, al igual que el aprendiz de Darth Vader, el que había invocado la imagen de Juno para ganar fuerzas. Eran la misma persona.

No obstante, todavía era incapaz de pensar en sí mismo de ese modo. No había sido nada más que un aprendiz durante toda su vida consciente. Podrían pasar años antes de que se liberara completamente de la contaminación de su maestro, si sobrevivía durante tanto tiempo…

Cerró los ojos cansados e inmediatamente las imágenes lo superaron:

El Emperador muerto y Darth Vader al mando del Imperio con él a su lado…

Darth Vader muerto y el aprendiz nombrado como sucesor por el propio Emperador…

Kota apuñalándolo por la espalda y ambos muriendo en una exhalación fatal de la Fuerza…

Kota luchando contra el Emperador y cayendo, alcanzado por rayos Sith hasta quedar apenas reconocible…

—Nos acercamos a Horuz. —Dijo Juno desde la cabina.

Se obligó a abrir los ojos, sin saber cuánto tiempo había estado sumido en esos recuerdos futuros. Apoyado sobre las piernas, que aún parecían inseguras después de todo lo que le había ocurrido recientemente, se ciñó la espada láser a la cadera y se unió a ella mientras la nave salía del hiperespacio.

• • •

La Estrella de La Muerte era exactamente como él la había visto a través de la Fuerza. Del tamaño de una luna pequeña, flotaba torva sobre el planeta prisión, todavía en construcción, pero como una esfera reconocible, diseñada para ser sólida de punta a punta, con un plato cóncavo hundido en un lado como un gran cráter, probablemente era

un enorme sistema de comunicación o de sensores. Las líneas de la estación se desdibujaban a causa de los millares de droides, desde pequeñas unidades de construcción hasta enormes grúas y soldadores, que dejaban en ridículo incluso a los del astillero de Raxus Prime. Los agujeros en el blindaje protector exterior revelaban un enorme esqueleto, lo bastante fuerte para aguantar una aceleración significativa. Los generadores de gravedad, del tamaño de bloques de oficinas, proporcionaban un agarre seguro a todos los seres y las cosas de su radio de operación. No conocía las especificaciones de los diferentes reactores, unidades y sistemas de respiración de los que dependería la diabólica estación cuando fuera completamente operativa, pero podía imaginárselo.

A veces, la imaginación no era buena.

La telemetría mostraba miles de naves al alcance de los sensores. Las inmediaciones de la estación estaban plagadas de naves de apoyo que llevaban materias primas y se marchaban cargadas de desperdicios. Algunas eran transbordadores de corto alcance evidentemente diseñados para moverse entre el lugar de la construcción y la cárcel de Despayre, sobre la que orbitaba. Otros eran cargueros BFF-l. Mientras miraba la increíble empresa que se llevaba a cabo ante él, el aprendiz se dio cuenta de que había descubierto la respuesta de un misterio.

—Supongo que esto explica por qué el Imperio quería a todos esos esclavos wookiee. —Dijo—. Los droides solos no podrían construir este monstruo. Ni en mil años. Ni tampoco la escoria que suele encontrarse en una cárcel imperial.

Juno asintió distante, con la atención centrada con firmeza en pilotar la nave. Se movían rápidamente, conscientes de la carga de cristales de estigio del dispositivo de protección. Con tantas naves imperiales cerca, incluidos docenas de cazas imperiales apoyados por no menos de seis destructores estelares que patrullaban la zona, apagarlo no era posible. La *Sombra Furtiva* tenía que entrar y salir rápidamente para que Juno no fuese localizada e interceptada. Incluso a la velocidad máxima de seguridad, iba a ser complicado.

Él sentía el estómago lleno de hidrógeno al pensar lo que debía ocurrir a continuación. La *Sombra Furtiva* rodeó un robusto transporte de combustible que se cruzó en su camino y se deslizó entre dos grandes cargueros que seguían un curso paralelo hacia el polo sur de la estación. Una pieza de metal brillante, prueba de algún accidente, o quizá sólo un vertido de algún transporte de desechos sobrecargado, se dirigió hacia ellos, y Juno permitió que los escudos recibieran el impacto. El margen de error se volvía más pequeño a cada kilómetro. Cuando estuvieran lo suficientemente cerca para aterrizar, sería como volar a través de una sopa.

—Juno…

—No lo digas. —Ella miraba decidida hacia adelante mientras se aferraba a los mandos—. No digas ni una palabra.

Él se contuvo mientras los escudos recibían otro golpe, esta vez de un pequeño droide que perseguía un componente perdido con los manipuladores extendidos. El impacto hizo que la nave se tambaleara.

Ella le miró.

—Sólo dime que estás seguro. Esto es lo que tenemos que hacer, ¿verdad?

—Lo es.

La *Sombra Furtiva* atravesó una nube de gas naranja que dejó el visor principal, y sin duda también el casco, de un color diferente. Juno balanceó la nave hacia la derecha para evitar una roca del tamaño de un pequeño asteroide y apenas pudo evitar chocar contra un trío de cazas imperiales que apareció de repente desde detrás de otro carguero. Mientras buscaban un sector de cielo más seguro, los escudos recibieron otros cinco impactos. Un escudo, el trasero izquierdo, ya emitía una señal de aviso.

—Muy bien. —Dijo ella, moviendo interruptores a una velocidad de vértigo. A la sombra de una grúa gigante, la *Sombra Furtiva* se detuvo repentinamente—. Hasta aquí. No puedo llevarte más cerca.

El aprendiz volvió a comprobar la telemetría mientras se levantaba. Acababan de pasar a través de un campo que mantenía una delgada atmósfera alrededor de la enorme estructura. Supuso que para los esclavos. El aire era frío, pero respirable, la distancia de la superficie, cien metros.

—Es lo bastante cerca. —Dijo por encima del sonido de la rampa que se abría. Tenía la espada láser en la cadera, no había ningún motivo para esperar—. Mantén la nave oculta y espera fuera del alcance de los escáneres.

Ella le siguió hasta la rampa y salió con él, cosa que él no esperaba. Aguantándose con una mano en su hombro, miró por el borde. La visión producía vértigo, con todos los droides y las naves con luces de navegación parpadeando constantemente.

—Tengo un mal presentimiento. —Dijo ella.

Él intentó hablar con despreocupación.

—Entonces debemos de estar haciendo lo correcto.

Ella se apartó del borde y lo miró.

—¿Volveré a verte?

—Si puedo liberar a los rebeldes, habrá que sacarlos de aquí. —Hizo lo que pudo para sonar indiferente, pero los ojos de Juno no toleraban mentiras—. Probablemente no. No.

—Entonces supongo que no podré olvidar esto nunca.

Lo atrajo hacia ella y lo besó con fuerza en los labios.

Su primera reacción fue de total asombro.

Después, el tiempo se detuvo y él se sintió como si ya estuviera cayendo. Con una sensación de seguridad inesperada, la abrazó también y respiró su aroma, saboreando su tacto en los brazos. Juno Eclipse, antigua Capitana de la Armada Imperial y ahora piloto de la Alianza Rebelde. Juno, su compañera y ocasional ayudante de combate durante esos

largos meses y semanas. La mujer a la que le había confiado su vida en más de una ocasión y a la que volvería a confiársela sin dudarlo un segundo.

Durante un largo y maravilloso momento fueron únicamente Juno y Galen, y todo estuvo bien.

Entonces, algo chocó contra los escudos de la *Sombra Furtiva* y el suelo se movió bajo ellos. Se separaron, buscando algo más seguro a lo que aferrarse.

Ella miró el interior de la nave, evidentemente dividida entre su deber y él. Sus ojos brillaron con todos los colores de la Estrella de la Muerte y su propio azul intenso.

Él se colocó al borde de la rampa. El sabor de Juno seguía en sus labios. A pesar de todo, sonrió.

—Adiós, Juno.

Antes de que ella pudiera decir nada, él se dio la vuelta y saltó con los brazos extendidos a la atmósfera turbia. Brillaba dorado con el poder protector de la Fuerza y cayó tan recto y libre como una flecha hacia la superficie de la Estrella de la Muerte.

TREINTA Y OCHO

Los detalles que desde arriba se veían oscuros tomaron una claridad muy definida a medida que se iban acercando. Juno había colocado la nave por encima del ecuador. Lo que parecía una línea oscura y ancha resultó ser una zanja de inclinadas paredes llena de maquinaria de construcción, esclavos y vehículos de carga. Los emplazamientos de armas y los pelotones de tropas de asalto vigilaban de cerca a los trabajadores wookiee. Los soldadores láser lanzaban chispas brillantes al aire, mientras colocaban láminas gigantes de metal en su sitio. Amplias partes del casco seguían incompletas y permitían acceder al interior de la estación a los enjambres de droides de varias piernas que ayudaban en la construcción. Las correas transportadoras de componentes flotaban sobre lechos de repulsores saltando de lado a lado, como vías de transporte estelar en miniatura que cruzaban todos los ángulos imaginables.

El aprendiz zigzagueó entre montones de enormes vigas metálicas y otros escombros al tiempo que caía, confiando en que la Fuerza le protegería de lo peor. Mientras se acercaba a la superficie de la Estrella de la Muerte, se dio la vuelta para caer con los pies por delante y se abrazó para prepararse para el impacto.

Descendió con seguridad sobre el casco gris en un espacio abierto entre dos importantes lugares de construcción. Instantáneamente cogió la espada láser. Miró hacia arriba sólo una vez, pero no consiguió ver la *Sombra Furtiva* entre todas las estrellas móviles que tenía encima. «Si Juno tiene sentido común —pensó—, ya estará lejos de la estación de batalla, de camino hacia un lugar seguro».

«Ponte a salvo —deseó él—. Sigue bien».

Entonces, apartándola de su mente, al menos cuanto pudo, escogió al azar entre este y oeste y empezó a buscar una manera de penetrar en la estación. Sentía al Maestro Kota y a los demás en algún lugar de la enorme superestructura, pero sus marcas de Fuerza se veían ensombrecidas por la presencia de mucho sufrimiento. Si el Emperador también estaba allí, eso enturbiaría aún más todo el asunto. El aprendiz nunca había visto al maestro de su maestro en persona, pero el Lord Sith que había eliminado en solitario a prácticamente todos los Jedi de la Galaxia emitiría una sombra lo bastante profunda para esconder cualquier cosa.

Fiarse de la suerte tampoco lo llevaría lejos. Sólo la zanja del ecuador tenía más de quinientos kilómetros de largo. Necesitaba encontrar un mapa de algún tipo, o si no, un guía…

Corriendo como un fantasma de escondite en escondite, se acercó por detrás a una patrulla. Armados con largos fusiles blaster, paseaban casi con tranquilidad por una rampa que subía hasta la mitad de la pared sur de la zanja. Su trabajo parecía consistir en la vigilancia de una hilera de veinte esclavos que caminaban encadenados de un lugar a otro por el fondo de la zanja y lo hacían con la mínima diligencia mientras discutían sobre las posibilidades de promoción que surgirían cuando la estación estuviese

completamente operativa. Otra pareja de guardias observaba a los esclavos desde el extremo de la zanja. Había dos parejas más a cada lado de la fila.

El aprendiz saltó de cinta transportadora en cinta transportadora hasta que estuvo al mismo nivel que la pareja más cercana. Si todas las tropas de asalto trabajaban con el mismo grado de vigilancia, al menos tendría un minuto antes de que se diera la señal de alarma.

Levantó ambas manos y ahogó al soldado de asalto de la derecha hasta que éste cayó inconsciente sobre la reja; después, obligó al de la izquierda a volverse.

—Dime dónde se encuentran los prisioneros. —Dijo sin andarse con rodeos.

—Ah, cada una de las veinticuatro zonas tiene instalaciones para la restricción de trabajadores. —Dijo el soldado—. Esas bestias peludas de ahí abajo se vuelven locas. También hay bloques de celdas en el nivel de detención para traidores y espías.

El estómago del aprendiz dio un vuelco. Cuando hubiera registrado las veinticinco instalaciones, los rebeldes ya estarían muertos.

—¿Han llegado prisioneros nuevos?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Llevo trabajando aquí toda la semana.

—¿El Emperador o Lord Vader vienen alguna vez a supervisar vuestras operaciones por aquí?

—Constantemente. Ponen nerviosos a los ingenieros.

—¿Se colocan en algún lugar en particular?

—Se lo preguntas al tipo equivocado. No tengo conocimiento de los movimientos del Emperador. Inténtalo con el sargento Jimayne.

El aprendiz empezaba a darse cuenta de que perdía el tiempo.

—¿Has visto algún Jedi por aquí últimamente?

—¿Qué? ¿Es una broma? Los mataron a todos hace años. Eh… —El soldado miró la espada luz del aprendiz como si la viera por primera vez.

—¿Eso no es…?

El aprendiz lo dejó inconsciente con un solo pensamiento y pasó por encima del cuerpo del soldado. Antes de que los compañeros de la pareja de la otra punta de la zanja se diesen cuenta, echó a correr, pensando en las pocas posibilidades que tenía abiertas ante sí.

«Esas bestias peludas de ahí abajo se vuelven locas…».

Atados y contenidos, los veinte wookiees gemían en voz baja entre ellos. Muchos mostraban señales de desnutrición y malos tratos. Uno tropezó y recibió un tiro de aviso por encima de la cabeza de los guardias del otro lado de la zanja. El wookiee más alto, un enorme macho con una melena abundante y canosa, rugió en protesta y levantó las manos en posición de batalla. Sin embargo, las cadenas evitaron que hiciera más que eso y un tiro de blaster a sus pies le obligó a retroceder, gruñendo de frustración.

El aprendiz observó el incidente y sintió que un plan empezaba a tomar forma en su mente. Los esclavos superaban a los guardias en una proporción de dos a uno, si podía guiarse por esa pequeña muestra. Incluso una pequeña revuelta causaría una distracción

significativa. Más aún, si la única responsabilidad de los guardias era vigilar a los esclavos, ¿quién mejor para saber la distribución y las especificaciones de la estación que aquellos que la estaban construyendo?

Saltó de la rampa hasta una cinta de transporte, corrió directamente hasta la fila de esclavos y tiró a las tropas de asalto antes de que pudieran verle. Balanceó su espada láser dos veces más, cortando las cadenas del principal esclavo wookiee para dejar sus intenciones más claras y después utilizó la Fuerza para quitar la rampa de la pared opuesta su base con telequinesis, haciendo que los guardias cayeran al fondo de la zanja.

Para entonces, los guardias del fondo ya reaccionaban: reunieron a los wookiees que tenían delante para formar una barrera defensiva y pidieron refuerzos. El aprendiz liberó a tres esclavos más. Los cuatro tomaron las armas de las tropas de asalto caídas. En cuestión de segundos había estallado una batalla a gran escala.

El aprendiz se abrió camino hasta el gran macho que rugió con la boca abierta en señal de gratitud. Cogió uno de los blasters de sus compañeros, pero no apuntó a los guardias o a los emplazamientos de las armas que empezaban a apuntar hacia la pequeña insurrección, sino a las cadenas que todavía ataban a sus compañeros wookiees. Con un movimiento de cabeza indicó que el aprendiz debía ocuparse del resto de los guardias, y empezó a empujar a los suyos hacia el refugio más cercano.

El aprendiz vio que el plan tenía sentido. Dio un salto con la Fuerza por encima del escudo de wookiees y aterrizó entre los guardias. Se ocupó de ellos rápidamente y sus blasters cayeron de inmediato en manos de los últimos esclavos liberados. Juntos corrieron a buscar refugio en un hueco de la pared inacabada de la zanja y pronto se perdieron en la intrincada infraestructura de la estación.

Al aprendiz le resultaba difícil mantener el ritmo de los wookiees, con su gran alcance y su facilidad para trepar, pero cuando alcanzó al gran macho, le cogió un brazo peludo y lo hizo parar.

—No entiendo tu lengua. —Dijo el aprendiz, yendo directo al grano—. Pero espero que tú me entiendas. El Emperador ha hecho prisioneros a unos amigos míos. Necesito encontrarlos. ¿Puedes ayudarme?

El wookiee sacudió la cabeza y después rugió para que uno de sus compañeros se acercase. Los dos intercambiaron aullidos y gruñidos acompañados de gestos exagerados. Después, el segundo asintió enfáticamente.

Ambos se volvieron hacia el aprendiz mostrando los dientes. Se lo tomó como una buena señal.

—Así que tú no lo sabes, pero tú sí. —Dijo, apuntando primero al gran macho y después al otro, un wookiee desgarbado de sexo indeterminado con el pelo irregular y los ojos inyectados en sangre—. ¿Puedes mostrarme cómo llegar allí?

Ambos asintieron. El gran macho levantó un dedo, después se volvió hacia el resto del grupo. Dos wookiees más se detuvieron y el resto siguió adelante.

—¿Los cuatro venís conmigo? —No sabía cómo sentirse. Tenían tres blasters entre los cuatro, pero él no había planeado dirigir un ejército. El gran macho parecía

indignado—. Muy bien, muy bien. —Dijo, para evitar una discusión—. Indicadme el camino.

Una mano grande y peluda se posó sobre su hombro y lo apretó lo bastante fuerte para hacer crujir la articulación. Después empezaron a moverse como uno solo, cuatro wookiees huidos y un solo humano que pretendían tomar al asalto la Estrella de la Muerte.

Volvieron hacia la zanja, donde el incidente había hecho estallar una gran respuesta. Vehículos de diversos tipos y pelotones de soldados de a pie examinaban las marcas de los blasters y las cadenas cortadas. Varios habían organizado expediciones hacia la superestructura, en busca de los esclavos huidos.

El wookiee delgado señaló que debían ir hacia el oeste, siguiendo una ruta paralela a la zanja. Treparon sobre conductos de cables tan gruesos como barriles de vino y se deslizaron por huecos estrechos incluso para un niño. Alrededor de ellos resonaban extraños ruidos, seguidos de arañazos agudos y descargas de estática. La estación parecía casi un ser vivo, lo que los convertía en pequeños insectos que se deslizaban sobre su piel. La metáfora complació al aprendiz. Los insectos llevaban enfermedades a algunos planetas. El bicho más pequeño podía significar la caída del mayor de los huéspedes. Una sola picadura en el lugar adecuado, tal vez era lo único que hacía falta para destruir todo lo que el Emperador apreciaba…

El wookiee que dirigía el grupo se detuvo repentinamente, confundido. Ante él había un complejo entramado de tuberías y mangueras que no podía vadear. A juzgar por las acusaciones que iban y venían, evidentemente era una característica de la estación nueva para todos los wookiees. Tras muchos gestos y aullidos, pareció quedar claro que habría que cruzar la zanja y continuar el camino por el lado opuesto.

Se acercaron tanto al espacio abierto como se atrevieron e hicieron balance. Estaban a cierta distancia del lugar donde habían estallado los disturbios, pero la alerta se había propagado. Las tropas de asalto mantenían los blasters preparados, los vehículos no paraban de dar vueltas, cubriendo la zanja con sus armas. Cada treinta segundos un escuadrón de cazas imperiales pasaba por encima. Las sirenas añadían un contrapunto constante, poniendo nervioso al aprendiz.

—Supongo que no hay alternativa. —Dijo a sus peludos compañeros.

El gran macho indicó con gestos que la única alternativa era volver atrás, bajar a un nivel inferior de la superestructura y pasar por debajo de la zanja hacia el otro lado.

Pensando en el tiempo que había pasado, el aprendiz negó. El gran macho mostró los dientes adelantándose a los acontecimientos.

—Muy bien. Yo iré primero. Dadme diez segundos antes de empezar a disparar y después otros diez antes de que saquéis vuestras cabezas peludas. No quiero que ninguno de vosotros sea herido innecesariamente. —El gran macho hizo un gesto de «¿quién, yo?» lleno de rabia burlona y asintió—. Bien.

Un trío de cazas imperiales pasó por fuera. El aprendiz esperó hasta que uno de los AT-AT estuviera alineado con su escondite, luego se impulsó hacia afuera.

Los emplazamientos automáticos de armas le divisaron instantáneamente. El fuego rojo de las armas dejó una línea de explosiones por el casco remendado de la estación, mientras él se escondía entre las enormes patas del AT-AT. Recogiendo componentes de la correa de transporte más cercana, lanzó una serie de misiles a gran velocidad hacia las torretas y dejó cinco fuera de servicio. Una descarga de rayos Sith dejó fuera de combate al AT-AT y un buen golpe lo hizo caer estrepitosamente, proporcionando a los wookiees una protección cuando llegara el momento de cruzar.

El cuarteto ya había empezado a disparar a las tropas de asalto que convergían en el lugar. Un furioso intercambio de fuego de blasters llenó el aire de energía. El aprendiz desvió todo aquello que se dirigía hacia el AT-AT Y se metió en su compartimento de munición. La tripulación no era ninguna amenaza, porque todos habían muerto a causa de los rayos, pero se cuidó de no derribar ninguna de las cargas por si su contenido se había vuelto inestable. No quería que estallara, por el momento.

Manipulando un sencillo interruptor mecánico, saltó afuera otra vez y se unió a la lucha. Se acercaban otros dos vehículos. Debilitó el metal del casco bajo sus anchos pies y los hizo caer contra la superestructura. La siguiente patrulla de cazas imperiales se acercaba rápidamente.

Hizo una señal a los wookiees.

—¡Vamos!

Tres de ellos salieron de su escondite, dejando a un muerto por el intercambio de tiros. Gruñendo, corrieron desordenadamente tras él, saltando por encima de los huecos del casco y lanzando algún tiro ocasional para mantener a raya a los soldados de asalto. Los vehículos que se acercaban empezaron a disparar, levantando nubes de humo acre y metralla en su camino. Un segundo wookiee cayó, pero los demás no se detuvieron. En cuestión de segundos habían llegado hasta él y seguían adelante. Su guía apuntó hacia un panel de acceso que se abría insinuante en la pared opuesta de la zanja. El aprendiz bajó la cabeza y corrió a toda velocidad.

Tras él, accionado mediante telequinesis, el AT-AT caído explotó, utilizando su munición almacenada en un estallido devastador. En lugar de destruir todo lo que tenía cerca, la zanja canalizó la explosión a lo largo y alto de ella, engullendo a dos transportes cercanos, a las tropas de asalto que disparaban desde los guardarraíles y a los cazas imperiales que se acercaban. Una nueva serie de explosiones siguió a la primera y el aprendiz notó cómo la superestructura se movía bajo él. Los escombros llovían a su alrededor cuando finalmente llegaron a la escotilla y se metieron dentro.

Hicieron una pausa para recuperar el aliento y escuchar los ruidos de sus perseguidores. No les llegó ninguno, al menos inmediatamente. Cubiertos por las explosiones habían conseguido desaparecer.

—Bueno, parece que ha funcionado. —El aprendiz se limpió el hollín de los ojos—. Siento lo de vuestros amigos.

Con un solo sonido suave, el gran macho consiguió indicar que ésas eran sólo algunas de las muchas muertes que habían vivido recientemente, pero que agradecía el gesto.

Su guía le dio un tirón y le señaló una vía de acceso apenas lo bastante grande para que el aprendiz se arrastrara por ella. Acompañados por el sonido de las sirenas y la superestructura que se venía abajo, siguieron su camino rápidamente.

• • •

Con un wookiee delante y otro detrás, el aprendiz tuvo tiempo de sobra para acostumbrarse a su olor. O eso le parecía. Su pelaje era acre y nudoso y el estrés que acababan de vivir añadía fuerza a su aroma. Intentó no imaginar cómo sería compartir cabina con uno de ellos durante un tiempo y contuvo el aliento mientras lo dirigían a donde él quería.

Le sorprendió que el olor no le hiciera despertar recuerdos de su infancia en Kashyyyk, ya que las pocas imágenes que había recuperado de la muerte de su padre sugerían que había vivido allí durante un tiempo. Se preguntó si su padre habría estado trabajando para la resistencia en ese mundo embrutecido, o si habría sido un hombre de paz o un curandero que usaba la Fuerza para mitigar las heridas de los afectados por el puño de hierro del Imperio. Que quizá nunca lo supiera le parecía la mayor de las tragedias. ¿Cómo podía la vida de un hombre simplemente desaparecer? ¿Cómo podía otro hombre, aunque fuera Darth Vader, llevarse a un niño y remodelarlo por completo, arrancándole cualquier vestigio de su vida anterior y conservando únicamente la parte que quería, la habilidad con la Fuerza que había nutrido cuidadosamente y había guiado hacia el Lado Oscuro para que algún día sirviera para sus propios designios? No parecía posible, pero lo era. Él, que una vez había sido Galen, hijo de un caballero Jedi en Kashyyyk, era la prueba de ello.

Deseaba poder contarles a sus compañeros algo sobre su padre, para que pudieran llevarse un pedazo de él con ellos, asegurando su supervivencia en la memoria, si no podía ser en la vida. Pero no había nada, e intentarlo sólo serviría para quitarle valor al sentimiento. Así que se quedó callado y abandonó su última esperanza de que llegasen nuevos recuerdos.

Finalmente, la vía de acceso se ensanchó y se unió a otras varias en un cruce lo bastante grande para que los tres se pusieran en pie. Su guía, que el aprendiz empezó a creer que era algún tipo de técnico en láseres cuando no soldaba placas de blindaje a la superestructura, le explicó con gestos que no muy lejos había un puerto de desecho que le llevaría allí adonde quería ir. El puerto conducía a otro hueco muy peligroso, matiz que explicó con vigorosas señales con las manos y con dedos que cruzaban muchas veces la garganta. No supo entender exactamente cuál era el peligro, sin embargo, les aseguró a ambos que tendría cuidado.

A partir de ahí, debía seguir yendo hacia arriba.

—Gracias. —Les dijo cogiéndoles la mano por turno y dejando que le aplastaran los huesos de la suya—. Al ayudarme a mí, habéis ayudado a todo el mundo. Espero que algún día lo sepáis.

El macho grande le dio unos golpecitos cariñosos en la cabeza.

—¿Y vosotros dos? ¿No os pasará nada?

Los wookiees intercambiaron una mirada cansada. Encogiéndose de hombros, el más pequeño dejó claro que no tenía que preocuparse por ellos. El macho grande gruñó y empujó al aprendiz hacia la vía de acceso correcta. Resistirse no tenía sentido. Cuando se hubo apartado dos metros, se dio la vuelta y miró hacia atrás. Ya habían desaparecido.

—Bien. —Se dijo a sí mismo, menos aliviado de lo que había esperado sentirse al volver a estar solo.

Entonces volvió a arrastrarse, aunque estaba respirando un aire relativamente limpio, con sabor metálico, junto a complejos bloques de equipos a medio terminar que zumbaban y crujían. Deseó que los wookiees le hubieran dado las indicaciones correctas, si no, podría arrastrarse durante meses por la barriga de la estación sin encontrar nunca una salida.

Más adelante, sonando cada vez más fuerte, la conversación de las tropas de asalto le indicó que no lo habían guiado mal.

La vía de acceso terminó, como le habían dicho, en un puerto de desecho vigilado por un pelotón entero de soldados muy atentos. El aire caliente se arremolinaba a su alrededor, llegando en ráfagas ocasionales que les sorprendían. Dos emplazamientos de láseres cuadrangulares con tiradores humanos vigilaban el puerto. Cuatro vehículos caminaban ruidosamente por su línea de visión.

Se sentó, oculto durante un minuto para considerar sus opciones; después volvió atrás hasta el cruce anterior y se deslizó por un conducto de ventilación que llevaba hacia arriba, hacia una cornisa sobre la que estaban montados los cañones. Asomó la cabeza por el final y utilizó la telequinesis para crear una distracción más abajo. Mientras la atención de los guardias se centraba en otro sitio, salió con cuidado y corrió hasta el primero de los cañones.

Mató al operador mientras se acercaba y continuó a la carrera hacia el segundo cañón. Cuando llegó había girado noventa grados para enfrentarse a él, pero sacó sin esfuerzo al operador de su arnés y ocupó su puesto. El arma giró suavemente sobre su montura cuando él la movió para atacar al más cercano de los vehículos. Una serie de tiros atravesaron su blindaje y lo hicieron volar en pedazos.

Sus siguientes objetivos fueron los guardias que había debajo, antes de que pudieran llegar hasta él. Se dispersaron en todas las direcciones buscando un sitio donde resguardarse. Mientras los mantenía entretenidos, se ocupó del segundo vehículo. Esa sección de la zanja en particular se sumió en el caos, al igual que durante el anterior accidente. El humo salía de los vehículos caídos, las sirenas chillaban y aullaban. Los refuerzos llegaban desde todas las direcciones, disparando a cualquier objeto que se moviera, fuera un amigo o piezas de material de construcción lanzadas por su distante enemigo.

Volvió a ametrallar a los guardias y después se hizo cargo del tercer vehículo. Al oír a los cazas imperiales que se acercaban, creyó que la confusión había llegado ya a su punto

álgido y se apartó del cañón, dejándolo enganchado para que rotara y disparara al azar. En cuanto bajó al puerto de desecho y corrió a meterse dentro, varias ondas convergentes de fuego de blaster destruyeron el cañón, ayudándole a cubrir su huida.

Las cosas estaban más tranquilas en el hueco que conducía hacia abajo, al menos por el momento. Encontrarse con el aire cálido ralentizó un poco su descenso, mas sólo alguna ráfaga ocasional le causó molestias. Varias veces encontró tropas de asalto, aunque sólo en grupos de dos o tres, y se deshizo de ellas rápidamente. Se preguntó si la noticia de su existencia y de los daños que había causado habría ascendido mucho en la cadena de mando. No estaba muy seguro de si quería que su maestro supiera que se acercaba o no. El elemento sorpresa tenía algún valor, por supuesto, pero también la certeza de que el ataque era inminente. Uno sólo podía mantenerse en guardia durante un tiempo. Era probable que cometiera algún error.

Redujo la velocidad al acercarse al final del puerto de desecho. Un ventilador de grandes aspas giraba rápidamente cortándole el camino. Lo detuvo mediante telequinesis y pasó con seguridad al otro lado, no sin antes disparar las alarmas de obstrucción y atraer al personal técnico y de seguridad de todas partes. Luchó para abrirse paso por la sala de control de la ventilación, volviendo a dirigirse hacia arriba, como le habían indicado, buscando el peligroso tubo que le habían dicho que debía encontrar. La maquinaria que había a su alrededor se fue haciendo más grande y más complicada a medida que avanzaba: enormes tubos interconectados alimentados por gruesas mangueras hidráulicas que humeaban y vibraban en series. Un rugido profundo e irregular, similar al del cañón de metal de Raxus Prime, le recorrió la planta de los pies. Golpes de aire muy frío le llegaban desde intersecciones que no estaban completamente selladas.

Su visión de la Estrella de la Muerte distaba mucho de ser completa, sin embargo, ya tenía suficiente información para empezar a adivinar dónde podía estar. Cuando pasó junto a una señal que advertía de la presencia de gas Tibanna, estuvo seguro de ello.

Una estación de batalla no era útil para nadie salvo que hubiera armas y no sólo gran cantidad de armas convencionales. Algo tan grande podía albergar un arma de destrucción masiva nunca antes vista. El gas Tibanna era un compuesto poco corriente y muy reactivo que se encontraba en algunos gigantes de gas, como Bespin. Cuando se combinaba con un rayo de luz coherente, incrementaba muchísimo los resultados de los láseres, lo que había llevado a utilizarlo en varios diseños de naves avanzadas y, al parecer, también en la Estrella de la Muerte.

Mirando a su alrededor con más detenimiento, observó que la maquinaria que le hacía sentir diminuto podría formar parte de un enorme sistema láser, uno de dimensiones proporcionales al enorme tamaño de la estación.

Cuando llegó a un tubo láser mucho más ancho que algunas ciudades pequeñas, supo que había encontrado el lugar al que su guía wookiee se refería. El sistema estaba en sesión de pruebas, con docenas de técnicos imperiales y expertos en armas observando su rendimiento. Tenía que pasar entre todos ellos y evitar el rayo del propio láser para conseguir su objetivo.

Se encogió de hombros y abandonó cualquier intento de pasar desapercibido en favor de ganar velocidad. Había perdido demasiado tiempo. Todo lo que había entre él y Darth Vader era irrelevante. Lucharía contra todas las personas de la estación si tenía que hacerlo, pero al final eso no supondría ninguna diferencia.

«Ha llegado el momento, Maestro —susurró mientras luchaba—. Me robó la vida y me dio por muerto, y ahora he venido a buscarle…».

• • •

Cuando llegó a lo más alto del tubo láser se dio cuenta de que su concepción del sistema de armamento de la Estrella de la Muerte no había sido lo bastante ambicioso. El láser que había estado observando era apenas uno de los ocho láseres auxiliares que se unirían en un solo rayo sorprendentemente destructivo. Unos impulsos calculados al detalle recorrerían los ocho canales y crearían una fuerza capaz de destruir a cualquier nave imaginable. Quizá incluso un planeta. Se puso enfermo al pensar en ello. La desinformación, la esclavitud y la tortura no eran suficientes para mantener a las masas a raya, así que el Emperador iba a recurrir al genocidio. Si nadie le detenía pronto, no quedaría nadie vivo más que él, cacareando como un loco por las salas vacías de Coruscant.

El aprendiz miró el enorme disco de concentración, que primero había creído que tendría un propósito relativamente inocente. Ahora que sabía para qué servía en realidad, la noción de que debía destruirlo lo llenó de una sensación de agotadora urgencia. Ya había interferido significativamente en varios de los grandiosos planes del Emperador. ¿Por qué no también con ése?

La respuesta estaba en sus huesos. Se desanimaba al pensar en ello, no sólo por la tarea que le esperaba, sino también por las muertes que ya había causado. ¿Podría soportar un logro tan oscuro además de todos los demás? ¿Podría hacerlo Juno? No estaba muy seguro de la respuesta.

«No», decidió. Era un trabajo para otra gente, para la Alianza Rebelde, si podía encontrarlos y liberarlos de las frías garras del Emperador. Eso era lo importante, que sobrevivieran y consiguieran luchar en otro momento. Eso era todo lo que debía conseguir, su misión.

Coherentes impulsos de color bermellón iban y venían en secuencias arcanas mientras continuaban probando el funcionamiento del arma. Cada descarga consumía suficiente energía para alimentar un destructor estelar. La estrecha atmósfera de la estación se enturbiaba con la conmoción de los golpes y las réplicas susurrantes. Los trabajadores visibles sobre la estación y en el cielo se detenían para mirar a esos precursores de lo que traería el futuro del arma.

Una estructura al borde del cráter le llamó la atención: se trataba de una cabina de observación hecha de brillante transpariacero en la que se distinguían débilmente unas

cuantas figuras humanas. Una figura totalmente vestida de negro apareció, hizo una reverencia y volvió a desaparecer. «Maestro y sirviente».

Con la mandíbula apretada, el aprendiz se abrió camino por el borde del disco concentrador del superláser, iluminado por cegadoras luces verdes que llegaban desde arriba.

• • •

La parte fácil era llegar allí.

Ése fue el pensamiento que le cruzó la mente mientras trepaba por encima de los contrafuertes reforzados que mantenían la cúpula en su sitio. Había dado dos vueltas a la cúpula desde abajo, sopesando sus puntos fuertes y débiles, y había decidido que la mejor manera de entrar era a través del pasillo que la conectaba con el resto de la estación. Dos puertas a presión se abrían y cerraban cada vez que alguien pasaba, desvelando un pasillo de cinco metros de largo. El techo del pasillo no se veía desde la cúpula, porque estaba en dirección opuesta a los tiros del arma. Podía pasar por ahí agachado sin que nadie le viera mientras atajaba y evitaba luchar hasta que pudiera.

En el último momento, cuando levantaba su espada láser para atravesar el duracero curvado sobre el que estaba arrodillado, se dio cuenta de que todo lo que había hecho hasta entonces le había conducido hasta ese momento. Ése era el enfrentamiento hacia el que se había dirigido desde que Darth Vader lo había secuestrado en Kashyyyk y lo había convertido en su instrumento. En el pasado, Vader le había traicionado dos veces y él apenas había emitido una palabra de queja, pero al final, los sirvientes siempre se volvían contra sus Maestros, igual que los Sith se traicionaban unos a otros. Ese momento representaba la culminación del entrenamiento y la experiencia de toda una vida.

Era su mayor desafío. Matar Jedis había sido fácil en comparación, igual que destruir fábricas imperiales, hacer caer grúas celestiales y destructores estelares, convencer a aspirantes a rebeldes de su sinceridad, luchar contra mentes planetarias y otros sirvientes del Lado Oscuro… todo en un solo día de trabajo.

La obra de su vida iba a empezar o terminar, según cómo lo mirara.

Se preguntó si Kota se habría sentido así en Corellia, o Juno en el *Empirical*, o cualquiera de los rebeldes prisioneros antes de acceder a reunirse con él. Quizá todo el mundo tenía momentos así en su vida. Se preguntó si podía considerarse afortunado por ver que la ocasión se acercaba esa vez. No había sido así en el *Empirical* ni en Corellia. Había sido una víctima del destino. Ahora, tenía el brazo del destino a su espalda, y era él quien tomaba las decisiones.

¿Se habría sentido Darth Vader así alguna vez? ¿Y el padre de Galen?

Su espada láser modificada chisporroteó ante él. Había una fuerza en ese fuego de aguamarina y una pureza de propósito, que no era matar, sino convertirse en un instrumento de la Fuerza. A veces había que pasar a la acción. Los Jedi lo habían entendido. Él también lo entendía.

«Debería dejar de hacer preguntas —se dijo a sí mismo—, y concentrarme en lo que había que hacer». Apuntando la punta de la espada hacia abajo, cortó un limpio círculo a su alrededor y se dejó caer en el pasillo inferior.

• • •

Estaba desierto. Antes de que nadie pudiera responder al sonido, selló las puertas que llevaban a la Estrella de la Muerte con telequinesis. Después se dio la vuelta y abrió las puertas interiores.

—… traidores del Imperio. —La voz de Palpatine llegaba desde la cámara, contenta, fría, llena de una malicia inimaginable—. Seréis interrogados. Torturados. Me daréis los nombres de vuestros amigos y vuestros aliados. Y entonces, cuando ya no me sirváis para nada, seréis ejecutados.

La voz de Bail Organa se alzó desafiante:

—Nuestras muertes sólo servirán para animar a otros…

—Vuestras ejecuciones serán muy públicas y muy dolorosas, Senador Organa. Servirán para aplastar cualquier otra voz discordante.

El aprendiz cruzó la sala resueltamente, rodeando un gran generador de campo de energía que había en el centro de la cúpula. Mon Mothma, Garm Bel Iblis, Bail Organa y el Maestro Rahm Kota estaban juntos en la pared opuesta, rodeados de Guardias Imperiales. El Emperador paseaba ante ellos, cubierto por una capucha y encorvado, pero irradiando un poder increíble. El aprendiz sólo tenía ojos para la oscura figura que esperaba uno o dos metros más allá, con los brazos cruzados mientras observaba la escena.

Kota inclinó la cara destrozada cuando el aprendiz se acercó. El zumbido de la espada láser de repente era muy audible. —Puede que todavía haya una Rebelión—. Dijo Kota, sonriendo como si nunca hubiese creído otra cosa. Darth Vader y el Emperador se dieron la vuelta al mismo tiempo.

Una repentina oleada de odio llenó todas las venas del cuerpo del aprendiz. Por fin había llegado el momento de la venganza.

El odioso rostro del Emperador se torció en una máscara de escarnio.

—Lord Vader, ocúpate del chico. Esta vez, de verdad.

El Señor Oscuro ya se acercaba. La hoja roja de su espada láser cobró vida, lanzando sombras sangrientas por toda la sala. No hubo discusión. No emitió ninguna amenaza. Estaba claro que sólo quería terminar lo que no había conseguido acabar en Corellia.

El aprendiz sabía qué esperar exactamente. Se habían enfrentado muchas veces. Había aprendido a luchar en manos del hombre de negro, el hombre cuyo rostro se había escondido siempre de él. Conocía las intimidades de su refinada versión del Djem So, un estilo de lucha que incorporaba elementos de Ataru, Soresu y Makashi. Había repelido muchos ataques salvajes y duros que hubiesen podido incluso con un extraordinario caballero Jedi. Había soportado el peso de muchas batallas psicológicas.

Creía que estaba preparado, así que la pura severidad del primer golpe lo cogió por sorpresa.

Un ataque doble simple, arriba y abajo, con suficiente poder para sacudirle las muñecas y los hombros y para casi desarmarlo completamente. La colisión de sus espadas láser fue cegadora. Se tambaleó hacia atrás y se encontró en el centro de una tormenta de telequinesis. Su Maestro aprovechó su debilidad momentánea y le lanzó mísiles desde todas partes, esperando cogerlo desprevenido. Por un momento, funcionó.

Entonces, el aprendiz se enderezó y con un solo movimiento de su brazo izquierdo, apartó los mísiles. Bloqueó un ataque salvaje que podría haberle partido en dos y otro que podría haberle arrancado la cabeza de los hombros. Agachándose, lanzó la hoja hacia el estómago de su maestro y después levantó la punta de su espada láser, esperando alcanzar la barbilla del casco de Darth Vader y atravesarle la garganta. La espada láser roja bloqueó el golpe, pero por poco. Se separaron un momento para valorar ese breve intercambio y se movieron en círculo cautelosamente.

El aprendiz entendió que hasta ese momento nunca habían luchado como iguales. O bien su maestro se había contenido, o él mismo había capitulado. Ahora, por primera vez, verían el verdadero potencial del otro. Allí donde Darth Vader era fuerte e implacable, él era rápido y astuto. Y había maneras de luchar para las que no hacían falta las espadas láser. Objetos sueltos, acelerados hasta velocidades asesinas por la Fuerza, se convertían en proyectiles que convergían desde todas las direcciones. Puños invisibles buscaban las gargantas o daban golpes con la fuerza de martinetes. Los suelos se movían bajo los pies, los rayos cortados se clavaban como jabalinas, los circuitos sobrecargados estallaban.

—Eres débil. —Dijo el aprendiz mientras su antiguo maestro lanzaba una segunda serie de duros golpes, cada uno de los cuales pudo bloquear con elegante precisión.

Darth Vader luchó con brillantez, sin usar nada más que golpes mortales. Su intención era matar. Sólo necesitaba un pequeño error, un diminuto espacio en la defensa de su oponente.

El aprendiz juró no darle ninguno.

Giró y bailó alrededor de la defensa de su maestro, poniéndola a prueba hasta el límite.

—Pensaste que había muerto. —Dijo, dejando que ese pequeño triunfo aumentase y elevase su decisión. Sus espadas láser danzaban, confundiéndose, moviéndose y emitiendo chispas de un modo que habría sido hermoso si su propósito no hubiese sido mortal. El aprendiz sentía la energía salvaje y alegre del Lado Oscuro fluyendo a través de él y se resistía a su llamada, buscando una mejor manera de terminar el trabajo.

Lucharon adelante y atrás por toda la cúpula de observación.

—Ahora le entiendo. —Dijo, intentando acosar a su antiguo Maestro para que perdiera la concentración—. Mató a mi padre y me secuestró en Kashyyyk, no sólo para ser su aprendiz, sino para ser su hijo. ¿Así le trató su padre a usted?

La intensidad del ataque de Darth Vader aumentó.

—Yo no tengo padre.

El aprendiz retrocedió ante la lluvia de golpes. El chisporroteo de la tela y un ligero hedor a piel quemada le dio a entender que al menos dos de los golpes de Darth Vader habían estado terriblemente cerca, pero no sintió ningún dolor. Él, por otro lado, había tocado una fibra sensible.

Mirando por encima del hombro de Darth Vader, vio al Emperador, que observaba el duelo, con la cara torcida en un gesto de malévolo deleite.

Y el aprendiz lo entendió.

«Una manera mejor de matar…».

No mediante el odio. Fuera lo que fuera lo que había bajo esa máscara negra no era belleza ni felicidad. Sólo la fealdad y el dolor se esconderían durante tanto tiempo. El odio no sería suficiente para vencer a Darth Vader.

Alargando la mano izquierda, atacó a su Maestro con rayos Sith. Eso rompió la energía del furioso ataque y le permitió recuperar el aliento.

—No necesito odiarle para vencerle. —Jadeó—. Eso es algo que le enseñaré ahora.

—No puedes enseñarme nada. —Resonó la voz plomiza de Darth Vader. Apretó uno de sus guantes negros y por un momento, la garganta del aprendiz se cerró.

Repelió el ataque de telequinesis con uno propio, golpeando a su Maestro en el pecho con la fuerza de una pequeña explosión y lanzando a Darth Vader hacia atrás a través de la sala.

A pesar de su gran tamaño y de su torpeza ocasional, el Señor Oscuro se mantenía firme sobre sus pies. Aterrizó de pie y volvió a la contienda.

—No le odio. —Continuó el aprendiz bloqueando golpe a golpe—. Me da pena. —Con una nueva fuerza propia, obligó a Darth Vader a retroceder sobre su pie retrasado—. Destruyó lo que yo era y me hizo lo que soy ahora, pero no fue idea suya. Fue idea del Emperador, es lo que le hizo él a usted. —Un trozo de la capa de Darth Vader salió volando, humeante. Los dos se acercaron hasta estar cara con máscara. El aprendiz miró directamente a la protección negra de los ojos de su antiguo maestro—. Es su creación, igual que yo era la suya, pero usted nunca tuvo fuerza para rebelarse. Por eso me da lástima. Yo no volveré a servir a un monstruo, y si me salgo con la mía me aseguraré de que usted tampoco vuelva a hacerlo.

Vader intentó apartarse, mas el aprendiz lo siguió, manteniéndolo a la defensiva.

—Le mataré. —Le dijo—. Para liberarle.

Las espadas láser volvieron a brillar y fue el aprendiz quien encontró la abertura en la armadura que ambos habían estado esperando. La espada láser de Vader fue demasiado lenta para bloquear un golpe dirigido a su pecho y permitió que la hoja del aprendiz cortara profundamente su garganta blindada. Vader se tambaleó hacia atrás, con la mano enguantada levantada hacia la herida humeante.

No hubo sangre. En lugar de continuar con el ataque, el aprendiz conservó su posición. A pesar de sí mismo estaba tan sorprendido como evidentemente lo estaba su antiguo Maestro.

Durante un momento, los únicos sonidos fueron los zumbidos gemelos de las espadas láser y el resuello del respirador de Darth Vader.

Entonces, el Señor Oscuro se rió. Fue un sonido horrible, vacío de humor y lleno de burla. En él, el aprendiz oyó una década y media de tortura y abuso.

Se llenó de rabia. Se abalanzó. Su antiguo Maestro apenas bloqueó el golpe. Un segundo ataque hizo una profunda herida sobre su hombro cubierto de negro. Un tercero se le clavó profundamente en el muslo.

Darth Vader retrocedió, con los servomecanismos gimiendo sobre sus miembros heridos y la espada láser temblando.

El aprendiz cogió su espada láser con ambas manos y se contuvo. La rabia era familiar y poderosa, aunque también le enturbiaba los ojos cuando más necesitaba ver con claridad.

Vader volvió a prepararse para el combate. Sin embargo, su poder sobre el aprendiz había desaparecido. Su espada láser resbaló y lanzó chispas por el suelo, apartada mediante telequinesis. La Fuerza lo elevó en el aire, como él mismo había levantado al padre del aprendiz una vez, y una gran cantidad de mísiles le golpeó con una fuerza cada vez mayor. Alzó las manos enguantadas para defenderse, sin embargo, el ataque continuó hasta que, con un crujido, el aprendiz arrancó el generador de campo de energía del suelo del centro de la habitación y se lo tiró a su antiguo Maestro.

El generador explotó con más fuerza de la que él esperaba, lanzándolos a todos al suelo. La cúpula de transpariacero estalló. Llovieron escombros por todas partes. El estruendo de la explosión resonó en sus oídos durante un rato extrañamente largo.

Fue el primero en levantarse y se movió entre los escombros hasta el lugar donde Darth Vader yacía, mirando hacia adelante, gravemente herido y con su armadura rota en algunas partes. La carne y la máquina asomaban por los agujeros. Finalmente sangraba de verdad.

El aprendiz se detuvo ante él con la espada láser levantada, preparado para atacar. Su antiguo Maestro trataba de ponerse en pie, intentando débilmente mover su enorme masa como debía hacerlo. Los servomotores gemían y se tensaban. Cuando rodó por el suelo, el aprendiz se quedó helado.

El casco de Darth Vader había salido despedido en la explosión. Debajo de él estaba la cara del hombre que lo había secuestrado y esclavizado, una cosa triste y calva cubierta de arrugas y viejo tejido cicatrizado. Sólo los ojos mostraban algún signo de vida, eran azules y estaban llenos de dolor y le miraban con un cansancio nada disimulado.

El Emperador apareció entre el humo, con cara de regocijo. Elevó una mano como si quisiera tocar al aprendiz. El aprendiz notó una oleada de sugestión hipnótica que fluía a través de su cuerpo.

«¡Sí! ¡Mátalo! ¡Está débil, vencido! ¡Mátalo y podrás ocupar el lugar que mereces a mi lado!».

El aprendiz siguió quieto, hechizado por el terrible carisma del Emperador. ¿Por qué no? ¿Acaso no era eso lo que había considerado en Raxus Prime? Si accedía a ese plan,

sería libre de un Maestro y esclavo de otro, pero ¿qué le impediría atacar también a ese Maestro algún día? No cometería los mismos errores que había cometido Darth Vader.

Darth Vader, que había asesinado a su padre, le había mentido y traicionado, matado a PROXY, acusado a Juno de traición y secuestrado a Kota y a los demás. ¿Merecía morir mil veces?

Y el poder. Se había acostumbrado al poder al servicio de su Maestro. Cuando el Lado Oscuro se cernía sobre él, los demás bailaban a su voluntad. Sería difícil renunciar a eso.

—¡No! —La voz de Kota llegó como desde una gran distancia. El aprendiz observó, igual que si viera el mundo en cámara lenta, cómo el Maestro Jedi le quitaba la espada láser de la cintura al Emperador mediante telequinesis, y con una seguridad que no dejaba entrever su ceguera física, la usaba para derribar a los Guardias Imperiales que vigilaban a los prisioneros. Lanzándose hacia adelante, atacó a continuación al Emperador, que estaba aparentemente desarmado, con una mano adelantada hacia el aprendiz.

Pero el Emperador nunca estaba desarmado. Levantando la otra mano, golpeó a Kota con un rayo, antes de que el golpe pudiera caer. La energía Sith crujió entre ellos y el Maestro Jedi cayó hacia atrás, atrapado por el puño mortal del Emperador.

—¡Ayúdale!

La voz de Bail Organa sacó al aprendiz de su trance. Sacudió la cabeza, notando cómo la influencia del Emperador se apartaba de él como si fuera aceite. ¿En qué había estado pensando? No quería volver al Lado Oscuro tras todo lo que había ocurrido. Había visto lo que podía hacer en Maris Brood, en Felucia y en los ojos de Darth Vader. Ni siquiera quería matar a su Maestro, ahora que lo había visto derrotado ya su merced. Ahí era donde había empezado todo, ahora se daba cuenta. Cuando Darth Vader había matado al padre de Galen y él le había quitado la espada láser de la mano, su intención había sido únicamente vengar la muerte de su padre. Eso había sido lo que Vader había visto en él tantos años atrás, no sólo el poder de la Fuerza, y ése era el motivo por el que Galen había borrado la persona que él había sido alguna vez. Había dado su último paso en el camino del Lado Oscuro en solitario, antes de haber sido sometido a la tutela cruel de Vader. Debía retractarse ahora o someterse al Lado Oscuro para siempre.

Asesinar a Darth Vader no significaría nada. Salvar a sus amigos podía cambiar el rumbo de la historia. Al ver las cosas desde esa perspectiva, tomar una decisión fue sorprendentemente fácil.

Una lluvia de transpariacero roto y escombros, apartó al Emperador de Kota, rompió su concentración y liberó al Maestro Jedi de la mortal red de energía. Humeante y débil, Kota cayó y Garm Bel Iblis lo sujetó. El aprendiz les lanzó el comunicador y se acercó hacia Palpatine.

—Bien. —Susurró el Emperador, con las manos engarfiadas levantadas entre ellos como un débil anciano que intentara repeler a un atacante. Tambaleándose, cayó sobre sus rodillas—. Sí. —Miró al aprendiz—. Estabas destinado a destruirme. ¡Hazlo! ¡Cede ante tu odio!

El aprendiz se quedó frente a él un momento con la espada láser levantada. Su luz aguamarina se reflejaba en los ojos del Emperador de la Galaxia como si fuera la última cosa que iban a ver.

Con un ruido seco, el aprendiz desactivó la hoja y bajó el brazo. Kota se acercó cojeando y le puso una mano sobre el hombro. —Ya está, chico—. Dijo con duro orgullo. —Está derrotado. Déjalo.

El sonido de los motores los distrajo a ambos. Miraron hacia arriba y vieron la *Sombra Furtiva* que descendía sobre la cúpula destrozada, con las luces parpadeantes para atraer su atención. Sus repulsores apartaron los restos de humo e hicieron que la gastada capa del aprendiz golpease contra sus piernas.

«Juno —pensó—, por fin todo saldrá bien».

—¡Idiota! —Gruñó el Emperador, lanzando otra oleada de rayos Sith a la espalda de Kota—. Nunca será vuestro.

Kota cayó con las manos levantadas y el aprendiz supo que nada había terminado todavía. Había llegado el momento de la verdad.

Sin dudarlo, se colocó entre Kota y el Emperador y aguantó toda la descarga de los rayos Sith con su propio cuerpo. El dolor fue increíble y le abrasó todos los nervios hasta las células, atravesándolas como una aguja ardiente. Nunca había sentido algo así. Quería apartarse de la fuente del dolor, acurrucarse y dejar que la inconsciencia se llevara el sufrimiento, pero de algún modo consiguió mantenerse en pie, ver el mundo a través de una crepitante luz azul e incluso dar un paso hacia el Emperador.

—¡Vete! —Le susurró a Kota—. ¡Rápido!

El General vaciló sólo un momento. Él también había tenido una visión de futuro, recordó el aprendiz. Sabía que todo se reducía a una sencilla elección, él y los rebeldes o el aprendiz y la oscuridad eterna. Kota reunió a los rebeldes y los condujo hacia la nave que descendía.

Otro tambaleante y doloroso paso, y el Emperador estuvo al alcance del aprendiz. Con dedos temblorosos cogió los huesudos hombros del viejo con las manos y los apretó con fuerza. El rayo Sith se extendió y los envolvió a ambos, alimentado por ambas desesperaciones. El Emperador inclinó la cabeza hacia atrás y aulló su lascivo dolor. La oscuridad amenazaba con absorber la mente del aprendiz, sin embargo, éste se aferró a su consciencia con una voluntad enfermiza. Tenía que verlo. Tenía que hacerlo.

Un pelotón de soldados de asalto entró en la sala, dirigido por un Darth Vader cojo. Levantaron los blasters para disparar a los rebeldes que subían por la rampa de la *Sombra Furtiva*.

—¡No! —Gritó el aprendiz, abandonando la defensa para atacar una vez más a los imperiales. La energía fluyó a través de su cuerpo. Se sintió como si una estrella hubiese nacido en su pecho. Empujado por la preocupación por sus compañeros en lugar de por sí mismo, abrazó la Fuerza completamente y como recompensa recibió un poder que hizo que sus esfuerzos en el Lado Oscuro parecieran los de un niño. Sus nervios ardían. De su piel irradiaban rayos de luz. Sus huesos brillaban como lava resplandeciente.

Más que sentir, vio la enorme onda expansiva que consumió gran parte de lo que quedaba de la cúpula de observación. Una brillante burbuja de fuego destrozó a las tropas de asalto y se tragó a Vader y al Emperador. La metralla llenaba el aire como el polvo atrapado en el rayo del poderoso láser de la Estrella de la Muerte.

Movido como una hoja, la *Sombra Furtiva* salió volando rápidamente, con la rampa cerrándose sobre su valiosa carga.

El aprendiz sintió cómo volvía a abandonar su cuerpo. ¿O era su cuerpo el que lo abandonaba a él esa vez? Sintió cómo la energía que había fluido a través de él lo rompía. Todas sus células estaban conmocionadas, todas sus fibras temblaban. El fuego de su cara no era caliente. Sus miembros le parecían tan distantes como los brazos más lejanos de la Galaxia. Le sorprendió que quedara suficiente de él mismo para pensar.

Debilitados por la explosión, los pilares de la cúpula cedieron. Cayó sobre el disco del superláser y causó una serie de explosiones convencionales. Las tropas de asalto se acercaron hasta el lugar. A través del denso humo, se veían dos figuras desde la enrarecida perspectiva del aprendiz.

Darth Vader luchó por ponerse en pie entre los escombros, más herido incluso que antes. Alargó la mano buscando un punto de apoyo y sólo encontró a su maestro, con el ceño fruncido.

Juntos, sin decir nada, inspeccionaron los escombros. Cuando encontraron lo que buscaban, ninguno de ellos pareció contento.

—Ha muerto. —Dijo el Señor Oscuro, mirando sin emoción al cadáver que tenían a sus pies.

«Este momento —pensó el aprendiz—, ¡lo vi!».

—Entonces ahora es más poderoso que nunca. —El Emperador miró hacia arriba y observó con amargura cómo la *Sombra Furtiva* se marchaba a toda velocidad por el concurrido espacio—. Tenía que terminar con los rebeldes, no darles esperanza. Su sacrificio sólo servirá para inspirarles.

—Pero ahora sabemos quiénes son, Maestro. Los perseguiré y los destruiré, como siempre habéis querido. Empezando por el traidor de Bail Organa.

El Emperador lo hizo callar con un gesto y se dio la vuelta para marcharse.

—Paciencia, Lord Vader. Será mejor que primero destruyamos las esperanzas de un hombre. O de alguien cercano a él…

«La esperanza nunca se destruirá —pensó el aprendiz—. Ahora ya no. Sobrevivirán a cualquier cosa que les hagan…».

La oscuridad se fue apoderando de él. No opuso resistencia.

Juno estaba a salvo. Eso era todo lo que le preocupaba. No necesitaba estar ahí para ver lo que ocurriría a continuación. Podía imaginárselo muy bien.

Con su último pensamiento, susurró su propio nombre.

Sin que nadie lo viera, el Señor Oscuro levantó una bota negra y pesada y aplastó la espada láser de su aprendiz caído hasta convertirla en polvo.

EPÍLOGO

El cielo de Kashyyyk estaba inusualmente vacío de tráfico por una vez. En lugar de los transportes intermitentes y de las brillantes luces de los motores sublumínicos, lo único que veía Juno eran las estrellas, que centelleaban como diamantes sobre el aterciopelado negro de la noche. Mirarlas la tranquilizaba, la apartaba un rato de sí misma. Era exactamente lo que necesitaba.

El sonido de las voces era muy suave durante la noche. No les prestó atención. Los rebeldes intentaban incluirla, pero ¿qué importaba lo que pensara ella, una ex piloto imperial, sobre la Rebelión? ¿Qué sabía ella sobre los planes de Galen o Darth Vader? Se había visto atrapada por los acontecimientos, sin ser una participante activa en ellos. En sueños seguía viéndose a sí misma disuadiendo a Galen de emprender su última misión y escapando con él hacia el paisaje estelar…

Suspiró. Huir nunca había sido una opción. El Imperio los habría perseguido a cada paso, al igual que el pasado de Galen. En lo más profundo de su ser, sospechaba que siempre había sabido que terminaría así.

Aun así, su dolor había sido insoportable al recoger a los rebeldes en la Estrella de la Muerte. Al saber que Galen no estaba entre ellos había querido volver a entrar en la onda expansiva que seguía saliendo de la destrozada cúpula de observación para rescatarlo, pero la expresión de los ojos de Kota le había dicho que no serviría de nada. Galen se había ido.

Ido. Muerto. Significaba lo mismo. Después de todo lo que habían vivido, después de todas las batallas que había librado… al final, en ese proceso, le había brindado a todo el mundo la oportunidad de escapar de la Estrella de la Muerte.

Juno se había mantenido entera el tiempo suficiente para apartarlos del sistema Horuz e incluso había diseñado una ruta hacia Kashyyyk ante la insistencia de Kota. Cuando estuvieron en el hiperespacio, el General le había contado con brusca sinceridad todo lo que había pasado exactamente en la cúpula de observación. Eso la tranquilizó un poco. Era mejor ese noble sacrificio que la caída de Galen en el lado Oscuro para siempre. Lo entendía. Si hubiese matado a Darth Vader, eso habría significado su fin, tal y como ella le conocía. Una vida sin esperanza era peor que ninguna vida.

Cuando Kota terminó, ella se retiró a la pequeña sala de la tripulación para liberar sus sentimientos y aceptar la verdad. Saber que Galen había sido fiel a sus intenciones hasta el final no la haría recuperar el control. Ella había confiado en él, no solo por ella, sino por su futuro. Él había confiado en ella y le había dicho su nombre. ¿Qué iba a hacer sin él?

Al menos su futuro inmediato estaba decidido. Más tarde podría encontrar la paz con sus restos. Nunca perdería sus recuerdos; también estaba la Rebelión, se dijo a sí misma, que podía tener alguna esperanza de vencer…

Habían ido a Kashyyyk para honrar la memoria de Galen, pero ella sospechaba que los rebeldes intentaban tranquilizarse. Incluso ahora sabían muy poco de él. Más allá del

sacrificio definitivo que había hecho para salvarlos, su historia tenía demasiados puntos negros. Juno no tenía muchas ganas de aclararlos y vio que a Kota le ocurría lo mismo. Galen había muerto como un héroe. ¿Qué importaba lo demás?

—Su nombre completo era Galen Marek. —Había anunciado Bail Organa tras una larga búsqueda en los informes imperiales—. Su padre, Kento, era un caballero Jedi que vivió diez años entre los wookiees. Galen nació allí.

—Encontró algo en el bosque. —Les había dicho Juno a los rebeldes, recordando a Galen decir por el comunicador: «Sólo una vieja cabaña. En realidad está en ruinas. Pero me resulta familiar».

Y ahora estaba en ese mismo lugar, tras repasar las fichas de misión de la nave para dar con las coordenadas exactas desde las que había hablado Galen. Podía imaginárselo como era entonces, dividido por un conflicto interno, mirando exactamente lo que ella veía, la cabaña caída, las quemaduras de blaster, las pruebas de un antiguo duelo con espadas láser.

«En el bosque hay una oscuridad inmensa. Y también hay… tristeza. Aquí pasó algo».

Juno nunca sabría con seguridad qué era, pero su mente estaba llena de imaginaciones oscuras.

Los Senadores estaban dentro de la cabaña, hablando del futuro y seguramente mitigando cualquier duda que hubieran tenido sobre los orígenes de Galen. La familia era importante para esa gente. Durante el tenso viaje desde el sistema Horuz, el Senador Organa había llamado a su hija para informarle de que había sobrevivido a la trampa de Corellia. Su preocupación y su alivio habían sido tan grandes que había conseguido la nave más rápida de Alderaan y se había encontrado con ellos en la órbita de Kashyyyk. Su reunión había sido feliz.

Ni siquiera la nueva y letal arma del Imperio podía estropear su alegría. Con los wookiees encantados por la destrucción de la grúa aérea, ocupados echando a los invasores de su mundo, cualquier cosa parecía posible, no importaba lo poco probable que fuera.

El Emperador sabía quiénes eran y qué se proponían. No sólo eso, sino que además estaba construyendo un medio para aplastar cualquier posible resistencia. La Rebelión debía atacar rápidamente y con fuerza, si quería tener alguna esperanza de éxito.

Algo se movió tras ella en la fresca noche de Kashyyyk. Miró por encima de su hombro y vio a Kota salir de la cabaña. Se movía con seguridad y confianza. Si no fuera por la espantosa cicatriz que ahora mostraba como marca de honor, habría parecido que veía perfectamente.

Notó su presencia y se colocó junto a ella. Juno sintió que había ido especialmente a buscarla.

—Siempre supo quién era, ¿verdad? —Le preguntó.

Él asintió.

—Lo sospechaba, sí.

—¿Y por qué nos ayudó, después de todo lo que habíamos hecho?

Él dudó y en ese momento ella creyó discernir varias posibilidades. ¿Se había estado escondiendo el General tras su fachada de viejo vencido para atacar al aprendiz secreto de Vader si su lealtad caía al final en el lado equivocado? ¿Había sido el disfraz tan profundo como parecía y la confianza de Kota había sido incierta hasta el final? ¿Habían ocurrido su redención y la de Galen al mismo tiempo sin que el otro lo supiera?

La respuesta del viejo no fue ninguna de ésas.

—Cuando se acercó a mí en el bar de Bespin, entre todos los pensamientos oscuros de su mente, vi un punto brillante, algo hermoso que me dio esperanza, y a lo que él se aferraba, incluso en el último momento.

—¿Qué era?

Le colocó una mano cariñosa alrededor del hombro.

—Ya sabes la respuesta a esa pregunta, Juno.

Ella apretó la mandíbula para no llorar. Kota tenía razón. Lo sabía. Y como lo sabía, la pregunta «¿por qué Yo?» ya no tenía ningún poder sobre ella. —Ahora es una sola cosa con la Fuerza—. Dijo Kota, y ella supo que intentaba consolarla, a su manera, un poco extraña.

—¿Se le recordará? —Preguntó ella.

—La Princesa tiene una sugerencia que quizá te guste oír. —Inclinó la cabeza, señalando la cabaña.

Dejó que el Jedi ciego la guiara a través del hueco de la pared de las ruinas. Los Senadores estaban reunidos alrededor de una mesa improvisada, con aspecto cansado. No levantaron la vista cuando Kota y Juno entraron.

—Bien. —Dijo Bail Organa a los demás—. ¿Estamos listos para terminar lo que él empezó?

Los demás asintieron.

—Entonces, al fin, la Alianza Rebelde ha nacido. Aquí, esta noche.

El anuncio fue recibido con sonrisas de alivio, pero no hubo vítores. También era un momento solemne. A todos los presentes les esperaba mucho trabajo y mucho peligro.

Leía Organa tomó la palabra.

—Necesitamos un símbolo que nos una.

—De acuerdo. —Dijo Garm Bel Iblis.

La Princesa limpió el polvo de la mesa, revelando un escudo familiar grabado en la madera, un ave de rapiña elegante y estilizada con las alas abiertas orgullosamente.

—Un símbolo de esperanza.

Leía miró a su padre y después a Mon Mothma y a Garm Bel Iblis; luego observó a Juno. Muy débilmente, movió la cabeza en señal de reconocimiento.

El calor nació en el pecho de Juno y ésta movió también la cabeza en respuesta. Galen había hecho lo que había podido para salvar la Galaxia del Emperador y en ese proceso se había salvado a sí mismo del Lado Oscuro de la Fuerza. La gente de esa sala

se uniría bajo el escudo de su familia para continuar el trabajo que él había empezado, el primer rebelde, el que les había dado esperanza.

¿Y ella? Juno nunca le olvidaría, ni tampoco el ejemplo que le había dado. Vacía de lágrimas, se enfrentaba al futuro directamente.

No necesitaba la Fuerza para saber que sería un camino accidentado.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento más sincero a Ginjer Buchanan, Christine Cabello, Leland Chee, Keith Clayton, Richard Curtis, Darren Nash, Frank Parisi, Lindsay Parmenter, Brett Rector, Sue Rostoni, Shelly Shapiro, John Stafford, Cameron Suey y a Dan Wasson, sin cuya ayuda escribir este libro habría sido mucho menos divertido, y probablemente imposible.

Mis respetos a Haden Blackman por un guión fantástico, y a George Lucas por permitir que se abra la ventana a los Tiempos Oscuros… por fin.

También quisiera dar las gracias a Kevin J. Anderson, cuya amistad, generosidad y energía creativa me han inspirado a lo largo de mi carrera y seguirán inspirándome, de esto estoy seguro, muchos años más.



SEAN WILLIAMS, nació en las áridas llanuras del sur de Australia. Continúa viviendo allí con su familia, cuarenta años después, y no tiene intención de mudarse próximamente. El escritor de superventas del *New York Times* y autor de más de sesenta cuentos cortos publicados y veinticinco novelas para lectores de todas las edades, ha publicado sus obras en todo el mundo en varios idiomas, en Internet y en ediciones de audiolibros. Es jurado del concurso *Writers of the Future*, que ganó en 1993. También ha ganado varias veces los premios australianos de ficción y recientemente ha recibido el Ditmar y el Aurealis por *The Crooked Letter*. Ha sido la primera vez en la historia de los premios que una novela fantástica ha ganado ambos galardones.